

entreUnos

3

usted está aquí

EDICIÓN
ESPECIAL
2024

30 años de la cigarra

lo singular | lo colectivo | el caso | entre Otros | saber hacer |
los tres: Cazenave - Indart - Millas | la cigarra web: Maleval

Dossier: Perturbar la defensa:
Alvarez Bayón - Schejtman - Racki

6

CERO

- Aracelli Marchesotti
- Gisele Scacchi
- Gustavo Slatopolsky

06

30 AÑOS DE LA CIGARRA

- Patricia Alvarez Zunino
- Adriana Granica
- Gustavo Slatopolsky

10

LO SINGULAR

Del trazo al lazo.

- Emilia Franco

36

No es sin la madre.

- María Laura Eduardo

42

Una primera opacidad fundante.

- Gustavo Slatopolsky

48

Cuarto.

- Ricardo Seijas

66

Lo COLECTIVO Materialidades del borde

- Victoria de la Fuente
- Eliana López Martínez

74

Teatro en la cigarra: el cuerpo en la escena.

- Marcela Congett
- Laura D'Agostino

80

El nacimiento de una palabra.

- Sol Gómez Peracca
- Liliana Martínez González

88

Efracción en el cuerpo y distanciamiento del objeto en el autismo:

- Taller Doble a medida.
- Pablo Dymant
- Gisele Scacchi

96

Lo que itera en el deseo del analista.

- Natalia Sanmartín

102

Un primer día en la cigarra.

- Carolina Freda

108

La constitución del cuerpo: entre la virtualidad y la presencialidad.

- Soledad Barcús

114

Borde-ando desde lo híbrido...

- Mirna Guaycha

120

EL CASO

El romántico. ¿Un caso de análisis en lo colectivo?

- Evangelina March

128

Amor de transferencia en la psicosis:

- ¿cura-sinthome?
- Ricardo Seijas

134

El bagaje con el que parte el sujeto en la indeterminación del ¿Qué soy yo (Je)?

- Santiago Avogadro

142

la cigarra o el cuadrado de L/A cigarra.

- Francisco Cabanillas

146

Marca cigarra.

- Martina Cicchetti

150

ENTRE OTROS

Poner el cuerpo

- Matías Meichtri Quintans

158

la cigarra: un nombre-del deseo del analista.

- Juan Mitre

162

SABER HACER Entusiasmo por los deseos. Entrevista con el artista

- Horacio Sanchez Fantino.
- Aracelli Marchesotti

166

LOS TRES Mesa redonda Presentación.

- Ricardo Seijas

174

Responsabilidad subjetiva: autismo.

- Liliana Cazenave

178

Responsabilidad subjetiva: psicosis.

- Daniel Millas

186

Responsabilidad subjetiva: neurosis.

- Juan Carlos Indart

196

La conversación

204

LA CIGARRA WEB.

Intercambios Iteración y congelamiento del S1 en el sujeto autista.

- Jean Claude Maleval

216

La conversación.

- Jean Claude Maleval en la cigarra

258

DOSSIER. Perturbar la defensa en el autismo.

- Mesa redonda. Presentación.
- Martina Cicchetti

276

Perturbar la defensa en el autismo.

- Patricio Álvarez Bayón

278

Perturbar la defensa en la neurosis.

- Gabriel Racki

290

Perturbar la defensa en la psicosis.

- Fabián Schejtman

300



La
conversación
[312](#)

Analista-
trauma:
Perturbación
de la defensa
autista.

- Gustavo
Slatopolsky
- [330](#)

La flor de su
secreto.

- Francisco
Cabanillas
- [338](#)

¿Con qué
hace lazo el
sujeto autista
cada vez?

- Victoria de
la Fuente
 - Eliana
López
Martínez
- [344](#)

Despliegue
grupal e
invención
singular.

- Manuel
Gonilski
- [350](#)

Analista
trauma, un
salto
cigarra.

- Liliana
Martínez
González
 - Sol Gómez
Peracca
- [356](#)

El
despertar
de un
parlêtre
autista:
De un
semblante
a otro.

- Evangelina
March
 - Mirna
Guaycha
 - Ricardo
Seijas
- [362](#)

Enunciacio-
nes en los
talleres de la
cigarra.

- María
Laura
Eduardo
- [370](#)

La hipoteca
del afecto
apagado.

- Santiago
Avogadro
- [376](#)

Caso G, de la
iteración y el
analista-do-
ble, al deseo
del Otro y la
enunciación.

- Ricardo
Seijas
- [383](#)





CERO



30 años de la cigarra fue la tormenta perfecta para un ajuste de cuentas para con la cigarra misma: qué podríamos decir sobre lo que hacemos siendo quienes somos, apenas un efector más del servicio público gratuito, pensado en retrospectiva.

el lugar elegido, la ex-esma. Era raro tomar la palabra sentados allí y así queríamos que fuera; una presencia que se respira de la que nunca quisimos quedar por fuera. Al fin y al cabo la cigarra nunca fue sólo psicoanálisis o, si se quiere, no busca un psicoanálisis desgajado de presencias molestas.

la obra de Sanchez Fantino elegida para este número evoca algo de esto: fronteras difuminadas hechas de los desechos que cruzan de un lado a otro en el armado de una geografía que contiene a la cigarra junto al drama social, la locura de todos los días, la historia del país.

tomar posición. Se discute en sendas mesas redondas la responsabilidad subjetiva - y/o responsabilidad por el síntoma - y la perturbación de la defensa, en las psicosis, neurosis, y también en los autismos. Los temas que se discuten son ya una toma de posición y un pensar en retrospectiva por efecto de 30 años que piden nuevas coordenadas.

los invitados, viejos y nuevos amigos muy queridos que la cigarra teje y que se hicieron presente allí: Lilitiana Cazenave, Daniel Millas y Juanqui Indart.

Parte la revista al medio la conferencia que JC Ma-

leval diera por zoom en conversación con la cigarra, junto a su discusión. No es casual ya que lo que sigue, el dossier “Perturbar la defensa”, ha sido una consecuencia de la lectura y discusión de su último libro en la perspectiva que le imprimió la propia dinámica experimental abierta que cifra la experiencia la cigarra.

es un modo del hacer. Inventamos un problema que no había, convocamos viejos y nuevos amigos a discutir el marco a pensar en torno a la perturbación en el autismo, ahora Fabián Schejtman, Patricio Álvarez Bayón, Gabriel Racki.

leído en retrospectiva la cigarra insiste en sostener a lo largo de su brevísima historia que se trata de analistas, aún a sabiendas que es sólo por los efectos que esa posición se toca, se alcanza fugazmente. que no es sin el acto que algo nuevo pueda escribirse y para ello se hace necesario que haya del analista en el momento preciso. que eso da lugar a un encuentro con efectos de investimento irremplazable, productivo, vital. que se tratará siempre de lo singular en lo colectivo y que cuando esto acontece es por dicho acto que se “recorta lo singular en el sujeto por el que el taller se transforma en instante que deja caer la instancia colectiva y hace lugar a una cesión, siempre singular.” que para ello será necesario rediscutir el lugar del analista como perturbación en el autismo.

en estos 30 años la cigarra ha sido un ir y venir incesante en la idea de no perder su sur, en sostener una posición frente a los embates contra lo público. un ir y venir incesante frente a lo inerte de toda institución.

un ir y venir incesante para sostener que el deseo nos siga escapando. un ir y venir incesante para que no haya La Cigarra.

cigarras una por una, vez por vez. en los años que nos sigan.

Aracelli Marchesotti

Gisele Scacchi

Gustavo Slatopolsky





AÑOS



Patricia Alvarez Zunino
Adriana Granica
Gustavo Slatopolsky

Los tres textos que siguen se presentaron en la apertura de la jornada sobre los 30 años de la cigarra, el 30 de noviembre de 2022, en el espacio por la *Memoria, verdad y justicia*, ex ESMA, en la ciudad autónoma de Buenos Aires.



Patricia Alvarez Zunino

Psicóloga. Jefa unidad Centro Salud Mental Nro.1.
Cofundadora y ex integrante de *la cigarra*

En primer lugar quiero agradecer la invitación a Gustavo Slatopolsky y a la comisión organizadora a participar de esta apertura tan especial para mi ya que lo hago hoy, como Jefa a cargo del Centro de Salud Mental 1 Dr. Hugo Rosarios y como ex integrante y cofundadora de la cigarra. Doble implicación que me alejan de toda pretensión de objetividad o neutralidad.

La cigarra cumple 30 años de aquella inauguración en 1992 del edificio, nuevo en aquel entonces, en el que hoy en día sigue funcionando el dispositivo. Sin embargo, la construcción de sus cimientos teóricos clínicos comenzaba en el año 1.988 cuando muchos de sus integrantes éramos jóvenes concurrentes liderados por Adriana Granica, fundadora y primer coordinadora, quien con su potencia y prepotencia nos alentaba a derribar puertas para construir un espacio posible para niñas y niños que eran desalojados de todos los espacios de pertenencia de la infancia.

Niños sin escuelas y sin ninguna institución dentro del sector público de la Ciudad de Buenos Aires que pudiera dar respuestas a sus padecimientos .

Nuevos aires corrían en el Centro de Salud Mental Nro. 1 desde la llegada de la democracia y la restitución a la

Jefatura del Dr. Marcos Weinstein, nuestro querido jefe impulsor del Hospital de día en sus comienzos, posibilitador de proyectos con su compromiso ineludible con el otro humano y su sufrimiento. Estas jornadas son también un homenaje a nuestro querido Jefe Marcos en el año de su desaparición.

Otros aires que intentaban recuperar para el Centro aquel espíritu de su creación, allá por 1968, que había sido arrasado por la última dictadura cívico militar.

La primera camada de concurrentes, de la cual formé parte, comenzó en 1986 en el Centro de Salud.



El encuentro, en 1988, con la Dra. Silvia Bleichmar que volvía de su exilio en México, fue otro hito que impulsó el camino de la construcción de las herramientas teórico clínicas con las que se iniciaba nuestra aventura.

Alojar a niños y niñas con sufrimiento psíquico severo, enmarcados en lo que denominamos patologías graves de la infancia, autismo y psicosis infantiles nos encaminó hacia la creación de un dispositivo donde el psicoanálisis era el centro desde el cual se diseñaba una apuesta que se convirtió en Política Pública dando lugar al Primer Hospital de día Infantil de la entonces Municipalidad de Buenos Aires.

El hospital de Día Infantil “la cigarra” perteneciente al Centro de Salud Mental Nro. 1 se crea entonces en 1989 como un modo de ampliar la respuesta institucional desde el subsector público frente al padecimiento de estos niños/as y sus familias.



Por ese entonces, un grupo de profesionales pertenecientes al equipo de niños, observábamos el aumento progresivo de consultas por niños y niñas con psicopatología grave¹.

Niños con importantes alteraciones en el lenguaje, la constitución del pensamiento y las relaciones con el entorno que en muchos casos imposibilitan cualquier lazo social del niño y su familia. Nos confrontaban con el límite de nuestras herramientas teóricas y dispositivos asistenciales.

Nos preguntábamos si la gravedad se evidenciaba porque había variado nuestra perspectiva clínica, es decir teníamos elementos para pesquisar los fracasos en la estructuración psíquica o porque asistíamos a procesos de deterioro psíquico cada vez mayores.

Nos preguntamos qué del método psicoanalítico era posible cuando las condiciones de analizabilidad en sentido clásico no lo eran.

Transferencia y recuperación de simbolizaciones fueron los ejes que sostuvieron la fundamentación de la práctica.

Asumimos un compromiso ético, crearles a estos niños un lugar y buscar herramientas eficaces para el abordaje de su sufrimiento.

Psicoanalistas, talleristas, acompañantes terapéuticos nos reunimos en una apuesta en común: la creación de un hospital de día donde el psicoanálisis fuese el

¹ Denominamos trastornos psicopatológicos graves a aquellos que en términos diagnósticos son englobados bajo la categoría de psicosis y autismo infantil CIE10 y trastorno generalizado del desarrollo DSMIV.

fundamento mismo de ese dispositivo.

Las distintas disciplinas reunidas por una concepción particular del sujeto infantil y su condiciones de estructuración y un objetivo: “favorecer la constitución subjetiva de los niños y niñas que presentan fallas en la misma y apuesta a la eficacia de los espacios colectivos que respetan la singularidad de cada niño y niña”².

Todo el dispositivo se sustentaba en la idea de que incidir en los procesos de estructuración psíquica en momentos tempranos de la vida podía generar mejores niveles de constitución subjetiva.

En sus comienzos el hospital de Día Infantil funcionaba por las tardes ocupando algunos consultorios del Centro de Salud Mental Nro. 1. Se lo definía como un dispositivo de tiempo parcial ya que promovía que el niño pudiera insertarse en otros espacios por fuera del mismo, renunciando a toda pretensión totalizante.

Estaba integrado por profesionales de distintas disciplinas: psicólogos, psiquiatras, psicopedagogas, psicomotricistas y acompañantes terapéuticos, reunidas por una concepción en común acerca del sujeto psíquico y sus condiciones de estructuración con lo cual se evitaba que el dispositivo reprodujera la “fragmentación psicótica”.

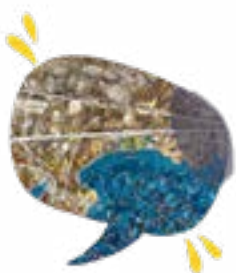
² Psicosis y autismo infantil: Prevalencia institucional en el hospital de día infantil “la cigarra” perteneciente al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Lic. Alejandra Barcala, Dra. María Cristina Brio, Lic. Mirta Gottleib, Lic. Matilde Oliva, Dra. Nélida Vila, Natalia Baumann, Fernando Bravo, Lila Ciolfi, Lorena Etcheverry, Teresa Lefebvre (Asesor: Julio Marotta)



Diferentes espacios constituían el dispositivo:

- La “terapia de sala” coordinada por dos terapeutas era el lugar de referencia para los chicos, lugar de permanencia desde donde iban y volvían de los diferentes talleres. Lugar privilegiado para el encuentro con otros. Lugar que permitía el despliegue de múltiples transferencias.
- Los talleres de psicomotricidad, cuentos, plástica y juegos³. Todos estos pensados como lugares de construcción de espacios simbólicos.
- Las terapias individuales.
- Grupo de padres coordinado por dos terapeutas.

Los diferentes espacios ofertados a cada niño dependían de las necesidades de cada uno. Estas eran definidas a partir del trabajo del niño con su analista, es decir pesquisadas en transferencia.



En 1991, dos años después de su puesta en funcionamiento, se implementó el Programa Especial de Capacitación, Investigación y asistencia de niños con psicosis infantil dependiente de Programas especiales del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

El programa, del cual el Hospital de Día dependerá, tendrá por objetivos el diagnóstico y tratamiento de niños que presentan trastornos psicopatológicos graves en la infancia, así como la investigación acerca de estas problemáticas, la realización de acciones preventivas y

³ Los talleres han ido modificándose a lo largo del tiempo.

la reinserción de los niños a su medio social.

En 1992 el Programa recibirá recursos que permitirán nombrar a su integrantes como personal de planta permanente y la construcción de un edificio propio para el funcionamiento del Hospital de Día Infantil.

Aquellos jóvenes, ya no tan jóvenes, hemos seguido nuestros recorridos, muchos de nosotros aún comprometidos con la infancia y la salud pública.

La cigarra se ha ido modificando, reinventándose...

Rupturas, devenires, relanzamientos, recorridos, transferencias, entusiasmos, desencuentros, más acá y más allá, hay algo que se torna insoslayable y es la apuesta al sostenimiento de espacios para la subjetivización e inclusión de los niños y niñas más vulnerables.

Porque generar condiciones de abordaje del sufrimiento en la infancia, establece un continuo que va desde la técnica a la ética, del conocimiento a la obligación moral (Bleichmar, S).

A 30 años de la fundación de la cigarra aún tenemos en la Ciudad de Buenos Aires una deuda enorme con las niñas y niños, debido a la insuficiencia de recursos y dispositivos para albergar a la creciente y sostenida complejidad.



Adriana Granica

Fundadora, primera coordinadora y ex integrante de *la cigarra*

Mientras muchos niños juegan, otros repiten como un eco un movimiento monocorde y estéril. Mientras muchos niños ríen otros atinan tan solo a una mueca inexpresiva. Mientras muchos lidian y rezongan entusiastas con las primeras letras, otros garabatean, ya en papeles ya en el aire, signos propios que sus padres o maestros angustiados no entienden. Mientras muchos se esfuerzan por entrar en el mundo, otros se esfuerzan en construir, a inconmensurable distancia del de los demás, un amurallado mundo propio.

Es que la locura, aún la más dolorosa, permanente y despiadada, tiene también su espacio en el universo de los niños.

Hace pocas semanas los lectores de Página 12 nos conmovimos con un testimonio fotográfico: varias fotos y un breve texto, varios rostros sin rostro y un único hospital para atenderlos. El testimonio ponía su dedo en una de las tantas llagas de la realidad.

¿Es que acaso la locura de los niños es tan escasa, como mucha gente cree, que alcanza con ese único hospital? ¿Es que la atención que se brinda en centros de salud y hospitales generales es suficiente para ayudar a paliar ese sufrimiento? ¿O será que la psicosis sigue siendo el gran cuco de esa marginada que es la salud mental en general?

¿O será que el terror a los islotes de nuestra propia locura puede hacer que nosotros mismos marginemos o ignoremos, incluso teorizando “sabiamente” sobre ella, a sus formas más crudas y sin disfraces?

Un grupo de psicoterapeutas del Centro de Salud Mental N°1 venimos hace un tiempo trabajando en delinear una respuesta en acto a este drama.

Desde varios años de experiencia en los consultorios externos de niños de ese Centro nos encontramos que entre las neurosis más o menos leves que pueden ser atendidas en las precarias condiciones de nuestra salud pública y la aterradora soledad de los autismos que se hacinan en internaciones impotentes, se despliega un mundo vasto y variado que merece espacios propios de atención.

Como psicoanalistas nuestra preocupación es hacer que nuestros conceptos puedan vivir en una práctica posible que alivie el sufrimiento de estos niños.

Entre las experiencias que alguna vez se nutrieron de una antipsiquiatría preñada de positivismo sociológico, y el enchalecamiento medicamentoso de la llamada psiquiatría clásica, creemos que trabajar en la instauración de la represión originaria que haga del aparato psíquico un lugar posible de sueños, lapsus y chistes es una tarea que vale la pena.



La cigarra es el nombre de nuestro equipo, lo definimos como hospital de tarde para niños. Funciona provisoriamente tres tardes por semana en el Centro de Salud Mental Nro. 1 y es por ahora



el único que existe en el ámbito de la municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.

Atiende un número reducido de niños de variadas patologías y edades. En cuanto las condiciones materiales y físicas nos lo permitan aspiramos a atender diariamente a una población más vasta.

Con la labor de psicólogos, médicos, psicopatólogos, psicomotricistas y responsables de talleres de plástica y de juego, nos proponemos hacer de las horas de trabajo con los chicos un espacio de asistencia intensiva donde cada actividad tienda a construir una promesa de creatividad en esos agujeros de la simbolización en los que transcurre el universo psíquico de esos niños.

Desde las terapias individuales al ritual de la merienda, desde las terapias con los padres a las horas de recreación, toda nuestra mira está puesta en ese objetivo.

Tratamos con chicos, personitas que hacen recién sus primeros escarceos en la vida. A veces estos son brutales, a veces no tanto, pero cuando las secuelas son tan terribles como para quitarle a un niño la posibilidad de una sonrisa libre, pensamos que todo lo que podamos hacer es poco. No estamos solo curando, sino también previniendo una coagulación definitiva de un conflicto grave y allí el límite entre asistencia y prevención se borra o desdibuja.

En definitiva nos proponemos, y sabemos que no es pequeña cosa, que estos niños puedan construir los fragmentos vitales que les permitan pensar el mundo como un ámbito para ser vivido y no como un espacio de resentimiento vacío.



Gustavo Slatopolsky
Coordinador de la cigarra



Esteban responde sin inconvenientes a la consigna. Participa contento y es siempre el primero en decir su palabra.

Llega el turno de Esther (Romano), ella enuncia su palabra: “Esteban” [el nombre del joven]

*Esteban se incorpora y grita:
“Esteban no!”*

Gustavo, encargado de tomar nota, escribe la palabra. Esteban entonces le arranca la hoja y se esfuerza por meterse de cabeza en la palabra escrita, su nombre.

Un nombre es una palabra y no; un nombre es más que una palabra aunque sea solo una palabra.

El ser alcanza una representación a través del nombre propio. El nombre propio no es más que una palabra. Del dolor de este hiato testimonia al intentar juntar su ser con su nombre en lo real.

Nos encontramos en el momento de reconocer al autor de cada palabra, segundo momento del juego.

Gustavo lee en voz alta una palabra y pregunta quién la dijo. Un participante se la atribuye a Esteban.

*Esteban, que no había sido el autor de dicha palabra le grita indignado:
-“¡Yo no soy palabra!”*

En el año 1998, hace ya casi 25 años, escribí junto a Esther Romano “Dificultades en el acceso a la palabra. Un taller”. En dicho trabajo se planteaba que el acceso a la palabra necesita de operaciones y que el taller “permite observar a partir de fallas en dichas operaciones, las dificultades que encuentran los niños autistas y psicóticos en el camino del acceso a la palabra”.

La viñeta del epígrafe, que pertenece a aquel mismo trabajo, no se proponía otra cosa que capturar la emergencia de la falla, en la idea de un taller laboratorio que “observa” y permite recabar datos de la estructura sin ser parte instrumental en la resolución de la falla.

Es posible que el *taller de la palabra* hubiese comenzado a funcionar un año antes, en 1997 o quizá en el 96. Aquel primer trabajo escrito sobre un nuevo modelo de taller tiene no sólo valor de testimonio de un momento bisagra que basculará en una dirección insospechada sino que además permite sopesar aquello que vino a transformar.

Un texto anterior había dado cuerpo a los fundamentos con los que fue creada La Cigarra – en mayúsculas -. Seis años antes, en 1992, se publicaba “*Psicosis infantil. Abordaje institucional. Fundamentos de una práctica*”. Allí Adriana Granica -fundadora y primera coordinadora de La Cigarra - junto a Oscar Sotolano ponían por escrito los ejes que ordenaban la práctica de lo que ya entonces era un hospital de día en pleno funcionamiento. En ese gran texto el lugar del taller queda referido al espacio en que **se recogen las transferencias** – entendidas como “transferencia de cargas pero también objeto de la pulsión parcial” – para hacer “participar de ellas al terapeuta de cada niño” en



virtud de que se concibe a la terapia individual como el lugar central en el que una simbolización podría alcanzarse.

El planteo de los inicios tenía la virtud de recentrar la clínica institucional en un orden estrictamente psicoanalítico rigurosamente fundamentado que hacía de la resolución de la transferencia la brújula soportada casi en exclusividad por el análisis individual.

Poner ambos textos en tensión permite iluminar aquel primer movimiento. El taller de la palabra que comenzaba a tener lugar era un deslizamiento de aquellos otros talleres que orbitaban como satélites alrededor del análisis individual, eje ordenador de toda la cura.

Si bien no se concebía aún el taller de la palabra como una modalidad en sí autonomizada del análisis individual, sí se recortaba del lugar de recoger material para el análisis y centraba su movimiento en una investigación en torno a la estructura.

Sin lugar a dudas, el hecho de proponerse como espacio de observación sin incidencia en la cura debe ponerse a la cuenta de nuestra convicción - aún en este primer movimiento - de que el análisis individual aún seguía siendo el eje.

I/ sobre la adivinación inconsciente

La idea de un taller orientado por una pregunta alrededor de una investigación de manera exclusiva debe matizarse. Es tan cierto que el taller de la palabra surge de la intención de investigar en modo laboratorio las

operaciones del acceso a la palabra cómo del encuentro en acto con el impasse en el *otro* modo de taller y los propios impasses de la clínica.

En aquel momento coordinaba un taller de música en el que nada de lo que allí se producía podía leerse en el orden de algún efecto analítico; cuerpos atolondrados que no se avenían a la consigna, caos, ruido. ¿Para qué podía servir todo aquello? Un día, harto del caos, en lugar de darles instrumentos hago sentar a los niños y niñas alrededor de una mesa para hacer percusión directamente sobre ella. El coordinador proponía tres golpes, ellos debían reproducir tres golpes también.

Un joven participante del taller quedaba siempre tomado por una deriva sin límite; las palabras pasaban por él sin punto ni comas con la consecuencia de no poder parar de hablar; cualquier idea producida sucumbía en el mismo instante en que acababa de ser dicha, aplastada por la catarata de palabras que seguía. Con los golpes sobre la mesa se reproducía en otro escenario la ausencia de regulación: el coordinador proponía tres, en él los golpes se infinitizaban y se lo tragaba el ruido y el movimiento del cuerpo.

El coordinador propone entonces tres golpes pero en lugar de solamente reproducirlos acompaña su ejecución con un desplazamiento de la mano en dirección hacia el borde de la mesa; cuenta: 1-2-3 y, al encontrar la mano en el recorrido el límite, dice “se terminó la mesa”. Cuando llega al borde hace el movimiento de golpear pero ese cuarto golpe no tiene sonido porque la mano “cae” de la mesa.

El cuarto golpe se acompaña de la frase “se terminó la mesa” y se sanciona con el golpe en el vacío. La no-



vedad que introduce esto es que el joven, que se encuentra enfrentado al coordinador del otro lado de la mesa, reproduce el sonido y la orientación de la mano hacia el borde.

Cuando se topa con el fin de la mesa golpea en el vacío y **se detiene**. Será la primera vez en años que *eso* alcance un punto.

Será ese mismo joven quien en el nuevo taller creado intentará sellar el hiato entre su nombre escrito en el casillero y su ser. Ese nuevo formato que hará posible alcanzar el enunciado *yo no soy palabra* tomará valor de invención a partir del cual el sintagma *la cigarra* despegará para siempre del modelo institucional que le dio vida.

Si la idea de un taller laboratorio nace del encuentro contingente con un límite *real* que oficia un primer punto de detención en una cadena alocada, quizá haya que dar valor de acontecimiento al *momento-detención* e incluirlo en el armado desde los inicios del nuevo taller ya que fue su consecuencia directa.

La insistencia en la apuesta por el análisis individual como centro en los inicios del taller de la palabra debe ponerse a cuenta de la resistencia en quienes escribimos aquel primer trabajo. Carecíamos por entonces de un modelo de cura institucional que, sin retroceder en la centralidad del Uno en la resolución de la transferencia – núcleo duro de todo análisis - desplazase su eficacia para un hacer en lo colectivo y más precisamente en una lógica singular de taller. Será en ese

lugar preciso que debe ubicarse el viraje: dar lugar al analista en lo colectivo sostenido en la malla de una lógica de taller que no retrocede en la responsabilidad frente al acto.



La cigarra como dispositivo será ahora ese instante en que la mano cuelga en el vacío de la mesa y detiene la presencia sin fisuras del goce del Otro en ese no poder parar. Se tratará entonces de un dispositivo que haga las veces de un vacío mágico, enmarcado; lugar topológico en el que un primer recorte del objeto pueda quedar cedido puntualmente, no sin el analista, más allá o más acá del análisis individual.

El instante de vacío que alojaba había quedado inventado por azar, no sin el cálculo inconsciente de quién coordinaba; quedaba hacia adelante la tarea de hacer con las marcas de aquel encuentro.

II/la cigarra, minúsculas

Nueve años más tarde, el 22/8/2007, el proyecto presentado para el departamento de hospitales de día pone por escrito la apuesta por un dispositivo en singular: “mayúsculas y minúsculas”. La brújula que orienta la lectura en aquella época es una interrogación radical acerca de la interdisciplina como modalidad indiscutida de la práctica y su eficacia en la clínica.

La interrogación no deja por fuera las mayúsculas con que suele escribirse Hospital de Día. La operación “mayúsculas” incluye al HD en una lógica universal que obliga una práctica establecida para todo dispositivo y la emparenta al DSM, aún en su versión

crítica y políticamente correcta. Se resiente allí la idea de aventura particular a recorrer a partir del hallazgo singular y sus coloraciones. La minúscula, al contrario, es hija de aquella aventura.

Un joven tomado por la injuria escupe insulto tras insulto en su casillero del taller de la palabra. Los insultos que profiere, se sabe, es a él a quien tienen por objeto. Al comienzo se escribe la palabra en el casillero que le corresponde en un intento de extraer la injuria, sin consecuencias. Se propone entonces una inversión: se lo invita a que él mismo pase a escribirla dentro de su casillero y el coordinador maniobra sobre el casillero dibujándolo más y más pequeño. Esto obliga al joven a concentrarse en escribirla más y más pequeña cada vez en el intento de hacerla entrar. Esto dará lugar a una demanda inédita: que el coordinador lo ayude y la escriba “**en miniaturita**”.

Trasladar todo el esfuerzo en un trabajo de reducción de la letra para dar calce a la injuria en el espacio concedido por el Otro tiene carácter de consentimiento. La injuria no desaparecerá pero una transferencia de escritura *miniaturesca* tendrá por efecto una resta que vacía el empuje y la palabra injuriante restará solo en condición de enunciado.

La solución sinthomática soportada en la letra *miniaturita* es consecuencia de un taller que ya no se plantea como el laboratorio de los inicios sino como soporte de invención en la que un analista maniobra sobre la injuria buscando su reducción apoyado en las dimensiones del casillero que oferta el taller. Queda claro que a esta altura el taller es ya un dispositivo de tratamiento en sí mismo

con un casillero vacío a la medida de la irrupción de cada quién.

“En miniaturita” permite leer además que no existe “El Hospital de Día” como modalidad de tratamiento establecido ni ha existido jamás. Todo esfuerzo por hacerlo existir siempre tendrá por consecuencia dejar afuera lo que es imperioso dejar entrar. Mayúsculas y minúsculas, miniaturita en el lugar de cuarto que anuda, una cigarra pequeña vez por vez y cuando sea posible: la cigarra.

III/lo singular en lo colectivo

Una manera simple de pensar la cigarra hoy: el efecto de haber podido hilvanar una “serie de eventos desafortunados” y con ello capear el temporal que conlleva el despertar a lo real sin buscar evitarlo. Más sencillamente, las cuencas de ese collar son las marcas de encuentros inesperados y la invención montada sobre el agujero en el saber que quedaba al descubierto en cada oportunidad para hacerlo no sólo soportable sino vital. El punto central de ese hacer nace del encuentro con un punto localizable de angustia en el coordinador traducido en el hartazgo y la pregunta acerca de qué sentido tenía un taller de música *de esa manera*. La escena da cuenta del encuentro con el impasse, la caída del Hospital de Día como semblante, presencia de S(A)/. El pasaje al acto – salida de la escena de aquel taller – para acabar con el ruido ensordecedor produce un viraje que sitúa un antes y un después: el coordinador de aquel taller *sabía* lo que hacía; ahora *no sabe y hace sin saber*: los sienta y prueba a tientas. El encuentro con el vacío de la mesa redobla el otro vacío, aquel del Otro que se dispone ahora como lugar en el que una cesión



puede tener lugar. El espacio suplementario, que no estaba en el inicio, se da por efecto de introducir desde la coordinación un recorrido –orientación- sobre el espacio de la mesa frente al encuentro con el goce desregulado que irrumpe como lo más propio del joven. En ese encuentro es posible leer una transferencia en acto que los articula: el vacío del Otro encuentra un cómplice en el límite espacial de la mesa; la invención del suplemento – sí, solo está allí por el acto de hacerlo existir – hace lugar a la cesión del objeto vocal.

Tiempo después, la viñeta “en miniaturita” da cuenta del mismo taller que ahora toma a su cargo aquello que la viñeta del epígrafe dejaba por fuera pero era ya evidente en la escena de la mesa: el dispositivo mismo de taller podía hacer las veces de nudo si se dejaba de esperar que la interpretación viniese del análisis individual.

Si lo que se propone aquí no difiere del objetivo de un análisis, una diferencia de peso en cambio puede situarse en su punto de partida. En el análisis – que también se cursa en la cigarra – la transferencia en juego surge de prestarse a ella de manera advertida pero libre; se sigue el sujeto en lo que trae sin marco fijo. En los talleres el marco colectivo es fijo por lo que la maniobra del coordinador es crucial: se obliga a leer la irrupción de la respuesta singular en un marco colectivo para dar lugar al acto que permita consentir la cesión.

Es decir, todos juegan el mismo juego – vector para todos del taller – *pero el acto recorta lo singular en el sujeto por el que el taller se transforma en instante que deja caer la instancia colectiva y hace lugar a una cesión, siempre singular.*

Los talleres ya no serán espacio para el despliegue del arte o de la locura; menos aún de la sublimación. El trabajo en juego es la invención que haga posible un nuevo nudo, menos mortificante.

Orientar al golpe en un recorrido sobre la mesa para trazar un límite fundante o reducir el casillero hasta pulverizar la injuria deja como enseñanza que:

- a. Es necesario salirse de la estructura fija del taller para producir el hueco que permita alojar el exceso, transformando al mismo tiempo la regla del juego.
- b. Ahora es posible salirse del juego del para todos sin dejar de jugar con todos para hacer lugar a la invención que hace agujero en la paradoja de una regla que concierne a un solo participante.
- c. Esta nueva regla nace y participa de las reglas para todos pero con estatuto que descompleta el marco fijo en el que se sostiene. Un taller colectivo que hace lugar a la regla singular y soporta la inconsistencia sin por ello detener el juego.

La lógica de una paradoja que se emparenta con el instante del eclipsamiento del para todos en el juego sin por ello dejar de jugar es lo que llamamos “lo singular en lo colectivo”. Es quizá el hallazgo más sorprendente hasta el momento en todos estos años de la cigarra: la posibilidad de un juego/taller que porte inscrustada la instancia de S de A tachada, que soporte el no-todo de una imposible regla singular articulada al sinthoma, a todas luces contradictoria con la regla general del juego; un juego que es yuxtaposición de soluciones singulares enhebradas que solo valen en tanto que Unos que a veces entran en relación y otras tantas no sin por ello desarticular el lazo. Para el caso, los casilleros son los



mismos e iguales para todos pero a partir de la transferencia en juego en determinado momento solo al joven de la injuria se le reduce el casillero. ¿adónde figuraba escrita la posibilidad de esta regla? En ningún lado, pero ahora es *su* regla así como a otro directamente no se le admite la palabra procaz y se decide dejar vacío su casillero. En un mismo taller cada quien trama su *sinthoma* en un juego único y singular con otros, con el coordinador, y con el casillero vacío.

Se lee con claridad en las viñetas el instante en el que la textura “entre varios” se eclipsa para dar lugar al acto.

Es un eclipse sutil porque se trata de la emergencia de lo singular en lo colectivo. Cada vez que esto tiene lugar habrá sido por efecto de la maniobra que pudo leer la irrupción y orientó en dirección a una cesión. En rigor, no se trata aquí de lógica excluyente sino de movimiento. La instancia coordinación deviene lugar de acto analítico sólo por sus efectos en un ir y venir de un lugar al otro. Pero una vez que esto acontece, quien encarne ese lugar se hace depositario de un investimento libidinal que lo soporta como Uno recortado del para todos y será con ese investimento singular que la textura colectiva toma el color libidinal de cada quien: el del taller miniaturita, el del “se terminó la mesa”.



La concepción de un taller que se desentiende de análisis individual – no orbita alrededor de él ni es apéndice que lo completa – hace de la lectura de la transferencia una condición necesaria en dirección al acto. Es aquí donde se franquea un punto límite, ¿se trata de coordinador o del analista?



En la cigarra consideramos que los instantes de atravesamiento de los que dan cuenta las viñetas no son posibles sin la instancia analista. Será siempre el consentimiento a la cesión por efecto de la maniobra el que sancione el instante de pasaje puntual y nunca definitivo de coordinador a analista, solo articulable en tiempo pasado a partir de los efectos. Habrá habido lo singular en lo colectivo si *hubo del analista*.

La chance de que algo del dispositivo alcance ese lugar de cuarto que anuda solo es posible en el consentimiento en el parlêtre al acontecimiento con valor de acto que constata un antes y un después. De este modo, consentimiento, transferencia y acto enlazan la condición-taller en un dispositivo que se pliega para hacer agujero soporte de un orificio de suplencia que da cuerpo a un goce soportable, vital, por el que la cigarra deviene lugar de un artificio apto para todo uso que siempre será único, singular, y con viento a favor, no desgajado del lazo con otros.



LO SINGULAR

Mapa de latas: Loma de la lata
Horacio Sánchez Fantino

DEL TRAZO AL LAZO



Emilia Franco



Primer tiempo. Lo que representa al sujeto

En el taller punto y coma, que se realiza de manera virtual, cada participante es convocado a su turno a decir una palabra, que se van encadenando para formar una frase, hasta que alguien pone el punto.

M no dispone de la voz para participar en este taller. Cuando es su turno de continuar la frase le pedimos a la madre, quien participa con él, que traiga un papel y una lapicera y que dibuje un casillero para que M pueda escribir en el mismo. Cuando se le solicita que escriba M realiza, de manera iterativa, un trazo similar a una m cursiva.

Al momento de leer lo que escribió en el papel, lo significamos como su firma, su marca, aquello que lo representa.

Un día el coordinador propone comenzar la frase de la siguiente manera: **Lo que más me divertía en la escuela...** Y los chicos van agregando: **era estudiar / jugar con amigos pero sin pegar, / firma de M / a los compañeros / y jugar deportes / punto.**

Leemos en su trazo aquello que el sujeto pone en juego como lo más propio, marca singular, que insiste una y otra vez, siempre igual, sancionándolo como su firma.

El trazo con el que M responde al pedido de continuar la frase del taller es un S1 que itera, sin mutaciones, sin equivocidad, S1 que prevalece en el autismo, sin articulación y que no remite a ninguna significación.

Segundo tiempo. Otra lectura posible

Otro día, en el mismo taller, estamos escribiendo una carta y una analista propone empezar con **José Martín mi bombón:**

Y los participantes van agregando: **que por favor le diga / que piense bien las cosas / pero**

Cuando es el turno de M, él escribe en el casillero y su madre comenta “no sé qué dice”.

A partir de este comentario de la madre, el coordinador pide a una analista que diga qué pudo haber querido decir M. La analista pide a M que le muestre lo que había escrito “a ver, M, ¿me mostrás?”. Es la madre quien muestra el cuaderno en la pantalla. La analista lee allí: **creo que**

La frase continua: **no le gusta que está sola / ¿por qué quiere compañía? / me pregunto / porque no quiere estar más sola / : / quizás quiere / tomar algo / con / un chico que le gusta / de verdad**

En ese momento otra analista pregunta: “¿M querrá poner el punto?”. El coordinador le dice a M que es su turno. La madre de M le dice: “poné el punto, así, no, así no, así” y M escribe una línea como su firma. Se produce una risa entre los participantes del taller, en relación a que no escribió el punto. Una analista agrega: “un punto no es”, a lo que el coordinador le pide que diga qué cree que escribió M. La analista lee: “para mí dice **¿será éste?**”. Otro chico pone el punto y finaliza la frase.

A partir de este momento, y en las siguientes frases, cuando es el turno de M y se le solicita que escriba, el coordinador pide a alguno de los analistas presentes que lean eso que M depositó en el casillero.



La maniobra en este segundo tiempo es comenzar a leer en ese trazo de M ya no su firma sino lo que suponemos que dice allí, significándolo como un S2.

A ese Uno que iteraba, que fracturaba el sentido de la frase, le enganchamos un S2, provisto por la enunciación de cada analista. El rasgo de M, que no participaba de la articulación simbólica, queda ahora articulado al lazo, haciendo cadena.

Por su parte M consiente a que ese trazo sea leído por quienes participamos del taller y va produciendo variaciones en el mismo. Cuando se le dice que es su turno de continuar la frase comienza a hacer una grafía más extensa, ese mismo trazo, pero más largo y algunas veces con un espacio en el medio. Algo de la iteración pareciera ser conmovida.

Lo singular en lo colectivo

Es a partir de alojar la singularidad, permitiendo que el sujeto participe del taller aportando su trazo por escrito, que maniobramos con la respuesta del sujeto autista, respuesta a un pedido dirigido mediante la consigna del taller.



En ese trazo que pareciera una letra ilegible, que no convoca a la lectura, en el taller es puesta al trabajo para ser leída. Hay una posición decidida de leer esa marca singular: en un primer momento como su firma, en un segundo tiempo poniéndolo a jugar en lo colectivo del taller quedando enlazado a la frase.

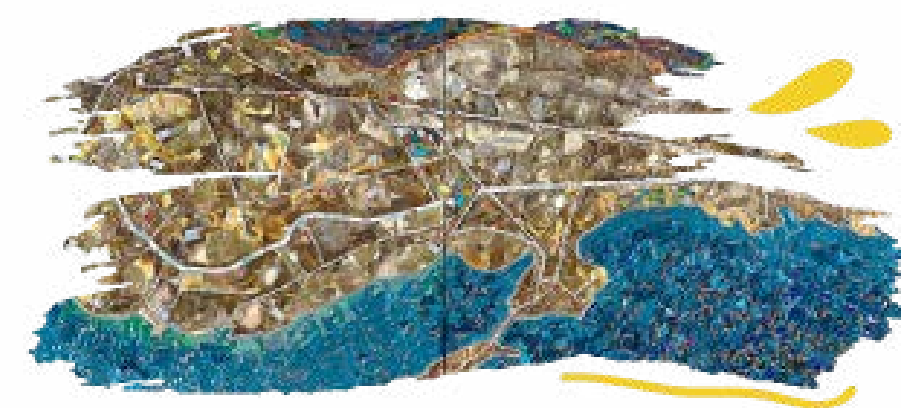
Esa lectura entre varios analistas tiene efectos en M, quien consiente a ceder su trazo con modificaciones, y también en la madre de M, quien luego va a poder ella intentar leer lo que escribió su hijo, sirviéndose de esas lecturas posibles.

Bibliografía

Laurent, E. *La batalla del autismo: De la clínica a la política*. Buenos Aires: Grama Ediciones, 2013.

Alvarez Bayón, P. *El autismo, entre la lengua y la letra*. Olivos: Grama Ediciones, 2020.

Tendlarz, S. y Alvarez Bayón, P. *¿Qué es el autismo?: Infancia y psicoanálisis*. Buenos Aires: Colección Diva, 2013.





NO ES SIN LA MADRE



María Laura Eduardo



“Cuando la distancia entre la identificación con el ideal del yo y la parte tomada del deseo de la madre no tiene mediación (la que asegura normalmente la función del padre) el niño queda expuesto a todas las capturas fantasmáticas. Se convierte en “objeto” de la madre y su única función es entonces revelar la verdad de este objeto.” (Lacan, 1969 p 393-394)¹

El título de esta jornada, *La Cigarra Híbrida*, nos remite a la mixtura entre trabajo presencial y trabajo virtual. Esta invención, producto de la pandemia, trae varias novedades, entre ellas la posibilidad de reflexionar sobre el lugar de la madre y las diversas intervenciones posibles.

¿Qué condiciones fueron favorables para que algunas intervenciones lograran conmover esa posición materna, provocando consecuentes efectos en este joven?

Taller en la web

M es un joven que asiste desde hace muchos años a los talleres de la cigarra. Para ingresar al espacio de los mismos, necesitaba alguna psicóloga a su lado mirando las pulseras que él señalaba, en casi todo momento del taller. Su cuerpo tenía un movimiento ondulante y continuo.

Durante los talleres virtuales en pandemia 2020, su madre lo perseguía con el celular por todo el espacio de su casa y M casi no se detenía frente a la cámara. La cigarra le hace un lugar también a Gabriela, la madre, quien desde entonces se conecta periódicamente a los talleres, inclusive si su hijo no está.

¹ Lacan, J. (1969) Nota sobre el niño, Otros escritos, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2014

Comienza así a ser una participante más del dispositivo, tiene su turno para participar como todos los demás. Por momentos se queda perpleja ante las preguntas, pero de cualquier manera acepta jugar.

A mediados de noviembre de 2021, el coordinador solicita a tres integrantes del taller que le pregunten a M si él quería afeitarse. Esta situación surge porque ese día M se conecta con el pelo corto y afeitado. Se inaugura una dinámica donde la pregunta por el deseo de M no viene solamente de parte del coordinador, sino también de los demás integrantes.

La madre si bien sigue diciendo “a él le gusta”, con un todo saber sobre su hijo, comienza a aceptar perder puntos mientras juega en cada taller.

“¿Gabriela cuántos puntos pierde usted hoy?” le dice el coordinador y ella contesta “uno”.

En diciembre del mismo año durante un taller, frente a una consigna que se le dirige a M, Gabriela le dice a M” a vos te dicen, no me mires a mí” y el coordinador le dice entonces “punto para Gabriela!”

Durante los primeros meses del año 2022 en el Taller de Punto y Coma por la web, el coordinador le solicita a Gabriela que dibuje en una hoja un cuadrado para que M pueda escribir su trazo, lo que la cigarra denomina “su firma”.

“Gabriela, ¿qué dice ahí?” le pregunta el coordinador

a la madre; ella responde “ahí no dice nada”.

Más adelante ante la misma pregunta, la madre dirá “ahí dice tal cosa”, con absoluta seguridad.

A mediados de julio de 2022 el coordinador va a decir “¿Gabriela podría decirme que escribió M ahí? Yo no alcanzo a ver”, ante lo cual ella va a responder “Ay, no sé, ayudame”. Los talleres siguientes va a solicitar ayuda a otro joven que participa de los mismos para poder responder.

Así, se podrían recortar muchas viñetas con diferentes intervenciones que apuntan a que se produzca una hiancia, un espacio entre este hijo y su madre.

M comienza a escribir trazos más largos o separados por espacios, puede actualmente detenerse y permanecer sentado frente a la cámara, incluso sin su madre presente. Ahora dispone de un cuerpo.

Taller Presencial

En los talleres presenciales, también de julio de 2022, podemos ver efectos del trabajo que M ha realizado y sigue realizando en los dispositivos de la cigarra por la web.

Su madre no participa de estos talleres, se queda afuera, sin embargo ahora M no necesita de una analista que mire sus pulseras y puede sentarse a disfrutar de los juegos.





Durante el *Taller de la Palabra* M dibuja en un casillero un trazo y dice “Gustavo” (en voz baja, pero clara) cuando la consigna en ese momento era ¿qué extrañas de Gustavo? ya que ese día el coordinador estaba ausente.

En otro momento del taller del mismo día, una analista le dice a otro niño a quien le tocaba el turno, “¿querés dibujarla o querés decir tu palabra?” M entonces se acerca al niño y le ofrece una hoja. Esta posibilidad de lazo social pareciera factible ahora, ya que M dispone de un cuerpo.

Esto último se observa claramente en el *Taller de Teatro*, donde la consigna es hacer una escena al frente de los demás integrantes que hacen de público. M elige pasar con una psicóloga y toma como elemento una pelota. Comienza a hacer pases con las personas que estaban haciendo de público, es increíble como todos se integran a jugar a la pelota, pero el que dirige el juego es M. Se sonríe, todos los niños y jóvenes sonríen y todos los psicólogos sonríen. Es increíble cómo se vitaliza todo.

Comentario final

La web nos ha permitido incluir a la madre de M en los dispositivos colectivos de los talleres, cosa que no sucedía antes de la pandemia iniciada en marzo 2020. A partir de ahí intervenimos no sólo con el joven, sino también con ella, intentando horadar de forma divertida ese todo saber sobre su hijo.

Preguntarle sobre él y también sobre ella, son

intervenciones que apuntan al sujeto no todo madre. Es posible que lo colectivo del dispositivo, donde hay un ambiente distendido de juego, haya contribuido a que esta madre tolere las preguntas por su propio deseo. Pareciera también que algunas intervenciones donde los analistas hacen caer una barra sobre ellos, donde de forma divertida dicen “yo no sé de eso”, y otros participantes pueden salir a rescatarlos, han tenido efectos en esta madre.

Bibliografía:

d Halleux B. “No sin los padres” Revista Preliminaire N° 13, Francia, 2001

Lacan, J. (1969) Nota sobre el niño, Otros escritos, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2014

Lacan, J. (1953) El mito individual del neurótico, Intervenciones y textos 1, Ed. Manantial, Buenos Aires, 1985.

Mannoni, M.(1964) La relación fantasmática del niño con su madre, El niño retardado y su madre. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1997

Peusner P. El dispositivo de presencia de padres y parientes, El dispositivo de presencia de padres y parientes en la clínica psicoanalítica lacaniana con niños, Ed Letra Viva- Colección Textos Urgentes, 2010

Slatopolsky, G. Seminario La cigarra no- todo dispositivo, Clase N°8, Centro de Salud Mental N°1, C.A.B.A. 2022.





UNA PRIMERA OPACIDAD FUNDANTE



Gustavo Slatopolsky



Nos encontramos en el taller de “**punto y coma**” en *la cigarra* en la web durante la pandemia. Le pregunto a la madre de M dónde se encuentra su hijo ya que no se lo ve en el recuadro de Zoom.

Responde que se había ido “al nuevo Hospital de Día”. Ella no lo aclara pero que su hijo haya partido a otro hospital no hace obstáculo a su decisión de participar sola, como una integrante más del taller, al que se integra. Al tiempo M retornará, como siempre, luego de hacer un nuevo intento fallido por incluirse en dispositivos totales de tiempo completo.

La madre sabe todo sobre M y eso le permite responder por él sin margen de error dentro y fuera de *la cigarra*; no hay siquiera vacilación frente a lo que pudiese significar la marca escrita siempre igual con la que M responde a lo que sea y que vierte en el casillero vacío escrito cuando llega su turno de decir su palabra. Así como sabe todo sobre él, responde sin medias tintas que esa grafía no significa nada; “¡qué va a ser Gustavo!”, dice y lanza una carcajada.

Al casillero se llega porque, cómo su madre respondía inmediatamente por él, la coordinación interviene creando un espacio vacío entre ambos que permitiese que el joven “hablase” sin la interposición masiva y aplastante de la madre. Se comienza a partir de allí a diferenciar el turno de M del de su madre, a quien también se convoca ahora como una integrante más por una palabra en *su*–turno– que no es el –de –su –hijo. Si en M reconocemos el trazo en el lugar de su palabra, a su madre la reconocemos en una palabra cualquiera con la condición de que soporte un espacio/tiempo distinto del turno de su hijo.

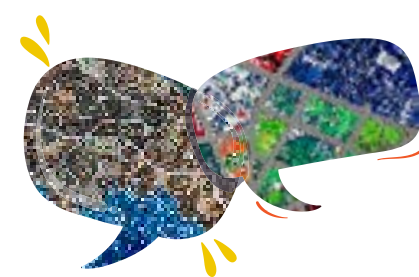
A esa grafía, su marca singular, en virtud de que M casi no habla, le hemos hecho un lugar en el taller “punto y coma”. Su madre lo acompaña sentada a su lado y le pedimos a ella que cuando sea el turno de M le dibuje un casillero vacío para que dentro del mismo deposite su marca.

Una frase se viene armando entre todos. Cuando le solicito la palabra a M, su madre le dibuja el casillero y M vierte su marca dentro. Se trata ahora de una marca dentro de un casillero que señala su lugar en la frase; una marca contenida por el borde del marco de un casillero que a su vez es parte de una diacronía en curso que exige una adecuación gramatical para dar curso a una significación compartida.

M no habla pero responde decidido con un trazo cada vez más firme cuando se le pide su palabra para continuar la frase que se viene hilvanando. A su palabra, antecedida por la de sus compañeros y analistas, sucederán otras hasta alcanzar el punto gramatical que detiene el movimiento y fija el sentido de la oración. Su “palabra” es un trazo asemántico siempre igual que semeja una firma y así queda nombrada desde la coordinación cuando lee en voz alta como ha quedado la frase:

yo –quiero- correr- [FIRMA DE M] – al campo.
Que se la nombre *su firma* instituye una primera operación. Ahora bien, si M responde con decisión a la convocatoria del Otro, ¿qué orienta a nominar allí “su firma” en lugar de contentarse ya con su sola respuesta entendida cómo marca singular desde la cual se sostiene un cuerpo que se afecta en el encuentro con el deseo del Otro sin desfallecer?

II/



Tenemos un trazo que es trabajo, marca singular, punto de arriba, letra; respuesta absoluta que no llama a la lectura en el parletre pero tampoco hace enigma en la madre.

Denominarla “firma” es una manera de reconocer allí un decir; nominar desde el Otro que eso dice algo aunque no sepamos qué y, más aún, que en ese trazo está él concernido. Al mismo tiempo busca instituir entre la madre y el joven que hay algo a leer allí.

Comenzará a partir de aquí un trabajo nuevo. Cuando en su turno M escriba el trazo, se le pedirá a la madre que muestre en cámara lo que ha quedado escrito; se le dice que no se alcanza a ver con precisión y se le solicita ayuda: *lea* por favor que dice lo que su hijo acaba de escribir. Esta intervención incide fuertemente en el lazo que ahora se abre y que articula entre madre e hijo, un trazo; y entre el trazo y la madre una lectura solicitada por el coordinador. Se sitúa aquí un corrimiento sutil en el todo saber materno que caía sobre el hijo que queda desplazado sobre su marca y habilita la suposición de que allí algo puede ser dado a leer al modo de un enigma a develar.

Su primera reacción es de sorpresa por una pregunta que no reconoce lo obvio: “¿y qué va a decir? ¡Nada, si no habla!”; más adelante aceptará pasar por la lectura para concluir: “*no dice nada*”. Será el tiempo tres el que interesa; luego de la lectura exclamará: “*ay, no sé...*”.

Es preciso recordar que se parte en la madre de no reconocer ninguna instancia subjetiva en el trazo. La posición es de anulación. En este punto encontramos una posición paradójal en el estatuto del trazo. Si por primera vez la madre en el lugar del Otro se siente llamada a interpretar algo opaco al sentido a partir de la suposición de que dice algo, la estructura en juego parece evocar la transformación del grito en llamada que da lugar a la alienación en el significante. Sin embargo, aquello a lo que se la convoca en la interpretación es a donar sentido a un punto de arriba subjetivo; el trazo es ya respuesta con estatuto de letra y no presencia del organismo sobre la que sería necesario propiciar una pérdida fundante que de paso a la significación.

La operación es por tanto distinta. Solo por la *operación-cigarra* se hace de un trazo asemántico que sostiene el anudamiento – es con y desde ese trazo que M se interesa en la propuesta del Otro y cuenta con un objeto que interpone entre el Otro y él mismo – semblante de llamado a la interpretación.

Pero si la opacidad llama a la interpretación en la división que opera su encuentro, aquí ni es opacidad ni llama a la lectura en el parletre. No se trata de la producción del sujeto como aquello que cae por efecto de la división sino de servirse de la marca a la manera de artificio para causar la división, pero en el Otro: “ay, no sé”. Esa es la novedad.

Será la primera vez que una opacidad en el hijo responda causando la división en el Otro. Podríamos decir que haber desplazado la mirada que caía sobre el hijo como cuerpo para posarla en su firma da lugar a un

intersticio de no saber de la madre sobre *algo* – en - su -hijo. El espacio que nace entre ambos se hace posible en la invitación a la lectura del trazo que antes quedaba desestimado por el Otro. Es recién ahora que el trazo figura un límite al todo saber materno: una primera opacidad fundante. Esto es solo a partir de hacer valer en ello la suposición de algo a ser leído desde la coordinación.

El consentimiento en la madre a la lectura – y por qué no también, a *jugar* a que lee - y su consecuencia de división al momento de tener que donar sentido a una significación supuesta en el hijo da valor de acto a la invitación a leer.

III/con otros

En el encuentro con la división no se la deja sola. A veces alguien puede prestarle una palabra, otras es ella quien pedirá que la ayuden; en ocasiones el coordinador le dirá que no se apure en decir “no entiendo”: “tómese su tiempo, lea despacio”, o también “fíjese con qué letra empieza”. Una suerte de “escuela para madres” pero en la que la enunciación en la convocatoria a la lectura es siempre en un clima “por favor, lea usted que yo no alcanzo a ver desde acá”. Esto es, lejos de una demanda y menos aún del protocolo de lo que una madre debería hacer, se trata más bien de un punto de falta en el Otro por el que la mirada se barra y en esa hiancia es posible ahora tomar una nueva posición. De manera más sencilla: se le solicita ayuda para entender aquello que sólo ella puede saber qué dice, pero en un clima abierto al yerro, a la equivocación o al acierto, nunca de manera definitiva.



Es posible a veces que también se la ayude invitándola a contar cuantos espacios vacíos es posible encontrar en esa maraña ininteligible que llamamos “sus palabras”. Si la madre cuenta dos espacios, se tratará en consecuencia de tres palabras. ¿Cuáles? Las que ahora es preciso articular con las palabras que anteceden a la firma, aquellas que fueron dichas por los otros participantes a su turno. Así:

“Ricardo y Gisele se fueron a trabajar y resulta que... [firma de M, que su madre lee:] *tenían un compromiso* (...)”; o “Yo vengo a la cigarra porque [firma de M, que su madre lee:] *porque me gusta* (...)”.

Como puede observarse, a diferencia de un grito en un embudo de tiempo sin un antes y un después, M estampa la firma en un momento preciso de la frase a solicitud del coordinador y lo que su madre debe interpretar no es el significado aislado del trazo en sí sino embragar para que lo escrito entre en un campo de significación articulada a la frase con otros. De esta manera lo que antecede da el puntapié para que la madre pueda “leer” y así ella funciona de sostén haciendo posible el lazo al significar el trazo conforme a la sintaxis que incluye las palabras de los otros en el juego.

La frase es el lazo. Ser parte de la misma es estar en el mundo, no sin la madre que ahora le arma el borde para que escriba dentro pero el bucle solo se cierra cuando ella pone su parte en la lectura del trazo.

Es allí, en el *instante lectura*, que se hace presente vez por vez que se trata de dos cuerpos articulados a un trazo en el que uno lo escribe y el otro inten-

ta descifrar lo que busca decir aunque no busque decir nada. Esa es la magia: el juego abre al deseo de que eso busque decir algo y por primera vez la madre alcanza el lugar del Otro en el modo artificio que hace posible el lugar al que es llamada en el juego

IV/ L/a madre acigarrada

Las dos frases que siguen ubican de manera precisa la transferencia en juego operada entre la madre y el coordinador al haber introducido la cuña que fuerza a leer el trazo en el hijo. (el sábado a la noche) estaba descansando/y de repente.../tocan a la puerta/toc toc/y dice quién es/¡Eslato!/qué miedo/[FIRMA DE M en la que la madre pide ayuda para interpretar] ***B, ¿me ayudás?--“Qué vergüenza”***/estaba todo despeinado/y estaba sin pantalones,/me los pongo,/voy corriendo a abrirle porque tengo miedo que saque un punto y resulta/[FIRMA DE M que la madre lee:] ***“que me lo saca”***. Gustavo le dice a su esposa: Qué pasa/estoy nerviosa porque [FIRMA DE M que la madre lee:] ***“me saca los puntos”***

En ambas frases se lee sin mayor dificultad cómo la interpretación que la madre da al texto del hijo incluye ahora una dimensión del Otro que le saca algo. En la primera es consentimiento a la exigencia semántica que emerge de la frase misma – la figura del coordinador que tacha puntos, pone, saca, no solo es ficción en la madre sino de varios... - pero nada en la segunda frase llama a eso más que un deseo nacido a la luz de la entrada fantasmática de la figura del coordinador entra



la madre y el joven. Un deseo que le hace decir a través del trazo de su hijo lo que ella misma desconoce de sí y que ahora entra de manera lúdica sostenida por la dinámica misma del taller.

V/ operación-cigarra/algo en su hijo

La salida del covid en los comienzos hizo posible una cigarra híbrida, sostenida tanto presencial como por la web según el día, cigarra *dividida*. Esto habilitó trabajos distintos y, da la impresión, *elegidos* según sus formatos. Por ejemplo, el *otro trazo*, aquél que no es su firma, que nunca se ha hecho presente en el zoom y solo existe en presencial.

El otro trazo nada tiene de firma. Es una marca fuerte que semeja la adquisición de una traza contable; palote que preserva un vacío entre el primer palote y el que sigue – esto permite una primera cuenta 1,2,3... - y es el que pasa a anotar en el pizarrón al lado de su nombre escrito en imprenta – sí, reconoce su nombre diferenciado de los otros escritos – cuando pregunto en el taller de la palabra “¿quién escribió en el casillero de M?”. Así responde al llamado del Otro reconociendo su nombre en el pizarrón para colocarse su propio punto.

Esta otra traza, más cercana al grado cero del código que deja entrar lo contable, solo se hace presente en el encuentro con la resonancia del llamado del coordinador *en presencia*, cuando su llamado produce el estremecimiento ostensible del cuerpo al ser convocado. Allí, *se* reconoce.

Hay que decir también que en presencial nunca está ausente la firma. Es la traza que deposita, siempre idén-

tica, en su casillero del taller *de la palabra*. Sin embargo, la firma que escribe por Zoom es mucho más larga que la diminuta que escribe en presencial sin que sea evidente el porqué de esa diferencia.

El otro gran punto que hace entrar la cigarra bífida es la presencia la madre junto al hijo en la casa, escena que está ausente en la cigarra presencial donde M pasa solo a los talleres y ella espera afuera. Esta es la clave que ha permitido hacer del trazo siempre idéntico un artificio a poner a jugar como primera opacidad al todo saber materno sobre el hijo. Porque, lo repetimos, hasta aquí, en la madre, el trazo no era índice de singularidad alguna en el hijo sino más bien objeto del aplastamiento generalizado de cualquier alteridad posible a dicho saber: “¿y qué va a decir? ¡Nada, si no habla!”.

El punto es que M sí habla, pero casi no tiene voz. Es cierto que no cuenta con frases articuladas sino palabras, una, una, una. Pero cuando son dichas es solo un hilo de voz el que les da cuerpo y a veces se trata solo de articulación muda. El problema es menos la palabra o su supuesta ausencia sino la retención del objeto voz que no le da cuerpo. Allí se ubica el punto: M habla sin voz a una madre que solo oye y no está dispuesta a escuchar lo que tiene para decir. Es aquí donde la web tomará el lugar de una oportunidad que no estaba en el cálculo.

Aquello que toma el nombre de operación-cigarra circunscribe en este caso diferentes aspectos que tienen lugar. Por un lado, dejarse tomar por la presencia de la madre en el juego; escuchar que era ella quien buscaba en la cigarra un partenaire si la cigarra encontraba la



buena manera de dejarse tomar en ese lugar.

La posibilidad de introducir una cuña entre ella y su hijo se vale entonces de una dimensión transferencial en la que la cigarra se hace partenaire de la soledad de la madre. Esto la habilita soportar una distancia real con el hijo - lo envía a otro hospital y dedica su tiempo libre, ahora, en venir a la cigarra sola a jugar su propio juego-. Pero M no puede hacer pie nunca en esos dispositivos totales y a los meses vuelve a quedar fuera y se reinstala adosado a la madre. Aquí entra en juego el otro lado de la operación: hacer valer como objeto entre el sujeto y el Otro un trazo que en sí no llama a ningún intercambio ni tiene lugar establecido en la escena del mundo cuya condición es la de la palabra significada.

El valor de la operación cigarra se sostiene de un taller cuyo juego *pide* imaginario; dar cauce a una significación articulada entre todos los participantes, aún en aquellos exilados del sentido y la enunciación.

El juego obliga al coordinador a solicitar su palabra incluso a quien no habla o lo hace por fuera de una sintaxis compartida. El fuera de lazo parece más condición general que excepción y la frase se compone de retazos amañados de palabras a medio camino del desecho, jaculatorias, y también trazos que en su repetición toman el lugar letra extraída.

Se les pide la palabra en *punto y coma* pero, a diferencia del taller *de la palabra* en la que cualquier palabra es bienvenida, aquí debe encontrar su lugar en el cauce abierto por el sentido que viene articulando la frase con los otros compañeros que la anteceden. Es decir,

no-cualquier-palabra entra y allí se hace sentir la vertiente imaginaria, menos presente en el otro taller.

La palabra en M es trazo asemántico siempre idéntico que nada dice o, en la vertiente opuesta, siempre dice lo mismo de manera monótona, desentendida de lo que la frase busca decir. En su repetición alcanza su dimensión de letra y en tanto que tal, su estatuto es real.

Orientar un taller a partir de una frase permite tomar apoyo en la malla que provee la sintaxis y que articula lugares diferenciados para cada quién en la frase - lugar de lo simbólico por excelencia -.

En el momento en que las palabras cobran significación y la frase asoma a la ficción imaginaria de la comprensión de unos con otros, un meteorito se incrusta, una letra que no disimula su carácter extranjero a la significación y que además pasa de ella.

La imagen de meteorito incrustado dice del efecto de la letra en el lazo con otros que la frase misma instituye, motor y condición de este taller. La letra en su función de iteración, puesta a rodar en el campo de la significación es una piedra en el zapato que entorpece.

Hasta aquí, ninguna novedad. Tampoco es nuevo hacerle lugar en *la cigarra* como lo más propio de sí en su carácter de trabajo logrado por el que dicha letra articula su lugar en el sostén del anudamiento con estatuto de sinthome. (El lugar de letra extraída fuera de sentido que localiza el goce del Otro, con estatuto de borde, es capital en el autismo).



La primera novedad se cifra en ofrecerle un taller cuya materia misma obliga al sentido compartido y fuerza la letra a la articulación. Pero en el taller *punto y coma* M se desenvuelve de la misma manera que en el taller *de la palabra*: iteración de una letra que se desentiende del sentido.

Lo realmente novedoso es haber hecho de la madre la condición del imaginario y producir de hecho una resta artificial con consecuencias de peso. Cuando la madre significa de manera ficcional la letra – le otorga un texto – la letra deja de tener su valor rocoso para ser revestido por una versión del fantasma materno aligerado por el cauce abierto en el torrente que arrastra la frase.

Es aquí donde la letra toma valor de cosa velada – si se permite una versión exagerada y desde ya, imposible – por el nuevo significante materno que ahora toma el lugar de hacer valer una significación en el lugar de una letra y permite que la frase siga su camino.

Si el DM es leído de manera estructural como un significante a ser desplazado por otro para alcanzar un orden de desplazamiento perpetuo que hace que la significación obtenida cada vez penda del hilo de la indeterminación siempre mutable en virtud del contexto – una palabra siempre podría querer decir otra cosa –, en el taller *punto y coma* el efecto es diferente.

La letra en M es ya respuesta a una intrusión que no porta la marca de la extracción - la palabra es imperativo imposible de hacer entrar en la indeterminación, la “firma” su forma de sobrellevarlo, su *invención* -. Por

ello, el trazo que nada dice lejos de arrojar a M fuera de lazo es letra con estatuto de sinthome que le permite estar *a su manera*. Es con esta solución/síntoma que M puede emocionarse, que sus ojos alcanzan el brillo de un deseo extraño, que puede caminar sin que el cuerpo se le retuerza como cuando no contaba con la firma.

Con esa localización M alcanza el cuerpo, lo ciñe. Y *la cigarra* pide un poco más: que con ella haga hablar a su madre acerca de un hijo que quiere algo que ella desconoce. Es allí que se relanza todo a la manera de un caleidoscopio: frente a un DM enclenque o que no ha quedado desplazado en los inicios, el lugar de algo a significar lo toma la invención propia de M que, paradójicamente, es el parapeto frente a un deseo sin falta.

La invención es utilizada en *la cigarra* como si se tratase del semblante de un deseo a ser descifrado, pero desde la madre porque la letra no hace enigma en el autismo y la apuesta es a servirse de una letra que, a sabiendas de su lugar en el nudo, pueda en el joven tomar función de un primer enigma en el Otro. En esa dirección se orienta la maniobra que se despliega en el taller.

Se pide a la madre que lea aquello que sólo es posible imaginar, que imagine que podría querer decir aquello que su hijo escribe. Ese es el truco, dar nacimiento al casillero vacío que opere la causa de un querer imaginar en un modo de estar juntos que rechaza el vacío entre ambos.

Con los elementos así ordenados así se lee que la operación-cigarra es dar nacimiento a un deseo inédito en la madre que permita soportar un instante de vacío entre ella y su hijo. Un deseo artificioso que se sostiene



más de un deseo de querer estar en el juego y por ello consentir a lo que el juego pide que de una posición nueva en torno al hijo. Esto no le quita mérito sino que por el contrario realza la solución e invita a pensar los diferentes modos en los que se torna operacionable un vacío con el que no se contaba. A medida que ella entra en el juego de suponer lo que en un principio no tenía entidad significable se abre a una disponibilidad libidinal de la que el que el hijo ya no es tapón.

La operación analítica pone en circulación puntualmente la letra y en ese movimiento constituye un reme-
do de artefacto de discurso en el que dicha letra toma estatuto de *a* que da lugar al sujeto dividido encarnado en la madre. La estructura en juego [*a*----S/] es propiamente la del discurso del analista con la salvedad aquí que *a* es el enigma en que ha devenido ese “algo” que secreta su hijo y que nunca tuvo hasta aquí horizonte de desciframiento.

Es el “no-saber-que-quiere-decir” lo que rescata a la letra del solipsismo “autista” y la pone a jugar produciendo la división en el Otro. Es esa falta la que libera a ambos del circuito infernal.

Es notable el cambio que se produce en la inflexión de la voz en la madre así como la atención de M en el juego acercándose a la pantalla para escuchar mejor o fijar la vista a lo que quiere ver.

No saber que quiere *eso* decir no es algo que se anote en el Otro. Por ello hablamos aquí de división artificiosa. Hay sí instante de división pero sostenida en la pregunta acuciante del coordinador para que responda por el sentido de la letra para que no se detenga el

campo de significación que pide el juego. Lo que aquí se llama “opacidad fundante” no tiene función de límite estructural a la manera de una pregunta auténtica articulada en torno a Otra alteridad irreductible sino que opera sostenida por la malla del juego que da lugar a la pregunta del coordinador.

De manera esquemática es posible pensar los elementos en torno a RSI en un reparto que hace del juego /S, la letra/R, lo que ello quiere decir, su significado/I. En los comienzos del taller solo tiene lugar S/R, la malla de la sintaxis que ordena lugares y la letra que se incrusta perforando la significación haciéndola estallar. Es el tiempo del *¡que va a querer decir. Nada!* El momento en el que el Otro *toma lugar* hace posible la palabra por sobre la letra - en el taller se escriben ambas - al hacer del trazo un S1 que se significa por el S2. Este pasaje no es sin la presencia del cuerpo del Otro en el instante *ay, no sé*. La inflexión de la onomatopeya *ay* de cuenta de un cuerpo afectado aunque menos por el enigma del trazo que por la palabra de un Otro que la toca al pedirle que lea. El juego le permite jugar a que eso podría querer decir algo aunque no crea en ello. Sin embargo su voz vacila cuando no sabe con qué responder por el texto del hijo. Ese cuerpo tocado es signo de la transferencia en juego por el que la madre es ahora capaz de donar sentido al sinsentido del trazo. Es allí que la transferencia que instala la cigarra se cuela como cuarto enlazando RSI en cada vuelta del juego.

No sé es la brecha abierta que sigue al *ay* y que redobla la cesión que había tocado el cuerpo, ahora haciendo lugar a una falta en lo simbólico. Es desde allí que se instala un circuito de demanda inédito: que alguien le



preste la palabra que no se le ocurre. La maniobra en la transferencia dará lugar después a su propia palabra y finalmente al momento en el que responde con un fantasma que hace del coordinador el agente de una falta con la que significa la letra del hijo.

Vale subrayar para terminar que M no se entera de nada de esto si por esto entendemos la significación en juego, aquello con lo que madre significa la letra que sigue idéntica en su iteración cada vez que se lo convoca. Sin embargo, la maniobra de establecer dos lugares en el juego – su palabra, a la que responde con el trazo seguida de la significación que podría tener separado del turno de la madre en posición de sujeto responsable por su propia palabra – habilitan en la madre una respuesta en tanto que madre en función y otra, que parecía estar sellada a fuego acoplada al cuerpo del hijo.

Aún si nada de la significación en curso convoca a M, no por ello podría concluirse que salga indemne de los efectos de la transformación en la madre dado que lo que la web ha permitido es poner al trabajo una economía de goce que los articula. El consentimiento a responder al coordinador y encontrarse con que no contaba con las palabras cuenta como tsunami en dicha economía. Por primera vez ella puede mirar otra cosa que el cuerpo del hijo y se constata una vivificación en M que no le conocíamos, aún sin por ello soltar el trazo que sostiene su existencia. Por lo demás, dejarse tomar en el juego para concluir de la buena manera “me lo saca” es quizá lo que explique que ahora pueda salir de la casa en el horario de *la cigarra* y dejar solo a M en la casa, sostenidos ambos en la malla del taller que hace de límite eficaz para que dos espacios se tornen posibles.





CUARTO

Ricardo Seijas



Si varios analistas de la cigarra escriben del mismo parlêtre, en esta ocasión, parlêtres, esto muestra en acto lo que orienta al dispositivo: no hay lectura común, hay lectura de cada uno, que implica que en algún punto, sean casos distintos. El cuarto no viene a remediar lo que no debe ser remediado, al contrario, viene a contribuir con un suplemento, que pretende anudar con... un nuevo agujero.

1

La contingencia de hacer los talleres de manera virtual permitió algo inédito: que la madre de M comenzara a participar en ellos. Nunca había ocurrido algo así en presencial, se propiciaba de entrada la separación de los cuerpos sin saber bien el modo en que estaban enlazados, cuál era su economía de goce. Aquí se revela inmediatamente: la madre encarna un A sin barrar, al punto de considerar que su hijo no dice nada, en consonancia perfecta con la retención autista de la mirada y la voz. Las intervenciones del coordinador van agujereando ese A, lo que la madre –que a esta altura ya podemos llamar G- acepta. Es decir, entra en transferencia.

Pero la primera gran intervención es considerar que la “firma de M” es su decir, solución, letra, sinthome que le permite enlazar de algún modo con el Otro.

“Es con esta solución que M puede emocionarse, que sus ojos alcanzan el brillo de un deseo extraño, que puede caminar sin que el cuerpo se le retuerza como cuando no contaba...con esa localización M alcanza

el cuerpo, lo ciñe”¹ Tiempo atrás, tal vez hubiéramos acentuado su papel de defensa contra la enunciación, contra el deseo del Otro. Pero el mismo Maleval nos propone en su último libro una noción que sitúa la dimensión doble de cualquier solución autista: borde mediador. Agregamos: formación de compromiso autista.

Entonces, para M ¿su madre encarna al Otro, el deseo del Otro? No parece, a M no le afectan los significantes absolutos de la madre, ni tampoco encarna para él un significante enigmático, o, menos aún, un partenaire deseante. Lo que sí es la madre para M: parte de su solución autista, un doble que enuncia en su lugar.

2

Dos apuestas se suceden en poco tiempo, en los textos están muy bien desplegadas, así como sus consecuencias. Quiero agregar que esa sucesión coincide con la historia del taller: al principio, no importaba cuán asemántico fuera el rasgo ni cuánto irrumpía en la estructura de la frase, siempre se lo aceptaba como presencia singular del parlêtre, es el valor de firma del trazo de M; posteriormente, en pandemia y en modalidad virtual, el coordinador decide comenzar a sostener el sentido de la frase que se iba armando. Por lo tanto, si el vocablo proferido por algún participante no encajaba, si insistía el S1 iterado, se lo cuestionaba de algún modo y se pedía otro. Se pasó entonces de utilizar el imaginario del dibujo del casillero vacío a otro imaginario: el del sentido anticipado de la frase.

¹ Slatopolsky, G. “Una opacidad fundante”. En esta publicación

Así, la firma de M derivó en significante enigmático a ser leído por G, invitación a ubicarse en el lugar estructural del deseo del Otro, en su dimensión de no saber qué dice el niño, que al ser aceptada provoca en G una progresiva destitución de la madre-toda, llegando incluso a poner en juego algo del orden de su singularidad fantasmática...en un nuevo paso de la transferencia con el coordinador.

Creo, entonces, que el cambio de posición de G debe leerse, no como aparición de un Otro barrado para M, sino como cambio del modo en que encarna el doble para él.

No es lo mismo un doble-tapón, que un doble-a-perderse, a-separarse, doble agujereado, doble deseante.

Habitualmente concebimos lo imaginario en términos de unidad y completud de la imagen; hay una falta que las sostiene, se encuentra velada. Pero en este caso, por el contrario, lo imaginario es el dibujo de una forma cerrada en el papel en el que el decir del analista hace existir un vacío, es decir: lo vacío y la falta se imaginarizan: ese blanco encerrado en la línea es un blanco a “llenar”, a “completar”. También así funciona el sentido enigmático adosado a un significante. Es decir: hay allí una unidad de sentido...vacía. En un caso se pide depositar una marca, en el otro: un signo, es decir una unidad sgte/sgdo, que debe encajar en la frase.

Estos vacíos localizados no son más que invitaciones a la existencia y ocurrencia del deseo, invitan entonces



a que el doble del parletre -imagen real- se agujeree.

Lo imaginario se agujerea con lo imaginario, como punta de lanza, pues también es un imaginario real, sostenido en el deseo del analista.

Que se agujeree no es otra cosa que el objeto se pierda y quede marca, como es posible en el autismo, y que entonces, sea un imaginario menos rígido, más animado.

Entonces la firma –invento que anudaba junto al doble- se volvió –por la intervención del analista, el sí un partenaire deseante- herramienta para agujearlo.

3

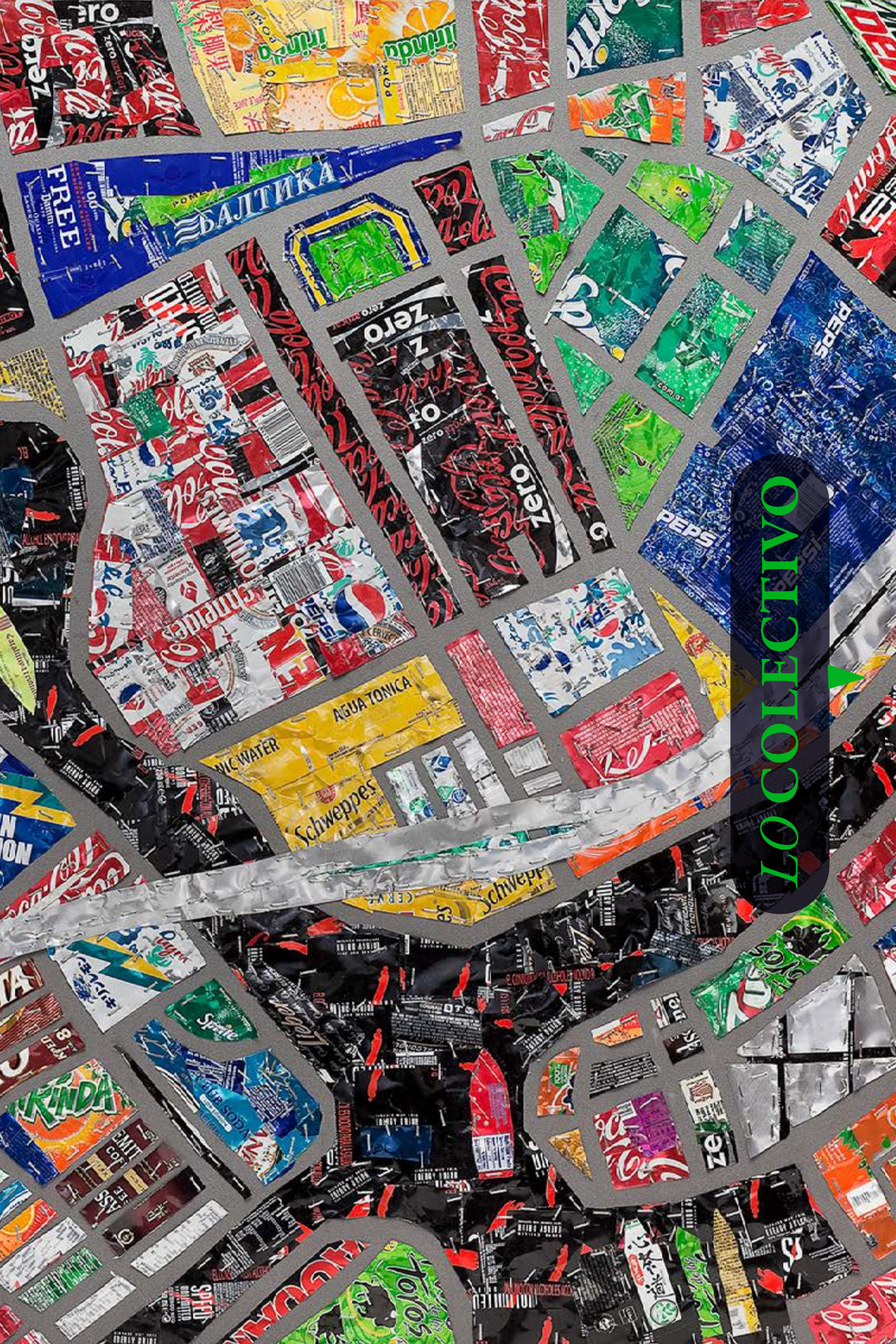
Aunque la intervención del coordinador es clave no hay que dejar de señalar la importancia del dispositivo que permite la realización lúdica de tan particular consigna y la participación de otros analistas: ¿hubiera sido posible algo así en una entrevista parental? Es una importancia que destacan de manera precisa tanto Franco como Eduardo. La llamada a que los analistas lean la firma de M o que oficien de ayudantes de G ¿implica que funcionen como modelo imaginario? No. Ante la perplejidad de G, las analistas funcionan como semblantes que transmiten una posición barrada, dividida, deseante, afectada, cosa que se nota especialmente en la alegría de sus cuerpos al ser interpelados del mismo modo que a los pacientes. Una puesta en acto y permanente de la transferencia con el coordinador, la transferencia de trabajo entre, y la transferencia con el psicoanálisis mismo

4

Las consecuencias mayores en M son a nivel del cuerpo y los otros, en un decir sin palabras: comienza a hacer el trazo de manera más firme, a modificarlo o hacer más de uno, a permanecer frente a cámara sin su madre presente, sonreír, emocionarse. Cambio que se confirma y se complejiza en el taller presencial, pues -tanto en ofrecer una hoja a otro niño del taller, o la pelota en el taller de teatro- arma con un objeto un modo de dirigirse al otro, acorde a la escena, es decir, un modo significativo que resulta para él, vivificante. Se arma entonces, una nueva economía de goce, donde los objetos pulsionales se enlazan.

Por último, creo muy importante señalar que, aunque estos efectos no los encontramos a nivel de tomar la palabra, ese “Gustavo” que Eduardo rescata, nombre que alcanza a pronunciar ante su ausencia, es, tal vez, la primera ocurrencia de una nueva enunciación.





Mapa de latas: La Boca
Horacio Sánchez Fantino



MATERIALIDADES DEL BORDE



Victoria de la Fuente

Eliana López Martínez



¿Qué entendemos cuando hablamos de borde? ¿Por qué Neo borde en el autismo?

Neo es nuevo, reciente. ¿Se alude así al borde como algo dinámico, siempre en construcción? Evidenciamos el trabajo incesante del autista para defenderse de un “demasiado de goce”, (Laurent, 2013, p. 82), producto de la imposibilidad de negativizar el impacto de la lengua por medio del encadenamiento significativo.

El autista nos permite saber de arreglos que prescinden de ese recurso.

En el autismo el borde opera, entonces, como regulador de goce, como localización, como defensa, como un entre: el sujeto y el Otro; a veces más rígido, a veces más flexible al intercambio, al lazo. Borde que en su fenomenología se presenta como rígido y banal, pero que en su complejidad se acerca a una obra de arte.

A partir de dos viñetas nos proponemos pensar el trabajo de construcción y uso del borde de dos pacientes que participan de los talleres de la cigarra.

Viñeta 1: Que no lo rocen, ha sido el pedido de G. durante mucho tiempo. Una necesidad vital ha hecho necesario para él prevenir cualquier tipo de roce, incluso el de ciertas señas con las manos. Le marca al otro la cartografía de sus movimientos, pues ser rozado supone la posibilidad de un deshacimiento corporal. Para preservar ese borde fue necesario poner a su disposición una barrera humana de analistas, prestos a funcionar

de límite ante el peligro de la cercanía de otro cuerpo. Ahora, G pide ser el último cuando es su turno en el taller de la palabra. Si el coordinador le solicita la palabra y no es el último, ratifica su pedido: “De último”. Una vez llegado ese momento G no dice cualquier palabra, sino una que espera el impacto generado con aquello que dice. Algunas risas pueden aparecer del otro lado. Su palabra va con efecto, con afecto.

Simultáneamente se evidencia en G un modo diferente de situarse en el espacio del taller. Cada vez más cerca de sus compañeros. A veces, es apenas perceptible el espacio añadido a la distancia usual entre uno y su cuerpo, y entonces llega a perderse en esa masa. Sin embargo, esa pequeña diferencia que introduce, nos da la idea de un cierto cálculo en juego.

Es preciso constatar varios movimientos en la constitución del borde para G:

El pedido de no ser rozado.

No ser rozado, ayudado por analistas.

Ser el último; inclusión del afecto.

Situamos el pasaje de un borde rígido, limitante, dependiente de la buena voluntad y la rapidez de reflejos de los analistas, a un borde más complejo. Cuando G pide ser el último, la anterior distancia puesta entre los cuerpos toma la forma de un lugar distinguido del resto, pero haciendo parte del conjunto, de la serie que arman los participantes del taller.

Ubicamos un movimiento más que implica que el

afecto entre en juego y que esto no suponga para él, el desarme corporal. ¿Se podría pensar en un saber hacer, en tanto no se trata del encuentro azaroso con el afecto, sino más bien de producirlo, de buscarlo en un momento determinado?. Donde antes estaba la distancia real producida por G entre un cuerpo y el otro, ahora, ser el último releva esa distancia real cumpliendo la función de localizar y darle un tratamiento al goce, permitiéndole así una dirección al lazo, entre la enunciación de G y la respuesta de los otros.



Los efectos apaciguadores se verifican fundamentalmente en la posibilidad de permanecer cerca de otros cuerpos, sin el nivel de alerta que se observaba inicialmente. Su cuerpo pierde cierta rigidez y el espacio entre los otros, es mínimo.

Viñeta 2: Mar ingresa a la cigarra con tres muñecos y con su celular. Se sienta a jugar y rara vez levanta la vista del celular. Su participación en los talleres suele limitarse a responder en eco a la convocatoria del coordinador cuando éste lo nombra con alguno de sus sonidos por fuera de sentido.

Sin embargo, desde hace un tiempo observamos algunos movimientos:

En el taller “Vamos por partes”, donde una figura humana es desmantelada hasta dejar sólo la silueta, por primera vez y para nuestra sorpresa, Mar toma la iniciativa de ir a tocar y recorrer con el dedo el borde vaciado de la misma. En el taller M y M, donde sólo participan él, dos analistas y un paciente más, Mar no recurre a su celular. Allí se presta al juego de arrojar una pelo-

ta al llamado de “quién quiere la pelota?”, y responde eligiendo alguna parte del cuerpo -siempre la cabeza- cuando se le pregunta “con qué la querés agarrar?”.

En una oportunidad, durante el taller de la palabra, Mar embiste con la cabeza a un paciente que se movía insistentemente. Podríamos leer esto a partir de pensar lo intrusivo de lo vivo del otro, o por el antecedente de que este paciente, hacía un tiempo, le había sacado uno de los muñecos que son parte de su defensa. De cualquier modo -y sin que esto carezca de importancia- lo que se verifica, es que el otro ha entrado en su registro.

Unos talleres después, observamos que Mar escribe palabras del código en su celular, las reproduce con el asistente de voz de google, y se ríe. Un analista aprovecha esta secuencia y le pregunta por el nombre de sus muñecos, a lo que él procede a escribirlos y reproducirlos. Es la primera vez que Mar, por un lado, hace referencia a palabras dentro del código, y que por otro lado, utiliza su celular para entrar en relación con algún analista en el espacio de los talleres.

¿Podemos pensar con Mar en un borde que empieza a tomar otra consistencia?, Puesto que a veces queda ante un desprendimiento de angustia por la presencia intrusiva del otro, a veces se deja tomar, de la buena manera, por lo que del espacio lo convoca de forma singular.

Cuando Mar usa su celular para responder a un analista, hace de su defensa un límite de contacto con el otro y ya no solamente de mantenerlo a distancia. Aquí el

borde, por un momento, toma otra materialidad, que le permite un direccionamiento al lazo, sin desprendimiento de angustia.

¿Si suponemos que este movimiento de la defensa implica un vaciamiento, donde leemos dicha operación?

Para concluir, pensamos la materialidad del borde respecto de su rigidez o flexibilidad, de sus efectos para cada sujeto, en diferentes momentos: quedar encerrado en la defensa por fuera del lazo o seguir un direccionamiento al otro.

¿Cómo pensamos la angustia, si como aquello que hay que evitar o bien como señal del fracaso de la defensa y en este punto la oportunidad de que el borde se complejice?

Bibliografía:

Laurent, E. (2013) “La batalla del autismo”, Grama Ediciones, Argentina.





TEATRO EN LA CIGARRA:

el cuerpo en la escena.

Marcela Congett

Laura D'Agostino



Escena I – A modo de presentación.

Taller

Intentamos construir la ficción situándonos en un teatro. Un dispositivo que recorta diferentes lugares con sus bordes: escenario, público, iluminador. Promueve un trabajo con el cuerpo y un consentimiento del parletre a pasar de un lugar a otro.

Se acomodan las sillas, se bajan las luces, se circunscribe el escenario delimitado con una cinta azul y dos escritorios a los lados. Pocos objetos distribuidos sobre uno de ellos y una lámpara que “el iluminador” enciende y apaga dando inicio y fin a cada representación, la que concluye con el saludo final y los aplausos. Luego ponemos un título a lo visto, y el “actor” confirma o no si se ajusta a lo representado. Se nombra y se escribe en el pizarrón dando valor a lo escrito. Se ponen puntos por pasar a actuar y al que acierte con el nombre.

Escena

Para el armado de la misma prestamos consignas que dan cuenta de cierta ubicuidad: ¿Quién, Dónde, Qué está/están haciendo? También se ofrece la posibilidad de elegir con quién se quiere actuar.

Partimos de la idea de ofrecer algunos elementos que ofician de marco a un espacio vacío donde jugar personajes o acciones en el desdoblamiento del como sí o en la producción de un doble o dar cuenta de una presentación subjetiva únicamente testimonial.

Resulta interesante observar la repetición, la calma, la vivificación de los cuerpos que se prestan junto a las “directoras” y a los “espectadores” al espacio lúdico. Pensamos la escena como una trama simbólico-imaginaria que vela lo real y que sólo retroactivamente, por los efectos podemos decir que hubo allí escena y operación analítica. Momento que podemos decir se arma un cuerpo en el observable de la vivificación que genera un goce en él, o en la posibilidad de cierto anudamiento.

Escena II – Imagen Virtual vs Representación presencial.

La multiplicación de “casilleros llenos”, cuadros con imágenes de las personas que participamos de los talleres virtuales, disparan en N., uno de los participantes, una presentación maníaca hasta extremos que lo tornan invasivo e irrefrenable. No puede parar, se mueve, interrumpe, interviene sin que se lo soliciten, generando un clima disruptivo que incide en otros provocativamente.

Cuando concurre a los talleres presenciales su disposición es otra. Si bien puede llegar a ingresar con cierta propensión a la acción, se ubica rápidamente, se sienta y participa junto a otros. En el taller de teatro se muestra interesado, siempre solicita pasar a realizar una escena y consiente ser acotado, acepta los cortes, se calma.

Propone escenas de persecución, se remite a las consignas. Suele solicitar que otro participe con él. Inventar personajes y situaciones, construye el personaje. Hay una impronta más subjetiva, no toma personajes

o escenas de películas.

Su temática es reiterativa temas de robos, escapes, persecuciones. Pide pasar con determinadas analistas.

Los tres tiempos del sujeto en la escena:

- 1) Tiempo de robos, escape y persecución. Acá lo maníaco lo lleva a salirse de la escena y del escenario, se mueve, habla ligero.
- 2) Tiempo donde da entrada al Otro, analista en transferencia, en el marco del escenario. Se le plantean las 3 coordenadas. Él elige del público analistas para representar la escena.
- 3) Tiempo del Uno, lo singular, tiempo del sujeto que representaría lo simbólico. En este tercer tiempo se adueña de la escena. Tiempo de la calma.

Ubicamos cierto vaciamiento y lo eficaz de la escena cuando se logra, cuando N no es objeto del tiempo sino sujeto que puede maniobrar con él. Intento de anudamiento donde aparece otra temporalidad que marca un ritmo diferente.

Un instante donde pudo frenar esa locura del tiempo y pasar a la calma con la voz del analista como marco.

En presencial la metonimia se detiene y el tiempo se alenta, el cuerpo del analista, su voz, escande el continuo de sus respuestas, acota su decir dando lugar a otra temporalidad ¿Cuál es esa temporalidad? Primero con los tiempos del sujeto está el escape y la persecución corriendo con su discurso maníaco, luego entra el Otro que sanciona, marca, orienta o interpreta.



Tercero, hay calma, se divierte puede involucrarse proponiendo ideas que puede hacer pasar a la acción en la escena.

Escena III – Vivificación del cuerpo

G. tiene su lugar en el taller donde habitualmente se sienta que es al costado del escenario separado de los otros participantes para que nadie lo pueda tocar o rozar. Al borde de la finalización del taller suele acceder a pasar al escenario con la condición de ser el último. Pareciera que ser el último le arma algún borde. Antes de la pandemia en el taller de teatro elegía personajes o recortes de Animes Japoneses para realizar sus escenas, en la actualidad aparecen escenas de cierta violencia, armas, disparos, pero tomados de la vida real.

Se niega a pasar reiteradas veces, suele estar serio, poco participativo. Pasan otros. Sobre el final del taller le pedimos a G. que cierre el taller, que sería bueno para nosotras si él pudiera hacer el cierre. Acepta. En el escenario camina, habla, hace gestos como de disparos con armas, cruza los brazos sobre el pecho, pone los dedos como revólveres. Termina la escena. Preguntamos nombres posibles para lo visto, surgen “Caminando”, “Un hombre caminando normal”. Una analista sugiere “Camino o caminante del amor”. El «actor» dice que es la representación de un hombre caminando con armas que dispara. Le decimos que entonces lo que más se acerca es “Un hombre caminando” y que lo de las armas no entra, que eso lo dejamos afuera, y damos por terminado el taller. Se para, y con voz muy alta dice: “¡Pará! entonces es un hombre caminando, haciéndole señas a una chica”. Y repite el gesto, riéndose.

Resulta llamativo el cambio, la disposición a consentir el dejar por fuera al goce mortífero en la representación para tomar el sesgo de una situación vivificante, el encuentro amoroso.

El consentimiento en transferencia produce con una afectación notoria del cuerpo, con una imposición energética pero divertida.

Puede reírse de su ocurrencia. Hay efecto de comicidad. Él pudo salir de lo mortífero para ir hacia lo amoroso con un efecto notorio sobre el cuerpo.

La palabra del analista tuvo para G. un efecto jaculatorio que lo llevó a decir: ¡¡¡Para!!! Cuando el analista interviene diciendo que la frase no entra, G cambia el sentido de lo dicho, construye de otra manera, hay un vaciado del goce Puede reírse, repetir el gesto haciendo señas y cambiar el valor de la escena. ¿Cómo opera la voz allí? El valor que toma el objeto voz, en los diferentes tonos de la voz del analista, nos permite ubicar como la resonancia de la voz dentro de la escena puede tener un efecto jaculatorio para el sujeto. Hay satisfacción en él. Mirada, voz y cuerpo anudados en la escena.¹

Escena IV– Final

Observamos que en muchos casos la presencia de los cuerpos reacondiciona el nudo ofreciendo una suplencia efectiva constatada en la calma y el disfrute del propio cuerpo, el que puede prestarse así a la

¹ “La intensidad de la presencia en escena se relaciona con la resonancia del texto encarnado en el cuerpo”. (G. Basz, 2018, p.23)



escena en la escena sin dejar de referirse a lo que lo pulsa y tensa, pero pudiendo poner ahora en juego los cortes y escansiones que le son provistos por el cuerpo y la voz de los analistas participantes, soportando las temporalidades otras que se le proponen, que le hacen de marco

En el taller de teatro la mirada también toma cuerpo, porque esa escena se hace pública, bajo la mirada del espectador al cual se dirige, presencia de otros.

La consigna en la escena que orienta y acota junto a la presencia del cuerpo del analista produce extracción de goce, vaciamiento. No se trata sólo de depositar el cuerpo en el escenario, sino que se pueda construir escena allí que aloje el exceso y maniobre con él. La escritura sobre lo actuado en la escena, poner nombres, poner puntos, posibilita que la escena sea operativa, que pueda localizar lo que irrumpe y ponerlo a jugar con otros.

¿La escena cuando la hay produciría lazo? ¿Sería esta una de las vías posibles para propiciar un reanudamiento de los registros?

Bibliografía

Basz, G. [2018] *Cuerpo y Psicosis en La Época*, Aportes desde el Teatro Posdramático. Cap. I Fundamentos, p.19, Grama, Argentina.

Lacan, J. [1962-1963] *Seminario, Libro 10, La Angustia*, Clase 25: 3 de julio 1963, p.18, Paidós, Argentina

Lacan, J. [1974-1975] *Seminario, Libro 22, R.S.I.*, Paidós, Argentina

Soria, N. [2017] *Duelo, Melancolía y Manía En La Práctica Analítica*, III El cuerpo, II El cuerpo en la melancolía y la manía, p.69, Del Bucle, Argentina

Soria, N. [2017] *Duelo, Melancolía y Manía En La Práctica Analítica*, I Una clínica de la pérdida, IX Acerca de la manía, p.30, Del Bucle, Argentina





EL NACIMIENTO DE UNA PALABRA



Sol Gómez Peracca
Liliana Martínez González



Les queremos contar una infidencia, los analistas que alguna vez transitamos por la cigarra, nos llamamos a nosotros mismos “cigarros” o, en su versión inclusiva “cigarres”.

Los “cigarres” tenemos un doble privilegio. Integrar un equipo que, transferencia de trabajo mediante, es como una usina que llena de potencia el deseo de analizar.

Además, por si esto fuera poco, gozamos del privilegio de poder asistir, ser testigos, al menos una vez, de un acontecimiento extraordinario: el nacimiento de una palabra, el instante preciso en que nace una palabra.

Es un acontecimiento que provoca en quien lo presencia una conmoción difícil de transmitir, inconmensurable, nos animamos a decir, brutal.

Si bien siempre es fruto de una apuesta, la sorpresa que provoca es absoluta. Abre las puertas a lo maravilloso y lo sublime, momento de la creación; donde no había nada aparece una chispa que provoca un salto al infinito y ZAS!!!, ocurre el milagro.

Si bien el manual del uso y las buenas costumbres desaconsejaría spoilear el final de las viñetas, esta vez vamos a empezar desde ahí, ustedes sabrán perdonar.

Ariel, un niño de casi 4 años, que hasta ese momento solo contaba con dos palabras, ante la invitación y apuesta de su analista, se incorporó de un salto, y sonriente, bautizó a su muñeco Pepe!!!

Tomás, de 11 años, que hacía cuatro años estaba en tratamiento, y que solo decía algunas palabras sueltas, o a lo sumo una articulación de dos, por primera vez pronunció la frase: “basura-tiró-reloj”. ¿Esbozo de un primer desecho, una primera extracción?

¿Cómo se gestó ese instante fecundo durante la cura de estos dos niños? Creemos que no fue sin el trabajo con y de cada una de las madres.

Primera viñeta

Ariel llega a la cigarra con diagnóstico de TEA. Era un niño muy pequeño, aún no había cumplido cuatro años. Casi no hablaba, contaba con solo dos palabras: “guigui” para decir agua y “mama” para decir banana. No se dirigía ni respondía al llamado de los otros, su inquietud en el cuerpo era continua. Su madre no podía salir a trabajar, tenía que quedarse todo el tiempo con él. En el jardín estaban intentando una separación, pero no lo lograban.

En ese momento el tratamiento posible era en modalidad virtual. Acepto el desafío y decido incluir a la madre en las sesiones.

En el primer encuentro, mientras la mamá intenta enfocar lo con la cámara del celular, Ariel aparta la mirada sistemáticamente.

La madre había preparado varios juegos de tipo didáctico. Ariel comienza a manipular un juego de encastre en silencio. Mariela, la mamá, le va pidiendo las piezas según el color o la forma que corresponda.

No había *nada* de juego ahí, más bien era como el cumplimiento de una consigna educativa.

Noto a la mamá muy incómoda, preocupada por que el niño haga las cosas bien, como sometida a una situación de evaluación donde les espera de antemano una mala calificación tanto para ella y como para su hijo. Intervengo intentando introducir algo del orden de lo deseante, dirigiéndome al niño, a la madre, o a ambos, según la ocasión: “*que lindo color!*”, “*¿cuál le gusta más a tu mamá?*”, “*¿cuál es tu preferido?*”. Luego le digo a la madre: “*no te preocupes porque la forma o el color sean los correctos*”.

Ariel suele ir hacia el cuerpo de la madre, la besa y, en un crescendo, la muerde y le pellizca las mejillas. La madre le dice “*no*” pero con cierto desgano. El niño continúa hasta que ella le devuelve ese desenfreno haciéndole cosquillas de una forma un tanto desbordada. Un día, mientras sucede esta escena, comienzo a poner palabras donde no las hay, como si fuera el doblaje de una película muda. Grito: “*¡Ay, como le debe doler a mamá!*”. Acto seguido exclamo: “*¡no aguanto las cosquillas!*”.



Mientras, diciendo que no quiero ver, retiro la mirada, tapándome los ojos. Algo hace borde, separa y se detienen.

En la siguiente sesión hay dos muñecos, uno se llama Piquín, el segundo no tenía nombre: le pregunto: “*¿cómo se podría llamar? ¿Pepín?*”, sugiero tímidamente.

Al instante Ariel se yergue de un salto y sonriente, exclama: ¡Pepe!!!

La madre conmovida, contiene el aliento y lleva las manos a su boca, hay un instante de silencio,



cruzamos las miradas. Le pregunto: “¿Qué pasó?, ¿Te emocionaste?”, “¡Sí! ¡Me sorprendí!”, responde sonriendo y con lágrimas en los ojos.

A partir de este acontecimiento, pasaron cosas: me tapo los ojos y Ariel corre a esconderse, me ofrece una cuchara de dulce a través de la pantalla. También comienza a señalar unas figuritas con las comidas que le gustan, y la que no.

Unos meses después Mariela puede ir a trabajar y Ariel quedarse en el Jardín, está diciendo más palabras y pide para hacer pis. El otro día le dio un abrazo a la maestra.

Segunda viñeta

Comencé a atender a Tomás hace más de cuatro años. En ese momento tenía siete y, a pesar de que solo contaba con algunas palabras, muy rápidamente me hizo saber de su interés por los dibujitos animados y los pusimos al trabajo.

Habiendo transcurrido más de un año de tratamiento, un día, para mi sorpresa, la madre, a quién veía semanalmente cuando lo acompañaba a sus sesiones, me envió por WhatsApp, sin mediar palabra, la derivación de la pediatra a psiquiatría. En ese momento, aunque no acordaba con el pedido de la interconsulta, decidí darle lugar y además la invité a que conversáramos un rato al finalizar las sesiones de su hijo. Después de este ofrecimiento, ella se sustrajo, dejó de traerlo y fue el papá quién lo acompañó por un tiempo.

Luego vino la pandemia y Tomás continuó con su tratamiento en forma virtual.

Ya contando con cierta transferencia instalada en la madre, volví a invitarla a tener entrevistas, pero esta vez, en un espacio diferente, en otro horario que el de su hijo. En esta ocasión consintió y tuvieron lugar entre el año 2020 y 2021.

En uno de los primeros encuentros, relató que ella “le hacía *todo*” lo bañaba, lo vestía, le lavaba los dientes, le servía el agua y le tenía su “*cosita*” cuando hacía pis. En otra oportunidad, dirá que “cualquier pretexto le servía para hacerle las cosas”. En ese momento le subrayé con humor esta frase, se rio divertida y dijo “me agarró”. Di por finalizada la entrevista.

Durante ese tiempo, fuimos trabajando la posibilidad de que Tomás empezara a hacer algunas cosas por su cuenta. Tiempo después contó que lo empezó a dejar “un poquito solo”. Hacía pis sin su asistencia, pero ella aún se quedaba ahí mirándolo. Posteriormente, Tomás, en un movimiento inmenso, pronunció en sesión la articulación “basura tiró reloj”. Más adelante, en forma inédita, empezará a llamar a su analista por teléfono o videollamada, profiriendo algunas palabras, y la madre contará que le dijo “mami”. Hace unos meses solicitó un horario para contar que su hijo por fue al baño por primera vez solo.

A modo de conclusión

Creemos que, en los dos casos, fue central el trabajo con cada una de las madres. En ambos tratamientos, es a partir de las intervenciones dirigidas a ellas y sus consentimientos, de dar lugar a su palabra, que se producen los efectos más importantes en la cura.



Operó una primera separación entre esos dos cuerpos que hacían uno, haciendo posible una subjetivación tanto de la madre como del niño, y trayendo como efecto a su vez el nacimiento de una palabra, una diferenciación de lugares, una dirección del sujeto al Otro, un llamado posible.

Bibliografía

Lacan J. (1964) *El Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Argentina.

Lacan J. (1969-1970) *El Seminario 17, El Reverso del Psicoanálisis*, Paidós, Argentina.

Lacan J. (1971) *El Seminario 18, De un discurso que no fuera del semblante*, Paidós, Argentina

Lacan, J. (1988) "Dos notas sobre el niño", *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Buenos Aires, Argentina.

Alvarez Bayón, P. (2020) *El autismo, Entre la lengua y la letra*, Grama Ediciones, Argentina.

Rubinstein A. (2009) "El deseo del analista: saber hacer con lo que hay", *Virtualia #19. Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana* [en línea].

Consultado en: <http://www.revistavirtualia.com/articulos/414/variedades/el-deseo-del-analista-saber-hacer-con-lo-que-hay>





EFRACCIÓN EN EL CUERPO Y DISTANCIAMIENTO DEL OBJETO EN EL AUTISMO

Taller Doble a medida



Pablo Dymant-Gisele Scacchi



Alina es una joven de 24 años que suele permanecer callada y tranquila la mayor parte del tiempo, en un repliegue relativo que no impide su participación en las consignas de cada taller. Si bien casi imperceptible, su balanceo constante se detiene cuando el goce que intenta localizar pasa a encauzarse por otra vía. En presencial y desde hace algunos años se muestra muy interesada por la serie de televisión *Soy Luna*. En varias oportunidades cuando Alina hablaba nos costaba discernir si sus dichos correspondían a frases tomadas de los personajes de esta serie o bien a situaciones vividas por ella misma, o incluso a una combinación entre ambas, a saber: “Mateo le pegó a Valentina”, “Mateo me pega”, “La mordió un perro a Valentina”, afirma señalando su propia pierna. Frases que nos hacen pensar que Alina se sirve del repertorio de enunciados que le presta *Soy Luna* para regular su relación con el Otro.

En el marco del taller Doble a medida observamos en una ocasión cómo la proximidad del Otro puede producirle el efecto de sentirse mordida: “¡Me estás mordiendo!”, exclama angustiada, dirigiendo su mirada a una de las analistas con quien venía trabajando. Ubicada ahora a una distancia considerable, la presencia del Otro se torna invasiva, desregulada, sin límites ni distancia.

Este desarreglo a nivel del espacio y la distancia nos lleva a considerar que cualquier interferencia con su modo de goce puede constituir una efracción en el cuerpo, una invasión del Uno totalmente-solo sin la mediación de la función fálica. Afectación que no es sin angustia.

Al comienzo de la modalidad virtual, en Doble a medida, Alina nos sorprende levantando la mano. La coordinadora le pregunta si pensó un personaje para participar a lo que responde con un enérgico “Sí”. Se la nota animada. Durante el juego, luego de responder algunas cuestiones relativas a los atributos inmediatos del personaje (si usa camisa, si tiene cabello negro...), en un momento se le pregunta a qué le tiene miedo el personaje, ante esto exclama: ¡A las cucarachas!. Insistimos: ¿Y qué hace si se encuentra con una cucaracha?, “La mata”, responde, haciendo el gesto de pisar. Finalmente revela que su personaje es Pedro de Heidi e inmediatamente busca y nos muestra en pantalla, sonriente, la tapa del dvd de la película.

El primer tiempo del taller consiste, entonces, en convocar al sujeto, la primera cesión es a participar, este consentimiento nos parece fundamental. Luego se lo invita -léase: “empuja sutilmente”- a realizar una elección, a recortar un objeto de su universo de intereses, para ponerlo a circular entre otros, poniendo en juego un nuevo orden de cesión, el de los objetos voz y mirada cuya retención se haya al origen del repliegue autístico. Constatamos en este fragmento cómo a partir de la mediación del objeto o del doble el sujeto se muestra mucho más permeable al intercambio con el Otro.



Así, gradualmente, las preguntas van llevando a que el sujeto ya no pueda servirse del repertorio de enunciados propios del doble para responder a nuestras demandas, sino que lo conducen a operar un distanciamiento del objeto, que el autista lleva pegado a su cuerpo.



Ahora tendrá que poner algo propio para responder, lo que promueve nuevas modalidades enunciativas sin que esto sea vivido como una mutilación.

En uno de los últimos encuentros virtuales Alina se presenta de entrada con una muñeca. Se la convoca a participar en Doble, lo que una vez más acepta de buena gana. Responde sonriente a las preguntas. “¿Qué quiere ser cuando sea grande? (la muñeca)”. Responde: “va a ser mimamáymipapá (todo junto)”. Analista: “Tu mamá o tu papá?” Ali: “Mi mamáypapá” (nuevamente todo junto)”. Otro analista: “¿Ali, tenés un muñeco para mostrarnos y que sea el papá?”. Al grito de “¡Siii!” se levanta de la silla y trae un muñeco de Hulk. Analista: “Ahora sí, una es la mamá y otra el papá, señala, y luego vuelve a preguntar ¿Qué le dice la mamá al papá? Alina mueve a sus muñecos, enfrentándolos y responde “¿Cómo estás?”. Analista: “¿Y qué le contesta?”. Alina (sosteniendo a Hulk): “Todo bien”, y agrega: “a veces tiene fiebre”. Analista: “¿Quién tiene fiebre?”. Alina: “el papá”. Analista: “¿Se pueden dar un beso?”. Alina responde sonriendo que sí, los hace darse un beso y se sonroja.

Las preguntas de los analistas operan sobre el pegoteo presente en la holofrase “mamáypapá”. Asimismo, la introducción de un nuevo objeto (Hulk) señala en lo concreto la distancia que diferencia los significantes mamá y papá.

El recorrido de Alina nos permite leer cómo las maniobras que promueve el taller inciden directamente sobre la relación del sujeto con su objeto, aliviándolo del carácter demasiado real de este último. Así, se va poniendo en juego un trabajo de distanciamiento que

en su vaivén sobre el objeto lo va troquelando, lo que daría cuenta de una cesión transitoria posibilitando una salida del repliegue. Como subraya Éric Laurent (2013): “a medida que se aleja del cuerpo el objeto puede entrar en el intercambio, en el lazo social” (p. 90). De este modo, a medida que el Otro se articula en los circuitos del objeto se va produciendo una ampliación del saber en torno a este último y el sujeto muestra mayor permeabilidad al diálogo.

En el caso de Alina, el taller nos permite trabajar sobre la alternancia de un cuerpo afectado por la efracción del goce y un cuerpo afectado de otro modo (júbilo, sonrojo) que no es a considerar sin las transferencias en juego. Efectos de nuevos afectos que animan y vivifican al sujeto.

Bibliografía

Laurent, E. (2013). La batalla del autismo.
Maleval, J-C (2009). El autista y su voz





LO QUE ITERA EN EL DESEO DEL ANALISTA



Natalia I. Sanmartín



I-Condiciones para habitar un taller

N suele asistir a los talleres empujado por un mismo circuito iterativo, que consiste en depositar sus objetos en la silla contigua a la que va ocupar y poner a cargar uno de sus dispositivos para luego quedar capturado en la pantalla de un segundo celular que porta. Valerse de estos objetos implica una solución que le viene permitiendo soportarse en el lazo rechazando la alienación significativa. Sin embargo, este circuito admite ser interrumpido cuando convocado con una voz firme, el coordinador le pide una respuesta a la pregunta del día. Así, N, por un instante, consentirá dirigir su mirada y dará la respuesta de siempre para luego volver a su estado anterior. Vez a vez, la cigarra acogerá su circuito metonímico, pero sin retroceder a la insistencia de buscar introducir algún tipo de variación, y entonces, a veces, permitirá que sus objetos funcionen en una suerte de juego en el que se van desplazando pasándose entre diferentes participantes.

Asimismo, en ciertas ocasiones, la solución de N se devela ineficaz para negativizar el goce intrusivo que lo invade, por ejemplo, cuando en el último taller, el sólo hecho de escuchar las cuerdas de un instrumento musical lo hará tener que taparse con sus manos los oídos al punto de tener que retirarse. También cuando C, un pequeño parlêtre, cuya presentación es más bien curiosa, buscará acercarse a sus objetos. Entonces, aquí el mundo que pudo lograr habitar con su *neo-borde* parece “*desamalgarse*” arrastrándolo en escenas donde termina abalanzándose hacia el cuerpo de C, teniendo que ser sujetado de forma literal. Entonces, N queda allí “congelado” unos instantes.



Será la presencia del analista, comprometiendo su propio cuerpo, lo que reordenaría **armando coordinadas frente a** lo caótico que está siempre acechando. Pero, ¿habría otras formas posibles de hacerse existir para N como un partenaire soportable antes de que se deshaga el mundo?

II- *“Vamos por parte”*

El taller que me interesa tomar ahora da cuenta de un artificio que se moldea entre la consigna general y lo que es signo de goce para cada quien. De esta forma se presentan dos figuras del cuerpo humano que en una segunda instancia tienen la particularidad de “vaciar” separando cada parte.

N, al llegar, se dirige a los cartones quedando su celular extraído por unos instantes y pudiendo sostener la mirada hacia las figuras por las cuales parece quedar imantado. Empuja cada parte del cuerpo de las figuras, y al quedar vacío ese espacio comienza a rodear con su dedo el borde, localizando la mirada. En una ocasión particular, ocurrirá que en un tercer momento del taller, que consiste en pasar a dibujar la figura en el pizarrón siguiendo el molde ofrecido y darle un nombre, que a N, en cambio, se le pregunte por cómo se llama su perro de peluche. Entonces, en ese instante, por primera vez, toma su celular tipea unas letras y luego tomando la mano de la coordinadora y llevándola hacia la pantalla le hace escuchar mediante una aplicación que lee lo escrito, el nombre del peluche. La analista dice en voz alta el nombre escuchado y leído. En ese instante, nos miramos entre las analistas dando cuenta de un acontecimiento que se teje entre lo no calculado y el hecho de anoticiarnos de que N efectivamente escribe

y, lo que más conmueve: su decisión de usar su celular pero esta vez articulado en dirección a un otro.

Al notar la sorpresa de la analista N comienza a reírse, deja su peluche y comienza a recorrer el consultorio, como si su cuerpo se vivificara quedando a disposición de otra manera y produciéndose un anudamiento de un modo inédito. Podríamos decir, ¿goza de su cuerpo diferente?

Luego del taller N retorna al consultorio anterior pero esta vez en el último taller no necesitó taparse los oídos no solo admitiendo estar sino también consintiendo a participar de las consignas, como si algo del campo imaginario pudiera ordenarse.

III- *Los efectos de lo no calculado*

Si con Lacan pensamos que el cuerpo no está de suyo, entonces ¿qué condiciones debieron jugarse en este taller para que algo del “*tener un cuerpo*” se haga posible para N?, ¿asistimos a un “tipo de enunciación” que da cuenta de su saber hacer y de la posición de un analista que crea vacío en acto apoyándose en la estofa propia del taller?

Particularmente, me gusta pensar a cada taller de la cigarra como una “excusa maleable” para hacer posible que la función deseo del analista nos sorprenda y permita “acortar” algo del murmullo de la lengua dando lugar a soluciones más vivificantes.



Bibliografía:

Álvarez Bayón, P., “El autismo, entre la lengua y la letra”, 2020, Grama, Buenos Aires.

Lacan, J. [1959-1960] El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis, 2009, Paidós, Buenos Aires.

Lacan, J. [1960-1961] El Seminario, Libro 8, La transferencia, 2011, Paidós, Buenos Aires.

Lacan, J. [1962-1963] El Seminario, Libro 10, La angustia, 2007, Paidós, Buenos Aires.

Lacan, J. [1964] El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 2011, Paidós, Buenos Aires.

Lacan, J. [1975-1976] El Seminario, Libro 23, El sinthome, 2009, Paidós, Buenos Aires.

Laurent, **Éric**, “La batalla del autismo. De la clínica a la política”, 2022, Grama, Buenos Aires.





UN PRIMER DÍA EN LA CIGARRA



Carolina Freda



Llego a La Cigarra en el marco del primer año de mi concurrencia. Todo es novedad, todo me llama la atención, ajusto mis ojos y mis oídos para tratar de captar, no sin dificultad, los signos del trabajo clínico. Es un ejercicio difícil, muchas veces me tengo que preguntar “¿Qué haría alguien que no fuera psicólogo en una situación así?”, “¿Qué haría alguien, desde el sentido común, frente a tal o cual secuencia?”. Por contraste, voy leyendo. De a poco, surgen líneas, observo gestos, palabras, cuerpos, propuestas. Los mismos son sutiles, discretos.

Se trata de un taller grupal al que acuden varios pacientes y muchos profesionales. Jugamos. La palabra pasa de uno a otro, pregunta mediante; se toma nota de todo lo que se dice; sea lo que sea que vuelve de la pregunta, es constituido como una respuesta, anotado y registrado.

Al momento de elegir el espacio de la cigarra creí que iba a encontrarme únicamente con chicos chiquitos, sin embargo, las edades de los pacientes que acuden al taller van de la pequeña infancia a una avanzada juventud. Todos están invitados a jugar al mismo juego. Incluso los profesionales.

En una amplia habitación, las sillas forman un círculo. Al frente, un escritorio y un pizarrón. Allí el coordinador toma registro de las respuestas y una profesional anota los puntos que van sumando los participantes. Ese día, además, el pequeño C toma varias veces el marcador para escribir sobre el pizarrón la fecha, en una letra y con una corrección sorprendentes, ya que

por su aspecto físico parece muy chiquito. Sin averiguar supongo que tiene 4 años. Además, deambula por la sala, pasa delante y detrás de las sillas. Se sienta, se para, vuelve al pizarrón. En su recorrido, se acerca a Mar, de varios años más, que, aunque concentrado sobre la pantalla de su celular alcanza a empujarlo cuando la presencia del pequeño niño se le torna intrusiva. C se cae al piso, los profesionales lo ayudan a levantarse, le indican que no se acerque a Mar con la indicación “te tiene miedo”. El juego sigue sin que lo sucedido constituya una marcada interrupción.

Varios minutos más tarde, el juego transcurre, la palabra pasa entre los participantes, C sigue deambulando. De forma inesperada y en pocos segundos, Mar se levanta, da varios pasos hasta llegar hasta C, lo tira al piso de un cabezazo y se dispone a pegarle con el pie cuando es interrumpido por uno de los profesionales que lo agarra por la espalda. Varios profesionales se levantan rápidamente para intervenir y por la fuerza de los cuerpos en juego muchos se caen al piso. Se separa a los chicos, que Mar vuelva a su asiento, C se sienta en las rodillas de una de las profesionales sentadas, dice “tengo miedo” pero no llora, ni parece particularmente afectado y pronto retoma su circulación.

El coordinador se asegura que nadie esté herido y le explica a C “hace eso porque te tiene miedo”. Seguido le pregunta a Mar “¿Si C se te acerca, lo vas a volver a hacer?” y contesta él mismo “No, no lo vas a volver a hacer, así no se hace”.

Esta escena transcurre justo delante de mí, unas sillas marcan la distancia entre mi cuerpo y el de los chicos, me levanto, asustada, me siento y me queda – como a todos los profesionales – una preocupación por lo que podría volver a pasar si C se acercara demasiado a Mar. De ahí en adelante, los ojos de los profesionales estarán puestos en asegurarse que la trayectoria de C no entre en la órbita de Mar.

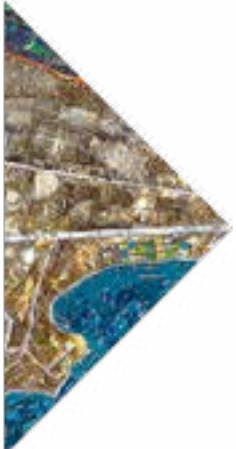
Al terminar el taller me quedan muchas preguntas sobre lo sucedido, pero en particular me interpela mucho lo que *no sucedió*.

O sea, retomando el ejercicio artificial de las preguntas que me hago para tratar de vislumbrar las actuaciones de los profesionales en la perspectiva de mi formación, me pregunto cómo habría reaccionado un no psicólogo, qué hubiera hecho alguien desde el sentido común. Efectivamente, a pesar de lo disruptivo de la reacción de Mar, cierta calma se mantuvo después de lo sucedido. El acontecimiento no dio lugar a despliegues de disciplinamiento, nadie fue retado, cuestionado o expulsado; cosa que en otro contexto hubiera muy probablemente sucedido.

Me interpela entonces la ausencia de pánico, de estupor o de escándalo de los adultos frente a los golpes de Mar. Me interpela la ausencia de palabra que intervenga como un amo desde lo simbólico a poner orden o a poner límites. Me interpela que no se apele a una autoridad externa (“la dirección”, por ejemplo) que sería probablemente el reflejo automático en una situación más común. Aquí el tratamiento es otro. Y si la escena



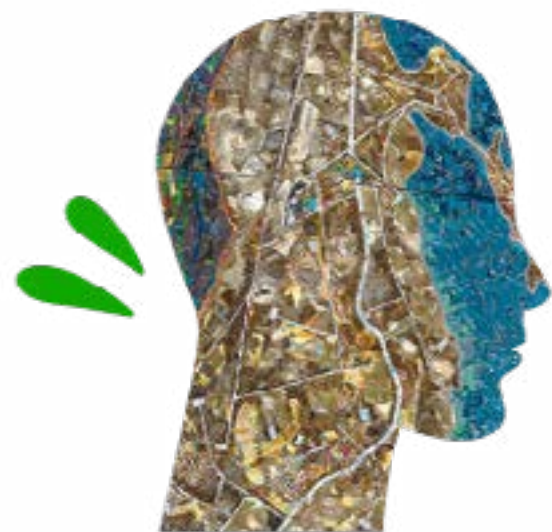
generó alguna emoción que refiera a eso – emociones que reconozco en mí, no translució.



El juego retomó rápidamente, como si un evento así tuviera otro valor – ¿porque no pone en jaque un orden social, sino que pone en evidencia interacciones a leer en otras coordenadas, singulares? La intervención parece ser desde el tratamiento del espacio, de las trayectorias de los cuerpos, para que no se superpongan el deambular de C con el espacio mínimo de tolerancia de Mar.

Las palabras pronunciadas por el coordinador son mínimas y no son emitidas encarnando un orden, sino que enmarcan lo disruptivo, lo explican. Al salir del taller, converso con una alumna también presente y le comento mi asombro. Me dice “¿será que están acostumbrados?”. No creo, no creo que se haya tratado de una situación tan recurrente que ya no provoque estupor. Sino que lo que está en juego es lo que *trata* el juego, y que las reglas que estamos invitados a respetar son las del jugar. Hay lugar para un exabrupto, que es leído como tal y tratado como tal. Eso es lo que puedo pensar en mi primer día en la cigarra.





LA CONSTITUCIÓN DEL CUERPO: ENTRE LA VIRTUALIDAD Y LA PRESENCIALIDAD



Soledad Barcús



El encuentro con el dispositivo de la cigarra en sus dos modalidades, presencial y virtual, me condujo a un interrogante inicial que orientó algunas ideas del presente trabajo: ¿cómo ingresa en la escena virtual el cuerpo de la psicosis y el autismo?

Cuando nos orientamos por el discurso del psicoanálisis, las lógicas desde las cuales pensamos el cuerpo, no sólo responderán al funcionamiento de una estructura clínica, sino que también estarán cernidas por las invenciones y soluciones más singulares que cada sujeto irá desplegando.

Por lo tanto, será necesario sostener el interrogante: ¿de qué cuerpo se trata para cada quién?

El segundo eje que me permite continuar bordeando la cuestión del cuerpo, es la pregunta por la función del analista en articulación con la transferencia. ¿Qué estatuto tiene el Otro en dichas estructuras? ¿Es posible la constitución de un cuerpo sin ese consentimiento a la transferencia?. Con el objetivo de abrir al diálogo, más que responder a los interrogantes, tomaré una pequeña viñeta clínica que permita pensar la captura de ese cuerpo en tanto imagen en la pantalla, no sin la dimensión transferencial como soporte.

Hacerse ver y oír

Me comentan que Theo al inicio de su participación en los talleres presenciales, manifestaba una gran dificultad para ingresar al espacio, aparentemente como efecto de la conmoción que el objeto mirada producía sobre su cuerpo. Durante los talleres virtuales, el niño

dejaba la cámara encendida mientras de aquel lado de la pantalla transcurría otra escena desconectada de la actividad del taller. Conocí a Theo cuando aún desplegaba algunos de estos modos de habitar los espacios, los cuales gradualmente comenzaron a modificarse. “*Acá estoy!*” comenzó a enunciar Theo de manera reiterada durante los talleres virtuales, haciendo uso de su cuerpo y de la virtualidad, para darse a ver al Otro en la imagen de la pantalla.



Emergencia de un cuerpo, ahora enlazado a una imagen, que busca reafirmar su presencia a través del Otro.

A partir de este enunciado que pasa a ser una marca registrada del niño en cada taller virtual, surge el interrogante: ¿se trata simplemente de un grito que prescinde del Otro, y no configura una demanda? ¿O es un llamado que pretende ser reconocido por el Otro?. En este tiempo, el niño participa del taller presencial de teatro. Su analista comenta que anteriormente Theo utilizaba los juguetes como andamiaje para armar una escena, poniéndolos a actuar. Sin embargo esta vez, el andamiaje de esa representación es su propio cuerpo, él encarna a ese personaje. Al ingresar al escenario, el niño se demora en pasar a la escena, se lo observa haciendo un movimiento con su cuerpo que tiende a querer materializar la representación, pero no puede. Al observar esta dificultad, decido realizar un conteo hasta tres, en una apuesta a que el tiempo opere de borde posible. Al decir “tres”, Theo pasa a la escena y representa el personaje que se caracteriza por dar una patada al aire. Allí el tiempo, en tanto artificio del

lenguaje ofreció un soporte simbólico, un borde frente a la eternización temporal que carecía del mismo y le impedía hacer uso de su cuerpo.

Posteriormente, en un taller virtual, Theo dirá “*Voy a apagar la cámara porque no me hablan*”. Enunciado que parece causar la pregunta constitutiva de su propia pérdida ante el deseo del Otro: “¿puedes perderme?”. Momento en que el niño, además, transita una separación real de su propia familia.

Mirada bajo transferencia

Si tomamos la idea de que en la lengua no hay comunicación ni Otro, sólo hay goce, y pensamos al artificio del lenguaje como un aparato que, gracias a la extracción del objeto a, permite hacer un tratamiento posible del goce, ¿podrían funcionar entonces los talleres como artificios simbólicos, que anudados a la dimensión imaginaria de un quehacer, y soportados por la transferencia, posibilitan un tratamiento del goce en la psicosis y el autismo?. Allí el lenguaje, ¿no opera en tanto aparato donde se hace entrar a lo real en juego, bajo ciertas condiciones que dejan un goce por fuera?.

En el caso de Theo, quien al inicio ha presentado una dificultad ante el objeto mirada, allí donde ese espejo se encontraba caído, pareciera comenzar a hacer un tratamiento de ese real sobre su propio cuerpo, pudiendo ahora sostenerse en una escena, bajo la pregunta “¿qué soy para el Otro?”. Pregunta que invita a devolver mediante el espejo de la mirada una satisfacción sostenida por el deseo analista, posibilitando de este modo el reordenamiento de lo imaginario, a través de lo simbólico.



Dispositivos y analistas, constituyen el soporte de un trabajo que, puesto en marcha bajo transferencia, pueden constituir a un Otro devolviendo una mirada más soportable para este niño. Una mirada que hace marca y escritura de un cuerpo, convirtiendo así el grito de “*Acá estoy!*”, en un llamado al Otro. Un llamado significado por el Otro, que hace lazo, que invita a jugar y en tanto tal, establece la emergencia de un sujeto.

Quedará pendiente continuar interrogando si la virtualidad posibilita el recorte de ciertos goces que en la presencialidad aniquilan al sujeto. ¿Es posible que el deseo del analista, la atmósfera deseante que configura el dispositivo en esta práctica de a varios, toquen lo real del goce a través de la pantalla?

Bibliografía:

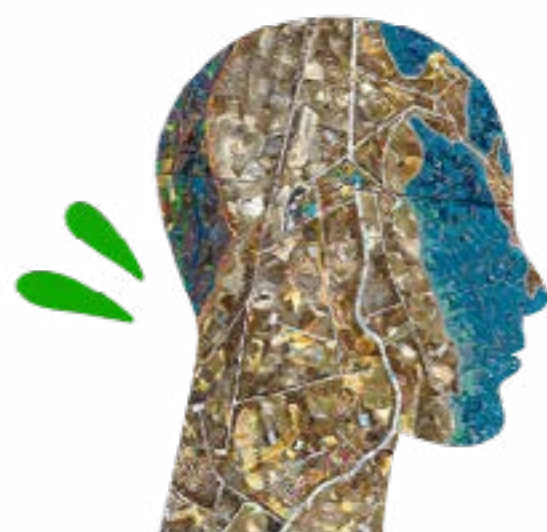
Lacan, J. *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales*. Editorial Paidós, Buenos Aires- Barcelona- México, 1964.

Laurent, E. *La batalla del autismo*. Editorial Grama, Buenos Aires, 2013. pp. 33-56 y 79-100.

Shejtman, F. *Elaboraciones lacanianas sobre la psicosis*. Editorial Grama, Buenos Aires, 2012. p. 179.

Slatopolsky, G; Cicchetti, M; Seijas, R. *Autismo, transferencia e invención*. Editorial Grama, Buenos Aires, 2021.

Tendlarz, S; Alvarez Bayón, P.. “*¿Qué es el autismo?*”. Editorial Colección Diva, Buenos Aires, 2013, pp. 35-41; 87-93.





BORDE-ANDO DESDE LO HÍBRIDO... ¿ENUNCIACIONES?

Mirna Guaycha



Esbozo unas líneas en el marco de los talleres colectivos en la cigarra, a partir de mi sorpresa ante los efectos en M y en Alina. En M desde lo virtual -por Zoom-, y en Alina desde lo presencial. Tomando como horizonte el concepto de borde, me interrogo si los efectos de los que se trata son enunciaciones.

¡Como el de la telenovela!

Alina, una joven de 24 años, que al llegar al espacio de los talleres -desde lo presencial-, habla recurrentemente sobre lo que el otro le hizo, dice: *“V me pegó”*. Cuando se le pregunta por eso, hace referencia a que es un compañero de su escuela. Éste, puede ser V como puede ser T, pero su modo de hacer no cambia para ella, tomando el estatuto iterativo.

Un día, en la ronda en donde transcurre el taller de la palabra, a un lado de Alina se encontraba sentado Axel -un joven que hace poco había comenzado a concurrir a la cigarra-, y al otro lado me encontraba yo. Entonces, Alina se dirige hacia mí para hablarme sobre lo que le pasó en su escuela. Y, si bien hay un hablar-me, en donde puedo escuchar más palabras -que en la web- y además dirigidas hacia mí, esto gira alrededor de lo mencionado previamente. Sin embargo, cuando el coordinador del taller le pregunta a Axel ¿cómo te vas a llamar hoy? -pregunta inicial del taller que invita a jugar a ponerse un nombre distinto al de uno/a- y él responde: *Axel*, Alina dice: *“¡como el de la telenovela!”*, con un tono entusiasta.

Luego de un corto tiempo de haber dicho esto, se dirige nuevamente hacia mí. Esta vez para hablarme sobre Axel. Sin recordar de manera precisa lo que me dijo, hasta ahora me sorprende del modo en que me lo dijo. ¡Alina se interesó por él! ¡Dirigió su interés por él hacia mí!

¡A vos te preguntó, no a mí!

M, un joven de 30 años, que -desde lo virtual- se encuentra acompañado por G -su madre-, participa del taller punto y coma. Éste consiste -en parte- en depositar en el casillero vacío (inscrito en una hoja por el coordinador) una o más de una palabra en consonancia con la/s palabras anteriores para la construcción de una frase.

M, en lugar de decir su/s palabras, deposita un trazo en el casillero vacío -dibujado por G, a pedido del coordinador-; al cual inicialmente éste, el coordinador, lo nombra como su firma. Posteriormente, esta firma va a adquirir otro estatuto bajo la égida ¿qué dice?, con la indicación del coordinador a G: *lea*. Esto, en principio deja a G perpleja ante el no saber qué dice, refiriendo frases como “*no dice nada*”, “*no sé*”.



No obstante, el estatuto que cobra dicho trazo es que G lee lo que dice ahí.

En principio, con ayuda de alguno/a, incluido los/as analistas, y luego sola; por supuesto, seguido de la indicación del coordinador.

G, si bien inicialmente pide ayuda, llega a dar cuenta que en ese trazo dice algo, como lo muestra un día

al decirle a M: “*¡a vos te preguntó, no a mí!*”, ante la indicación del coordinador a M sobre su turno y su no escribir en su casillero vacío. Es decir, G le presta voz a M, pues ¡es él el que lo dice!

Así, se puede pensar que G llega a hacer de borde a M. Por supuesto, con las intervenciones del coordinador y los/as demás participantes. G llega a hacer de punto de inserción de la libido de M, localizando su goce: la mirada, antes deslocalizada que lo dejaba en un estado de profusa inquietud. Lo cual puede volver si G no lo acompaña, como sucedió en una ocasión, en donde M se agacha -escondiéndose- cuando el coordinador se dirige hacia él y no logra hacer el casillero vacío para hacer su trazo, quedando casilleros fallidos y trazos desenmarcados.

J.-C. Maleval, en *El autista y su voz*, en relación al doble, dice: “es un objeto familiar, siempre bajo el dominio del sujeto, o considerado un «amigo» perteneciente al mundo securizado, del que el sujeto se sirve de buen grado para tratar el goce pulsional. Además, y de un modo conjunto, puede ser empleado como soporte de una enunciación artificial, con ganancias en expresividad que pueden ser apreciables, aunque tropiecen con un límite” (Maleval, 2011, p. 100). Siguiéndolo, se puede pensar en M una enunciación artificial soportada por G, quien hace de borde. Pero ¡es M el que lo dice!

M, cuando G lee lo que él escribe, asiente de algún modo, moviendo su cabeza en vertical, mostrándose sonriente y en ocasiones pareciera algo avergonzado. Por ejemplo, en una ocasión, cuando se le preguntó:



¿tenés novia? y Gleyó: “no”, él respondió asentando con un movimiento de cabeza, una sonrisa y un taparse un poco la cara. ¿Se puede pensar entonces en enunciación en M en tanto aparece un cuerpo afectado?

- Los apartados se titula a modo textual por elección de la autora.
- Maleval, J.-C. *El autista y su voz*, Gredos, Madrid, 2011, p. 99.

Bibliografía:

- Maleval, J.-C. *El autista y su voz*, *op. cit.*, pp. 95-195.





EL CASO

Mapa de latas: Glaciar Perito Moreno
Horacio Sánchez Fantino

127



entreUnos



EL ROMÁNTICO. ¿UN CASO DE ANÁLISIS EN LO COLECTIVO?

Evangelina March



R llega a la cigarra derivado por una psicóloga de un hospital público que le dice a la madre que si no hace tratamiento “será un violador”; y expulsado de la escuela por ser encontrado en el baño con un niño.

Esperando la hora de comienzo de talleres en la cigarra, el coordinador¹ le pregunta a R qué quería con ese nene en el baño: *hacer lo que le hicieron a él en el hogar* (donde vivía antes de ser adoptado) dice, sin rastros de afecto, en una pura iteración de una escena forclusiva. Real-ización de una posición de objeto, en la que ese nene es él. En otra ocasión el coordinador le vuelve a preguntar por aquella escena. Ante la entrada de un tercero, R dice “*después*”. Primera aparición de un sujeto en ese instante, localizado en un punto de vergüenza.

Al comenzar tratamiento con una analista irrumpe una transferencia erotómana feroz: se toca, se para frente a ella con una erección, ante el corte de sesión demora en irse; le envía mensajes por whatsapp. En los talleres, con otras analistas, intenta acercamientos que hacen de R una presencia inquietante, sentado al fondo, con la capucha puesta, casi sin palabra.

En Elephant -el taller de música de la cigarra- comienza a desplegar su gusto por hacer beat box, localización del objeto voz que le permite por momentos estar con otros sin la presencia masiva de un goce que lo invade. Ante la pandemia el análisis se interrumpe y la dirección del tratamiento fue que no se analizara de modo individual. En los talleres web su presentación produce un efecto de sorpresa: el goce erotómano que

¹ En adelante cuando se mencione al coordinador, se trata del analista coordinador de la cigarra que también coordina los talleres mencionados.

irrumpía en lo presencial parece haberse diluído.

La voz y el amor

En Elephant el beat box deja lugar en R a un estilo de bachata -intentando ponerle un nombre- a la hora de musicalizar la letra de la canción que se compone cada vez en el taller. Un estilo que algunos analistas le señalamos como singular en él.

Por otro lado, el amor -y el mal de amor- ha infiltrado varios de los talleres en los que, sin planificarlo pero una vez acontecido decididamente, nos hemos puesto a escribir canciones, cartas, diálogos, fragmentos, de amor.

En una ocasión estamos en el taller punto y coma, en el que cada participante es convocado a decir una palabra para formar una frase hasta que alguien pone el punto. R pide empezar la frase, no con la pregunta del coordinador sobre qué te da miedo, sino con “*hoy me enamoré*”. Tras una breve discusión entre varios el coordinador consiente al pedido. La frase se arma:

Hoy me enamoré (dice R) / y me casé (dice Y) / (*R entona por lo bajo la frase hasta aquí*) / con mi novia (dice Z) / , (M) / y me dejó (dice G) / . (M)

En el taller siguiente ese día -Elephant- el coordinador anuncia que “ya tenemos canción”. R hace la melodía y el ritmo con la coordinadora del taller. Finalmente cantamos:

Hoy me enamoré y me casé con mi novia, y me dejó, y me dejó.

Entonces:

1. El consentimiento del coordinador a hacer entrar *hoy me enamoré* como enunciación.
2. El hacer del taller pone eso a sufrir el desvío de sentido que introduce la palabra de los demás participantes.
3. En el devenir de la frase surge el canto de R, fuera del juego pero en un modo, por una cadencia, que no lo interrumpe ni tiene el tono de lo intrusivo. De hecho, el efecto es de animar el juego.
4. En Elephant la frase pasa por su modo de entonación y vuelve a entrar en el *para todos* del taller.

R comienza a servirse de los talleres para un nuevo hacer, canta al amor.

A partir de allí puede contar un día que tiene novia, otro día que se peleó, que tiene una nueva, que hoy es su aniversario. Eso entra en el lazo de un modo que enternece, no disruptivo. Como efecto en el taller punto y coma surge su interés por puntuar la frase: puede pensar dónde producir una pausa o detención. En el taller de la palabra² “el triste” y “el enamorado” son nombres que elige desde los cuales alcanza a decir: “estoy mal”/ “se me pasó” / “te amo”.

Un borde para un recuerdo infantil

En el *taller querido diario*: el coordinador pregunta a cada uno si recuerda por qué empezó a venir a la cigarra. R dice: “*el motivo sí pero no quiero contar*”.

Luego pide hablar y aparece un recuerdo: *él es un niño, está en Mar del Plata con sus padres, camina hasta la*

² El taller de la palabra es un juego en el que los participantes son convocados a decir una palabra o frase que se anota en un casillero con su nombre, pero dicho nombre lo elige cada uno cada vez. En un 2º momento se trata de acertar quién dijo cada palabra.



playa y se pierde. La policía lo lleva en patrullero a la dirección del hotel que él les da. El coordinador le pregunta si estaba asustado. Asiente y agrega que la gente lo miraba raro, pensaron que había robado. El armado de un borde a lo que no quiere decir, para lo indecible que resuena en *lo que me hicieron en el hogar*, hace posible articular un sentido en un fantasma imaginario en la que la mirada del Otro cae sobre él.

Un nombre de goce

El Romántico (con mayúsculas), nombre con el que entra al zoom hace unas semanas, llega más tarde, desentendido del taller, muestra una cadena al cuello con el escudo del equipo de fútbol del que es hincha y un dije con la letra R. Dice: “*R de (su nombre) y de romántico. Acá en la cigarra soy el romántico, afuera soy (su nombre)*”. Ese día en el taller punto y coma estamos escribiendo una carta de amor. R trae un cuaderno y pide leer una carta que escribió. Pone música, “*con música puedo leer bien*” dice y comienza: “*tu cuerpo como el oro, el viento en tu pelo...*” y sigue una gramática del amor romántico, soportada en la musicalidad; instante en que se anudan voz y semblante en un decir que vibra en el cuerpo.



Si *violador* fija a R en posición de objeto, la cigarra aloja lo disruptivo de su singularidad de goce y soporta el investimento libidinal, encarnado en un Uno

-el coordinador- que no elude ese lugar y analistas que nos prestamos a poner en juego en los talleres una enunciación que transmita algo del deseo a la hora de

“hablar de amor”.

Para R su análisis es en los talleres en tanto el goce que lo invadía haciendo estallar el marco del análisis individual y cualquier lazo posible, pasa allí por una reducción y localización en un hacer que da lugar a otro goce. A partir de *el romántico* como nominación, un punto de agujero y anudamiento sostenido de la cigarra, R puede tener un cuerpo que soporte el encuentro con otros y habitar una dimensión del amor que no sea erotómana, tal vez ejercitable [1].

Notas

[1] Indart, J. C. *Sobre el Ideal y el ser nombrado* para, UNSAM, San Martín, Provincia de Buenos Aires, 2019, pp. 30-31 y pp. 48-50.

Bibliografía

Indart, J. C. *Sobre el Ideal y el ser nombrado* para, UNSAM, San Martín, Provincia de Buenos Aires, 2019.

Lacan, J. *R.S.I.*, inédito, 1975.

Laurent, E. *Síntoma y nominación*, Colección Diva, Buenos Aires, 2002.





AMOR DE TRANSFERENCIA EN LA PSICOSIS: ¿CURA-SINTHOME?



Ricardo Seijas*



Con el coordinador de los talleres (virtuales), con su analista (por videollamada) que también participa de los talleres, N arma lazos libidinales que le permiten el tratamiento de sus síntomas ¿Qué hace que estos amores bien vivos no deriven hacia lo que Lacan llamó amor muerto¹?

N, adolescente, comienza a participar en los talleres virtuales con una presentación maníaca: por un lado, no puede quedarse quieto ante la cámara, se para, va y viene, salta; por otro, no puede parar de hablar, muchas veces interrumpiendo a los otros.

El coordinador –Gustavo- le dice que si se queda quieto gana puntos, si se mueve, se le tachan. Esto comienza a producir cierto aquietamiento. Pero cuando Gustavo señala que se le tachó un punto, se exalta, se queja de la decisión, se pone agresivo. Revela entonces otra dimensión de su síntoma: un Otro persecutorio que se va encarnando en distintos participantes del taller y que pierde algo de su consistencia cuando Gustavo le invita a tacharle un punto, pues no había escuchado algo que él había dicho. Esta posibilidad lo alivia, y a su vez, lo exalta, y trata de hacerlo sin regulación alguna. Comienza a cambiarle el nombre a Gustavo al inicio de los talleres: le dice repetidamente Spoky, Centavo, con cierto tono burlón. Gustavo responde diciéndole que para cambiarle el nombre a alguien hay que pedirle permiso. N acepta. Y también acepta cuando Gustavo le dice “hoy prefiero que no, la próxima”. Su propio nombre y apellido es algo con lo que no se juega: él se llama N...L...Rechaza el apellido paterno, rechazo que su abuelo –quien lo cuida- sostiene apasionadamente.

¹ Lacan, Jacques. El seminario Libro 3, Las psicosis. (1955-56) Ed. Paidós, Buenos Aires, 1995, p. 363.



Momento clave del amor de transferencia en el taller: en una ocasión, cuando Gustavo le está planteando algún “así no”, N le dice disruptivamente (y angustiado): “te quiero”. Gustavo responde inmediatamente: “yo también te quiero...pero hay cosas que no se pueden”.

Ausente

Estos talleres se realizaban lunes y viernes. Yo participaba solo los viernes. En una ocasión, propongo “tacharle un punto a Martina”. A continuación elige dibujar en el taller de magia: “Ricardo tachándole un punto a Martina”. Al día siguiente de los talleres, N le pregunta a Gustavo: “¿qué pasó que Ricardo no vino?” Gustavo dice que no sabe y le pregunta qué nombre habría que ponerme entonces. N dice: “ausente”. Me interesa atenderlo, lo propongo; N comienza su análisis, también por videollamada.

Cuando me llama y no le respondo inmediatamente, llama repetidas veces sin parar. Luego comienza a mandarme mensajes: “Ricardo”, “te estoy llamando”, “¿por qué no atendés?” “respondeme”. Se abren las sesiones con mis explicaciones: no podía, no sabía, etc. En una sesión me reclama: “Faltaste tres veces a los talleres, ¡no podés faltar!”. Cuando le respondo que no puedo ir porque tengo otro trabajo, me grita: “¡Mentiroso! ¡Mirate la cara de mentiroso!”. Sin pensar, me acerco a la cámara como si me estuviera mirando en un espejo, con cara cómica. Se ríe. Sorprendentemente para mí, cae el Otro persecutorio y me transformo en uno más del taller: “Le voy a decir a Gustavo”, - “¡Así me ponen

ausente!”, - “Y vas a perder dos puntos”, - “Ok”; insiste: - “pero no podés faltar...”.

Nombre y apellido

Muchas veces comienza su sesión profiriendo y alterando mi nombre y apellido: Ricardo Quejas, Ricardo Seijas, repite sin parar, riéndose burlescamente, con cierto exceso notable en su voz. Le digo que puede hacerlo pero solo una vez por sesión porque muchas veces me hace sentir mal. Si no, pierde puntos. Aunque acepta, lo hace nuevamente. Sanciono la pérdida del punto y enseguida replica: “Me equivoqué, ¿me perdonás?”. Respondo que sí, pero que el punto ya se perdió. Acepta, pasa a otra cosa.

Luego de un tiempo entra en sesión comiendo algo y me dice “Me estoy comiendo un Ricardo Seijas”, - “¿Es rico?”, se ríe - “nooo, te engañé, es una bola de fraile!”, “¿de dónde la sacaste?”, “fui a una panadería donde hacen Ricardos”. Le pregunto: ¿hacen Ricardos de torta o tortas de Ricardo? Se ríe, esta vez de otra manera.

- ¿Nos seguimos queriendo, no, Ricardo?

- ¡Claro!

- Como amigos

- ¡Como amigos!

En una de las últimas sesiones, al finalizar, se arma el siguiente diálogo, suponiendo que se llamara Nicolas Lopez: N empieza diciendo: “Cuidate, date”, - “Chau, Nicolas, las”, - “Ricardo, dardo”, - “Lopez, pez”, - “Seijas, jas, que no se queja”. Reímos y nos despedimos.



¡No tenés novia!

En un taller, uno de los pacientes propone hacer una frase sobre “los problemas de los demás”. Gustavo me convoca y yo respondo que cuando era chico, mi problema era mi timidez, me costaba hablarle a la chica que me gustaba, que por eso me resultaba difícil tener novia...”.

En la sesión siguiente, N exclama contento –no bur-lón-: “Ricardo, ¡nunca tuviste novia!” A partir de allí durante varias sesiones se dará una conversación donde en un primer momento me pregunta si tengo novia, por qué no, si me gustaba una chica, si esa chica lo sabía. Le respondo que no tengo novia, que hay una chica que me gusta y que no lo sabe. Y que no sé qué hacer, no me animo. Mis respuestas eran siempre del orden del no saber y el no poder, siempre articulados a afectos del cuerpo: la vergüenza, la vacilación, la timidez. Sigue un momento donde él me propone insistentemente alguna solución: “Tenés que decírselo, escribilo, gusto de vos y un poema de amor pero poné anónimo, que no se dé cuenta que sos vos, es una sorpresa”; y un tercer momento donde yo le pregunto a él sobre el tema. Siempre hay una primera respuesta de cuestionamiento: “¿a vos qué te importa!?”. Luego comienza a responderme. Le gusta una chica, y las soluciones que me propone para mí va a realizarlas él, manteniendo siempre el nombre de la chica en secreto. En una sesión de éstas propone que le haga una poesía a la chica que me gusta. Agrega: “a mí no se me ocurre”. Le respondo que a mí tampoco, que me dé una idea. Comienza entonces a dictarme un poema. Luego de varios versos lo da por finalizado. Le pregunto:

“¿Dónde va el signo de pregunta que abre la pregunta?” –“Mostrame, leé, así queda un texto que se lo podés mandar” –le leo y agrega: – “entonces poné punto después de *oscuridad*, poné *en* antes de oscuridad y el signo de pregunta que abre la pregunta va antes de *si*, y punto porque si no ¡se va hacer largo!”. Me río y corto la sesión.

En una de las últimas sesiones le pregunto sin que él me haya dicho nada a mí antes: “¿y la chica que te gustaba?” Responde sin reparos: “con ella somos amigos, le pregunté ¿me querés o me odias? Me dijo: No te odio. Pienso que hay gente que me odia y gente que me quiere”; – “¿Gustavo?”, – “Creo que me odia pero no sé, él sabe, voy a preguntarle el lunes”. – “¿Y vos?”, – “Según la respuesta que me dé”, – “¿Y yo?”, – “No sé si me odiás o me querés”. Respondo animadamente: “Te quiero, no te odio ¿porqué te voy a odiar?!”, – “Como compañeros de taller”-define.

Me manda un audio fuera de su horario de sesión, más tarde: “Es que como no me llamaste, me preocupé mucho, me había olvidado de comentarte, me preocupé mucho porque no contestabas, un gusto haber hablado con vos”.

Conclusión

Para otro trabajo quedará explorar en detalle las intervenciones del analista y sus efectos. Lo que hoy podemos hacer es situar una particularidad fundamental del trabajo analítico de este parlêtre: lo realiza no en un dispositivo sino en dos y también con dos transferencias, cada una de ellas le permite leer a la otra, y



también de algún modo, descompletarla en acto. Debemos destacar también el lazo transferencial entre ambos analistas, a la vista del analizante en el dispositivo de talleres.

Por otra parte podemos en esta conclusión reducir la posición del analista a ciertas coordenadas: no retrocede en consentir y replicar la demanda de amor del analizante, y a la vez, se sitúa como sujeto barrado, al cual la ley de la quita de puntos puede alcanzarle; como sujeto ignorante de la ciencia del amor que necesita del saber del analizante; como cuerpo afectado por otro objeto amoroso; como imaginario payaso que se ríe de sí mismo. Proponiendo sancionar y transformar el cinismo contra el Otro –que en un momento encarna- en un goce común del disparate.

Esto conduce a un amor de transferencia que el propio analizante nombra cuidadosamente: amigos, compañeros de taller y a una invención: la escritura del poema, que, en acto, agujerea su sintomatología inicial: la manía, donde toda palabra quedaba confusa e indeterminada y por lo tanto, también su lugar en el deseo del Otro, y lo paranoide, con lo cual intentaba dar respuesta, que lo dejaba en lugar de objeto puro de su goce.

Pero entonces: es posible el amor de transferencia en la psicosis sin que derive inevitablemente en el amor muerto de la erotomanía. Pero no solo a esto nos lleva el caso, debemos preguntarnos también: ese particular amor ¿cura-sinthomatiza?

*Psicoanalista, miembro de la cigarra, codirector del Seminario Anual de Posgrado de la cigarra. Ex coordinador del hospital de día de adultos del CSMNo1.





EL BAGAJE CON EL QUE PARTE EL SUJETO EN LA INDETERMINACIÓN DEL ¿QUÉ SOY YO (JE)?

Santiago Avogadro



La conceptualización de la indeterminación del sujeto me vuelve a encontrar para intentar formalizar un tiempo del análisis de G, que ya lleva más de cuatro años en la cigarra. Si el acto fundamental que marcó, *après coup*, un primer momento de su análisis fue separarse de un significante (“degenerado”) que lo nombraba desde el campo del Otro (materno) y así ocupar un lugar *entre* sus hermanos¹, el pasaje a poder habitar una escena en lo social es una apuesta constante para este joven. Después de años volvió a ir regularmente al colegio y empezó a nombrar a compañeros y a interesarse por las chicas.

El deseo de G por aprender a escribir nos ha llevado a hacer uso de diversos juegos donde el equívoco y lo múltiple pueda circular.

Llegamos aquí a donde me quiero detener. Luego de algunas sesiones en las que jugamos al *Tutti Frutti* advierto la peculiar forma en que G escribe las categorías: en cada una de ellas falta la S final que hace entrar la pluralidad. Si elegíamos NOMBRES, él escribía NOMBRE. Si incluimos COMIDAS, su escritura era COMIDA. A su propuesta de incluir COSAS la escribe COSA.

¿Cómo leer esta omisión de la S? Lo único que G puede decir al respecto es que no sabe cuál es la diferencia entre que esté la S al final o que no lo esté. Estamos frente a un punto donde tenemos que pensar la función de la S (escrita al final) y su inscripción, y no el signo de un conflicto que se representa en la omisión de la S.

Por otro lado, G utiliza la S sin problema en la escritura

¹ Avogadro, S. (2021). Se trata siempre del sujeto en tanto que indeterminado. En *entreUnos*, n° 5, pp. 107-110. <https://entreunos.com/pdf/soluciones/elcaso.pdf>

de diversas palabras que contengan esa letra. La estructura de la función de la S es similar, pero no igual, al ya célebre cero de la cigarra² o al espacio vacío que regularmente se ofrece en los talleres o en los análisis con niños autistas. La S viene a inscribir la apertura de un espacio abierto a partir de la inscripción de un vacío en la significación. En otras palabras, si el Nombre-del-Padre habilita el malentendido entre el sujeto y el Otro, posibilitando orientaciones posibles sin fijar un sentido cristalizado frente al deseo del Otro, la S representa la posibilidad de jugar e inventar respuestas variadas y múltiples, en este caso frente a las categorías elegidas en el juego. Siguiendo la referencia del trabajo que hace Lacan (1955-1956) en el *Seminario 3* a partir de la interpelación que el sujeto recibe del Otro, *tú eres el que me seguirá/seguirás*, remarquemos lo que venimos planteando con la siguiente cita: ¿Seguir qué? Esto queda abierto. ¿Seguir tu ser, tu mensaje, tu palabra, tu grupo, lo que yo represento? ¿Qué es? Es un nudo, un punto de apresamiento en un haz de significaciones, al cual el sujeto ha accedido o no. Si el sujeto no ha accedido a él, entenderá *tú eres el que me seguirá por doquier*, cuando el otro le ha dicho *seguirás*, con *s* al final, es decir en un sentido totalmente distinto, que cambia hasta el alcance mismo del *tú* (p. 399).



Volviendo a G, la pregunta es cómo hacer entrar en juego la S, allí donde se han forcluido sus efectos, para que no quede reducida a la vía del aprendizaje. Vale aquí una aclaración precisa: G

² Slatopolsky, G. (2014). Un nombre en la serie de los números naturales. En *entreU-nos*, n° 0, pp. 65-76. <http://entreunos.com/pdf/dispositivosclinicos/lostalleres.pdf>

aprendió rápidamente la diferencia entre que la S esté o no esté.

Afirma con gracia: “NOMBRE es uno solo, NOMBRES pueden ser muchos”. Si pueden ser muchos no es ninguno: conjunto abierto.

En primera instancia su respuesta sígnica (frente a determinada letra siempre la misma respuesta) quedó en jaque. A partir de ahora el juego empieza a ser intervenido: la respuesta elegida no puede ser la misma que la sesión anterior. Luego el juego se deslizó a otro donde cada uno escribe la mayor cantidad de palabras, dentro de una categoría, que empiecen con la misma letra.

Haber instalado la función de la S en el devenir de la sesiones tuvo como efecto privilegiado, hasta aquí, permitirle a este joven encontrar una manera de deslizar los sentidos que le vienen del Otro. Si llega diciendo “soy un loquito” (frase sumamente inoportuna que la madre le dirige en momentos donde surge algún conflicto) lo invito a escribir todas las formas en las que él se reconoce. Entre risas, G pasa de ser desde un romántico hasta un cantante de reggaetón. Por otra parte, abrir una serie múltiple y equivoca permite a su vez elegir un elemento: ya no es lo mismo querer a todas las chicas a que haya una que le guste. Se trata entonces, con este joven, de una dirección de la cura que haga posible, cada vez, cierto paso por lo abierto.

Bibliografía

Lacan, J. (1955-1956). *Seminario 3: Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós, 1984.





LA CIGARRA O EL CUADRADO DE L/A CIGARRA

Francisco Cabanillas



¿Cuál es la función del cuadrado vacío que es articulado incansablemente en los diversos espacios de la cigarra? ¿De qué le sirve a un autista? ¿Qué produce en la defensa autista? Estas son algunas de las preguntas que surgen cuando se lo observa funcionando en los talleres y luego se lo introduce en el espacio de tratamiento individual.

El caso

Luisa tiene 16 años y asiste a tratamiento individual en *la cigarra* desde el momento que llegó a la Argentina con su madre en 2018. En el consultorio Luisa dibuja llenando todos los espacios de la hoja. Sus narraciones son caóticas, con eternos circunloquios, explayándose una y otra vez en las mismas aparentes nimiedades.

Con la vuelta a la presencialidad Luisa comienza a tener otra vez episodios de *estrés* -esa es su definición- en su escuela. Con la ayuda de su madre se pudo puntualizar que dicho *estrés* aparece cada vez que se tocan temáticas que aborden un daño a cualquier ser vivo.

Así, en las clases de economía Luisa se *estresa* cuando se menciona los mataderos para el ganado, o en historia, la esclavitud y la conquista.

Las intervenciones se apoyan sobre la hipótesis del avance del Otro conjugada con la indiferenciación entre objeto y sujeto.

Luego, tras anoticiarse de la extinción de los dinosaurios Luisa presenta una gran crisis de *estrés*. Está devastada. Sus circunloquios son aún más amplios, solo se disculpa.

Si no hay agente que lleve a cabo la acción entonces queda pensar en sólo la pérdida, la extinción, la desaparición o la muerte.

En una supervisión, Gustavo Slatopolsky sugiere para esta situación, no sólo hacer más palpable el acto de anotación del analista, sino también, llegado el momento, introducir el casillero vacío.

Esto desconcertó ya que esto último es utilizado en dinámicas grupales y lúdicas. De inmediato surge una primera hipótesis: el cuadrado podría hacer las veces de una posible dirección para un vector en el campo del lenguaje que tiene origen y que, sin embargo, nada podemos afirmar de su sentido ni de su fuerza. En otras palabras, una orientación para el S¹ suelto, sin confirmar o establecer un S², ni su significación.

Previo a una sesión, la madre de Luisa avisa que la cartuchera se extravió. Durante esta, Luisa comienza con sus digresiones ante las cuales, junto a ella, se anota todo lo sucedido. En el momento que Luisa logra mencionar su *estrés*, se le brinda el casillero vacío bajo la idea de que eso sucede *por o ante* algo; con el siguiente agregado: *cuando encuentres la palabra que se acerque a ese algo podrás completarlo*. Ante esta posibilidad, ante este objeto concreto de referencia, que a la vez es indefinido, finalmente, vacío, Luisa se tranquiliza.

Siguieron las sesiones hasta que en una de ellas se presentó muy compungida. Su relato circunda la realidad social y económica de su país, expresando: *la situación en mi país es frustrante*.

Acto seguido, se detiene, levanta su mirada dirigiéndola hacia el analista e interroga *¿qué significa frustrante?* Ante esta pregunta sorprendente se le propone buscar juntos en el diccionario.

Primeras conclusiones:

El casillero vacío es de mucha utilidad para Luisa. Funciona como un borde con el que se topa su defensa autista. Quizás, hasta marca la posibilidad de existencia de algo distinto, posiblemente un adentro y un afuera.



Sin embargo, teniendo en consideración la forclusión del agujero que propone Laurent², en donde nada falta y, por tanto, nada se perdería, podríamos conjeturar que este encuentro entre el significante *estrés* de Luisa con el cuadrado vacío provocó un movimiento en la defensa a la manera de una *zona de subducción*.

Es decir, parte de la defensa se hunde y/o se pliega bajo el borde consistente del cuadrado vacío. Al mismo tiempo que en otra localización diferente y cercana a la vez, la defensa comienza a volverse aún más porosa. Mejor dicho, los componentes de su defensa comienzan a divergir. Permitiendo al material que compone la defensa derramarse sobre la superficie para luego fundirse con ella, pero esta vez de manera diferente, quizás, un poco más advertida. Incluso, modificando su presentación, su topografía.

Si tomamos esta idea veremos que Luisa deja incompleto el cuadrado vacío cuando estaba *estresada*, por el contrario, en otra circunstancia pregunta por un significante que la afecta.

Aun así, a Luisa le queda el espacio vacío para su *estrés*.

1 (La batalla del autismo. De la clínica a la política., 2012/2013, pág. 81)

2 Laurent, E. (2012/2013). La batalla del autismo. De la clínica a la política. Buenos Aires: Grama Ediciones.



MARCA CIGARRA



Martina Cicchetti



En el autismo a veces encontramos un cuerpo en estado de exceso, donde lo simbólico no agujerea lo real, donde el goce no se recorta. En un intento de aferrarse a la letra como impresión, manteniéndola en estado in-equívoco. En las últimas jornadas de la EOL se habló de *una agonía sin syntaxis*, allí donde se presentifica el exceso en el cuerpo.

Durante años, Alina trae una y otra vez un enunciado fijo, “me pega”. “Bruno me pega, me duele, eso no se hace”, enunciados que localizan un sentir en el cuerpo. Un día al llegar a talleres me encuentro con Alina, al verme me pide ir a hablar. En sesión dirá “me duele”, le pregunto “¿dónde te duele?”, “me duele”, vuelve a responder en el mismo momento en que se toca el hombro. La analista insiste “¿dónde más te duele?” y de modo inédito e intempestivo dirá “en la parte de la chicas”, esta vez sin acompañar con el gesto. Le pido que lo escriba, hace un monigote, como el que siempre dibuja, pero esta vez le agrega un círculo grande con dos más pequeños dentro en la zona del torso. Queda delimitada una zona del cuerpo. Al volver al taller Alina elige, por primera vez, el nombre Martina para los juegos del día.

Otro día retoma el decir pero esta vez con una localización en una letra precisa: “el fantasma Arturo Puig me pegó”. Arturo Puig delimita un borde donde localizar eso del cuerpo que irrumpe, eso que durante años fue dicho en la marca del guión de alguna serie adolescente, cabe aclarar que Bruno y otros nombres que iban apareciendo eran personajes de la serie Soy Luna. La analista le pregunta “¿Qué le podes hacer

cuando aparece el fantasma de Arturo Puig?” Alina responde de un modo seguro “le hago la marca”, nuevamente le pido que lo escriba, hace un trazo de un palito tachado, “le tachas un punto” exclamo,

“si, si si, le tacho un punto”. Quienes transitamos la cigarra sabemos del valor simbólico de tachar un punto. Marca cigarra para maniobrar con aquello del exceso que se presentifica.

Tachar un punto a Arturo Puig le permitirá transitar de otro modo los talleres, ese día su voz en Elephant dream podrá ser utilizada para la canción en un tono y cadencia que entenece. Borde imaginario que constituya un orificio corporal.

A partir de allí se arma un nuevo borde en transferencia, se empiezan a establecer diálogos, incluso por teléfono. Si pensamos el diálogo como el espacio de un agujero, un saber hacer allí con el cuerpo y con el otro, en una de esas conversaciones dice que tendrá una obra de teatro en la escuela. Cuando al otro día le pregunto si le gustó la obra, responde “No me gustó, guajj!”, un chico se saca la remera” entre cerrando los ojos y haciendo un gesto de asco.

Hay por lo menos dos modalidades que Alina construye para tramitar aquello que irrumpe del cuerpo, por un lado el uso metafórico de las frases de las series, “Bruno me pega” es letra del golpe que toca el cuerpo, le permite asir la experiencia corporal, en un intento de negativizar el goce que irrumpe en un cuerpo sin borde, sin localización, un cuerpo excitado. Eleva

a la dignidad del significante que las interpreta en un enunciado fijo. Por otro, la diferencia del uso cuando tacha el punto, letra construida en transferencia, transferencia cigarra, una significación fija que vacía el goce. Inventa un vacío para aislar un objeto produciendo un menos en lo real del cuerpo. Dejar de repetir la ecolalia como una cesión de goce es conmovedor. Vaciamiento que cumple la función de borde, agujereamiento que permite que lo real no sea un todo, un absoluto, sino que lo simbólico pueda bordearlo, constituyendo un agujero como real.

¿Qué hace hablar al autista?

Si para hablar es preciso un vacío, precipita la pregunta de cómo poder construir en transferencia ese vacío que permita un decir. ¿Qué significa Bruno me pegó? ¿dónde ubicar esa localización de la función de la primera persona que la deja sola? A diferencia del armado de un vacío que permita una distancia entre eso que dice y la experiencia de cuerpo.

En el taller punto y coma la frase viene así: Cuando me llamó mi novia brasileña pensé, que me quería hablar y me dijo que me quiere si me gustaría (G dice que no le gustaría que M, su hijo, tenga novia) dedicarme a otra cosa.... no sé que piensas no sé que digo estoy muy triste porque no conseguí el collar para ella no importa tal vez podemos hablarlo, ¿con quien? pregunta el coordinador, turno de Alina “con mi mamá” responde. El coordinador se agarra la cabeza exageradamente de un modo lúdico y le dice “noooo, mejor eso hablarlo con otra persona”, ante la sorpresa de todo los participan-

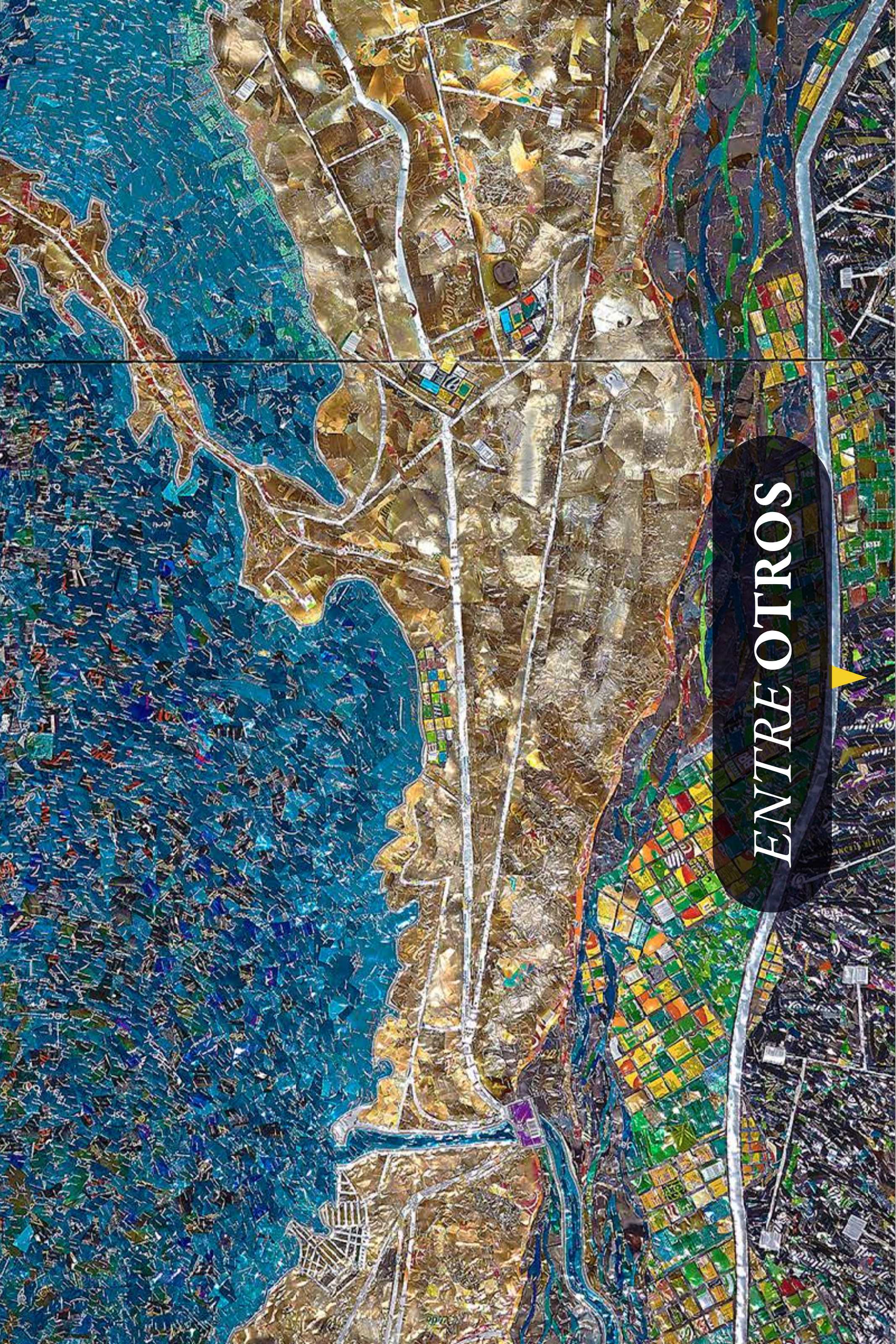


tes Alina dice “con el psicólogo” estableciendo por vez primera una diferencia. El taller Punto y coma le pone un punto a la opacidad del goce.

Tachar un punto es del orden de la sintaxis, es ordenamiento, localización, que tendrá como consecuencia el armado de lugares diferentes, madre- psicólogo.

L. Cazenave en la mesa “Responsabilidad subjetiva” dijo que es preciso tomar nota de los signos del goce para ver qué significantes están ahí, el caso Alina es testimonio del atravesamiento en transferencia en un modo cigarra, una lectura a la letra, orientado por el deseo del analista.





ENTRE OTROS

El muro de la Cava
Mapa de latas: Mari Menuco
Horacio Sánchez Fantino



PONER EL CUERPO



Matias Meichtri Quintans*



Una de las cosas que nos dejó la pandemia (para quienes no la conocíamos), fue el encuentro con la cigarra. En medio de esa experiencia global inédita que supuso el Covid-19, surgió la posibilidad de encontrarnos con otros alrededor de un tema que da que hablar: el autismo. Da que hablar porque en él confluyen múltiples intereses haciendo del sujeto, en ocasiones, un objeto de disputa.

Por una parte, el autismo, es un diagnóstico en expansión lo que nos lleva a preguntarnos por la época. ¿Qué dice este fenómeno de la época en la que estamos? Por otro lado, es una condición que acentúa ese repliegue del goce sobre sí. ¿Todos autistas? Hablar con otros, entonces, resultó -y sigue resultando- fundamental si queremos avanzar sobre los problemas cruciales que supone este modo de funcionamiento tan singular.

Esto no es una novedad, la clínica con la psicosis en la infancia supuso desde el inicio la práctica con otros en instituciones, ya que este dispositivo permite no sólo la intervención sino también la investigación y sobre todo, una posibilidad concreta de alojarlos. Es imposible avanzar solos en la doctrina del psicoanálisis, es necesaria la transferencia y en ese punto podemos llevar las cosas un poco más lejos para ubicar que en una institución la táctica es la de cada uno, pero la estrategia es del conjunto.

De allí que se vuelva fundamental el intercambio con otros a la hora de movernos en esos espacios de vida, tal y como Antonio Di Ciaccia, nombra las condiciones de posibilidad para que se dé el encuentro entre el discurso

del psicoanálisis y estos sujetos en el medio institucional.

El confinamiento supuso una experiencia igualmente inédita: la de la soledad de cada cuerpo y su repliegue una vez que el encuentro virtual finalizaba.

Esto constituyó para muchos, una reflexión alrededor del cuerpo del interviniente, analista o practicante.

¿De qué cuerpo se trata?

¿De qué tipo de presencia se trata frente a estos sujetos en los que más de una vez -y en muchos casos- es necesaria la presencia de un cuerpo acuarelado, casi imperceptible?

Desde esta perspectiva el cuerpo es un cuerpo instrumento que dispone de la propiedad borromea en tanto que se trata de un instrumento RSI.

En lo Imaginario su presencia es fundamental. Sabemos que lo imaginario no se reduce a lo visual. De eso nos damos cuenta porque se trata de una presencia que puede producir algún tipo de efecto en el plano de la identificación.

También en lo simbólico es un cuerpo que debe cumplir una función: la posición discreta no implica ausencia. En la presencia repetida, en los circuitos constantes por donde hacemos circular ese cuerpo, en la alternancia entre estar y no estar, se hace presente esa dimensión de la rutina simbólica.

Y también está la dimensión real del cuerpo que hace valer lo imposible de la no-relación-sexual y que habitualmente se juega en el encuentro con lo real.

El regreso paulatino a la presencialidad, reforzó los

encuentros entre *la cigarra* y los colegas de otras instituciones. Comenzó a ocurrir que fue necesario reconocernos por fuera de la pantalla. En tres dimensiones y sin otra *interfaz* que la del propio síntoma, nos encontrábamos -en algunos casos- por primera vez de forma presencial.

El cuerpo recobraba su elemento alejándose del repliegue que implicó el aislamiento por la cuarentena.

En los diferentes centros, organismos y establecimientos pasaba lo mismo: intervinientes y analistas ponían nuevamente su cuerpo al servicio del funcionamiento institucional.

Disponer del cuerpo al encuentro con la clínica, nos permite recordar lo que eso implica: que en la práctica psicoanalítica no conviene que el cuerpo del analista se identifique plenamente a su goce.

Finalmente la pandemia no fue más que un acelerador de partículas, un catalizador que nos impulsó a revisar la presencia de los analistas, nuestra presencia, en su desafío por tratar un real encarnado. El cuerpo entonces, es siempre un extraño para el analista y para el analizante, que se pone al servicio de un lazo por venir.

** Psicoanalista en Córdoba, miembro de la EOL y de la AMP.*

Responsable de la Antena Córdoba del Observatorio sobre políticas de autismo de la FAPOL.

Coordinador clínico de la Fundación AVENIR.





LA CIGARRA: UN NOMBRE DEL DESEO DEL ANALISTA



Juan Mitre*



Para el número cero de *entreUnos*, también a partir de una invitación, escribí un texto en tono testimonial que titulé: “¿Por qué pasé por *la cigarra*?” Se cifraban allí un interrogante y una certeza. El interrogante en torno a las razones que me llevaron a elegir ese lugar de rotación en mis años de residente (cuando el autismo y las psicosis en la infancia no estaban en el centro de mis intereses), y la certeza, de que allí se produjo un pasaje decisivo en lo concerniente a mi formación. En términos de Miller, allí se produjo un efecto de formación, con la equivocidad que puede leerse en efecto-de-formación. No hay forma lograda, no hay buena forma, sino la puesta en acto de un estilo. Modo singular de sostener y encarnar una función, esa que Lacan llamó: *deseo del analista*. Función vacía de contenido que empuja al bien-decir y a la invención, y que hace contrapunto al superyó.

¿Qué serían de los talleres de *la cigarra* sin esa función llamada *deseo del analista* que palpita en el centro de cada acto, de cada respuesta, de cada invención? ¿Acaso, ese dispositivo de talleres, que es la forma que tomó un hospital de día en un centro de salud mental porteño pueden ser replicado sin más en otros lugares? ¿Acaso, esos talleres, que llevan esos nombres tan originales (“taller del secreto”, “taller de la palabra”, “taller punto y coma”, “taller doble a medida”, “taller cerocomauno” ...), y que implican funcionamientos y lógicas tan singulares, pueden ser sostenidos por otros “profesionales de la salud” en otros lugares? Por supuesto, son preguntas retóricas, no conviene responderlas de un modo directo.

El psicoanálisis fue el invento de un solitario, allá en Viena a fines del siglo XIX y principio del XX, cuando Sigmund Freud abandonó la sugestión (y todo lo que ella tiene de dominio, de discurso amo diremos con Lacan) y transformó un deseo “investigador y curativo” en algo nuevo. Allí nace un deseo inédito y un nuevo discurso, con una fuerza de transmisión que recorrió el mundo, y que anidó de un modo muy particular en la salud pública de nuestro país.

Psicoanalistas insertos en el campo de la salud mental, sosteniendo una práctica que se encuentra en las antípodas de cualquier normalización, que respeta y promueve lo singular (lo incomparable que habita en cada uno), que arma comunidad (una comunidad de desemejantes en el mejor de los casos), y que anima a otros. Y aquí, y en torno a ese “animar”, podemos recordar que Freud no hablaba de salud mental pero sí de “salud anímica”. Un sintagma más afín al psicoanálisis, ya que el ánimo -como sabemos- implica al cuerpo. Y si recorremos su etimología, deriva de “animarse”, y proviene de una raíz latina que significa soplo y respiración. Justamente de allí procede “animar” (dar vida o pasión), y “reanimar” (devolver vida cuando alguien la perdió). ¿Acaso, no se trata justamente de ello en psicoanálisis, de encontrar o recuperar un goce ligado a la vida? Resaltemos también, que el psicoanálisis muchas veces permite “reanimar” las instituciones de salud, para evitar que los protocolos, los ideales y las burocracias sanitarias uniformicen y achaten las prácticas.

El psicoanálisis, esa invención de un solitario, y esa raigambre, tan argentina que palpita en nuestras instituciones públicas, nunca está asegurado ni garantizado. Depende de la transmisión y de políticas de formación, y que allí, la contingencia y el deseo jueguen su partida. Al respecto, y para que la cosa siga viva, a cada uno le compete sostener la apuesta y reinventar el psicoanálisis. Lacan decía “hagan como yo, no me imiten”.

Me permito decir, hagan como en *la cigarra*, no la imiten.

* Psicoanalista, miembro de la EOL y de la AMP. Jefe de servicio de Salud Mental del Hospital Manuel Belgrano. Autor de los libros: *La adolescencia: esa edad decisiva* y *El analista y lo social* (Grama ediciones).





entreUnos #6
30 años de la
cigarra

SABER HACER

Entusiasmo
por los desechos



Entrevista al artista Horacio Sánchez Fantino
Por Aracelli Marchesotti

Este número de *entreUnos 30 años de la cigarra*, es varias veces especial. Una de ellas es por contar con la obra inusual del artista plástico y visual Horacio Sánchez Fantino. Rosarino, formado en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina y en diversos talleres y clínicas de arte. Desde 1990 realizó numerosas exhibiciones y participó en Ferias de Arte Nacionales e Internacionales. Muchas de sus obras forman parte de colecciones privadas y públicas de Argentina, Alemania, Australia, Brasil, Canadá, EE.UU., Francia, Grecia, Holanda, Inglaterra, México, España y Suiza. Entre viajes, vive y tiene su taller actualmente en la ciudad autónoma de Buenos Aires.

Coordenadas de recorrido entreverado, espacio y tiempo, sitios que se recortan, fronteras de territorios de goce, flujo de fuerzas políticas y deseantes, caos y localización. Y un hacer -la belleza y la alegría por añadidura- con lo que es desecho.

De todo esto y más escriben los textos de este *entreUnos*. La obra artística nos sale al cruce en cada número, para hacer de la experiencia de escritura y de lectura una experiencia donde el placer estético, y por eso, también el cuerpo, se insertan. Los mapas de lata de Horacio Sánchez Fantino nos acompañan esta vez y nos dejamos orientar por su decir sin palabras, para pasar en limpio un saber sobre dónde estamos y hacia dónde vamos.

AM: Horacio, antes que nada, queremos agradecer por concedernos algunas de tus obras para que nos acompañen en este número especial sobre los 30 años de la cigarra. Todo un recorrido de trabajo, donde intentamos trazar -retroactivamente- nuestras coordenadas. Vos tenés toda una serie de trabajo en torno a los mapas, ampliando y equivocando (es decir haciendo resonar su multivocidad) sus sentidos.

¿De dónde parte tu atracción por los mapas?

HSF: La cartografía me ha interesado desde siempre, los mapas antiguos en donde lo que no se conocía del mundo se inventaba es una idea maravillosa que conectaba en un pedazo de papel la ciencia con el arte. Los mapas actuales son precisos en los datos que vuelcan, pero como todo sistema de señales y símbolos son completados por la interpretación del observador, lo que los puede hacer tan subjetivos como un objeto de arte.

De la cartografía actual me interesa su cualidad de igualar lo que se ve. En un mapa, una vista satelital, una imagen de Google Earth, las superficies cambian de color y se perciben texturas más densas o despejadas. Las profundas diferencias sociales, arquitectónicas, los daños a la ecología que recorriendo el lugar se percibirían claramente, son homogeneizados por la distancia de la visión aérea.

AM: ¿Qué determina tu elección del territorio a plasmar en un cuadro, en una obra?

HSF: Considerando a nuestra sociedad como un organismo vivo, son puntos débiles, dañados, críticos, que se deben cuidar y modificar para nuestra supervivencia y que por alguna razón despiertan mi interés: grandes centros urbanos donde el consumo y la producción de basura toman un carácter abrumador; zonas naturales que desde el aire se ven paradisíacas pero que de cerca podríamos percibir ecológicamente dañadas ya sea por la mega minería, derrames de petróleo o por la deforestación; villas de emergencia con su particular urbanización, como una ciudadela dentro de las grandes ciudades imponiendo su carga social, cultural y urbanística, zonas de grandes migraciones causadas por conflictos bélicos, etc.

AM: Un aspecto característico y llamativo de tu trabajo son los materiales que elegís para producir tus obras. ¿Qué comanda esta selección?

HSF: En mi obra trato de presentar, no de representar; quiero decir que, si por ejemplo recorro las montañas de Salta, no trato de captar en una tela con óleo una copia de lo que veo, sino que todo lo que siento tal vez vaya a una obra donde estén los ritmos del lugar e incorpore arena o tierra, alguna piedra o restos de tejidos o lo que sienta es el material constitutivo para ese lugar. Durante el proyecto Mapas para Perderse, en el 2010, recorrí la Villa 31, quería hacer una obra con el mapa del lugar, entonces no sentí apropiado usar acrílicos comprados en Nueva York sino un material abundante



en la Villa, las latas de bebidas consumidas y desechadas por sus habitantes.

AM: Sobre tu trabajo en mapas de latas, hay al menos dos curiosidades sobre las que nos interesa preguntarte. Lo primero es con relación a lo que se me ocurre llamar un hacer con los desechos. ¿Qué relación pensás que guarda el arte con el desecho?

HSF: El arte desde comienzos del siglo XX incorpora objetos no tradicionales a la obra. Tal vez lo que cambia en el arte contemporáneo, sea el porqué de trabajar con estos residuos. Creo que trabajar con residuos ahora no tiene la misma significancia que en el siglo pasado.

AM: Sabemos que tenés además una pequeña insistencia, por ejemplo, con los mapas de ciertos barrios, y es que las latas que emplearás en la elaboración de la obra, deben ser recogidas en el mismo sitio. ¿Qué podés decirnos de esa insistencia tuya?

HSF: Sí y en este momento creo que es importante aclarar que en “Mapas de Latas” la obra no es solo el objeto que se ve al final del proceso. Quiero decir la imagen cartográfica del lugar elegido y representado con con latas sería como la punta del témpano. Considero que es un tipo de arte relacional donde la obra comienza desde el primer contacto con la zona elegida y se prolonga durante un proceso que puede llevar un año o más. Para la realización de estos proyectos, trabajo con un equipo de personas: asistentes,

agentes sociales y vecinos con los que interactuamos en las distintas etapas del proceso. Le doy mucha importancia al trabajo de campo en donde recorreremos por meses el lugar para vivenciar la dinámica social de los habitantes del barrio, conocer sus sitios de encuentro, tomar contacto con referentes barriales, transmitir en forma oral los alcances del proyecto y establecer un vínculo de pertenencia entre el barrio y el proyecto.

En estas recorridas se hacen registros fotográficos del lugar y de sus habitantes para tener como documentación durante etapas posteriores, como el mapeo social o la el trabajo de ensamblado de las latas. Para proveernos de las latas, trabajamos con cooperativas de recicladores y promovemos la recolección entre los vecinos instalando recipientes para tal fin en puntos estratégicos del barrio.

En ocasiones se hacen talleres de capacitación y la gente participa en la elaboración del mapa con latas, entonces la obra será la imagen buscada por mí, pero también, la que los propios habitantes del lugar perciben como propia; con las huellas y cicatrices que ellos mismos le han aportado para darle singularidad.

Entonces considero todo este proceso y todo elemento y documentación fílmica, fotográfica, etc. que se hace desde que comienza la obra en la zona elegida, como parte de la obra.

Y ahora creo que podría contestar tu pregunta, porque hacerlo con los residuos que los habitantes del mismo lugar desechan.



Cambiar el destino de un material desechable de corta vida útil para prolongar su existencia y su valía, transformarlo en material de arte es transmitirles el concepto de que las cosas y las acciones pueden tener una nueva significación. Intento producir una representación nueva de la realidad, del mundo a partir de la desrepresentación del material de desecho.

AM: ¿Hacia dónde va tu obra ahora?

HSF: Cómo saberlo, sé que tengo ciertos intereses y conceptos claros sobre lo que quiero comunicar con lo que hago. Siempre tengo en carpeta más proyectos de los que la realidad me permite hacer, lo cual podría parecer frustrante, pero en definitiva es muy bueno. Son ideas, obras, que en algún momento se concretarán. A veces tomo uno de estos proyectos, pero el azar o el destino o lo que sea me acerca otros intereses, otros saberes, otra gente, y estos proyectos cambian y se transforman. No me molesta, creo que es enriquecedor también estar abierto a esa posibilidad y sorprenderse con lo que puede surgir al no estar completamente aferrado a un resultado previsto al comenzar.

Hacé click en los Links:

[Instagram](#)

[Streaming Museum](#)

[Página Face](#)

[Tin Can Maps selection](#)

[Mapas para Perderse](#)

[Tin Can Maps Project - Video](#)

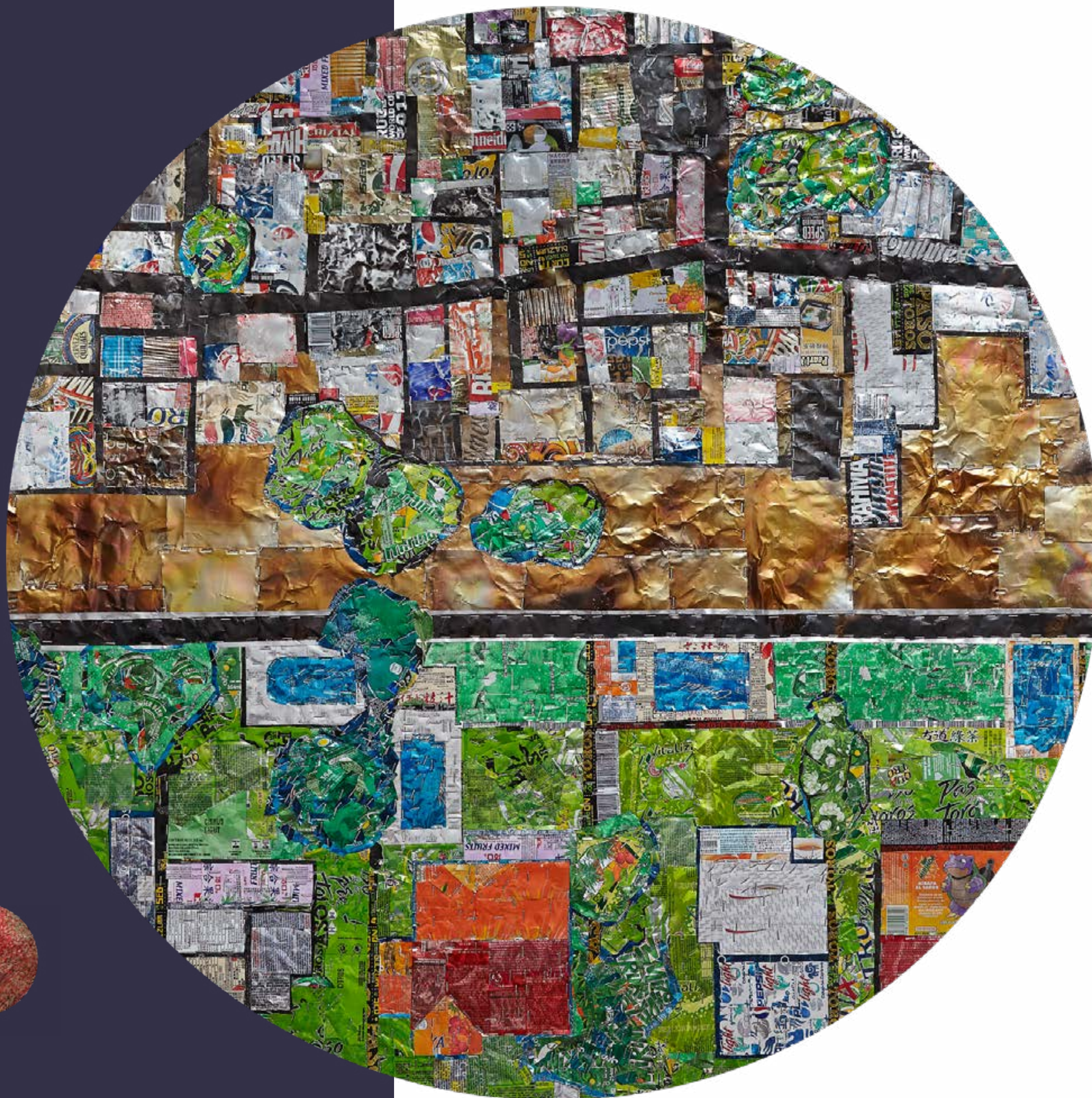
[Interview to Maria Julia Navarro B. Aires 2016](#)

[Video Institucional - Proyecto APRA](#)



LOS TRES

Mesa redonda:
Cazenave
Millas
Indart



175

entreUnos

Ricardo Seijas: Buenos días a todes, vamos a dar comienzo a la mesa de invitados, ya una tradición en las jornadas de la cigarra, especialmente por su valor de brújula, de disparador para nuestro trabajo en el posgrado del año que viene. Esta vez les propusimos a los invitados el tema “responsabilidad subjetiva”, Juanqui nos hizo una contrapropuesta: “responsabilidad por el síntoma”, y aún sin saber las razones –que suponemos escucharemos hoy-, la tomamos y así quedó. Los que trabajamos con autismo y psicosis sabemos del debate que hay en nuestro campo acerca de esta cuestión, cuestión ética, que solo el psicoanálisis sostiene como tal. A cada invitado le hemos propuesto trabajar una estructura distinta: autismo, Liliana Cazenave, neurosis, Juanqui Indart, psicosis, Daniel Millas.

Paso a presentarlos:

Liliana Cazenave, me ha pedido que la presente como amiga de la cigarra, y así es, nos ha acompañado muchos años como supervisora y como entrevistadora en las presentaciones clínicas, es AME de la EOL, miembro de la AMP, responsable del Departamento de Estudios sobre el niño Pequeño Hans, docente del ICDEBA, autora de “La transferencia en la clínica de lo Real”, “El duelo y los niños” y “Qué plantea el niño al psicoanálisis”.

Daniel Millas, Doctor en Psicología Clínica, AME de la EOL y miembro de la AMP, docente del ICDEBA, docente de la Maestría en Clínica Psicoanalítica de la UNSAM, co-responsable del Observatorio de Vio-

lencia y las mujeres en Latinoamérica, EOL-FAPOL, coordinador del hospital de día matutino del Servicio de Psicopatología del Hospital Alvarez.

Juan Carlos Indart, sociólogo, AME de la EOL y miembro de la AMP

Les agradecemos muchísimo que hayan aceptado esta invitación a trabajar con nosotros, estamos muy contentos de su presencia aquí hoy. Comienza Liliana, luego Daniel, luego Juanqui. Adelante.





RESPONSABILIDAD SUBJETIVA: AUTISMO



Liliana Cazenave



Buenos días. Quería, en primer lugar, agradecer esta invitación que es para mí una alegría estar en este festejo de los 30 años de la cigarra, y a esta alegría se suma que se me haya invitado para hablar de autismo, porque la clínica del autismo me ha convocado desde los comienzos de mi práctica, tanto desde la perspectiva del abordaje analítico como institucional. Y la cuestión de 30 años me ha llevado a pensar un poco en estos 30 años y también ir un poquito más para atrás, hacer un poco de historia, porque son 30 años de la cigarra, pero también 30 años y más de formación compartida con Gustavo y con muchos de los integrantes del equipo de la cigarra, que han estado y que están en el ámbito también de la EOL y del Hans, así que voy a recordar algunas cuestiones.

En mis comienzos en los años 70, 80, comenzaban a aparecer distintas formalizaciones y experiencias desde el psicoanálisis kleiniano de este cuadro, formalizado por Kanner en los años 40. Estaba Bettelheim, Tustin, Meltzer, también Mannoni, pionera cercana de Lacan, pero fue la publicación de “El nacimiento del Otro” de Rosine Lefort lo que constituyó para mí un acontecimiento que abrió un camino para una práctica lacaniana con el autismo.

Las teorizaciones que prosiguieron luego en los años 90 de los Lefort, de Laurent, ya instalaban el debate en el campo freudiano sobre la especificidad clínica del cuadro, porque justamente esto estaba debatido. ¿Se trataba de un estado de la esquizofrenia o, como planteaban los Lefort, se trataba de una a-estructura? Y esto, para quie-

nes estábamos tratando de orientar nuestra práctica, este debate abría muchos interrogantes para la dirección de la cura, porque ¿se trataba en ella de la salida de un estado, de un pasaje o de una entrada en la estructura? ¿Cómo pensar el estatuto subjetivo en el autismo dado su rechazo a entrar en la alienación significativa?

Con esta y muchas otras preguntas, acepté con entusiasmo la invitación de Gustavo de participar en un espacio de supervisión de *la cigarra*, que terminé sosteniendo varios años entre los 90 y 2.000. Escuchar a estos sujetos sumergidos en lo real sin sentido, incomprendible, era un verdadero desafío. Estábamos, como dice Lacan en el Seminario 3, como el capitán de un navío que ve cosas que se agitan en la noche que hacen pensar que puede tratarse de un signo. ¿Cómo reaccionar? El capitán escribe en su bitácora “a tal hora, en tal grado de longitud y latitud, percibimos esto y lo otro”.

Y eso es lo fundamental en esta clínica: tomar constancia de los signos de goce como tales para aislar al significante que está ahí.

El hecho de que no hubiese un saber constituido ponía en primer plano nuestra ignorancia. Pensar y conversar con los colegas nuestras lecturas de lo que se desplegaba allí como síntoma, para entender algo de lo que sucedía, nos permitía ir construyendo un saber que nos permitía no adormecernos frente a la inmutabilidad del síntoma autista. Contábamos con la ventaja de abordar cada caso desde un vacío de saber propicio a la invención y que nuestra práctica fuera tan difícil de esclarecer no impedía que hubiese resultados.

La decisión de elegir una formación clínica apoyada en la enseñanza de Lacan, esclarecida por Miller, Laurent y tantos otros en el campo freudiano nos permitió asumir de entrada una posición fundamental frente a la locura. La locura no es reductible al determinismo de una causalidad neurológica, biológica, en tanto se trata allí de un parlêtre que responde a lo que el encuentro con las palabras le plantea. El significante como causa de goce plantea una discontinuidad entre la causa y el efecto, un agujero, un margen de decisión, una elección de la que surge el sujeto como toma de posición.

Aún en aquellos casos de radical rechazo, el autista es un sujeto ético de pleno derecho. Su respuesta sintomática constituye su más singular creación como intento de dar solución a sus intereses vitales. Y aunque esta solución pueda ser fallida, rebelde a la influencia de la palabra, invalidante para la vida con los demás, no se trata de forzar al sujeto a abandonar el síntoma mediante las terapias de reeducación para adaptarlo a las normas del discurso del amo.

Recibir un sujeto desde el discurso analítico implica también una búsqueda de mutación, la búsqueda de un cambio de la posición del sujeto en su modo de inclusión en el mundo, pero en un camino que parte de su consentimiento.

¿Cómo ubicamos su posición? Pienso que el punto principal es su modo de implicación en su síntoma, dónde pone en juego la defensa, porque allí hay un decir “no” a la irrupción de goce.



Yo diría que su responsabilidad reside en el propio modo de tratar lo real, aunque este tratamiento se reduzca a tratar lo real por lo real, como ocurre en algunos casos.

Hay también una responsabilidad del lado del analista, ante todo, de acoger el síntoma en transferencia, obtener el “sí” del sujeto, su consentimiento a que seamos su partenaire, para poder leer desde allí la lógica secreta de su síntoma y acompañarlo a tornarlo eficaz a partir de un movimiento deseante, por mínimo que sea.

La práctica analítica no es una técnica, sino una ética que compete al deseo del analista, y que consiste esencialmente en suspender toda demanda de ser, de curar. El acto analítico no consiste en hacer, sino en autorizar el hacer del sujeto y acompañarlo en su respuesta subjetiva, para obtener lo más singular de su ser. Es decir que ser dócil a la posición del sujeto es muy importante, pero no quiere decir un “todo vale”, puesto que se trata también de impedir y contener los desbordes del goce.

Siguiendo con la historia, los 2000 se inician y prosiguen con nuevos aires con los aportes de Maleval, Miller y Laurent, para precisar la especificidad del autismo y, también, la invención de la práctica entre varios de Di Ciaccia como orientación institucional, que dieron un nuevo impulso para hacer frente a la causalidad determinista de las neurociencias y la propuesta de las TCC donde se trata de adaptar las conductas a la norma.

La última enseñanza de Lacan, que parte del Uno de la lengua y el síntoma como escritura de goce, no solo arrojó nueva luz sobre lo que se formalizó ya como estructura autística, sino que inaugura una práctica con estos sujetos que están detenidos en la entrada del lenguaje, una práctica que no recurre al sentido para resolver el enigma del goce, sino que se sostiene en la escritura –que pude escucharlo en la mesa anterior como un ejemplo muy claro de esta cuestión.



O sea que la particularidad del síntoma autista, en su pura iteración de la letra, constituye un acontecimiento de cuerpo que no produce agujero del inconsciente y el agujero pulsional.

La insondable decisión del sujeto autista, tomada en el nivel más primario del surgimiento del sujeto como respuesta al traumatismo de la lengua, es el no consentimiento a la equivocidad de la letra que permitiría la entrada en la enunciación de la cadena significativa. La letra no funciona en el autismo como borde del agujero del saber inconsciente.

Concebir la práctica con el autismo como una práctica de la letra, como lo plantea Eric Laurent, implica apostar a vaciar la letra de su iteración para armar un neo-borde que permita al sujeto alguna construcción del lenguaje y por consiguiente del cuerpo. Relación particular al lenguaje que no alcanzará firmemente la enunciación inconsciente, pero que permitirá en mayor o menor grado, según los casos, una inserción en el lazo.



¿Cómo situarnos como partenaire de un sujeto sumergido en lo real, excluido de la interlocución simbólica y fuera de toda reciprocidad imaginaria?

Ya finalizando volveré, para contestar esta pregunta, a la historia de *la cigarra* para traer la experiencia de las presentaciones de enfermos que realizamos con Mirta Berkoff y Alicia Vilchansky por la década entre 2010 y 2020, cuando ya Gustavo era coordinador del equipo.

Esta práctica nos enseñó mucho acerca del sujeto ético que es el autista. Sabemos que de lo que se trata, en el dispositivo de presentación de enfermos, es de ofertarle al sujeto un aparato de discurso para que pueda dar testimonio de su posición, de su respuesta a lo que el lenguaje como aparato de goce le plantea. Se trataba entonces de entablar un diálogo con el sujeto autista en la variedad de sus presentaciones sintomáticas, desde aquel caso en que no disponía de la palabra, pasando por el que intentaba reducir el lenguaje a sus atributos esenciales de cifras y letras, hasta aquel de alto nivel que quería testimoniar acerca de lo que había inventado para defenderse de lo real. Se trataba de un diálogo especial, por fuera de los discursos establecidos. Había que partir, más bien, de las diversas instancias de la letra antes que del campo de la palabra. En un caso, se trataba de un diálogo de sonidos, de miradas, donde los cuerpos del niño y de la analista estaban en primer plano. En otro, se trataba de un conteo incesante que daba cuenta de un escrito fallido que no cernía el vacío ni se articulaba al otro. En otro caso, se trataba de una pregunta sobre el amor, un pedido de ayuda para construir una regla para regular el caos emocional que puede producir. Un diálogo imposible, si no es con el consentimiento del sujeto. Consentir implica

no solamente admitir lo que el otro propone, sino tomar responsabilidad sobre ello, es decir, comprometer la participación. Este diálogo también sería imposible si el analista no fuera dócil a la manera que tiene el sujeto de habitar el lenguaje, a la sutileza de su lazo.

En esto que hicimos desde el dispositivo de presentación de *la cigarra*, no fue solamente como aparato de enseñanza, sino como dispositivo de abordaje de la psicosis y autismo, sostenido por el acto del analista, como una intervención dentro del tratamiento en la institución. El lugar tercero que conformaba la audiencia de las presentaciones, que es el punto central de las mismas, estaba constituido por el propio equipo tratante, de modo tal que la lectura de los signos de goce del sujeto que esta audiencia hacía, permitía abrir caminos de subjetivación.

Desde el sujeto autista que no habla, hasta aquel que se expresa en un lenguaje de signos, hay letras de goce a leer, no como mensajes dirigidos al Otro, sino como signos del traumatismo de la lengua en el cuerpo. Esta lectura nos permite, en la presentación, elaborar una estrategia para situarnos como partenaires y recibir su testimonio, y también apostar a que algún acontecimiento se produjera. Y lo sabía. En un caso de mutismo, el sujeto emite por primera vez algunas frases holofráscas. En otro caso, el sujeto que había dado la espalda a la entrevistadora, se ubica frente a ella y accede a jugar con la lengua y descongelar la letra iterativa. En otro caso, el sujeto demanda más entrevistas, lo cual deriva en su inclusión en otros espacios en la institución.

Bueno, hasta aquí mi reflexión.¹

¹ Nota editorial: para leer sobre una de las presentaciones clínicas a las que refiere la autora, puede buscarse en entreUnos #3 Alucinación y delirio, apartado de Lo singular, el texto de Aracelli Marchesotti y Florencia Fiorentino.





RESPONSABILIDAD SUBJETIVA: PSICOSIS



Daniel Millas

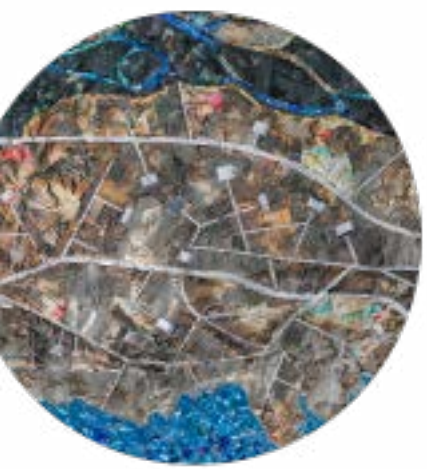


Buenos días. Muchas gracias por esta invitación. Gracias a Gustavo y felicitaciones por estos 30 años de la cigarra. Les comentaba a Gustavo y a Marcela que también es un día especial para mí porque es mi última intervención como coordinador del hospital de día. Ayer me notificaron que salió mi jubilación a partir del primero de diciembre, así que como mi horario termina 13.30 h. y es mi último día, comienzo como coordinador del hospital de día y terminaré en mi función al concluir la mesa. No sabía la contrapropuesta que había hecho Juanqui y sin embargo le puse como título a mi intervención “Responder por el síntoma”.

Primer punto: certeza. La psicosis es un ensayo de rigor, afirmaba Lacan. Lo es porque el mismo se encuentra ligado a una certeza que lo funda y lo acompaña en su desarrollo. Las psicosis enseñan al analista que la certeza no tiene como sustento la razón sino el goce, que se le impone al sujeto en una experiencia vacía de sentido. Por ese motivo, Lacan señala la importancia de adiestrarse en encontrar esa certeza en el diálogo con el sujeto psicótico. Se trata de desprenderse de cualquier saber establecido para dar lugar al encuentro con un decir irreducible al sentido común o a la simple objetivación de un fenómeno mórbido. No comprender constituye así una lección primordial para la formación del analista.

En las psicosis queda expuesto que la certeza no es una conclusión que se desprende de las premisas como si fuera una demostración matemática. La certeza antecede a la demostración, de manera que los puntos de certeza son imposibles de absorber en un saber gene-

ralizado. Aún cuando el sujeto no atribuye como propios los fenómenos que se le imponen, no deja de reconocerse en ellos por el hecho de que tiene la certeza de que le incumben, dando lugar así a una respuesta subjetiva. Pero no es un yo que, dueño de sí mismo, decide hacerse responsable.



La responsabilidad en juego es la de un sujeto sometido a una imposición que lo divide y lo interpela; que lo confronta al riesgo de tomar la palabra en un acto que, como tal, es sin ninguna garantía.

Es entonces del encuentro con un traumatismo significativo, con un enigma de goce, de donde surge el esfuerzo de dar respuesta. Y es justamente aquí donde toma toda su pertinencia referirnos a la dignidad de esa respuesta. Dignidad que podemos concebir en el sentido kantiano del término. Para Kant la dignidad se identifica con el absoluto valor intrínseco de la persona. En *La metafísica de las costumbres* Kant afirma que “el respeto que tengo por otros o que otro puede exigirme es el reconocimiento de una dignidad en otros hombres, es decir, el reconocimiento de un valor que carece de precio, de equivalente, por el que el objeto valorado pudiera intercambiarse”. La noción de testimonio, vinculada a la invención de saber propia del delirio psicótico, cobra su lugar y su función en tanto hay algo que es imposible de ser demostrado por la razón.

En el otro extremo de la invención de saber Lacan ubicó la posición del esquizofrénico, la de aquel sujeto que no se defiende de lo real a través del lenguaje porque para él todo lo simbólico es real. La ironía del sujeto es-

quizofrénico está fundada en las condiciones mismas de la forclusión, y es la de demostrar que todo lazo social, en la medida en que se instituye como un discurso, es del orden del semblante. Sin embargo, esto no excluye su certeza, que es la de un goce ante el cual no cuenta con ningún recurso simbólico capaz de apaciguarlo.

Lacan considera que al analista le corresponde aprender a valerse de la ironía. Si bien no es la del esquizofrénico, tampoco se trata de la ironía socrática sostenida en la creencia en el Otro del saber. La ironía analítica es aquella que le permite al practicante valerse de los semblantes establecidos. Advertido de la inconsistencia en la que se fundan, sabe aprovechar las formas contingentes de servirse de su empleo. Sin duda esa ironía se vuelve imprescindible cuando se decide sostener la práctica analítica en aquellas instituciones públicas que, como el hospital, fueron creadas para responder a una demanda social de asistencia. En 1969 Lacan introduce y desarrolla en su seminario la noción de lazo social. El lazo social, que no es equivalente a la idea de sociedad, porque implica admitir en principio que existen diferentes tipos de lazos sociales. Freud es quien nos orienta en esta vía cuando señala que la elaboración delirante del psicótico constituye el medio a través del cual busca reconstruir su relación con la realidad y con quienes lo rodean. Las diversas modalidades de estabilizaciones en las psicosis demuestran que pueden existir formas variadas de suplir la función del Nombre del Padre y de establecer un lazo con el Otro.



Hablamos entonces del síntoma, no sólo como el modo de goce singular del sujeto sino como el medio por el cual anuda ese goce en un lazo social.

Segundo punto: la práctica analítica en el hospital. Lacan afirma que las psicosis constituyen una lección de humildad para el analista porque lo confrontan con el límite del poder de la palabra y, por lo tanto, del alcance de sus intervenciones. Sin embargo, hay que hacerse destinatario de esas demandas que requieren de una maniobra diferente a la que el dispositivo analítico, tal como Freud lo inventó, puede brindar. ¿Cómo conciliar, entonces, la demanda social de asistencia, las normas hospitalarias, los tiempos institucionales, los criterios estadísticos, con el síntoma y sus propias condiciones subjetivas de alojamiento? Ante la ausencia de relación entre estas instancias es preciso remitirnos al uso que podemos hacer de los dispositivos institucionales en función de cada caso. Hablamos de uso porque justamente este término implica admitir que no contamos con un saber preestablecido, no hay una técnica, no hay un modelo a seguir.

El paranoico es aquel que sabe quién es, para qué está en el mundo y quién es el Otro con el que tiene que arreglárselas. Irónicamente, estas condiciones podrían representar muy bien el ideal de Salud Mental que se proclama desde las neurociencias. En cambio, conviene más a nuestra práctica dejarnos enseñar por el sujeto esquizofrénico. Aquel que, como ya mencioné, deja expuesto que el saber del Otro no es más que una impostura.

Recuerdo el caso de un paciente que, en determinado momento de su tratamiento en el hospital de día, comenzó a verme como si fuéramos colegas estudiosos del psicoanálisis. Me hablaba de su teoría de la esquizofrenia, de Freud, de Lacan, etc. Estos encuentros conmigo lo aliviaban de ciertos fenómenos intrusivos que padecía en la relación transferencial con su terapeuta, a partir de una intervención en la que ella quiso interpretar un término neológico del paciente cortando el significante y otorgándole entonces otro sentido.

El resultado fue la apertura de un enigma que recayó sobre las intenciones que la terapeuta tenía hacia él, generando un obstáculo en la cura. Por mi parte, notaba que prestarme a estas conversaciones operaba un efecto de apaciguamiento en esa relación que, por otra parte, él quería continuar. Esta maniobra duró unos meses y ayudó a restablecer la relación con su terapeuta que prosiguió hasta el día en que finalmente obtuvo su alta en hospital de día. Dejé de verlo, pero pasados unos años me vino a visitar y me contó que estaba haciendo tres terapias en diferentes hospitales. Con orgullo me comentó que en uno de ellos lo atendían dos psicólogas, con las que ya sabía cómo hacer para no dejarlas hablar.

Una sólo lo escuchaba y la otra tomaba nota. Ninguna de las terapias era muy buena, comentó con su habitual estilo crítico, pero tenía los días ocupados y no se sentía tan solo. Con un pragmatismo decidido había logrado, a través de su invención, mantener un lazo con el Otro sin quedar expuesto a sus estragos. Seguramente, su recurso no sería considerado un buen ejemplo para aquellos que creen que la eficacia en salud mental con-



siste en ajustarse a plazos de tratamiento basados en protocolos y estadísticas.

Tercer punto y último: protocolos. En el terreno de la Salud Mental se instaura cada vez más la exigencia de protocolos y de pruebas basadas en la evidencia. Es decir, aquellas que se acompañan de datos, registros estadísticos, cuestionarios de evaluación y diagnósticos consensuados internacionalmente. En ellas el síntoma es reducido a una multiplicidad de trastornos posibles y se vuelve objeto de una intervención que es solidaria a la planificación de políticas de prevención y de atención en salud mental que no son sin consecuencias. La proliferación de protocolos, establecidos con las mejores intenciones para proteger los derechos de los pacientes, abre la puerta a una serie de mecanismos cuya aplicación atenta contra la condición fundamental de la clínica: me refiero a la dimensión del acto, ya se trate del acto del psiquiatra, del psicólogo o del analista.

Entre lo que establece un protocolo y la particularidad propia de cada caso, existe una discontinuidad. Un imposible de saber que debe atravesarse asumiendo también el riesgo de un acto.

El acto introduce una dimensión ética que queda desmentida con el empuje a la aplicación automática del protocolo.

A veces la Justicia interviene para asegurar que no se vulneren los derechos de los pacientes pero recurre al ejercicio de una práctica protocolizada que genera sus propias paradojas y efectos de segregación. Jacques

Alain Miller señalaba que “la manifestación propia de esta época es la creencia en el poder del significante legal. La creencia de que, si se dispone convenientemente un sistema de derecho y se generan los procedimientos correctos, se creará un sistema válido para todos, asegurando lo colectivo”. Una creencia muy especial ¿no? “Pero mientras más progresa el reino del significante puro, mayor condensación se produce del lado del goce”. Freud lo llamó superyó. El psicoanálisis asume una posición decidida por el estado de derecho, pero al separar los casos de los universales considera cada uno de ellos a partir de la presencia de un síntoma que excede el *para todo* de las normas y las legislaciones.

Si desde el psicoanálisis podemos aportar algo al contexto donde como practicante nos toca participar, es hacer valer la diferencia entre la verdad y lo real; de transmitir la imposibilidad de reconstruir totalmente la causalidad objetiva de un acto subjetivo. No tenemos verdades universales que declamar, como los paranoicos.

Pero tampoco nos vamos a perder en un relativismo que desmienta lo real en juego en la experiencia analítica. Se trata entonces de estar advertidos del empuje a la protocolización de la práctica, que no deja de introducir obstáculos en nuestras decisiones clínicas. Por ese motivo se vuelve fundamental la formación analítica en el contexto mismo del hospital.

Las nuevas modalidades de administración informática de las agendas profesionales -el famoso SIGEHOS-, los reportes estadísticos, tienen como correlato la reducción de los tiempos dedicados a la formación, así como a



los espacios de encuentro y de conversación entre colegas. La progresiva reducción de las concurrencias y las difíciles condiciones que atraviesan las residencias van erosionando las condiciones para la puesta en forma de una transferencia de trabajo que, como sabemos, es imprescindible para sostener la práctica analítica en el hospital. Nuestra concepción del síntoma nos aleja de cualquier objetivo terapéutico pensado en términos de adaptación a un funcionamiento normalizado.

Sabemos como analistas, que la universalidad de la regla para todos debe dejar lugar a la inscripción que hace ley en cada uno. Allí se inscribe el síntoma en su función estabilizadora de suplencia. Se trata de recibir al paciente en nuestro dispositivo como uno entre otros pero favoreciendo un recorrido en el que logre inscribir su condición de excepción en un arreglo que cuente con su consentimiento. No se trata entonces de garantizarle un sentido, ajustarle un fármaco o de reducirlo a una norma. Nuestra propia responsabilidad como practicantes del psicoanálisis es la de alojarlo en la transferencia, admitiéndole así la dignidad de una respuesta.





RESPONSABILIDAD SUBJETIVA: NEUROSIS



Juan Carlos Indart



Buenas tardes. Los conozco hoy a la mayoría de ustedes. No he conocido, a diferencia de los colegas, esta institución. Agradezco la invitación, me fue cursada a través de Gustavo, pero le agradezco a él y a todos los que habrán estado en la organización en el trabajo de todo esto. Muchas gracias entonces por fabricar este lugar en el que me dan un lugar.

Se me ha adjudicado la sugerencia de eliminar el término “subjetivo” para la responsabilidad y referirlo mejor al síntoma. Pero eso no ha impedido que me devolvieran a mí a la neurosis inmediatamente. Así que tengo que abordar el tema en el lugar en que -voy a tratar de sugerirles eso-... en donde creo que hasta hoy sigue dominando absolutamente la cuestión en psicoanálisis: es la noción de sujeto para las neurosis.

Los tres términos, responsabilidad, síntoma, neurosis, los conocen como muy sobrecargados de discusiones y sutilezas. Pero, me basta, y especialmente para el campo de la neurosis, reconocer en el término responsabilidad, la implicación inevitable del Otro de la Ley. Una ley donde están las respuestas, están los mandamientos que dicen qué hacer. Puede ser en el orden parental, en la familia, en el orden del rey, para seguir a Freud en la política... y en el orden de dios en la intimidad de la cuestión de la responsabilidad en cada cual. En cualquiera de esas declinaciones: Padre, Rey, Dios, he ahí para entender la responsabilidad, esos Otros de la Ley. Y como lo señala bien Lacan, la responsabilidad significa que de pronto uno no ha podido responder a esos mandamientos que están en el Otro, y de los que uno se ha hecho sujeto. O ha respondido mal, o de costado.

Si uno responde bien, no hay tema de responsabilidad.

La responsabilidad empieza con la trasgresión, con el pecado, con no haber podido responder. Y tienen este circuito tan trabajado, que va entonces de sujeto de la Ley, trasgresión, culpa, castigo, reparación. Trasgresión del sujeto de la ley, castigo, culpa, etc, etc.

No vamos a creer que esto es poca cosa, porque al final de cuentas, el tenebroso pronóstico freudiano del malestar en la cultura muestra exactamente esa oscilación entre el exceso de goce que lleva a la trasgresión, se produce la culpa, se vuelve a la ley, a la severidad, a la austeridad, al deseo durante un tiempo. Pero eso al final tiene tan poco goce y satisfacción que retorna la exigencia de satisfacción... y así, por los siglos de los siglos. No hay arreglo. La estructura es así.

Todos los sistemas jurídicos, vamos a significarlo así, donde el Otro como el discurso del Amo adónde están todas esas leyes sobre cuáles deben ser las respuestas -Daniel mencionaba modalidades contemporáneas de lo mismo-, de todo eso elaborado en el sistema jurídico, tiene un supuesto. Ese supuesto es que nadie puede alegar ignorar la ley. Uno no puede hacerse no responsable diciendo “¿sabés qué pasa? Esa ley yo no la conocía”. Y esto es el soporte de un sistema jurídico y de responsabilidad. Y Lacan pudo decir que ese supuesto, necesario para el andamiaje de la ley, no podría haber funcionado sino porque está soportado en lo inconsciente. Es porque ya hay un anudamiento con la ley, inscripto en lo inconsciente, que luego se puede decir y sostener de cualquier sistema jurídico [inaudible] y que no podés decir -

esto es edípico- “Pero yo tampoco sabía lo que hice”.

Sí, pero sos un neurótico. Entonces sí sabías lo que hacías, porque tu compromiso con la ley ya está inscripto en lo inconsciente

El resultado de esto, el modo en que Freud descubre que el saber inconsciente es eso, el saber producir ese anudamiento, teatralizado con el Edipo, más formalizado con la metáfora paterna, todo esto produce una enorme ampliación de la responsabilidad. Empieza a producir como un escalofrío. Es una ampliación que produce el psicoanálisis. No sólo tengo la responsabilidad a nivel de la ley positiva vigente, sino que debo hacerme responsable, por vía de las formaciones del inconsciente, otra vez más, de mis transgresiones, mi culpa, mis castigos, mis rectificaciones, y así siguiendo.

Por supuesto, con esta ampliación, diríamos que Freud nos terminó de crucificar. Salvo, una expectativa que no está claramente cumplida, que por vía del análisis se encontrase una solución, que debería ir un poco más allá del saber inconsciente. Porque el saber inconsciente solo sabe prohibir, castrar, culpar, y así seguimos. Se pasan períodos más terribles en esos ciclos, se pasan períodos más tranquilos, pero... yo no levantaría la mano de haber salido de eso, y no creería mucho si ustedes levantan la mano. Pero la expectativa era esa. Y si hay alguien que buscó y buscó de entrada una salida a la cuestión por vía del análisis, y por eso su deseo de un más allá -un más allá del Edipo, un más allá... es para ver si el descubrimiento del inconsciente aporta algo. Y resulta que no sólo no aporta nada sino que nos dice



que eso ya está inscripto a nivel inconsciente y es así. Bien. Entonces, acá, yo solo quisiera hoy transmitirles esto: un punto de los tantos de diferencia entre la primera enseñanza de Lacan y la última. Son enseñanzas diferentes porque están basadas en principios distintos. Y además la enunciación va cambiando. Pero en la enunciación de Lacan en su primera enseñanza, y en razón de este deseo de ir más allá, pueden tener en este tema, un texto que no voy a comentar... ha sido bastante comentado, es complejo...pero lo tienen... es de 1965, en el escrito "La ciencia y la verdad", y en un Lacan batallando para instaurar la noción de sujeto. Que nos lleva al sujeto de la ley y nos lleva a que eso está ya como sujeto del inconsciente y sujeto del deseo. Y nos dice entonces: "De nuestra posición de sujeto somos siempre responsables". Y sigue... porque no se queda corto. "Llamen a eso como quieran, terrorismo, incluso si quieren". Y yo le diría "Lacan, terrorismo se te ocurrió a vos decir eso. Yo ni había pensado cómo llamarlo. Pero ahora que vos lo decís...",

puede haber un matiz terrorista en esa frase. "De nuestra posición de sujeto somos siempre responsables."

Es una frase que no deja respiro. Es una frase con un cierto fundamentalismo. Y eso tiene matices en la búsqueda inicial de las soluciones de la neurosis. Siempre dentro de una mayor responsabilidad. La frase de Lacan está dirigida a los analistas. Y los analistas de orientación lacaniana en la primera enseñanza de Lacan fueron convirtiéndose de a poco en unos fundamentalistas. En un estilo heroico, de la más alta responsabili-

dad, de la responsabilidad total. Y se entiende, porque habita la fantasía redentora, diría, en la histeria y en la obsesión, de poner el cuerpo y no borrarse y salir de la duda, para realizar una heroicidad en el campo del Otro. Y la cuestión del Otro sigue en pie. Y toma formas distintas aunque digamos "no hay Otro, no hay Otro", en la primera enseñanza de Lacan no se termina de verificar eso. En los análisis, y hasta en las salidas de los análisis y terminaciones de los finales de análisis. Recuerden las evocaciones de Lacan de por fin resolver la neurosis, pero a nivel de Antígona, en la asunción de un deseo, que es a final de cuentas un deseo que termina en desecho. O el mismo Edipo.

Entonces, el segundo Lacan. Seminario 23 en su lección 4. Así se inicia la lección, y viene esto, cae y no sabemos de dónde... y Lacan dice: "Uno no es responsable sino en la medida de su saber hacer".

Yo les he querido poner esas dos frases: "De la posición de sujeto siempre responsable", esto que va como un todo, y siempre. Y de golpe un Lacan que limita la cuestión: "no, uno es responsable de cierta cosa no más". "Solo se es responsable en la medida del propio saber hacer".

Saber hacer que nos aclara inmediatamente que con eso se refiere al arte, pero no al arte cultural. Al arte de tener un arte porque se sabe fabricar algo. Tómelo en el sentido más humilde. Puede haber mucho arte en saber cómo hacerse el nudo del zapato. Es un arte. Si saben hacerlo van a tener una responsabilidad en los nudos del zapato. Si nunca supieron hacer el nudo del



zapato, no son responsables por nada que tenga que ver con el anudamiento del zapato. Bien. Y este arte tomado así, de esta manera general, artificio, artesanía, invención, creación - no importan las distinciones -, si tiene un valor notable para cada cual es porque eso se produce sin Otro. Entonces, en lugar de buscar la salida de la responsabilidad, algún momento de paz y de inocencia, para no estar siempre acosado por la culpa, etc., no va a ser por la vía de forzar no sé qué relación con el Otro, sino limitar la responsabilidad a lo que en uno se fabricó frente al A barrado - que es lo que han mencionado muy bien ustedes, ya como cosa en marcha en el autismo y en la psicosis-. Para insistir en esto, nos puede decir Lacan que el sentimiento de responsabilidad, el que verdaderamente puede habitar en cada cual, es justamente el de tener que dar alguna respuesta en la sexualidad, donde no hay Otro que dé el mandamiento. Quiere decir que estamos ya en el artificio y en el invento de cada cual. Si sigue produciendo culpa, neurosis, es porque uno sigue refiriendo eso a un Gran Otro. Pero este matiz de decir íntimamente cada cual tiene una responsabilidad, un tener que inventar una respuesta frente a la no relación sexual, dice Lacan, llega mucho más lejos lo que estoy diciéndoles acerca de la invención del artificio como tal. El orden es ese, porque una vez que se tiene esta idea de esa invención, de ese artificio, es esto lo que pasa a la consideración del síntoma. Empezar a articular el síntoma, no como un retorno de lo reprimido, sino como algo que es ya un artificio, un invento. Esto se ha aplicado con éxito en las psicosis. Y se ve cómo el psicótico con un síntoma, lo que interesa es lo que sabe hacer, o puede si se lo ayuda, saber hacer algo con eso. Esa sería

la responsabilidad por su *savoir y faire*.

¿Tenés ese síntoma? Bien. Tu responsabilidad es hacer algo con ese síntoma, porque habita ahí un *savoir faire*.

En las neurosis, la única vertiente, el único matiz freudiano de considerar así el síntoma es el beneficio secundario. Habría que rescatar enormemente la consideración del síntoma como beneficio secundario y oírlo en las neurosis también. Pero, mi conclusión entonces en el tema, digo entonces solo una frase más, es que creo que la responsabilidad por el síntoma en la neurosis no ha comenzado todavía a desarrollarse. Y no tenemos suficientes testimonios, clínica, etc., que indique esto. Porque el peso de la noción de inconsciente de la primera enseñanza de Lacan sigue muy firme en el campo de la neurosis. Tanto que los analistas están, un poco como que si se trata de psicosis me animo al síntoma con su *savoir faire*, etc. Pero si estoy en el campo de la neurosis tengo que aplicar otra doctrina. Yo creo que hay que tratar de salir de esa falsa dicotomía. Muchas gracias.





LA CONVERSACIÓN



Ricardo Seijas: Muchas gracias a los tres. Tengo que confesar... no lo confesé al principio que estaba muy nervioso de coordinar esta mesa, pero han logrado que pase del nerviosismo al entusiasmo. Así que se los agradezco.

Se me ocurrió a medida que los escuchaba una pregunta. Me di cuenta que había cierta dicotomía en cómo pensar la cuestión del síntoma y la respuesta. Está por un lado el síntoma mismo como respuesta del parletre o del sujeto, y a la vez está el responder por el síntoma. Una posición del sujeto o del parletre en relación a su propio síntoma. Y pensaba si justamente no hay ahí la hiancia para que el analista ocupe un lugar de, como fueron planteando de distintos modos en relación a cada estructura, un más allá de esa primera respuesta con la que se presenta. Una mutación, como decías vos Liliana, el psicoanálisis pretende, en principio, que en ese encuentro con el analista se produzca una mutación. Y entonces cómo va la cuestión de preguntar, de considerar la dignidad del síntoma. ¿Todo síntoma es digno? ¿Cualquier respuesta sintomática es digna? ¿O cualquier posición, en relación a lo que decía Juanqui, cualquier posición en relación al síntoma podemos considerarla digna? ¿O ahí habría distintas posiciones éticas en relación al síntoma?

Daniel Millas: No tengo verdades universales. A ras de lo que escribí y de lo que es mi experiencia, me parece que la dignidad es una consideración que se tiene para poder pensar el síntoma y la relación con aquel que lo padece. No pienso la cuestión por fuera



del marco de la experiencia analítica misma. Entonces pensar la dignidad del síntoma es considerar que hay ahí una singularidad, que no se va a absorber en ningún saber preestablecido. Primero, entonces, no hablo de la dignidad por fuera de ese contexto específico. Efectivamente hay algo ahí, no desde una perspectiva idealista, sino más bien pragmática, que no se intercambia. Porque no tiene un valor a partir del cual se pueda intercambiar, ni entrar en un denominador común. Es una posición que hace a la formación del analista. Poder ubicarse para darle ese estatuto de dignidad al síntoma. No todos los discursos le dan esa dignidad. En algunos se lo considera un trastorno de conducta, un problema bioquímico, una degeneración de la mente, etc.



Entonces, en un contexto muy determinado, que hace al contexto específico de la experiencia analítica, el síntoma es una respuesta; y diferencia entre respuesta del síntoma y saber hacer con el síntoma.

Si pienso en este caso, tengo diferentes experiencias que podría dar, pero si pienso en esto: Yo tengo un paciente esquizofrénico que tenía trastornos corporales. Y una experiencia horrible, que era que cuando estaba a una determinada distancia de alguien, sentía que el cuerpo de quien estaba al lado se le metía en el de él y él desaparecía. Había encontrado un nombre para eso que era “consumición”. Es un término del código, pero para él tenía un valor neológico porque eso remite a una experiencia absolutamente intransferible. Había encontrado un modo para poder venir al hospital de

día. Un dispositivo grupal de marcar distancias y de evitar que lo tocaran demasiado y que se acercaran. Y con eso él lograba participar en algunas instancias: podía hablar, charlar, le gustaba la compañía. A la terapeuta se le ocurrió, creía que había que hacerlo hablar y subjetivar, y le dijo: “con-su-misión” tratando de abrir una vía de subjetivación delirante, que él podía tener una misión redentora en la vida. El paciente primero quedó perplejo, extrañado, y me vino a ver. Tenía un tono paraguayo y me dijo: “La María está rara”. Me dijo esto y comenzamos a charlar. Pero él quería continuar ese análisis. Tenemos distintos momentos: el fenómeno que ya es un síntoma. El fenómeno elemental mismo, horrible pero no deja de ser una respuesta, pero real, que él padece. Y ya es, en su término más extremo una suplencia: se inscribe en un vacío. Luego hay un cierto arreglo que él va haciendo: distancias, modos de conectarse con el otro, hasta dónde...

R. S.: El nombre.

D.M: Sí, el nombre que le da a eso. Y luego está este arreglo que él hace, de continuar terapias en los distintos hospitales. Cada hospital descompleta un poco al otro, no siente que está en una relación transferencial donde puede quedar atrapado, donde se va a producir la “consumición” transferencial. Eso es un pragmatismo, y a su vez es un lazo transferencial.

El tipo me viene a ver a mí, a saludarme 5 años después. Y a asegurarse de que yo estoy ahí todavía. ¡Espero que no vaya ahora! Pero hay quienes me siguen y que lo conocen, etc., y está el hospital, que no se borra el Álvarez.

Juanqui Indart: Nada más que reforzar estar atentos en



el tema de esta mesa. Va a haber constantemente deslizamientos que iremos atendiendo. Pero lo más difundido en nuestra comunidad fue primero la dignidad del sujeto, como expresión. Daniel la corre más ahora a la dignidad del síntoma. Bueno, hicimos una bandera de la dignidad del sujeto. Pero es verdad que Lacan también habló de la dignidad de las neurosis, contra la sátira que se hace de los comportamientos neuróticos en relación a no sé qué cosa que nadie conoce ni dónde está ni qué es una posición no neurótica. Así que ahí tendríamos un antecedente también de lo que puede ser, porque la dignidad en la neurosis estaba en que la neurosis se atreve a fabricar una cuestión donde el otro no se atreve, con su síntoma. Inventa algo.

Pero se ve bien que es un cambio; ir transformando la noción y la clínica hacia el síntoma, alejándose de la noción de inconsciente.

Liliana Cazenave: Bien. A mí lo que se me ocurre en relación a esto que vos marcas, de que el síntoma es respuesta y responder por el síntoma, y particularmente en el caso del autismo, donde parece haber una respuesta inconmovible muchas veces. Para ir más allá de responder por ese síntoma, para mutarlo, justamente, hace falta un consentimiento del sujeto y una apuesta.

Que me parece que estaría del lado de responder por el síntoma. Recientemente un paciente autista que yo vengo tratando hace muchos años se encontró en el consultorio con un juguete con el cual él había jugado de muy chiquito. Era un teléfono antiguo. Estuvo toda

la sesión con ese juguete y poniendo una película de Toy Story, escenas donde se despiden de los juguetes. Y vuelve a su casa, me llama la madre, y me dice: estuvo toda la tarde llorando, diciendo: “no voy a poder con eso”. Y bueno, va a tener que ser una decisión. En este momento estamos en eso. Si va a ir más allá, a donde va a dirigirse, de conmover, ir más allá de este punto, de su síntoma, de su respuesta. Porque implica lo que es un duelo por la infancia.

Gustavo Slatopolsky: Quería preguntarle a los tres, a partir de lo que vos planteabas, Juanqui, de la falsa dicotomía, ya que se trata de tres estructuras, donde en el autismo es más sencillo, porque en ausencia de culpa y en ausencia de cualquier ficción, se trata de hacer con lo que hay. No hay ningún llamado a descifrar nada. En el caso que, como vos decías, Daniel, en relación al paranoico, que sabe quién es, sabe por qué el otro hace lo que hace, tampoco hay más que certeza. En el caso de la neurosis y cómo se articula esto con los otros, donde vos planteabas, que era una falsa dicotomía... había una época -no sé si es válido o no para esto- donde se planteaba algo así como que había un primer tiempo en la neurosis, que era: pasaje por el inconsciente para arribar a...

cuando vos planteas que es una falsa dicotomía, en relación a la dignidad del síntoma ¿es sin desciframiento desde el vamos?

Juanqui: Todo el tiempo hay en el análisis desciframiento porque se habla. Sabemos que eso es producción de sentidos. Bien. ¿Qué se esperó en las salidas de la neuro-



sis? Que de golpe vayan apareciendo significantes que están fijos, con cierto goce, que ya no se mueven por el desciframiento, etc. Bueno y que quedan los restos sintomáticos. Y por lo tanto yo no he salido de la neurosis. Entonces, tanto trabajo para llegar desde el síntoma, todo el desciframiento y el síntoma al final, que evidentemente no tiene que ver con el inconsciente, es otra cosa, se lo hace pasar por el inconsciente y ahí queda. Y en general quedábamos ahí, en una suerte de impasse. Especialmente con la noción de síntoma.

Porque con la de fantasma Lacan encontró un momento muy importante que podía pensarse, bueno, el psicoanálisis da hasta aquí; da este resultado.

Pero quedó colgando la noción del síntoma. Bueno, si nosotros, siguiendo a Lacan, consiguiésemos entender mejor lo que es el síntoma, yo creo que la dirección de la cura va a ir variando, porque va a ser más fácil dirigirse pragmáticamente al *para qué te sirve eso*, que gastar tiempo en una construcción de saber inconsciente en la que está inscripto siempre lo mismo: tu relación con el Otro, por más que lo niegues tu inconsciente va a seguir creando un Otro completo, va a seguir creándose culpa, en relación a una ley, etc. ¿Qué podría dar un punto de distancia? Porque se puede decir eso está, hay ese saber inconsciente, eso funciona y punto. Y podríamos decir *pero lo manejo de otra manera, o estoy advertido; o mantengo distancia; o juego con eso*. A todas esas cositas que fue soltando Lacan, están todas destinadas a esa idea de *savoir faire*. Pero no es nada fácil pensar, asumir un síntoma como *savoir faire*. No es nada fácil. Porque al síntoma el sujeto lo vive como

una mancha en su ideal y le da culpa. Así que todo eso requiere muchísimo tiempo del análisis para verificar el Otro barrado. Eso es lo que podemos señalar, que el análisis del inconsciente no alcanza suficiente precisión en cuanto a la verificación de No hay Otro. En cambio, lo que inicia Lacan con el arte, el artificio y el síntoma así considerado, eso por definición, en lo real mismo ha sido algo que surge bajo el No hay Otro. Así que no sé. No sé. Pero va muy lenta la cuestión.

Yo creo que habría que activar más en los analistas la posibilidad de la clínica del síntoma en las neurosis. Que son estructuras así nomás.

En el último Lacan las neurosis son observaciones de la vida cotidiana. Hay tipos insistentes que están siempre en lo mismo, y bueno, y la gente los llama maniaco obsesivo, etc., y así se arma un cuadro, dice Lacan. Como histeria, porque las mujeres tienen cosas uterinas. Y vuelve Lacan a decir: es una palabra que usaron los griegos y Aristóteles ¿qué es la histeria? No es ninguna estructura, es una manera de llamar que hay comportamientos uterinos. Bueno, eso es el último Lacan. Pero eso coincide con..., el fondo es que estamos todos locos, el ser parlante es delirante y entonces la noción de síntoma y *saber hacer con eso* me parece que abarca todos los aspectos clínicos. Pero tendrán que madurar los tiempos.

M. Piaggi: Respecto de esto, Juanqui. Se me hizo la frase cuando vos hablabas de síntoma, como Lacan lo trabaja en el Seminario 23, síntoma-sinthome ¿cómo pensarlo? El síntoma es eso que irrumpe, que a la vez,



es eso que orienta, que señala, entonces síntoma-sinthome, en ese punto como cada uno quiera pensarlo. ¿Cómo avanzar? ¿Podes avanzar un poquito más sobre eso? ¿Cómo lo pensas?

Juanqui: Es matiz. En general, nosotros con la neurosis... Freud sí lo escuchaba. En todos sus casos clínicos hace observaciones muy precisas sobre el beneficio secundario del síntoma. Y es lo que se le ocurre cuando el síntoma queda al final como incurable. Y dice que el sujeto prefiere la enfermedad. El tullido. ¡El tullido sí que sabe hacer con ese síntoma! ¡Una vida! Puede llegar a ser una personalidad, el rey de la esquina, hacerse un nombre. Y además no paga impuestos, ni iva, es libre, etc. Eso es hacerse una vida con ese síntoma. Esa es la idea de Freud. Es crucial. Entonces, después puede ser tan sofisticado como decir, cómo puede ser eso, y tener que elaborar que se podría pensar entonces que el síntoma es capaz, sabe hacer, un anudamiento de los tres registros. Que es la idea de Lacan del síntoma como cuarto en un nudo. Bueno, todos son temas difíciles, pero ven que se van acumulando bastantes cosas, que se van difundiendo de a poco sobre este aspecto, y bueno, van a tener consecuencias. Y la gente que trabaja en autismo y en psicosis están a la vanguardia. Están a la vanguardia de detectar y hacer valer el síntoma de esta manera.

Ricardo: Pero entonces, Juanqui, en ese saber hacer con el síntoma ¿estaría incluido, o sería necesario un saber hacer con el inconsciente? ¿En el sentido de ponerlo a un lado, o de inventar algo con eso que se impone del inconsciente?

Juanqui: Pero del inconsciente tenemos las equivocaciones

llamadas formaciones del inconsciente. Sólo tienes el fallido, el lapsus, el sueño. A partir de ahí se invita a hablar y se construyen cosas. ¿Y cómo se construyen?

No se construye nada sino consiguiendo detectar repetición. Así puedes llegar a que: o hay repetición, o un saber. Si eso es una construcción o si eso es real, es una discusión hasta el final. Creo que Lacan se inclinó al final a que es una construcción. Todo lo valiosa que quieran pero es una construcción en análisis, de la que no se puede decir que ese saber sea real. Y eso... atención, porque son conclusiones de la persona que más trabajó, que yo conozca, toda una vida, para tratar de verificar lo real del inconsciente: el Dr. Lacan. Pero no lo consiguió. Puede ser que haya un real, pero es imposible de aprehender. Y a todos los fines prácticos, en cambio, empieza a ver que con la noción de síntoma hay mucho para hacer y para trabajar. Y para analizar. Y que no tiene por qué ser buscar el recuerdo encubridor, del encubridor, del encubridor, para mentir al final que uno encontró algo real. Siempre va a haber sentido. Bueno, eso sí que puede ser considerado un poco de terror. El último Lacan. Pero lo matiza muy bien, lo va desarrollando despacito. Y en un clima mucho más no-todo, mucho más no-todo que esas frases: “no cedas nunca ante tu deseo”; “de tu posición siempre serás responsable”. Bueno... mirá, vamos a ver primero qué sabes hacer.... (risas)

Daniel: Es algo que me enseñaba Juanqui, en un momento, que a veces creemos que sacamos algo por la puerta y nos vuelve por la ventana. Entonces, creemos que estamos prácticamente de cara a lo real y hacemos



a veces de lo real un ideal, y hacemos de la experiencia analítica también una especie de ideal, casi como si tuviera un modelo al cual habría que finalmente acceder y donde se van a revelar las cuestiones. Me parece un tema muy importante lo que se está planteando. En esa consideración del síntoma pragmático, cómo poder transmitir al Otro social la diferencia con las TCC, que también tratan de cómo hacer un arreglo con el síntoma. Entonces, el tema, creo crucial para nosotros, que podemos cuestionar el uso del inconsciente, incluso diferenciar, porque no es lo mismo el inconsciente sujeto supuesto saber que el inconsciente como un saber hacer con... como una elucubración sobre la lengua. Son inconscientes diferentes los que están en juego. Pero creo que lo que tenemos que poder transmitir es la importancia de un tratamiento del síntoma bajo transferencia. Y que la transferencia no está ligada exclusivamente al sujeto supuesto saber. Y que hay en eso cuestiones que también elaboró Lacan en sus últimos seminarios, donde le da un lugar importante a la sugestión. Y cuando habla de la sugestión habla también de la autoridad y del peso social que puede tener el analista, una palabra, una intervención en uno y otro, etc. Esto, no es que estamos pensando nosotros en hacer hipnotismo, pero es justamente para plantear en su radicalidad, que hacemos uso de los semblantes y que efectivamente no hay Otro del Otro. Esta es la perspectiva fundamental. Entonces, si hacemos del inconsciente la única vía, el único modo de tratamiento y pensamos que el desciframiento... bueno, creo que quedamos en una zona muy restringida, complicada y la que época incluso, va a dejar de usarnos. No vamos a ser operativos para la época. Ya ha cambiado mucho

nuestra práctica. No digo de Freud, digo de mi primer análisis. ¡Ya estoy grande, me estoy por jubilar!
Ricardo: Bueno, ya es hora de cerrar. Muchas gracias a todos.



LA CIGARRA WEB. INTERCAMBIOS



217

entreUnos



ENCUENTRO VÍA ZOOM EL 28 DE MARZO DE 2023.

J-C Maleval



“El autista se baña siempre en el mismo río”, subraya J-A Miller, “de lo contrario, hay crisis, angustia, pánico”¹. Propone un enfoque del autismo que pone el acento en los comportamientos de inmutabilidad, entendidos como iteraciones de un S1 completamente solo, que sería el efecto de una neantización de la función paterna. La puesta de la “mismidad” en el principio del autismo podría entonces inscribirse en el matema siguiente:

$(S\ 1)\ 0\ -\ ______ > S1\ S1\ S1\ S1\ldots$

Colocando sobre la izquierda del matema una escritura de la forclusión del significante amo y del Nombre-del-Padre, J-A Miller sitúa al autismo del lado de la psicosis. Sin embargo, no niega que los aspectos clínicos de uno y otro son tan diferentes que hoy en día no pueden confundirse. Por ello, introduce para el autista la noción de “cara psicótica”. Los Lefort y yo, al querer hacer del autismo una estructura subjetiva específica, hemos buscado más bien diferenciarlo de la psicosis. Sin embargo, nadie discute que los trastornos del lenguaje, del goce y de la identidad que pertenecen al síndrome autista deben relacionarse con la forclusión del Nombre-del-Padre. Sin embargo, los principales modos de defensa a los que recurren el autista y el psicótico son bastante diferentes: construcción de un borde para uno, elaboración de un delirio para el otro. En el campo de la psicosis, un esquizofrénico puede convertirse en paranoico, y viceversa, mientras que en el campo del autismo el sujeto puede pasar del síndro-

¹ Miller J-A. Préface à Maleval J-C. La différence autistique. Presses Universitaires Paris 8, Saint Denis. 2021, p. 13.

me de Kanner al síndrome de Asperger, Por otra parte, hay que subrayar que las formas de transición entre psicosis y autismo son extremadamente raras. Nosotros, así pues, nos vemos abocados a considerar con los Lefort que existen dos estructuras subjetivas diferentes en cuanto a su manera de lidiar con la forclusión del Nombre del Padre.

Esto parece poder dar lugar a varios modos de disfuncionamiento del significante amo: su holofrase con el S2, dominante en la paranoia, su dispersión esquizofrénica, su congelamiento autista y su no-funcionamiento radical en la manía y el automatismo mental.

¿Por qué un congelamiento autista del S1? La noción proviene de una de las raras indicaciones dadas por Lacan: se trata de saber, observa en 1975, sobre el autista, por qué hay algo en él “que se congela”²... Ya había tenido esta intuición al comentar la observación del caso Dick relatado por M. Klein. Pero se mostraba más preciso: constataba la presencia de un sujeto “que está ahí y que literalmente no responde”³, sin embargo “amo del lenguaje” y capaz de poner en juego “una simbolización anticipada, fijada”⁴.

La indicación de Lacan descarta claramente la hipótesis de un congelamiento del sujeto, mientras que es más explícito sobre lo que está “congelado”: “una simbolización anticipada”. ¿Qué mejor manera de abordar la noción de S1 en 1954 que utilizando esta expresión de “simbolización anticipada”? Lacan precisa que es correlativo

2 Lacan J. Conférence à Genève sur le symptôme. [1975] La Cause du désir. 2017, 95, p. 17.

3 Lacan J. Les écrits techniques de Freud. [1954] Le séminaire I. Seuil. Paris. 1975, p. 59.

4 Ibid., p. 83.

a “una hiancia” que remite a “lo que hay de humano en la propia estructura del sujeto”. Añade que esto es lo que responde en Dick, que “sólo tiene contacto con esa hiancia”. Según la enseñanza posterior de Lacan, bajo el S1, eso hace un agujero en lo real, lo que permite correlacionar el S1 con la hiancia del Otro. Difícilmente pueda concebirse que el “congelamiento” en el autista pueda concernir a otra cosa que al sujeto o al S1. Sin embargo, a este respecto Lacan no es ambiguo: “no se trata del sujeto, que ‘está ahí’, ‘negativista con respecto al lenguaje’, luego que, en la cura, ‘progresa’, verbaliza una primera llamada, “se integra en el sistema simbólico”, aunque en este caso a través de una palabra que no es la suya”⁵.

Este último punto es esencial para comprender el congelamiento del S1, si entendemos, como desarrollaremos más adelante, que es operado por el autista dándose la ilusión de que el significante amo es llevado por un objeto, estrategia necesaria para enmascarar su implicación subjetiva en sus dichos y en sus actos. En esta hipótesis, la estrategia defensiva del congelamiento del S1, utilizada por el sujeto, induce un congelamiento de los afectos y un congelamiento del deseo. Por supuesto, el congelamiento no es la no-función.

Al privilegiar la iteración del S1, en lugar de su congelamiento, J-A Miller sigue los pasos de Lefort. Ellos comparten la tesis de que en el autismo “no es el Otro el que domina, sino el Uno”⁶, de modo que hay “el Uno-completamente-solo en lo real, pero ningún S1 que repre-

5 Lacan J. Les écrits techniques de Freud, o.c., p. 101

6 Lefort R et R. La distinction de l'autisme. Seuil. Paris. 2001, p. 181



sente al sujeto⁷". Sin embargo, el planteamiento más radical del autismo a través de la mismidad fue desarrollado en los años setenta por uno de nuestros colegas italianos, Panayotis Kantzas, en un notable texto de 1985 titulado "El pasa tiempo de un dios. Un análisis del autismo infantil⁸". Para él, la inmutabilidad sería probablemente "la característica fundamental del autismo infantil". Considera que se rige por "una lucha desesperada con la que los niños buscan, día tras día, mantener una imposible fijeza de las cosas preservándose del cambio y del devenir⁹".

De ahí su comparación de los autistas con "pequeños budas", de la que se hace eco el título de su artículo. Kantzas parece anticiparse varias décadas al enfoque millenario: "en este curso inmutable de los acontecimientos", escribe, "el tiempo parece contraerse, como si tendiera hacia un límite extremo e inmóvil en el que toda oscilación, toda desviación es absorbida inmediatamente por la indivisibilidad del UNO"¹⁰. Hacer de la inmutabilidad la característica principal del autismo conduce a una consecuencia inmediata apoyada por Kantzas: "no puede haber devenir"¹¹, el ser, mantenido en "una ausencia de tiempo... se agota en el hecho de ser ahora"¹². Tal concepción del autismo dificulta la reflexión sobre el cambio, e incluso la terapia, al no incitarnos a tratar de movilizar una dinámica propia del sujeto. La primacía del Uno completamente solo

postulada por los Lefort no les impide concebir el posible advenimiento de una "suplencia", pero muy difícil de poner en marcha, ya que en ausencia de "la clavija del significante-amo"¹³, sólo puede construirse sobre un doble, con el que el autista mantendría una relación siempre amenazada por la "destrucción-autodestrucción"¹⁴.

En resumen, postular la inmutabilidad y el Uno-completamente-solo como principio de funcionamiento del sujeto autista lleva a suponer que sus aptitudes para el cambio y sus capacidades creativas son escasas.

Sin embargo, Asperger se asombraba de la "hipertrofia compensatoria" de sus "psicópatas autistas", mientras que Kanner observaba una tendencia del autismo infantil temprano a evolucionar mediante un desarrollo cauteloso de "pseudópodos hacia un mundo al que los niños observados habían sido "totalmente ajenos desde el principio"¹⁵. Además, ahora se sabe que la creatividad de algunos autistas puede dar lugar a producciones notables. Es cierto que a veces se anclan en la iteración, como los dibujos de Stephen Wiltshire, cuya precisión da la impresión de reproducción fotográfica, y cuyas escenas representadas, señala Sacks, se asemejan a los recorridos S1 totalmente solo, ya que "se mantenían como algo externo y desintegrado sobre lo que nunca se construía nada y que nunca se conectaba a nada más, ni se reelaboraba, de modo que nunca influían en nada y ellos mismos nunca eran in-

7 Ibid., p. 71.

8 Kantzas. P. Le passe-temps d'un Dieu. Analyse de l'autisme infantile. Dialogue. Cergy-Pontoise. 1 g7, p. 35

9 Ibid., p. 37.

10 Ibid., p. 37.

11 Ibid., p. 61.

12 Ibid., p. 87.

13 Lefort R. et R. La distinction de l'autisme, o.c., p. 26

14 Ibid., p. 63.

15 Kanner L. Autistic disturbances of affective contact [1943], in Berquez G. L'autisme infantile. PUF. Paris. 1983, p. 263.



fluenciados por nada¹⁶ “. Sin embargo, algunos autistas son capaces de producciones realmente innovadoras. Conocemos a compositores de música inédita (Ouellette, Kenzaburô), diseñadores gráficos de renombre (Carlos Vacas), ingenieros innovadores (Grandin), inventores de mundos imaginarios complejos y estructurados (Tréhin), pintores, arquitectos, poetas, etc. Los trabajos de Donna Williams o Temple Grandin son tan inéditos que han cambiado la visión del autismo. Aunque los comportamientos inalterables persisten en la mayoría de los autistas denominados de alto nivel, muchos son capaces de romper con ellos, como demuestra, por ejemplo, el gusto por viajar de Donald Triplett, Donna Williams o Josef Schovanec. Los autistas de alto nivel, que se caracterizan por haber adquirido la capacidad de llevar su vida de forma autónoma, son capaces de acciones inéditas, como la elección de la homosexualidad de Tammet, el cambio de estudios o la elección de una profesión, etc.

Sin embargo, las capacidades de acciones innovadoras y de producciones creativas de los autistas de alto nivel no se oponen al matema propuesto por J-A Miller porque considera que el autismo “no es un tipo clínico bien formado”. Constata la “extensión desconsiderada del llamado espectro”, por lo que propone volver al “esquema kanneriano¹⁷” en el abordaje del autismo.

El espectro del autismo

Por supuesto, es pertinente considerar con J-A Miller que el espectro autista es una bolsa de gatos. Su en-

16 Sacks, O. *Un anthropologue sur Mars* [1995]. Seuil. Paris. 1996, p. 288

17 Miller J-A. Préface, o.c., pp. 7, 9 et 10

grosamiento se debe principalmente en los niños a la inclusión de psicosis infantiles y ciertas deficiencias intelectuales; mientras que en los adultos, muchos psicóticos ordinarios son sensibles al atractivo de este diagnóstico, que se ha vuelto hoy valorizado. Entender el autismo, como propone el DSM-5, únicamente a partir de comportamientos que muestran un “déficit persistente en la comunicación y la interacción social” combinado con un “carácter restringido y repetitivo de comportamientos, intereses o actividades” puede llevar a considerar como autistas a un buen número de investigadores, científicos o artistas apasionados por sus actividades, e incluso políticos anclados en certezas restringidas y repetitivas. No faltan: Einstein, Gould, Newton, Van Gogh, Turing, Witigenstein, e incluso Hitler y Putin son considerados hoy en día, de forma abusiva, como autistas.

Sin embargo, los pioneros en la descripción del autismo coinciden en que hay “progresos y mejoras” (Kanner)¹⁸, que “la evolución es bastante favorable” (Sukhareva)¹⁹ y que, a veces, las personas autistas, en el curso de su desarrollo, consiguen encontrar oportunidades de integración social antes insospechadas (Asperger)²⁰. En la actualidad, la mayor parte de los clínicos están de acuerdo en la presencia de aptitudes para desarrollar en los sujetos autistas, y existe casi un consenso en el hecho de que esta evolución se hace del autismo hacia

18 Kanner L. Autistic disturbances of affective contact, in Berquez G. *L'autisme infantile*, o.c., p. 264.

19 Sukhareva G. E. Les psychopathies schizoïdes dans l'enfance chez les garçons et les filles [1926 et 1927] in *Les enfants autistes*. Rebecchi Kevin. 2021, p. 121.

20 Asperger H. Les psychopathes autistiques pendant l'enfance [1944] *Les empêchements de tourner en rond*. Synthélabo. Le Plessis-Robinson. 1989, p. 145.



el autismo. Esencialmente del autismo de Kanner hacia el autismo de Asperger.

A este respecto, J-A Miller no discute la existencia de “formas mixtas”. En efecto, hay sujetos mudos con autismo grave que, a través de su escritura, muestran notables capacidades intelectuales y una excelente apropiación del lenguaje (Deshays, Sellin, Kedar, Babouillec, Highashida, Mukhopadhyay, etc.) No cabe duda de que la originalidad de sus producciones supera las posibilidades inherentes a la iteración. No se limitan a describir lo que sienten: adoptan una actitud reflexiva ante sus experiencias, ante el propio autismo e incluso ante los tratamientos que les han propuesto.

Sin embargo, no fueron las formas mixtas las que llevaron a Lorna Wing a promover en 1996 la noción de “espectro autista”²¹, adoptada en 2015 por el DSM-5; es la existencia de formas de transición lo que da cuerpo a esta noción. La demostración menos discutible de éstas reside en el destino de Donald Grey Triplett, caso nº1 del artículo original de Kanner. Observado en los años 30 en el Hospital Johns Hopkins de Baltimore, en 2010 disfrutaba de una apacible jubilación en Mississippi. Tras trabajar como cajero en el banco de sus padres, vivía de forma independiente y solo, seguía conduciendo su coche y continuaba con sus aficiones de golf y viajes²².

Es notable que el único caso de autismo comentado por Lacan, el de Dick, puesto en tratamiento por M.

²¹ Wing L. Autistic spectrum disorders. British Medical Journal. 1996, 312, p. 32

²² Dovan J, Zucker C., Autism's First Child. Atlantic Magazine. October 2010.

Klein, haya tenido un desenlace tan favorable.

Las formas de pasaje del autismo de Kanner al de Asperger no son ni previsibles ni raras. La existencia de formas mixtas de autismo de Kanner y de Asperger, así como de formas de pasaje de uno a otro, hace difícil establecer oposiciones claras entre sus clínicas. Es posible que los avances en la investigación conduzcan a una división de este espectro, pero en el estado actual de los conocimientos la hipótesis de la expresión del autismo en un continuo clínico parece la más adecuada para englobar todos los datos disponibles.

El potencial creativo de los autistas kannerianos

Los autistas kannerianos no están fijados en la inmutabilidad: son capaces de realizar obras, actos y, a veces, incluso propósitos creativos.

Lo más frecuente es que el objeto autista sea elegido por el sujeto entre los objetos de su entorno, lo que ya atestigua una capacidad para realizar un acto innovador, pero incluso puede ocurrir que este objeto sea una construcción realizada por el sujeto dando lugar a algo nunca visto. Este fue sin duda el caso de los “glinglins” de Roland, un autista mudo de 7 años. Los llamaba al personal del hospital donde estaba ingresado, sin duda por su parecido con una campana o un reloj. Los fabricaba arrancándose un pelo y recogiendo en el ano una bolita de materia fecal que unía. Hacía oscilar el glinglin muy rápidamente ante sus ojos, y durante horas se perdía en esta contemplación de movimiento perpetuo, totalmente indiferente al mundo exterior e



incluso a los estímulos dolorosos ²³.

Bettelheim señala como decisivo en el progreso de Laurie, una muñeca flácida y muda de siete años, el momento en que empezó a rasgar papel en largas cintas y a hacer fronteras. “Estas -comenta- fueron sus primeras actividades espontáneas, deliberadas y, sobre todo, simbólicas. Eran realmente su invención, su creación a partir de materiales externos, para dominar las tensiones internas. Eran actividades de las que no tenía ejemplos.”²⁴ Durante horas, producía largas cintas a partir de hojas de papel rasgando concéntricamente desde un borde hasta llegar al centro ²⁵. Con la ayuda de estas cintas creaba fronteras entre su mundo y el resto del mundo.

No cabe duda de que los niños autistas más encerrados en su mundo son capaces de tener iniciativa. Nadie les enseña comportamientos frecuentes como taparse los oídos, dar palmas, jugar con objetos, utilizar oposiciones de encendido y apagado, coger a alguien de la mano para alcanzar un objeto codiciado que se podría coger sin ayuda, etc.

Hay autistas de Kanner que son capaces de notables creaciones artísticas. Los dibujos de Lucile Notin-Bourdeau han dado lugar a numerosas exposiciones en Francia y en el extranjero. Representan cuerpos en movimiento en diversas posiciones y el estilo evoluciona de forma muy evidente a medida que Lucile se

hace mayor ²⁶. Las pinturas de Iris Grace, realizadas por una niña muy pequeña sin formación artística, son acuarelas y acrílicos de una originalidad y belleza asombrosas. Están recogidos en un magnífico libro en el que su madre señala que el estilo de Iris “evolucionaba constantemente, a medida que experimentaba con distintos materiales y herramientas” ²⁷.

En 1946 Kanner observó que los autistas “que parecen casi mudos” eran, sin embargo, capaces de “pronunciar frases enteras en situaciones de urgencia” ²⁸. Esta sorprendente observación de enunciados espontáneos en autistas que parecen mudos se ha repetido desde entonces con frecuencia. El ejemplo más mencionado es el de Birger Sellin exclamando de repente: “Devuélveme mi pelota” en una situación en la que su padre se lo ha arrebatado²⁹. Sellin tiene una forma mixta de autismo, pero el fenómeno puede observarse también en autistas kannerianos. Un niño de cinco años, relata Berquez, “al que nadie había oído pronunciar un solo yo en su vida, se encontró avergonzado cuando la piel de una ciruela se le pegó al paladar. Entonces exclamó claramente: ‘Quítamela’, y luego volvió a caer en su silencio anterior”. Otro niño mudo de 4 años que estaba siendo examinado por un pediatra gritó: “Quiero irme a casa” y un año más tarde, cuando fue internado con bronquitis, gritó: “Quiero volver” ³⁰.

²⁶ <https://lemuz.org/exposition/lucile-notin-bourdeau-le-corps-en-mouvement>.

²⁷ Carter-Johnson A. Iris Grace. La petite fille qui s'ouvrit au monde grâce à un chat. [2016] Presses de la Cité. Paris. 2017. P.165

²⁸ Kanner L., Irrelevant and metaphorical language in early infantile autism, American Journal of Psychiatry, vol.103, sept. 1946, 242-246.

²⁹ Sellin B., Une âme prisonnière, o.c., p. 24

³⁰ Berquez G. L'autisme infantile. PUF. Paris. 1983, p. 107.

²³ Sandrelto J. Un enfant dans l'asile. Seuil Paris. 1977, pp.96-97

²⁴ Bettelheim B. La forteresse vide. [1967] Gallimard. Paris 1969. P.188

²⁵ Ibid. p.187.



La enunciación inesperada apenas surge salvo en situaciones preocupantes, con carácter de necesidad o urgencia. En estas circunstancias, no se trata de una elección subjetiva reflejada y asumida, sino de una especie de reflejo provocado por el contexto. El sujeto no puede modular lo que acaba de decir, ni parafrasearse, ni comenzar, ni hacer una devolución reflexiva. Las frases espontáneas, en las que la enunciación se afirma con fuerza, pueden considerarse holofrases, ancladas en una certeza, pero no se adhieren a nada, se entierran inmediatamente en el silencio, de modo que son manifestaciones únicamente del S1, completamente solo. Sin embargo, no están al servicio de la inmutabilidad, al contrario, quienes las rodean siempre se asombran, tan inesperado es el acontecimiento.

Tales potencialidades, esbozadas por la movilización innovadora de S1 completamente solo, en frases espontáneas, o con ocasión de la resolución puntual de problemas, no están irremediablemente bloqueadas: pueden encontrar expresión en ciertos individuos autistas de maneras más complejas e indirectas, utilizando estrategias de congelamiento del significante-amo.

Las estrategias del congelamiento del S1

¿Cómo funciona el congelamiento del S1? Partamos de lo que Kantzas llama acertadamente “una escena habitual en el mundo autista”. “Lapo indica un disco a Marsha, le toma la mano, la guía hacia el disco elegido y luego se acerca al tocadiscos para que esa misma mano lo ponga en marcha”³¹. Esta práctica, muy característica del funcionamiento del niño autista, a

veces llega incluso a ser invasiva: durante años, cuenta una madre, mi hijo autista “consideraba que mi mano era una prolongación de su propia mano”. En un momento dado, este problema llegó a ser tan importante que no podía hacer las tareas domésticas ni trabajar en el campo³². Este comportamiento frecuente y sorprendente del niño autista de tomar al adulto de la mano para hacer una acción que el mismo podría en general hacer solo es paradigmática del congelamiento del significante amo: El hecho de que el sujeto autista se haga la ilusión de que el S1 es portado por un objeto, permitiéndole así desembarazarse de su implicación subjetiva en sus actos y palabras. Bettelheim se refiere a “su rechazo total a comprometerse cara a cara con el mundo”³³. Rothenberg señala a propósito de un niño autista: “hablar o escuchar era una responsabilidad demasiado pesada para él”³⁴. Muchos de ellos son como Gilles, para quien la elección es muy aterradora. “Cuando abordamos este tema, se pone colorado y tiembla; incluso para una cuestión tan insignificante como la elección de un pastel, dice que “siempre tiene miedo de equivocarse”³⁵. La indicación de Lacan de que para estos sujetos “el peso de las palabras es muy serio”, de modo que “no están fácilmente dispuestos a tomárselo con calma con estas palabras”³⁶, parece apuntar a un punto relacionado. El congelamiento del S1 es una estrategia para borrar el compromiso del sujeto sugiriendo que su dinámica procede de un objeto. Opera con mayor frecuencia haciendo creer que el

32 Peeters T. L'autisme. De la compréhension à l'intervention. Dunod. Paris. 1996, p. 213.

33 Bettelheim B. La forteresse vide. o.c., p.524

34 Rothenberg M. Des enfants au regard de pierre [1977]. Seuil. Paris. 1979, p. 137.

35 Donville B. Vaincre l'autisme. ?.. Jacob. 2008, p. 48.

36 Lacan J. Conférences nord-américaines. Scilicet 6/7. Seuil. Paris. 1976, p. 46.

31 Kantzas. P. Le passe-temps d'un lieu. Analyse de l'autisme infantile, o.c., p. 55



punto de inserción del goce y de toma de decisión se desplaza sobre un objeto que parece constituir el centro vital del sujeto; este objeto puede ser adoptado, cuando se trata de un doble humano o animal, o puede ser inventado (máquina, compañero imaginario, marioneta).

El hecho de que la característica más frecuente del objeto autista no sea su dureza, como pensaba Tustin, sino su aparente dinamismo, encuentra su lógica: la atracción del autista por estos objetos (peonzas (N.de.T: juguete en forma de cono de madera y punta de hierro, se enrolla en una cuerda para lanzarlo y hacer que gire sobre sí mismo), hélices, ruedas, máquinas, glinglins (N.d.T el sonido de campanas), ventiladores, tocadiscos, etc.) reside en gran medida en su sentimiento, de que poseen una propiedad esencial de la que él carece, y que intenta apropiarse. “La fascinación por las cosas que giran sobre sí mismas”, señaló Bettelheim, “se ha convertido en una de las características que nos permiten hacer el diagnóstico de autismo infantil³⁷”.

Hay autistas que no necesitan tomar la mano del otro para liberarse de la responsabilidad de su acción: puede bastarles con que se les dé permiso para actuar. ¿Por qué, se le pregunta a Higashida, necesitan señales o instrucciones para actuar? Las personas con autismo”, responde, “a veces son incapaces de actuar antes de haber recibido la consigna oral. Yo, por ejemplo, cuando alguien me trae un vaso de jugo de frutas que he pedido, no voy a empezar a beber hasta que alguien me diga: ‘A tu salud’ o ‘Adelante, bebe’. Y aunque la persona au-

tista acabe de decir: “bueno, voy a colgar la ropa en el armario”, no pondrá hacer el gesto hasta que reciba la luz verde: “OK”. No sé por qué los autistas necesitan estas señales, pero sí sé que yo soy así [...] nos resulta muy, muy difícil hacer cualquier cosa sin recibir la señal adecuada [...] Hacer cualquier cosa sin obedecer la regla de la “señal” es aterrador³⁸. En los autistas de alto nivel, el fenómeno puede pasar desapercibido si se respetan estrictamente las reglas.

Numerosos son los medios de hacer uso del lenguaje como objeto para borrar la expresión de la subjetividad. Así, las canciones pueden utilizarse como ecolalias retardadas para transmitir un mensaje alusivo. El “lenguaje del poeta”, como dice Williams, puede ser utilizado con el mismo fin. Un amigo le dijo que durante mucho tiempo habló “de una forma que la mayoría de la gente no entendía”, diciéndole: “no siempre sabíamos de qué hablaba, pero si no lo pensábamos, lo conseguíamos”³⁹. Por eso, una periodista le confesó que la consideraba “la persona más evasiva que había entrevistado jamás”⁴⁰. Bettelheim hizo una observación parecida sobre el habla de Joey: “Hablabas tanto en opuestos, en alusiones privadas, y en un orden y uso de las palabras tan inusuales, que durante mucho tiempo apenas pudimos entender lo que decía [...] el habla era, por sus neologismos y su hablar en opuestos, un obstáculo para el establecimiento de una relación entre él y nosotros”⁴¹.

38 Higashida N. Sais-tu pourquoi je saute ? ? Les Arènes. 2014, p. 139.

39 Williams D. Quelqu'un, quelque part, o.c., p. 196.

40 Ibid., p. 209.

41 Bettelheim B. La forteresse vide, o.c., p. 327 et p. 360.

37 Bettelheim B. La forteresse vide, o.c., p. 301



En el lenguaje del poeta, en las ecolalias retardadas, en la evocación de canciones, en la jerga, en el lenguaje evasivo, en estas comunicaciones alusivas el mensaje se filtra a través de un objeto protector, que parece tener capacidad expresiva propia, permitiendo así enmascarar la implicación del sujeto. “Todo debe ser indirecto”, subraya Williams, con el fin de “engañar siempre a su mente para que se tranquilice y se relaje”⁴².

Si el congelamiento del S1 produce el uso de la expresión mediada por canciones, por un lenguaje evasivo, jergoso, poético, precioso, extraño, etc., se basa regularmente en un borrado del goce del sujeto y en la ilusión de que la lengua es un medio protector y portador de una capacidad expresiva que les es propia. Todos esos usos de la lengua dan al autista el sentimiento de que ella habla de ella misma sin que el este implicado en sus mensajes interferidos.

El congelamiento del S1 aparece de manera muy pura cuando un sujeto autista mudo sólo puede expresarse a través de una computadora o de un tablero de cartas “Yo”, afirma Deshays, “utilizo una máquina como tú utilizas tu voz”, sin embargo “las rupturas sinápticas [la privan] de información corporal real”⁴³. Del mismo modo, Sellin considera que la escritura, a través de una computadora, “es una gran ayuda”, pero no percibe “la vida real”⁴⁴.

⁴² Williams D. Si on me touche, je n'existe plus, o.c., p. 305.

⁴³ Deshays A. Libres propos philosophiques d'une autiste. Presses de la Renaissance. Paris. 2009, p. 5 et p.57

⁴⁴ Sellin B. Une fime prisonnière, o.c., p. 145 et p. 96.

La desconexión de los afectos que exhiben es un fenómeno que se observa regularmente en la práctica de la comunicación facilitada, asistida, aumentada, de la ayuda de la comunicación (AICO), etc.

Todas estas técnicas parten de la curiosa constatación de que, para expresarse por medio de un objeto, el sujeto autista a menudo necesita que alguien lo sostenga, mientras que la presencia de un asistente parece necesaria. Incluso la escritura”, relata Sellin, “sólo me es posible con la ayuda de otra persona/ es muy humillante y me avergüenzo de ello”⁴⁵. Sin embargo, busca escribir solo, pero se topa con una intensa angustia, que le hace sentir “una amenaza para la vida” o la brutal y bestial “resistencia de una energía que niega la vida”⁴⁶. Para contornear esta falta de dinámica propia, es necesario un rodeo a través de un objeto que se supone que la proporciona. “Mi minusvalía, observa Deshays, “produce una dependencia fusional. Me olvido de mi autismo en cuanto siento una fuerte directiva. Necesito que me propulsen en mi dependencia. Necesito sentir más fuerza dispensadora de juego vinculada al bifuncionamiento intercorporal e intelectual”⁴⁷.

Cuando los autistas se adhieren a una de las diversas técnicas de comunicación facilitada, resulta evidente que su centro vital se localiza en primer lugar en su asistente, mientras que con el tiempo la máquina puede convertirse a veces en el único lugar de su dinámica.

⁴⁵ Ibid., p. 188.

⁴⁶ Sellin B. La solitude du séserteur. [1995] Robert Laffont. Paris. 1998, p. 163 et p. 150.

⁴⁷ Deshays A. Libres propos philosophiques d'une autiste, o.c., p. 106



El niño-máquina que se hace la ilusión de que el objeto le proporciona la electricidad necesaria para vivir también da testimonio de una localización externa del punto de inserción de su goce. Es inseparable de su sentimiento de ser él mismo una máquina insensible para protegerse del terror de que sus propios afectos puedan destruirlo⁴⁸.

Expresarse de forma indirecta, simbólica o alusiva, subraya Williams, es la única manera que tienen la mayoría de los autistas de atreverse a “decir” cosas que son “demasiado importantes” para expresarlas de forma más directa⁴⁹. El recurso a las marionetas para transmitir los mensajes del sujeto puede servir para este fin. Un procedimiento aún más utilizado para permitir la expresión congelamiento del S1 consiste en entregar una enunciación cortada de los afectos a “fachadas”, que se designan a veces como “compañeros imaginarios”, a veces como “personalidades sustitutas”⁵⁰, o incluso como “máscaras”⁵¹, “rostros”, o incluso como “caretas”, personajes o soportes de una impostura. Estas “estrategias de abnegación”⁵² son desplegadas para parecer normal, pero son vividas dolorosamente, acompañadas de la sensación de estar aislado del mundo. Son solidarias de una falta de conexión entre los afectos y los actos. Es “en ausencia de un sentido del (su) cuerpo interno”, explica Williams, cuando el sujeto aprende a “fingir y actuar”⁵³.

48 Bettelheim B. La forteresse vide, o.c., p. 365

49 Williams D. Si on me touche, je n'existe plus, o.c., p. 301..

50 Williams D. Quelqu'un, quelque part, o.c., p. 263

51 Ibid., p. 210

52 Ibid., p. 273

53 Ibid., p. 292. 54 Williams D. 55.

Es bien sabido que D. Williams se ocultó durante mucho tiempo bajo los personajes de Carol y Willie. “Nadie”, dice, “debía relacionarse con Donna, sino sólo con los dos personajes que estaba dispuesta a alimentar: Willie, que encarnaba toda mi furia y combatividad, y Carol, esa cáscara vacía de emoción que representaba mi sociabilidad y mi capacidad para desempeñar distintos papeles”⁵⁴. Estas criaturas, nacidas de su imaginación, eran protectores del “estar sin defensas”⁵⁵. Fueron creadas para adquirir una fachada de adaptación social. Williams permitía que sus personajes interpretaran sus papeles y que la gente los representara, pero esto iba acompañado de una sensación de ser su “propio fantasma” vigilando a sus hechos y gestos.⁵⁶ “Se escondía detrás de sus compañeros, y no quería ser vista como un fantasma. Se escondía detrás de sus compañeros imaginarios, pero no se confundía con ellos: “como Willie”, confiesa, “me sentía hombre, como Carol me sentía mujer, como yo misma me sentía neutro”⁵⁷. Subraya que sus “pantallas” le permitían decir lo que pensaba, pero no lo que sentía”⁵⁸, lo que confirma su origen en un trabajo del sujeto para aislarse de sus afectos.

En la cura, si no está constreñido por mandatos que pretenden separarle de los objetos investidos, el autista pone en juego voluntariamente manifestaciones congeladas del S1 buscando establecer un orden en el caos de su mundo por mediación de diversos objetos, entre

54 Williams D. Si on me touche, je n'existe plus, o.c., p. 95

55 Ibid., p. 261

56 Ibid., p. 209

57 Williams D. Everyday Heaven. Journeys Beyond the Stereotypes of Autism. Jessica Kingsley Publishers. London and New York. 2004, p. 117.

58 Williams D. Si on me touche, je n'existe plus, o.c., p. 89.



los que las figuras/los figurines ocupan un lugar privilegiado. Louange, el “niño del placard”, gracias a su psicoanalista, también pudo realizar una “terapia con juguetes y bricolages”. Durante las sesiones, construía un circuito gráfico, que representaba las calles de un espacio urbano, que se enriquecía progresivamente con edificios hasta convertirse en una mini-ciudad, en la que evolucionaban figuras humanas. Louange utilizaba esta invención tan investida para proyectar ahí y dominar sus miedos, pero también para apropiarse de formas de hacer las cosas. Gracias a las figuras dobles, “sensores de los flujos de energía y de las variaciones de intensidad de lo vivo”⁵⁹, pudo no sólo poner orden en el mundo, sino también regular en cierta medida sus afectos, al tiempo que su propio comportamiento en la sesión se volvía más calmado y afectuoso.

El congelamiento del S1 toma prestadas varias técnicas: utilizar el lenguaje como objeto, prestar la voz a una computadora o a marionetas, borrarse detrás de un compañero imaginario, transferir los afectos a figuras, etc. Todas estas técnicas tienen en común que se anclan en un congelamiento de los afectos del sujeto autista, que va acompañado de su entrega ilusoria a un objeto externo aparentemente dotado de una dinámica propia. El congelamiento del S1 se basa en una observación de Williams de que “comunicarse a través de objetos [es] seguro”⁶⁰.

⁵⁹ Bouyssou-Gaucher, Louange, l'enfant du placard. Psychothérapie psychanalytique d'un enfant autiste. Penta Editions. 2019, p. 186

⁶⁰ Williams I. Si on me touche, je n'existe plus, o.c., p. 23.

El congelamiento de los afectos

La existencia del congelamiento de los afectos del sujeto autista es un consenso entre los clínicos. Muchos autistas insisten en este punto. Para Sellin, el autismo es “la ruptura del hombre de las primeras experiencias simples así como de las experiencias esenciales e importantes, por ejemplo llorar”⁶¹. Deshays da indicaciones similares: “Me urge”, escribe, “vincular mi cuerpo a mi mente”; precisa: “Ordeno mis neuronas listas para actuar pero la ruptura de las sinapsis me apartan de la información corporal real”⁶². Grandin confirma que carece de “profundidad”: “Mis decisiones -dice- no están impulsadas por mis emociones, nacen del cálculo”⁶³. En resumen, coinciden en que el lenguaje tiene dificultades para expresar sus sentimientos, y que la conexión entre afecto e intelecto es difícil de establecer. Su voz, tan a menudo descrita como monótona, atonal, estrangulada, mecánica o artificial, traduce inmediatamente una falta de afectividad en su expresión más común. Dan a Asperger la impresión de una “falta de sentimientos”⁶⁴, mientras que Kanner observa que no tienen contacto afectivo directo con la gente⁶⁵, lo que subrayó en el título de su artículo de 1943. Decisiva a este respecto es la indicación de Williams de que el congelamiento de los afectos participa de una importante estrategia defensiva del sujeto autista. “Fundamentalmente, escribe, para diferenciar el autismo de la esquizofrenia, la solución que había encontrado para reducir la sobrecarga

⁶¹ Sellin B. Une âme prisonnière, o.c., p. 102

⁶² Deshays A. Libres propos philosophiques d'une autiste, o.c., p. 54 et p. 57.

⁶³ Grandin T. Penser en images [1995] Seuil. Jacob. Paris. 1997, p. 120

⁶⁴ Ibid., p. 127.

⁶⁵ Kanner L. Autistic disturbances of affective contact, in Berquez. L'autisme infantile, o.c., p. 262



afectiva y permitir así mi propia expresión era luchar a favor, no en contra, de la separación de mi intelecto de mis emociones”⁶⁶.

La imagen del niño-máquina autista se origina en esta escisión: si se anima conectándose al objeto, es porque quiere creer que la fuente de lo viviente se encuentra en él. Congela sus afectos localizándolos imaginariamente en máquinas que, según Joey, son “mucho mejores que el cuerpo” porque ellas son ‘insensibles’, no se rompen y no pueden hacerse daño”⁶⁷. La sorprendente necesidad de conectarse a un facilitador para que la comunicación facilitada funcione sigue la misma lógica. Es porque el autista insiste en ceder su dinámica a un objeto que ocupa un lugar importante en la clínica del autismo. El fenómeno puede llegar tan lejos en el rechazo de las percepciones corporales que el sujeto autista deja a veces al Otro la tarea de localizarlas, incluso cuando son dolorosas. Incluso en el dolor, relata Rothenberg, Peter “rechazaba toda la responsabilidad. Gritaba y lloraba y había que ser un buen detective para averiguar dónde le dolía. Nunca lo decía”. Lo esencial de sus afectos estaba en la dependencia de su terapeuta: tenía que pasar por ella para identificarlos y decidir sobre ellos⁶⁸. Le entregaba a ella la carga propia del significante-amo: la de interpretar sus afectos, incluso la de ordenarlos. “Tenía miedo”, cuenta Joey, “de sentir realmente que había algo que quería verdaderamente”⁶⁹.

66 Williams D. Si on me touche, je n'existe plus, o.c., p. 293.

67 Bettelheim B. La forteresse vide, o.c., p. 343 et p. 335.

68 Rothenberg M. Des enfants au regard de pierre [1977]. Seuil. 1979, p. 277-279.

69 Bettelheim B. La forteresse vide, o.c., 412

Bettelheim hizo la misma observación que Williams: “El niño autista”, escribió en 1967, “es [...] un niño que impide que sus afectos sean sentidos, que se hagan conscientes, y que por tanto se impide a sí mismo actuar en función de sus afectos”. Para lograrlo, señala Joey, no es suficiente “combatir por la separación entre intelecto y las emociones”, también hay que evitar comprometerse con una relación afectiva. El congelamiento de los afectos se articula a un congelamiento del deseo.

Por supuesto, si el sujeto busca sofocar sus afectos, las manifestaciones de ternura o amor hacia él se sienten como intentos insoportables de movilizarlos. Esto puede llevar a algunos autistas a exigir que dejemos de quererlos y a otros a constatar que la amabilidad hacia ellos les vuelve locos. Estos sentimientos paradójicos para los no-autistas, encuentran su lógica en una manera de protegerse de la angustia, generada por el intercambio y la toma de decisiones, rechazando los afectos y el principio de su localización en un objeto.

Este rechazo de lo vivo determina la creación del borde, uno de los objetos en los que pueden localizarse los afectos, para evitar sentirlos. Gracias a él, se puede hacer retroceder “la vulnerabilidad propia de la sensación de vivir”. Durante mucho tiempo, permite al autista protegerse de lo que le “hace daño”, a saber, como señala Williams, “la vuelta a la vida”⁷⁰. Insiste mucho en que matar el sentimiento de la vida para protegerse de los “sentimientos que hacen daño”⁷¹ es el principio del funcionamiento autista.

70 Williams D. Quelqu'un, quelque part, o.c., p. 180

71 Ibid., p. 192



En las formas más graves de autismo, el asesinato de la vida parece estar consumado: un sujeto apático, sin iniciativa o siente lo que ocurre en su cuerpo, la micción y la defecación son vividas entonces sin reacción, la sensación de hambre está ausente, mientras que las sensaciones dolorosas no se experimentan. Williams los describe como “amos del no-ser”⁷². Parece que algunos pueden incluso dejarse morir. Uno de las niñas observados por Kanner en 1943, Barbara K., “dejó toda alimentación a los 3 meses y fue alimentada artificialmente 5 veces al día hasta el año de edad”⁷³.

Sin embargo, cuando el sujeto autista se estructura, la inhibición de los afectos se vuelve selectiva, tiende particularmente a los afectos de contacto con los demás (amor, amabilidad, simpatía...), aquellos cuya experiencia podría suscitar el intercambio, y aquellos cuyo no reconocimiento podría resultar doloroso. Esto es lo que algunos autores denominan empatía autista “no antropocéntrica”⁷⁴, mientras que otros observan que los problemas de empatía autista afectan más específicamente al “reconocimiento de las emociones positivas”⁷⁵. Sin embargo, la inhibición de los afectos de contacto es compatible con su experiencia en determinadas circunstancias. Un niño autista puede sentir amor por un animal o un lugar, ya que se trata de un afecto menos atemorizante que el amor por un ser humano, que pue-

⁷² Ibid., p. 35

⁷³ Kanner L. Autistic disturbances of affective contact, in Berquez. L'autisme infantile, o.c., p. 233.

⁷⁴ Savarese R.J., Autism, Empathy, and the trope of civilization, Rethinking Empathy Through Literature. Routledge, 2014, p. 79

⁷⁵ Rueda P., Fernández-Berrocal P. et Baron-Cohen S., Dissociation between cognitive and affective empathy in youth with Asperger Syndrome, European Journal of Developmental Psychology, vol. 12, n° 1, 2015, pp. 85-88

de hacerlo sufrir. Un niño autista puede incluso amar a un doble humano, a menudo encarnado por su madre, o por un terapeuta, un amor fusional que no es peligroso - siempre y cuando no se le pida al niño autista que se implique en intercambios que pongan en juego su deseo y su falta.

La incidencia del significante sobre el sujeto autista produce una mortificación extrema del goce del cuerpo, que suele ir acompañada de una propensión a volver a objetos excesivamente investidos. Desde los primeros meses, se constata que la mayoría de los autistas tienen un investimento no moderado en objetos pulsionales, de los que difícilmente aceptan desprenderse, lo que les encierra en su mundo y les vuelve apáticos; mientras que más tarde la principal defensa pasa por la elección de un borde al que se adhiere inicialmente un goce extremo. La principal indicación de Eric Laurent según la cual en el autismo el goce vuelve a un borde implica un rechazo previo del mismo que se manifiesta por un congelamiento de los afectos. No hay retorno del goce al borde sin congelamiento del S1.

En après-coup, tras el abandono de su estrategia defensiva de congelamiento del S1, Williams observa: “Me había pasado la vida negando mis deseos”⁷⁶. El congelamiento del S1 implica un congelamiento de los afectos, que tiene como consecuencia un congelamiento del deseo. Dick, observa Lacan, es un niño que “no hace ningún llamado”⁷⁷ y que “no tiene ningún deseo de hacerse entender”⁷⁸. Kanner observa que los autistas son

⁷⁶ Williams. D. Quelqu'un, quelque part, o.c., p. 226.

⁷⁷ Les écrits techniques de Freud. Le séminaire I., o.c., p. 99.

⁷⁸ Ibid., p. 95



“autosuficientes”, “como en un caparazón”, “actuando como si no hubiera nadie”⁷⁹. Bettelheim señala que “lo que les angustia es el hecho de comprometerse”⁸⁰. Marcia se afirma como “una niña fuerte por no hacer nada”⁸¹. Si a Joey se le ofrecía un juguete, decía con una voz monótona: “Sería maravilloso jugar con él”, pero no lo tocaría⁸². Para Asperger, no tienen “relaciones vivas con el entorno”, y considera que nada es natural para ellos, todo pasa por el intelecto⁸³. El comportamiento paradigmático del congelamiento de S1: la toma de la mano del adulto para acceder a un objeto deseado muestra que el deseo congelado no es un deseo ausente, sino un deseo que privilegia una expresión indirecta a través de los desvíos de un objeto.

El congelamiento de S1 está al servicio de dos maneras de protegerse del deseo, tanto el del sujeto como el del Otro, primero congelando el propio deseo del sujeto, que huye de toda responsabilidad, y después induciendo la creación del borde, que una vez más parece liberarle de la toma de decisiones, pero que también puede permitir la introducción de un objeto mediador y protector en la relación con el Otro.

La lengua reificada/cosificada.

Una de las formas más importantes y sutiles de congelamiento del S1 es que el autista se comunique utilizando una lengua reificada.

⁷⁹ Kanner L. Autistic disturbances of affective contact, in Berquez. L'autisme infantile, o.c., p. 253

⁸⁰ Bettelheim B. La forteresse vide, o.c., p. 523.

⁸¹ Ibid., p. 285.

⁸² Ibid., p. 323.

⁸³ Asperger H. Les psychopathes autistiques pendant l'enfance, o.c., p. 115 et p. 84.

En sus formas menos elaboradas se manifiesta como una lengua de observación, Williams la describe como “una lengua de acumulación de hechos”, que permite, en sus palabras, una conversación que “no tiene contenido afectivo”, que se contenta con relatar hechos simples o decir banalidades o trivialidades”⁸⁴. Pero tiene formas más complejas, en las que el signo se eleva al nivel de concepto, al sumar imágenes, permitiendo una comunicación más rica.

Se puede calificar como lengua reificada, en primer lugar, repitámoslo, porque, desligada de los afectos, aparece como herramienta de comunicación, y no como vector de subjetividad. Además, porque esta herramienta se compone de signos que se caracterizan por adherirse al referente y buscar su articulación en el mundo de las cosas. De ello se deduce que todo el mundo subraya que se trata de un lenguaje concreto, de modo que para intentar captar las abstracciones debe traducirlas en representaciones de las cosas. Los sujetos autistas, señala Touati a este respecto, cuando hablan, utilizan una lengua que se caracteriza por su aspecto de fijeza, “observamos siempre la tendencia a descripción exacta del mundo, la exposición simple y sistemática, sin ningún margen a la interpretación, sin afectos o las emociones vengán a parasitar el esfuerzo de pensar”⁸⁵.

Una de las características iniciales de la lengua reificada es la permanencia de la situación original de aprendizaje. En esta lengua factual y cosificada, debido a la adherencia de los términos y expresiones a la situación original en la que fueron recibidos, el significado tiende

⁸⁴ Williams H. Quelqu'un, quelque part, o.c., p. 298.

⁸⁵ Touati B. Quelques repères sur l'apparition du langage et son devenir dans l'autisme, in Touati B, Joly-F Laznik M- C. Langage, voix et parole dans l'autisme. Puf. Paris 2007. pp. 19-20



a permanecer fijo. Una lengua tal procede a una codificación de la realidad. Ella realiza el ideal: una palabra/un significado. Quiere utilizar sólo términos-etiqueta. No sólo el yo debería ser unívoco, sino que las cosas mismas no deben cambiar de denominación.

Las palabras de los niños autistas pretenden eliminar la ambigüedad para intentar ser del orden del enunciado. Borrar la imagen del referente en su pensamiento es un obstáculo, por lo que se esfuerzan en fingir. Por eso son cándidos, honestos, sinceros, tienen aversión a la mentira y les resulta difícil guardar un secreto.

La lengua reificada intenta estructurarse en paralelo al mundo de las cosas: sus elementos se toman primero uno a uno, e intentan organizarse apoyándose en las cosas. Privilegia los elementos lingüísticos aislados en detrimento de la aprehensión contextual; esto es lo que han constatado los estudios de psicología cognitiva cuando muestran que los niños autistas procesan la información de forma anormal al no prestar suficiente atención a la estructura global y prestan demasiada atención a los pequeños elementos de esta estructura. Esto da lugar a lo que se denomina su hipersselectividad, que a menudo les dificulta distinguir lo esencial de lo accesorio. El carácter discreto del signo sólo da acceso a una memorización fragmentaria que algunos autistas, gracias a un intenso trabajo mnemotécnico apoyado en lo visual, son capaces de volver más o menos coherente.

Las articulaciones operadas por los signos de la lengua reificada no se basan en una gramática o una lógica significativa, sino en imágenes, tanto de los elementos

como de lo que los reúne. El almacenamiento mnemotécnico es espacial y no auditivo-verbal. Cuando intentan comunicarse, los autistas utilizan un lenguaje cosificado que es un código estructurado espacialmente.

El autista posee una propensión a dotar al lenguaje de una dinámica eso vuelve a la lengua reificada propicia a portar una fuerza constrictora a través de la cual se manifiesta una expresión congelada del S1. En las instituciones que utilizan planificaciones de horarios individuales y/o de grupo, se ha observado repetidamente la asombrosa obediencia del niño autista a los signos que aparecen en las representaciones espacializadas del tiempo. Es remarcable que algunos autistas realicen tareas, incluso desagradables, sin desgana, siempre que estén planificadas en su tablero, generalmente mediante pictogramas que representan actividades o lugares. Todos los especialistas acuerdan en considerar en que procesan mejor la información transmitida por objetos como la escritura, los pictogramas o los gestos. Algunas técnicas de aprendizaje (Makaton, PECS) toman útilmente en cuenta esta constatación.

Si para la mayoría de nosotros es el mundo de las palabras el que crea el mundo de las cosas, para el autista es al revés: el mundo de las cosas determina el mundo de las palabras. Al menos cuando utilizan palabras para comunicarse a través de la lengua, reificada, cosificada. **La inmutabilidad soportada por el congelamiento del S1.**

El pensamiento del autista se forma privilegiando un lenguaje reificado, de modo que se construye a partir



de elementos independientes, y no organizados por sus diferencias como son los significantes. Un pensamiento inicialmente tan poco estructurado aprehende el mundo como un caos, es por lo que una de las grandes expectativas de los autistas es discernir regularidades. Su adhesión a la inmutabilidad encuentra ahí una de sus fuentes. De esto se desprende una extraña obediencia, señalada por Asperger, a órdenes que se les presentan, no como personales, “sino como una ley objetiva impersonal”, por ejemplo, al enunciar una ley “que se impone tanto para el niño como para el educador (‘esto se hace de tal o cual manera’... ‘ahora todos deben’... ‘un niño listo debe’...)”⁸⁶. Tales afirmaciones son eficaces porque responden a una preocupación importante del autista, la expresada por G. Gerland, “la existencia de una única regla general aplicable a todos los ámbitos”⁸⁷, o la que puede formular Williams, el deseo de obtener “reglas absolutas”⁸⁸, según Sellin, es incluso el deseo de alcanzar “algo más que valores absolutos”⁸⁹.

Establecer rutinas, repeticiones, rutas fijas y rituales”, dice una mujer autista, “ayuda a poner orden en el insoportable caos de la vida. Intentar que todo siga igual reduce en parte este miedo terrible”⁹⁰. Miedo al caos, ciertamente, pero la angustia de la cual protege la inmutabilidad se debe sobre todo a la revelación de este caos con ocasión de las sorpresas. Los autistas están tan apegados a la inmutabilidad como a las sorpresas.

⁸⁶ Asperger H. Les psychopathes autistiques pendant l'enfance, o.c., p. 86.

⁸⁷ Gerland G. Une personne à part entière, o.c., p. 138.

⁸⁸ Williams D. Quelqu'un, quelque part, o.c., p. 51.

⁸⁹ Sellin B. La solitude du déserteur, o.c., p. 156.

⁹⁰ Jolliffe T., Lakesdown., Robinson C.. Autism : a personal account. Communication, 1992, 26, 3, p. 13.

Para ellos, las sorpresas constituyen un ataque al orden de las cosas, que se produce esencialmente por la intrusión del deseo del Otro. Por eso Sellin afirma que “el cambio en el transcurso del día es una interferencia”⁹¹. Barron parece confirmar esta experiencia de interferencia cuando relata que una de sus normas era que no le sirvieran agua en un restaurante. Cuando esto ocurría, estaba seguro de que el camarero o la camarera lo hacían a propósito para molestarle y demostrar su impotencia⁹².

Lo esencial en los comportamientos de inmutabilidad no es tanto la búsqueda de la iteración como la protección frente a lo inesperado. Prueba de ello es que los niños autistas suelen estar dispuestos a ceder a comportamientos iterativos a condición de que se les proteja de lo inesperado. Se puede conseguir cualquier cosa de los niños autistas”, señalan los Brauner, “siempre que se sepa cómo prepararlos para ello (...) Para que el niño acepte, sin ansiedad, modificaciones y cambios, necesita conocimientos”⁹³.

Los propios autistas se preocupan más por evitar las sorpresas que por una iteración de su comportamiento: “No tengo ningún problema”, confiesa Grandin, “si he repetido mentalmente todos los escenarios posibles, pero siempre me entra el pánico cuando no estoy preparada para afrontar una situación inédita”⁹⁴. Kantzas sostiene que “el compromiso de estos niños en un intento de producir una serie de acontecimientos que se

⁹¹ Sellin B. La solitude du déserteur, o.c., p. 185.

⁹² Barron J. et S. Moi, l'enfant autiste, o.c., p. 89.

⁹³ Brauner A. et F. ...Vivre avec un enfant autistique. PUF. Paris. 1978, pp. 45-46.

⁹⁴ Grandin T. Penser en images, o.c., p. 67.



suceden sin desviarse de un modelo inicial” tiene “un significado que no hay que buscar en el modelo particular, ni en su repetición, sino más bien en la ausencia de variantes”⁹⁵, una observación muy pertinente si subrayamos que de las variantes surge lo inesperado. Una madre atenta al funcionamiento de su hijo autista también llegó a la conclusión de que los rituales van “con el miedo al cambio” y “conjuran el abismo de la angustia que abre lo desconocido”⁹⁶. La mejor forma que tiene el autista de enfrentarse a la inmutabilidad es mediante el dominio intelectual de las sorpresas. En lugar de buscar la repetición, a la persona autista le preocupa más que los acontecimientos de la vida sean predecibles. Barron explica que los sentimientos positivos que le producían sus “comportamientos repetitivos eran fastidiosamente fugaces y parecían evaporarse tan rápido como aparecían”, el control, la comodidad y la seguridad “daban paso inmediatamente al miedo, una y otra vez”. El objetivo primordial no es la satisfacción de la iteración fugaz, sino la búsqueda de protección contra un miedo persistente a lo imprevisible. “Quería que todo fuera predecible”, subraya, “y ahí es donde mi necesidad de repetición mas se hacía sentir”⁹⁷.

Contrariamente a lo que supone Kantzas, la inmutabilidad no rige todo el mundo del sujeto autista: ciertos cambios de lugar pueden serle indiferentes, ciertos objetos pueden ser desplazados sin que le interesen, no todos tienen hábitos rígidos de alimentación, ni rituales para defecar, etc. Asperger constata a propósito de

Ernst que puede estar muy apegado a la inmutabilidad en algunas áreas, pero en otras puede ser “muy desordenado”⁹⁸. Al optar por aplicar la inmutabilidad a tal o cual ubicación del objeto, comportamiento alimentario, una secuencia temporal, etc., el sujeto autista se da la ilusión de haber captado una regla absoluta en el mundo de las cosas, que le protege del caos. Los comportamientos de inmutabilidad se presentan generalmente como sumisión al orden de las cosas, ciertamente se basan la mayoría de las veces en regularidades observadas, pero de hecho se basan siempre en una elección arbitraria del sujeto. Funcionaba”, dice Williams, “bajo el imperio de un montón de principios muy estrictos”, pero era consciente de que eran “sus propias reglas”⁹⁹. Las rutinas aprehendidas lucidamente por algunos autistas de alto nivel como “una estrategia pertinente”, no para someterse a un orden ya existente, sino para crearlo¹⁰⁰. La elección del sujeto es a veces especialmente evidente cuando la inmutabilidad no se origina en una situación previa, sino en un acto iniciado por el propio autista. Barron tenía que ser “el primero en llegar a la cocina cada mañana”¹⁰¹, o bien “el último en subir al autobús”. Sobre esta última regla, comenta: “Sentía que tenía poder sobre toda mi escuela”¹⁰².

Detrás del pequeño Buda se esconde un pequeño tirano. “Mi voluntad de que se cumpliera mi norma era primordial”¹⁰³, dice Barron, mientras que cualquier cosa contraria a ella le daba la impresión de haber perdido

95 Kantzas P. *Le passe-temps d'un Dieu*, o.c., p. 55

96 Idoux-Thivet A. *Ecouter l'autisme. Le livre d'une mère d'enfant-autiste*. Autrement, Paris, 2009, p. 53.

97 Grandin T. et Barron S. *Autisme : décoder les mystères de la vie en société*. [2016] De Boeck, 2019, p. 112.

98 Asperger H. *Les psychopathes autistiques pendant l'enfance*, o.c., p. 90.

99 Williams D. *Si on me touche, je n'existe plus*, o.c., p. 13S.

100 Ouellete A. *Musique autiste*, o.c., p. 76

101 Barron J. et S. Moi, l'enfant autiste, o.c., p. 137.

102 Ibid., p. 228.

103 Ibid., p. 226.



todo poder de estar desarmado”¹⁰⁴. La mejor manera de hacer frente a los imprevistos es mantenerlo todo bajo control, por lo que la lista de normas puede crecer, llegando a veces a ser tan restrictivas para quienes le rodean que provocan grandes tensiones con otros miembros de la familia.

Si es exacto que el cambio, cuando no se prepara ni se explica, se vive como una “interferencia”, producida por el deseo del Otro, entonces los comportamientos de inmutabilidad no tienen la misma importancia que la soledad, el otro gran rasgo identificado por Kanner. Están al servicio de la soledad, es decir, de los esfuerzos del autista por no comprometer su deseo en el intercambio. Barron quería ser libre para jugar a los juegos repetitivos que había inventado para sí mismo, porque, dice, “mientras fuera yo quien decidía, no podía cometer errores”. Si tenía que hacer lo que mi madre me pedía, corría el riesgo de fracasar, podía equivocarme ...”¹⁰⁵. Su “encantamiento” por el comportamiento repetitivo contrastaba con “la gente que le horrorizaba”, porque “no sabía para qué servían ni lo que le iban a hacer [a él]”. No siempre eran los mismos y [él] no se sentía seguro con ellos en absoluto¹⁰⁶. La inmutabilidad asegura, protege del caos y del deseo del Otro, se ancla en una elección del sujeto, de la que da testimonio el sentimiento de dominio que acompaña a su ejercicio.

104 Ibid., p. 89.

105 Ibid., p. 78.

106 Ibid., p. 34

La iteración que opera en la inmutabilidad pone ciertamente en juego S1 completamente solo, en la medida en que una regla se afirma, aislada, sin razón, articulándose a la nada, pero es llevada por un S1 congelado: localiza los afectos del autista en objetos que parecen obedecer al orden de las cosas, borrando al mismo tiempo su implicación en la elección de tal regla en lugar de otra.

La inmutabilidad es una de las estrategias para poner en práctica el congelamiento del S1 por el cual el sujeto se hace creer que se somete al orden de las cosas borrando que éste se ancla en una elección suya que busca preservarlo de lo inesperado y del deseo del Otro. La inmutabilidad es un rasgo menos característico del síndrome autista que la búsqueda de soledad anclada en una evitación del deseo del Otro.

El descongelamiento del S1.

Algunas personas con autismo de Asperger informan de una asombrosa mutación subjetiva, caracterizada por la aptitud de tomar la palabra en nombre propio y de actuar sin la ayuda de nadie. Consiguen evitar tener que pasar siempre por modos de expresión indirectos y velados que ponen en juego el mecanismo de congelamiento de S1.

Muchos autistas hacen una “eclosión” o “nacimiento” tardío, a menudo durante la adolescencia. “Calculo que nací a los 19 años”¹⁰⁷, escribe Anneclaire. Fue a los once años y medio cuando Peter sintió que salía de Mira, su terapeuta, diciendo: “como de mamá, él nació”¹⁰⁸.

107 Damaggio N. Une épée dans la brume, o.c., p. 243.

108 Rothenberg M. Des enfants au regard de pierre, o.c., p. 261.



Bettelheim constata que la mayoría de los niños autistas de la Escuela Ortogénica habían querido volver al mundo (n.d.t: como volver a nacer) una nueva vez. A veces sentían que tenían que morir para ello. El niño, observa Bettelheim, debe estar convencido de que él mismo ha elegido su renacimiento, de que lo controla¹⁰⁹, para que el camino a seguir no le parezca demasiado angustiante. La mutación subjetiva que da origen a la persona autista de alto nivel suele ir acompañada de una fantasma de autoprocreación o de intentos de autonomía. “El ser que estaba enterrado dentro de mí”, informa Barron, “salió a la superficie y tuve la curiosa sensación de dar a luz”¹¹⁰. Esta sensación se correlaciona con la aparición de la capacidad de asumir riesgos y el advenimiento de la capacidad de vivir solo y sentirse independiente. Además, Barron es capaz de comprometerse en aventuras sentimentales, que demuestran que la angustia que le impedía enfrentarse al deseo del Otro se ha atemperado.

A raíz de la separación de un terapeuta “decepcionante”, tras un tratamiento de cuatro años, Gerland también relata un claro cambio en su posición subjetiva que parece haberse producido gradualmente. “Algo se había desencadenado en mí, de modo que podía hablar automáticamente. Mientras que antes nunca podía hacerlo, ahora no tenía que pensar en lo que iba a decir, ni escribirlo mentalmente: el habla y el pensamiento iban juntos espontáneamente y ya no tenía que darle a la voz la orden de decir lo que quería decir”. Ahora podía explicar lo que pensaba o sentía de una forma “comple-

tamente distinta a la de antes”¹¹¹. Así, da testimonio de que la ruptura entre el goce y el intelecto ha dejado de funcionar. Lo viviente se inserta en el pensamiento, dándole un automatismo, una espontaneidad, que contrasta con el esfuerzo anterior por movilizar la voz con parsimonia. Es la interrupción de la lucha por la separación entre intelecto y afecto lo que da a Gerland la sensación de convertirse, según las palabras del título de su libro, en “Una persona por derecho propio”.

Al final de su recorrido relatado en este libro, un cambio se produce en ella que la convierte en una autista de alto nivel, posición subjetiva que le permite afirmar: “Me las arreglo sola en todo”¹¹².

El descongelamiento del S1 va acompañado de una asunción de la enunciación que posibilita una apertura a la ambigüedad signifiante. Para algunos autistas de alto nivel, esto se manifiesta en su acceso al humor y a la poesía, así como en la comprensión de la mentira y la hipocresía. Cuando Barron empezó a tomar decisiones por sí mismo¹¹³ tras su “eclosión”¹¹⁴, su madre se dio cuenta de que se desarrollaba conjuntamente su sentido del humor¹¹⁵. A la edad adulta, Tammet ha desarrollado un gusto por la poesía y ahora se considera capaz de “animar las palabras con su imaginación”, de modo que “cada palabra es un pájaro al que se enseña a cantar”¹¹⁶. Incluso señala con gran finura que la poesía comienza con el uso del signifiante propio de

109 Bettelheim B. La forteresse vide, o.c., p. 372.

110 Barron J. et S. Moi, l'enfant autiste, o.c., p. 276.

111 Gelland G. Une personne à part entière, o.c., p. 224.

112 Ibid., p. 233.

113 Barron S. et S. Moi, l'enfant autiste. [1992] Plon. Paris. 1993, p. 309

114 Ibid., p. 287

115 Ibid., p. 289.

116 Tammet D. Chaque mot est un oiseau à qui l'on apprend à chanter. Les Arènes. Paris. 2017



la palabra habitada: “Para poder decir nuestra propia experiencia”, analiza, “necesitamos la poesía. Sin poesía somos mudos. Podemos repetir cosas, como hacía yo a los diez años, diálogos de novelas, como un loro que no entiende el sentido de lo que dice, pero desde el momento en que entendemos el sentido de lo que se dice [...] la palabra se vuelve necesariamente múltiple”¹¹⁷.

La introyección lograda de lo viviente hace que el sujeto no sólo sea independiente, sino también creativo: se vuelve capaz de adoptar una posición dinámica con respecto a sus objetos. Es él quien los activa, ya no está animado por su borde. El autista de Asperger sigue siendo un sujeto que “tiene que aprenderlo todo [...] a través del intelecto”¹¹⁸; mientras que el autista de alto nivel logra una conexión mucho más estrecha de pensamiento y afecto. Se ha vuelto capaz de tomar decisiones importantes sobre sí mismo sin la ayuda de nadie: para Tammet la elección de la homosexualidad, para Grandin la de sus estudios, para Williams la de publicar su obra a pesar de la angustia, etc. Sin embargo, tales decisiones no serían posibles sin una implicación del goce en el pensamiento que atestigua un descongelamiento del S1.

El autista está tomado en la alienación significativa, de modo que sufre el impacto del S1, pero éste sólo funciona para él congelado, a través del intermediario de un objeto que apoya indirectamente la enunciación. Incluso congelado, el S1 instituye una mortificación del goce, por una parte, mediante el congelamiento de los afectos, por otra, mediante la producción del borde. Sin embar-

go, esta mortificación no está regulada, inhibe el deseo del sujeto y deja trastornos de la sensibilidad, mientras que el borde no es un objeto totalmente extraído, el autista lo conserva en la mano. El retorno inicialmente excesivo del goce sobre el borde parece indisociable del congelamiento del S1. Sin embargo, cuando el goce ligado al interés específico se atempera, puede convertirse en un *sinthome* y abrir el lazo social. En los autistas de alto nivel, se produce un descongelamiento progresivo del S1, de los afectos y del deseo, más o menos logrado, que abre la capacidad de funcionar de forma independiente, y permite una consideración del deseo del Otro, que se manifiesta en algunos casos por la apertura de una vida sexual en pareja.

El penetrante comentario de Lacan sobre el caso Dick parece haber captado desde el principio una característica esencial: en los autistas de Kanner y Asperger, hay algo que se congela y se fija, a saber, el S1, induciendo una inhibición de los afectos y del deseo, y un desplazamiento de la enunciación hacia un objeto.

Traducción: Jesica Varela

-Intervención de J-C Maleval en la cigarra, 28 de marzo de 2023, inédito-

117 Tammet D. Conférence à l'Université Rennes 2 le 28 Mars 2018.

118 Asperger H. Les psychopathes autistiques pendant l'enfance, o.c., p. 86.





LA CONVERSACIÓN.

Jean-Claude Maleval en la cigarra



Conversación con la cigarra

Traducción de la conversación: Daniela Proaño. Corrección: Carolina Freda. Revisión y establecimiento: Ricardo Seijas

Gustavo Slatopolsky: Primero, le agradezco enormemente la exposición. He leído con mucho detalle, incluso, el libro.

Tengo dos preguntas para que me oriente. Si puedo seguirlo bien, el advenimiento de lo que es mal nombrado «autismo de alto nivel» permitiría la conexión afecto-intelecto, por decirlo de alguna manera, el descongelamiento del S1 permitiría un acceso a algún modo del deseo.

Mi pregunta es la siguiente: ¿en la clínica sería posible algún orden de deseo a partir del acto del analista sin necesidad de alcanzar el alto nivel? ¿Sería posible pensar en alguna modalización del significante-amo que no implique necesariamente el pasaje por el retorno reflexivo de aquello que se dice?

La segunda pregunta que me gustaría hacerle en la misma dirección es si recorta de todos los testimonios que ha leído algo que para usted ilumine lo que sería algo así como la modalidad que debiera tener la interpretación, el acto o lo que fuera que dé cuenta de un vaciamiento logrado.

JCM: No comprendí ¿Esta sería la pregunta?: ¿sería posible por el acto del analista producir un decir?

GS: Vaciamiento, “un vidage”.

JCM: Es una pregunta algo complicada. Lo que diría

es que lo que constatamos más a menudo en las curas de autistas de Kanner es que primero es necesario lograr entrar en contacto con ellos, lograr establecer una transferencia, porque al inicio, como dice Tustin, la transferencia está trabada. Para lograr que haya una transferencia, en general, es necesario tomar una actitud algo discreta, de doble, tener una aproximación indirecta que al inicio no ponga en primer plano el acto del analista, todo lo contrario. Luego, se trata de acompañar al autista en sus construcciones. Es lo que hizo Melanie Klein. Hizo más que acompañar, las construyó. Pero a menudo se trata de acompañar al autista en sus construcciones a partir de objetos que va a investir y que va a complejificar, como lo vemos en la cura de Louange, por ejemplo. Entonces, ahí el analista es un acompañante. No es alguien que va a hacer un corte en el discurso del sujeto.

No obstante, efectivamente, hay un exceso de goce que se pega al objeto, que se pega al borde. En cierto momento, cuando el borde está bien instalado, ciertamente es necesario operar cierto vaciamiento del goce, limitando la investidura de ese objeto. Por ejemplo, es lo que hacía Bettelheim con la máquina de Joey cuando quería llevarla al comedor, diciéndole: “Bueno, puedes llevar una pequeña parte”. Ahí hay un acto del analista que limita el goce invasor ligado al objeto. Pero veo eso así y no como una intervención de corte. Eso me parecería difícil porque el autista no está en el significante inicialmente. Está en una lengua de signos. Cortar en la lengua de signos provocaría una sorpresa y el sujeto autista odia las sorpresas. Entonces, diría que hay que acompañarlo en sus construcciones y el acto del analista, en tanto que va a limitar el goce, no

puede intervenir sino cuando el borde está ya bastante construido y es demasiado invasivo. No sé si respondí a su pregunta.

Ricardo Seijas: Buenas noches, Jean-Claude. También muchas gracias por su exposición y su libro que estamos leyendo atentamente. Quería hacerle un par de preguntas, una necesita una breve introducción. Usted plantea una estructura del funcionamiento del congelamiento del S1, su proyección en un objeto externo -siendo un modo de evitación no solo del propio deseo del autista, sino del deseo del Otro, pues ambos son vividos como caóticos y, por tanto, angustiantes y terroríficos-. Sin embargo, usted también sitúa otras dos dimensiones de esta estrategia: por un lado, esta estrategia puede servir, por ejemplo, para atreverse a decir cosas que son demasiado importantes como para expresarlas de forma directa, según la misma Donna Williams; o para apropiarse de formas de hacer cosas, regular los afectos, lo que produce que sea más afectuoso, como lo es en el caso de Louange. Es decir, esta estrategia no eliminaría completamente el deseo, sería una especie de rodeo para su realización. Por otro lado, usted también dice que esta defensa puede ser dolorosa para el sujeto autista, es decir la soledad que implica el no poder conectar su decir con sus afectos, el no sentir el cuerpo. La pregunta es la siguiente: ¿se podría pensar entonces que la defensa funciona como una especie de formación de compromiso y que hay entonces una posición dividida del parlêtre autista entre una posición de rechazo del deseo y otra posición deseante que va hacia el encuentro con el deseo del Otro? Y, entonces ¿es posible pensar que no siempre



un otro deseante es contraproducente?

JCM: Sí. Usted ha captado bien lo que trataba de expresar.

Hay rodeos del deseo por un objeto. Es por lo que utilizo el término de «congelamiento». No es una ausencia de deseo. Es un deseo que emplea estrategias complejas para poder expresarse un poco. Es una defensa dolorosa, efectivamente. Es vivida así. Williams dice que el hecho de pasar por sus compañeros imaginarios representa una “mutilación psíquica”. Entonces, hay cierto corte en el sujeto. Hay un corte diferente al del sujeto neurótico, por supuesto. No es un clivaje. Hay una escisión entre el sujeto y su objeto que está muy presente ya que el borde es una encarnación del objeto a, pero una encarnación que no ha caído totalmente, que está extraída, pero que no ha caído. Es por lo que no está simbolizada por la función fálica.

Entonces, hay un intento de compromiso, efectivamente, para el sujeto autista para tratar de expresar su deseo, pero por el intermediario de estrategias complejas y, al mismo tiempo, hay una sofocación del deseo ya que sus estrategias implican inicialmente que esté cortado de los afectos y del cuerpo.

No sé si respondí a su pregunta, pero usted la ha resumido bien antes lo que trataba de decir -en todo caso-.

RS: Gracias. Tengo otras dos preguntas. No sé si alguien más quiere hacer alguna.

Martina Cicchetti: Adelante, Seijas.

RS: Usted señala, Jean-Claude, para indicar sus posibilidades creativas que los autistas de Kanner son capaces de conductas corporales que nadie les enseña, por ejemplo, taparse los ojos o los oídos.

En la cigarra, venimos pensando que estas conductas también son señales de que algún imaginario se ha constituido, alguna unidad del cuerpo que les permite disponer funcionalmente de él. Por otra parte, usted dice que en la proyección del S1 en un objeto externo, el autista se hace la ilusión, por ejemplo, de que el objeto le proporciona energía. ¿Cómo entiende usted esa ilusión? ¿Sería parte de un imaginario presente ya en todo parlêtre autista? ¿También en los autistas de Kanner cuando logran armar un borde?

JCM: Efectivamente, hay comportamientos corporales inventivos en el autista de Kanner que traducen un cierto imaginario, pero no hay solamente comportamientos corporales inventivos. Pueden crear un objeto, por ejemplo. Entonces, no es solamente el imaginario que está en juego. El imaginario, lo real y lo simbólico están presentes para el autista. Simplemente su conexión no es borromea. ¿Cuál sería su conexión? No sabría precisarlo, pero en todo caso no es borromea. Eso es seguro.

Entonces, se da la ilusión de que es el objeto el que actúa y no él, por supuesto, hay algo del orden imaginario que está presente. Al autista le cuesta fingir hacer semblante, pero eso no quiere decir que no haya imaginario. Hay una pobreza de lo imaginario, así como hay una pobreza de lo simbólico, pero las dimensiones de lo simbólico e imaginario están ahí. Hay cierta precariedad pobreza y la conexión entre lo simbólico



y lo imaginario no se hace de manera regulada. No podría ser más preciso en este punto por el momento. Ha habido tentativas de nudos del autista, pero no me parecen que sean muy convincentes. Acuerdo con que el nudo no sea borromeo, pero ¿qué nudo podríamos hacer para el autista? No son muy convincentes esas tentativas que se han hecho hasta el momento. Y no soy capaz de decir cuál es el nudo del autista.

RS: Nosotros también tenemos en la cigarra el problema de cuál sería el nudo para el autista. Una última pregunta. Ésta es más teórica -se podría decir-. Usted, refiriéndose al caso Dick, precisa que para Lacan la simbolización anticipada es correlativa a una hiancia que remite a lo que hay de humano en la propia estructura del sujeto. Añade que “esto es lo que responde en Dick”, Lacan dice esto, “que solo tiene contacto con esa hiancia”. Y usted agrega: “Según la enseñanza posterior de Lacan bajo el S1, eso hace un agujero en lo real, lo que permite correlacionarlo con la hiancia del Otro”. Entonces, ¿usted objeta la tesis de Éric Laurent de la forclusión del agujero como fundante de la estructura autista?

JCM: Es verdad que es una tesis que no me parece muy esclarecedora. No retomé esa tesis de la forclusión del agujero. No logro asimilarla. Lo cierto es que si se postula un congelamiento del S1, esto quiere decir que hay una manera de vérselas con ese agujero. Tal vez la forclusión del agujero tiene pertinencia en las formas más radicales del autismo. En las formas más severas hay a menudo una tentativa de agujerear lo real, rompiendo,

cuarteando, pero eso es verdaderamente en los autistas mudos que se automutilan, etc. Hay ahí tal vez, efectivamente, una tentativa de hacer un agujero en lo real en las formas más severas. Pero cuando el borde está establecido, ahí algo del S1 funciona -cuando hay frases espontáneas, etc.-, el S1 funciona y ese agujero está tapado por el S1 -diría-. Entonces, puede ser que haya forclusión del agujero en las formas más severas del autismo, pero en las formas más elaboradas -sobre todo cuando hay un borde-, me parece que hay agujero, que la hiancia del Otro está pacificada por el S1, un S1 que funciona solo, de manera desviada, lo que traduce que hay forclusión del Nombre-del-Padre, pero que, aún así, logra vérselas con la hiancia del Otro. Es lo que diría sobre esa pregunta hoy. Le agradezco. Es una pregunta muy interesante. La forclusión del agujero me parece pertinente en las formas más severas, pero no pienso que podamos extender eso a la estructura autística en sí. Es mi respuesta hoy sobre esa pregunta hoy. Tal vez evolucione.

RS: Muchas gracias.

GS: ¿Hay preguntas? Yo quisiera hacerle dos preguntas más.

No sé si alguien quiere preguntar.

Usted hace un hincapié y me sorprende y lo saludo porque me gusta en relación con el esfuerzo de pensar el autismo como un esfuerzo de no comprometer el deseo en el intercambio. Es raro escucharlo porque, de alguna manera, permite resonar -con todas las distancias del caso- con la estrategia de la neurosis: no comprometer el deseo en el intercambio. En ese pun-



to, me gustaría preguntarle lo siguiente: ¿si se piensa el autismo como una estrategia frente al deseo -ya que, efectivamente, se lo considera con el S1 inscrito-, no consideraría que a lo mejor poner a jugar en el análisis el propio deseo del analista de manera advertida - no al modo de la escansión, pero sí de hacer presente su resonancia- pueda tener un efecto de sacudida de la defensa de una manera favorable?

La segunda pregunta en la misma línea es: usted formaliza las frases espontáneas que irrumpen, allí donde una emergencia contingente frente a la angustia obliga a responder, por ejemplo, “Devuélveme la bola”, o “Quítame esto”, como S1- solo (Laurent les da estatuto de emisión de cuerpo) ¿Por qué no darle el valor de un instante de enunciación en el cual se hace presente el significante-amo?

JCM: Sobre esta última pregunta sobre las frases espontáneas, insisto, efectivamente como usted lo dice, acerca del hecho de que es una enunciación muy fuerte, pero sigue siendo una enunciación sorprendentemente aislada, que no se asocia con nada. Una vez que el sujeto la emite, jamás va a comentarla, jamás va a correlacionarla a otra cosa. Se tiene el sentimiento de que él mismo está sorprendido de haber lanzado esa frase y que le angustia el haberlo hecho. Entonces, son frases que no se articulan con nada. Es en ese sentido que son S1 aislados que no son comentados, parafraseados, que no se articulan a un S2. Entonces, es por lo que indico un congelamiento del S1 en esas frases ya que quedan sin conexión.

El evitamiento del deseo del Otro... Es verdad, en la neurosis, en la psicosis también, en el autismo tam-

bién, hay evitamiento del deseo del Otro. Simplemente, lo que hace la estructura es la manera de evitarlo. La manera de evitarlo en la psicosis es crear un delirio, por ejemplo. En la neurosis puede haber fantasmas histéricos, obsesivos. En el autismo el hecho de construir un borde va a ser la manera capital de evitar el deseo del Otro. Cito a menudo a Donna Williams quien dice que lo esencial para ella es no dar ni recibir. Es una manera algo radical de evitar el deseo del Otro. Va más lejos que en la neurosis, sobre todo.

El deseo del analista... ¿Cómo puede intervenir? Lo que decía hacía un instante: es sobre todo mediante el acompañamiento del sujeto autista que el deseo del analista se manifiesta, por el acompañamiento en sus construcciones. Por ejemplo, el terapeuta ABA, quien no tiene un deseo de analista, no va a acompañar las construcciones, al contrario, va a oponerse a ellas quitándole el objeto. El deseo del analista es más bien trabajar con el sujeto y tomar en cuenta sus defensas y buscar con él construirlas. Y luego, efectivamente, más tarde cuando se está en cierto nivel de evolución en el espectro, es necesario atenuar el goce excesivo pegado al borde y ahí intervenir cortando un poco ese goce. Esa es más clásicamente una intervención analítica clásica - digamos-.

Es lo que diría. No se trata de precipitarse en hacer un corte en un discurso que tiene dificultades en estructurarse, o en un discurso, que no es un discurso, en una lengua reificada que toma la lengua en sí como un objeto protector con la que se puede expresar ciertas cosas, pero de manera muy velada, muy discreta. Con la lengua reificada, el autista expresa más bien constataciones antes que su deseo. Cortar en esta lengua



reificada no me parece, ni tampoco interpretar. No se trata de interpretar. No hay apertura a un inconsciente posible mediante esta lengua de signos. Se trata, una vez más, de acompañar al sujeto en sus construcciones defensivas y en la elaboración del borde. Al inicio, el borde es el objeto autístico. Luego, a menudo, es un doble. El analista debe ocupar ese lugar de doble, lograr que el sujeto autista se la dé. Y luego es el interés específico el que va a volverse la forma mayor de borde y es la más facilitadora desde un punto de vista social ya que sabemos que muchos autistas van a encontrar un oficio a partir de su interés específico -la electricidad con la máquina eléctrica de Joey, lo condujo a ser electricista-. Son cosas que han sido observadas a menudo. Entonces, hay que acompañar al autista antes que interpretarlo -diría-.

GS: Muchísimas gracias. Marcela Piaggi.

Martina Cicchetti: Perdón. Ya estamos en hora. Haga Marcela la pregunta y después ya vamos cerrando. ¿Sí?

Marcela Piaggi: Gracias. Justamente la pregunta iba en línea a lo que acaba de decir Maleval. La pregunta era sobre la interpretación. Si podemos hablar de intervenciones en vez de interpretaciones. Pero bueno, con lo que acaba de decir que no hay apertura del inconsciente, justamente, me respondo qué lugar para la interpretación. Se trata más bien de acompañar las defensas del sujeto, la construcción de un borde antes que por ahí el orden intrusivo, sorpresivo que puede tener la interpretación. O quizá podemos pensar en otro tipo de interpretación más aconsejable para el autismo.

Por otro lado, soy breve en respecto de lo que usted dice: “No hay apertura al inconsciente”. Se me hace una segunda pregunta que es respecto del inconsciente, del valor del inconsciente en el autismo. Seguramente es bastante larga la respuesta y tampoco puedo terminar de formular bien la pregunta. Este binomio interpretación- inconsciente, este binomio que me surge ahora a partir de la respuesta de Maleval entre interpretación e inconsciente, ¿qué decir de este binomio? Por supuesto tenemos poco tiempo para ello, pero quizás alguna guía para eso, para pensar la interpretación en el autismo.

JCM: Que no haya inconsciente en el autismo es algo que hay que matizar. Lacan dice acerca de Dick que no hay inconsciente. Margaret Mahler dice: “No hay represión”. Efectivamente no hay represión en el autismo. ¿Quiere decir que no hay inconsciente? No. La creación del borde, por ejemplo, es un mecanismo inconsciente. Nadie se lo enseñó al autista. La investidura de signos antes que de significantes se le impone. No es su voluntad. El congelamiento del S1 es algo también específico del inconsciente del autismo. Pero este inconsciente no está reprimido. No hay represión. Entonces, no se interpreta. El problema es más bien construir las defensas y ayudarlo a construir las defensas. Entonces, se trata de intervenir en esto, pero no se trata de interpretar, porque no hay nada que interpretar. Se trata de intervenir para facilitar la construcción del borde, pero también tratar de que ese borde pueda volverse un lazo social, que el autista no esté demasiado invadido por ese borde. De hecho, parece que ciertos autistas de alto nivel logran prescindir del bor-



de a veces. Temple Grandin, por ejemplo, abandonó su máquina de abrazar muy tardíamente. Pero bueno, su investimento como ingeniera probablemente tomó ese lugar, y su investimento del autismo también, ambos siendo sus intereses específicos, pero justamente la caída de la máquina de abrazar muestra cierto vaciamiento del goce del borde que permite que haya alcanzado una forma muy bien estabilizada del autismo. Entonces, yo diría más bien intervenir antes que interpretar el autista. El deseo del analista debe más bien manifestarse en esa forma.

MC: Muchas gracias. Bien.

GS: ¿Hay tiempo para más preguntas o vamos cerrando

MC: Brevísima.

RS: Ah, entonces yo tengo una. Habías dicho que era la última.

GS: Porque es muy tarde en Francia. La última.

JCM: Una pregunta más si quieren.

RS: A mí me parece que en esto último que usted dijo está todo el problema que tenemos nosotros en relación con el acto del analista. Me parece que usted plantea el vaciamiento del borde una vez que está bien constituido. Y entonces habría un primer momento de apoyo en la construcción del borde y un segundo momento de vaciamiento. Mientras que, en la cigarra, nos da la impresión de que esta dialéctica construcción-va-

ciamiento es, de algún modo, desde el inicio, desde el autismo de Kanner y de una forma permanente. Hay algo de construcción y hay algo de vaciamiento que proviene de la posición del analista. Nuestro planteo sería que el deseo del analista se mueve entre esos dos momentos permanentemente.

GS: Y yo podría agregar a lo que dice Ricardo Seijas la idea de que esta oscilación en la cigarra es posible por el sostén de la transferencia misma. Es decir, me parece que hay una posición novedosa para el analista a la hora de poder pensar qué aportaría la idea de Lacan. Esta posición, a diferencia de otros psicoanálisis, permite que la transferencia misma opere de sostén para que el vaciamiento no sea vivido de manera mutilatoria. Entonces eso hace que se fijen menos a soluciones fijas y que sea mucha más dúctil el poco apego a la defensa para ir avanzando hacia nuevas posiciones. Es mi impresión.

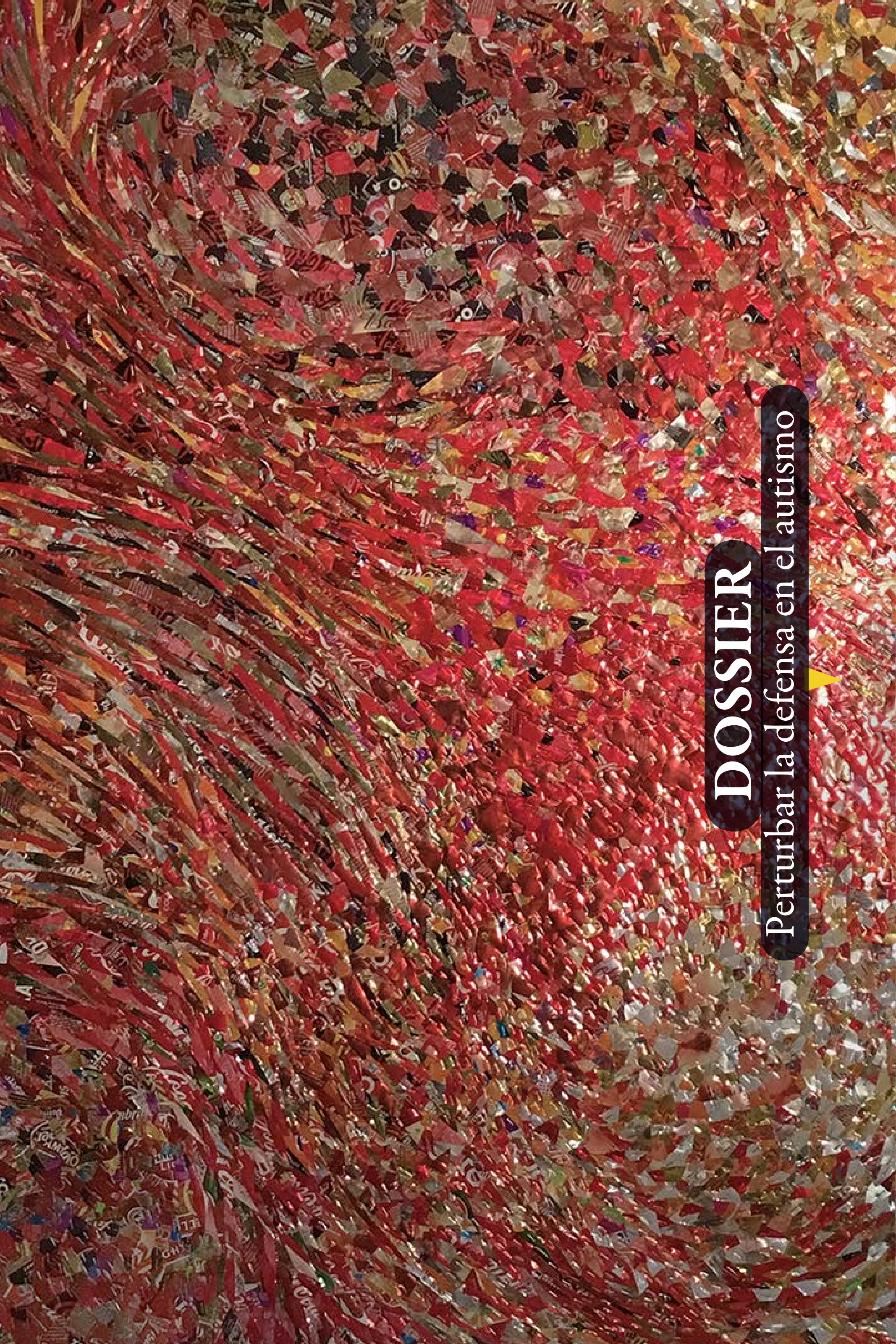
JCM: Sí. Es muy interesante lo que ustedes dicen. Dije muy rápidamente que hay que construir el borde y vaciar su goce. No lo sostendría a toda costa. Bueno, ustedes dicen que de entrada habría que operar cierto vaciamiento del goce pegado al borde. Tal vez eso sea posible porque en la transferencia el analista en sí es un borde. Se va a convertir en un doble para que la transferencia se ponga en marcha. Entonces, es posible que, con el sostén de un doble, cierto vaciamiento de goce pueda operarse de una manera algo precoz. Por ejemplo, es verdad que los objetos autísticos, a menudo el autista los abandona para tomar otro y otro y otro. En el pasaje de un objeto autístico a otro hay



un cierto vaciamiento de goce, efectivamente. Entonces, estaría bastante de acuerdo en que el acto analítico sea, una vez que la transferencia esté en marcha - y es necesario ponerla en marcha porque al inicio está trabada-, pero cuando se llega a ponerla en marcha, se trata de acompañarlo, ciertamente, de construir el borde, pero tal vez también de cuidar que el goce del borde no sea muy invasivo. Y eso tal vez es algo que haya que hacer desde el comienzo. No hay que esperar el final de la construcción del borde, efectivamente. Pienso que tienen razón en este punto. El acto analítico está en ese punto del vaciamiento de goce de manera algo precoz, pero es necesario que sea sostenible por la transferencia, sin duda. Bueno, habría que precisar eso, pero bueno, estoy de acuerdo con esa observación completamente pertinente que ustedes hacen. No se debe esperar necesariamente que el borde sea muy sólido para vaciar su goce.

GS: Tenemos que cerrar. Le agradecemos infinitamente haber conversado con nosotros. Para nosotros es de un valor enorme tenerlo acá. Muchísimas gracias a todos.





DOSSIER

Perturbar la defensa en el autismo

Viento Rojo

Horacio Sánchez Fantino



MESA REDONDA

Patricio Álvarez Bayón

Gabriel Racki

Fabián Schejtman



Martina Cicchetti: Buenos días a todos, tengo el agrado de presentarles la mesa de invitados de este año. A partir del trabajo del seminario 2023 nos propusimos trabajar el tema de “la perturbación de la defensa” para estas jornadas para seguir pensando y elaborando algunos problemas teórico/ clínicos que nos interesa pensar con ustedes. Para que podamos conversar tenemos tres invitado de lujo para pensar la implicaría del tema en sus diversas estructuras. Para ello invitamos a Patricio Álvarez Bayón, para hablar de la perturbación de la defensa en el autismo; a Gabriel Racki para pensar el tema en las neurosis y a Fabián Schejtman para conversar sobre la perturbación de la defensa en las psicosis. Voy a presentar a cada uno de ellos, darán sus intervenciones y al final se dará un tiempo para la conversación e intercambio.



Patricio Álvarez Bayon: AME de la EOL y de la AMP. Magister en UNSAM. Docente de Psicopatología II UBA. Responsable del Departamento de autismo y psicosis en la infancia. Responsable del Departamento Pequeño Hans. Autor de El autismo, entre la lengua y la letra. Autor de Que es el autismo?, junto con Silvia Tendlarz.

Gabriel Racki: Psicoanalista. Miembro de la EOL y de la AMP. Magister en clínica psicoanalítica de la UNSAM.

Fabián Schejtman: Psicoanalista. Doctor en Psicología por la Universidad de Buenos Aires.

Miembro de la EOL y de la AMP. Profesor Titular Plenario de la Cátedra II de Psicopatología y Director de la Maestría en Psicoanálisis de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Premio Nacional Argentino de Cultura 2011-2014 por el libro Sinthome: ensayos de clínica psicoanalítica nodal, en 2015.

Quiero agradecerles a los tres que hayan aceptado estar hoy con nosotros conversando, estamos muy felices con la mesa de invitados que tenemos. Ahora si empezamos en ese orden, Patricio, luego Gabriel y después Fabián. Los escuchamos



PERTURBAR LA DEFENSA EN EL AUTISMO

Patricio Álvarez Bayón

Me interesa principalmente porque, además de la invitación de venir a charlar con ustedes, el tema que propusieron es un tema que nunca lo había pensado demasiado, en relación con el autismo, así que me perturbaron la defensa cuando me contaron el tema. Y cuando empecé a pensarlo encontré algunas cuestiones que quería charlar con ustedes, porque encuentro que son cuestiones paradójicas. Voy a desglosar la frase en tres. Primero qué es la defensa, qué es perturbarla y después cuáles serían sus efectos sobre la enunciación. Defensa, perturbación y enunciación.

La primera cuestión que se me formuló sobre la defensa es: ¿de qué se defiende el autista? Y con esta simple pregunta se me abrió una cuestión que hasta ahora no la había percibido, que la voy a plantear, pero que sería como para continuar investigandola. En realidad, acá va a ser como una primera formulación. Y lo que no había percibido es que en este punto hay una diferencia muy grande entre los planteos -ante la pregunta de qué se defiende el autista- de Laurent y de Maleval. O sea, en muchas cosas en que Laurent y Maleval tienen mucho acuerdo y mucha consonancia, pero en ese punto específico hay una gran diferencia.

Y a esto se agrega otra gran dificultad que es que, en este momento, se está produciendo un debate en relación con el autismo, que es un debate mucho más amplio, donde hay toda una discusión ahora con Miller -se agregó Miller a la mesa, digamos- y, entonces, es una discusión sobre la estructura del autismo entre Miller, Laurent y Maleval. Es interesante porque es un momento de debate y de puesta en forma de las



tesis fundamentales, pero todavía no hay un acuerdo. Como yo todavía no he extraído las consecuencias de la tesis de Miller, voy a tomar las posturas de doctrina, más bien, de Laurent y de Maleval.

Entonces, con la pregunta de qué se defiende el autismo. Para Laurent, el autista se defiende del murmullo de lalengua. Es el punto de la defensa. Incluso se puede decir no sólo para Laurent, sino que para Lacan si tomamos el “Discurso de clausura de la jornada sobre las psicosis en el niño”, la frase de Lacan es “El silet -, o sea el silencio- apunta ahí al lenguaje en una dimensión muy otra que aquella donde el mutismo empuja una palabra más primitiva que cualquiera -mamama-ma-”. Esto implica considerar el mutismo autista como defensa frente a la palabra más primitiva que cualquiera, es decir lalengua; ante la cual el niño se tapa los oídos -el caso que presentaba Sami Ali-. Entonces, Laurent plantea que la defensa es frente al murmullo de lalengua, pero esta defensa no es sin el mecanismo del autismo que es la forclusión del agujero -defensa fundamental-. Su efecto es que el sujeto queda atrapado en el murmullo de lalengua ante el cual se tiene que defender, en la medida en que no hay un borde topológico que lo defienda de lalengua. Entonces, en el planteo de Laurent, el borde es un logro de suplencia del autotratamiento del goce. O sea, el borde no estaría por estructura en la medida en que el agujero está forcluido y Laurent ubica el prefijo neo que se utiliza cuando estamos hablando de suplencias -sacado de las psicosis ordinarias: la neotrasferencia, las neoconversiones-; cuando hablamos de neo, hablamos de una suplencia, de algo construido, algo que no está en la

estructura, sino construido. Entonces, habla del neoborde en el autismo, que es lo que el autismo construye como respuesta a la forclusión del agujero. Y, entonces, el planteo del neoborde son tres: el caparazón autista, el objeto autista y el interés específico- implica que estos neobordes son suplencia. No hay agujero, hay una suplencia del agujero, pero este neoborde es producto de un autotratamiento del goce. Es un logro que puede no estar en la estructura, o sea que puede haber un autismo sin bordes. Sea sin bordes o con neobordes, en cualquier caso, la estructura autista no los tiene en su definición. Estructuralmente, lo que hay es la forclusión del agujero.

Esto implica que Laurent toma muy en serio lo que Lacan plantea en el Seminario 1 tomando el caso Dick -dice que Dick está en lo real- y lo que dice Miller. Miller dice que el autista habita lo real. Habitar o estar en lo real es estar frente al murmullo de lalengua.

Bien, esto tiene consecuencias a nivel de la dirección de la cura y consecuencias a nivel de cómo se produce el agujero en su versión entre simbólico y real -donde se pone en juego lalengua y la letra- y el agujero entre imaginario y real donde se ponen en juego todos estos bordes: el caparazón, el objeto, etc. Entonces, ahí estaría el problema de la perturbación de la defensa que es que, en tanto no haya agujero, el Otro no se constituye como tal. No se constituye toda una serie de cosas. No se constituye el cuerpo, no se constituye el recorrido pulsional, no se constituye el Otro, con lo cual llegar al punto de arriba de poder producir algo del cuerpo, algo del Otro, algo del recorrido pulsional es algo que



quizá el autista pueda llegar con su autotratamiento del goce. Esto pensándolo en la lógica de Laurent.

Entonces, la perturbación de la defensa implicaría pensar cómo sería posible llegar a ese lazo con el Otro. Primero, si es posible, por ejemplo, la pregunta que se plantea es: ¿sería posible una enunciación en el autismo? Bueno, si la tomamos en esta lógica no sería posible porque no hay un lazo con el Otro. Pero esto lo dejo planteado para después.

Por otro lado, Maleval. Y acá es donde se me perturbó la defensa porque encontré ahí el punto de la diferencia que es cómo Maleval define la estructura autista, no a partir de la forclusión del agujero -a la forclusión del agujero le da un lugar más secundario-, sino que lo define así en el libro *La Diferencia autística*:

“Parece posible entender la estructura autística a partir de tres características principales: una retención inicial de los objetos de la pulsión; una alienación retenida unida a una congelación del significante-amo; y un retorno de goce aparejada en el borde. Estos tres fenómenos pueden parecer heterogéneos, sin embargo, responden a la misma lógica: protegerse del deseo del Otro dominando la cesión del objeto de goce, reteniéndolo o no cediéndolo sino de manera prudente.”¹¹

Éste es el punto que me asombró. *Para Laurent, el autista se defiende del murmullo de la lengua; para*

Maleval el autista se defiende del deseo del Otro. Y la idea no es hacer un Boca-River, o apostemos a ver quién apoya a quién, sino ver las consecuencias que esto tiene. Incluso, cuando vi la presentación que hizo Maleval en la cigarra -también la vimos con Silvia Tendlarz- y decíamos que, en general, leemos y trabajamos más con Laurent, aparecía raro cómo Maleval ponía el acento todo el tiempo en la defensa: en el defenderse frente a; todos los casos clínicos eran defensas. Entonces, si toda la estructura autista se defiende del deseo del Otro, esto implica considerar al Otro como existente básicamente. Entonces, es claro que cuando él dice que los fenómenos tienen coherencia entre sí porque tanto la retención de los objetos, como la retención del S1 en la alienación -o sea el congelamiento del S1- como el retorno del goce sobre el borde, son tres modos en el que el autista no cede ese goce del S1, del objeto, del borde, para defenderse del deseo del Otro. Por eso ahí se entiende cómo no considera como fundamental la forclusión del agujero, porque el punto de partida no es el agujero, sino el Otro.

Entonces, el punto dos: perturbar la defensa. ¿Qué sería, tomando cada uno de los dos planteos, perturbar la defensa? Lo voy a decir intuitivamente, luego veremos si se puede precisar mejor. Si se trata de perturbar la defensa frente al murmullo de la lengua, ¿qué sería perturbar la defensa? Sería construir un saber-hacer con los neobordes, un saber-hacer con la suplencia autista. La suplencia, decíamos, está constituida en dos ámbitos: entre lo Simbólico y lo Real a nivel de la letra que itera; y a nivel de lo Imaginario y lo Real, a nivel del caparazón, el objeto y el interés específico. Y con cada

¹¹ Maleval J.-C., *La Différence autistique*, Saint-Denis, PUV, 2021, p. 56.



uno de ellos, entonces, perturbar la defensa implicaría lograr un saber- hacer mediante el cual los neobordes sean más flexibles, menos rígidos, permitan que el sujeto cada vez más ingrese al lenguaje y esté progresivamente en relación con un Otro, a construir esbozos de un Otro. Eso podríamos ubicar como una mejoría en el tratamiento del autismo.



Y acá está el punto de acuerdo entre los dos. Esa mejoría es posible en la medida en que se produzcan cesiones de goce. En esa medida, hay posibilidades de que el borde se extienda, que el interés específico se amplíe, que la letra que itera pueda tener cierta equivocidad. Esos son los movimientos que se pueden producir en un saber- hacer con esa suplencia.

Y, por otro lado, si se trata de perturbar la defensa frente al deseo del Otro, se trata de que el autista se defienda menos rígidamente del deseo del Otro a partir, también, de una cesión de goce. Es posible que ceda algo del objeto, es posible que descongele algo del S1, es posible que flexibilice el goce sobre el borde.

Así, se podría decir intuitivamente, que la tesis de Laurent es constructivista: va construyendo elementos que no están en la estructura. Y la perturbación de la defensa implica construir esos elementos que no están en la estructura. Mientras que la tesis de Maleval está más del lado de un vaciamiento de esa defensa frente al deseo del Otro. Incluso hasta uno podría decir, si podríamos tomar, también intuitivamente, algo de cómo se construye cada tesis, Laurent trata de la forclusión y de la suplencia como si fuera más un modelo

tomado de las psicosis; mientras que Maleval trabaja frente a la defensa al deseo del Otro y los movimientos frente a esta defensa, en un modelo que parecería más el modelo de la fobia -no porque el autista sea un fóbico grave, no vamos a decir eso-, pero sí los códigos, las variables que se ponen en juego.

Y con esto, el último punto, el tercer punto sería la pregunta sobre la enunciación. ¿La perturbación de la defensa, entonces, permitiría pensar en una enunciación en el autismo? Si nos atenemos a lo que dijimos de Laurent no. En la medida en que el Otro no existe estructuralmente, la enunciación precisa del Otro y del deseo a quien enunciar. La enunciación implica al Otro. Cuando Lacan trabaja la diferencia entre enunciado y enunciación, implica el grafo que implica al Otro. Para Maleval, es interesante porque sí es posible a partir del descongelamiento del S1 -lo llama así-. En esa medida sería posible una enunciación que no tenga la forma de las formas de la enunciación técnica, desfasada, anulada, borrada, etc., sino que *podría haber la posibilidad de una enunciación en la medida en que se descongele el S1 autista.*

Por otro lado, si volvemos a la lógica de Laurent en relación con la forclusión del agujero, también sería posible pensar algo semejante a una enunciación. Con esto digo una cosa que no la dice Laurent, la estoy inventando yo, pero intento seguir la lógica de Laurent. Es un pasaje en la enseñanza de Lacan, que Lacan produce entre la primera y la segunda enseñanza, la diferencia entre enunciado y enunciación y la diferencia en la última enseñanza entre el decir y el dicho -que



muchas veces los tomamos como sinónimos: enunciado o dicho, enunciación o decir-. Sin embargo, en el medio entre los dos, el momento donde Lacan empieza a trabajar la cuestión del decir y el dicho es a partir del Seminario XIX, o sea con el Uno, con el pasaje del Uno sin Otro. Y, de hecho, en el Seminario XIX y L'étourdit es donde Lacan plantea la frase conocida "Que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha"². Ese "que se diga", ese acto del decir -podríamos decir "Bueno, es lo mismo que la enunciación"-, si lo releemos desde unos años después, desde el último escrito de Lacan que es el Prefacio al Seminario 11, Lacan sitúa en el *esp de un laps*³, hablando del lapsus, que en el lapsus se pone en juego el inconsciente real. Y dice: "uno está seguro de estar en el inconsciente. Uno lo sabe, uno mismo", sea ese Uno sin Otro, "Pero basta con que se le presente atención para salir de él". Entonces, ese inconsciente -que dice después que es el inconsciente real- es el inconsciente compuesto por S1-solos, no el inconsciente que hace lazo con el Otro. Es el S1 que se pone en juego en el decir. Con lo cual, el decir como término que Lacan introduce en el Seminario XIX junto con el Uno, implica que puede haber un decir que no hace cadena, que no llama al Otro, pero tiene el valor fundamental de anudar la letra con el goce. O sea, es un decir que toca el goce, produce un anudamiento entre Simbólico y goce, pero que no llama al Otro. Entonces, esto nos puede servir para pensar si habría algo parecido en una enunciación en el autismo.

En L'étourdit, Lacan se refiere al decir en varias di-

² Lacan J., "El atolodradicho", Otros escritos, Buenos Aires, Paidós, 2021, p. 473.

³ Lacan J., "Prefacio a la edición inglesa del Seminario 11", Otros escritos, op. cit., p. 599.

mensiones, como ex-sistencia, al acto como decir, al decir como decir eficaz, a la dit-mension del decir y en el Seminario XXI habla del decir como acontecimiento, pero además habla del Un-decir. Vamos a ver cuando pasen a Paidós el Seminario XXI si lo van a poner con mayúscula o no a ese Un-decir. Pero habla de Un decir, lo dice así y habla del nudo borromeo:



"Lo que este nudo tiene de bueno es que pone enteramente en evidencia que este decir en tanto que es el mío está implicado en él. Esto quiere decir que, de ese lado por donde -observen que no dije "la palabra", dije "el decir", no toda palabra es un decir-, sin lo cual toda palabra sería un acontecimiento -lo que no es el caso-. Sin eso no se hablaría de varias palabras. Un-decir es del orden del acontecimiento."⁴ Por último, en el Seminario XXIII dice que las pulsiones son "el eco en el cuerpo de que hay un decir"⁵, nuevamente, con lo cual el decir siempre está con el lado del Uno.

Y con esto quiero terminar. Podríamos pensar el autismo, entonces, que la perturbación de la defensa frente al murmullo de la lengua no produce una enunciación -implicaría al Otro-, sino que produce un decir de un S1 que articule la letra con el goce. Para citar esto, voy a tomar dos ejemplos que supongo que son conocidos por ustedes: el caso de Gustavo y el de Ricardo. Espero que los conozcan, si no, irán a preguntarles a Gustavo y a Ricardo. No los voy a contar, pero voy a tomar una

⁴ Lacan J., El Seminario, libro XXI, Les non-dupes errent, clase del 18 de diciembre de 1973. Inédito.

⁵ Lacan J., El Seminario, libro XXIII, El sinthome, Buenos



escena de cada uno.

Gustavo, al paciente, lo aprieta hasta que el paciente dice: “No voy a aceptar que soy autista ni Asperger” y Gustavo le dice: “No estoy tan seguro de que no se trate de autismo”. Y él responde: “Solo quiero dejar de ser autista. Me complica la vida ser autista”. Y llora conmovido por primera vez. Hay un efecto de afecto que pone en juego el valor del decir que en la sesión siguiente va a continuar con una demanda al analista: “Gustavo ¿no existe una máquina medicinal para quitarte el Asperger? ¿Una cura para el autismo?”. Desde ahí podríamos decir que, bueno, hay un llamado al Otro, pero justamente ese Otro no está constituido, no es un Otro con el cual el sujeto está en interlocución. Llega después de la perturbación de la defensa. Llega después de toda una serie de intervenciones de Gustavo, a poder decir “no quiero ser autista” y ponerse a llorar. Entonces, en ese punto podemos decir que no hay un Otro preexistente del cual el sujeto se defiende, más bien se trata de que eso se llega como un decir que produce un acontecimiento -acontecimiento que es un efecto de afecto-.

Y, después, el caso de Ricardo. También otra escena: el analista empieza, después de seguir al paciente en sus juegos -un paciente de nueve años-, en todo lo que el niño propone él lo sigue, pero en cierto momento se pone en contra de todo. El niño le dice: “-Vos perdiste el lego. -No, vos lo perdiste”. Le dice: “-Yo quiero jugar a otra cosa. -No. Yo quiero jugar con vos”. -“Quiero hacer a Bob Esponja. -No. No quiero que hagamos otra vez a Bob Esponja”. Y el analista comienza a decirle a

todo que no al paciente conmoviendo el aislamiento del sujeto que juega solo y forzándolo a que establezca un lazo con el analista. Finalmente, obtiene por parte del niño que éste haga un papá, una mamá y un niño y el papá le dice “Te amo” a la mamá. Lo que lleva al analista a preguntarle si le gusta alguna chica. Y él le dice que sí, que le gusta una chica, que le gusta Julia. Nuevamente se trata de un efecto de afecto donde hay un punto de llegada al Otro. El Otro no parece estar desde el inicio. Él produce, él logra un pasaje en la sesión al campo del Otro que pareciera ser efecto de un decir, pareciera ser efecto de esta perturbación de la defensa que produce el analista.

Los dos analistas lo ponen en las cuerdas al sujeto y al final en eso se produce un efecto de que el sujeto puede -pregunta- ¿*enunciar o decir*? Ésta sería la pregunta. Si podemos perseguir la perturbación de la defensa, pero podríamos decir, en esta prudencia analítica necesaria, se logra este pasaje a, quizá, la enunciación o, quizá, al decir. Muy bien.





PERTURBAR LA DEFENSA EN LA NEUROSIS

Gabriel Racki



Muchísimas gracias por la invitación. Es un gusto compartir la mesa con ustedes. Y no quiero dejar de remarcar que hacer estas jornadas, en este lugar, en este momento, y las jornadas de la cigarra, que bueno yo no he tenido mucha conexión con la cigarra, pero les aseguro que lo que transmiten es un clima de elaboración colectiva. Entonces no quiero dejar de resaltar eso en este momento, en este lugar, darle todo el valor a lo que es la elaboración colectiva, con el otro, que me entusiasma especialmente.

Y respecto al tema, yo parto de la dificultad contraria tal vez que la de Patricio. Que él decía que no había pensado mucho este tema aplicarlo al autismo, la contraria es que, casi que, respecto al campo de la neurosis uno no deja de pensar en ningún momento tal vez la cuestión de la perturbación de la defensa. Y hay muchas cosas que se plantean, muchas lecturas. Dicho así directamente, está la clase de Lacan del 11 de enero del 77, que habla de eso en el seminario XXIV. Cuando la toma desde el punto de vista de que el inconsciente dice siempre solo una misma cosa, y ubica la perturbación de la defensa desde esa perspectiva: perturbar eso de decir siempre una misma cosa. Lo dejo flotando eso, ya lo voy a retomar en un ratito.

Pero la dificultad, tal vez, es que hay, yo diría, como una especie de amplio espectro para hablar de este tema, que es, uno podría decir así, lo voy a decir en términos del texto de la anteúltima Lacaniana “¿Vale la pena sudar por lo singular?”, que nosotros lo hemos conocido como “El placer y la regla fundamental”, y en el cual plantea la regla fundamental, no tanto en

relación a producir asociación libre, sino respecto de *incitar un decir*. Después si hay asociación libre o no, se verá, pero es incitar un decir. Incitar un decir, y que ese decir vaya: el sujeto pueda contar lo que le duele. Y Lacan la plantea con cierta astucia. Así titularon los amigos de la Lacaniana la presentación de ese texto. Por qué, si se pone a hablar de lo que le duele sin mucha censura, flojo, va a ir a parar a una trampa, que es la trampa del goce, como enseguida lo plantea Lacan. Es decir, que ese sufrimiento, como nos enseñó Freud desde “Más allá del principio de placer” por ejemplo, está sostenido en cierta fijación de goce, en cierta fijación de satisfacción. Entonces, quiero decir eso porque sólo incitar al decir ya perturba cierta homeostasis, después podemos charlar si perturba esa homeostasis para por ejemplo acceder a una homeostasis superior, mejorada, etc. Pero ya incitar al decir perturba cierta homeostasis, es una manera de transmitir que el decir del sufrimiento está planteado en cierto régimen del síntoma, que Lacan lo propone en esa intervención del 75, lo propone del lado del régimen del placer. Y solamente incitar al decir ya molesta eso, perturba eso, incita a que el decir del sufrimiento pase a otro régimen. Aflojarse y hablar de algún sueño, de un fallido, etc., ya va implicando con algo que no sale natural, digamos, que es cierta implicación con el goce del sujeto en eso, o para decirlo en términos freudianos *horror ante el placer ignorado*, etc. Porque la tendencia natural es hablar, bueno como ya saben, por ejemplo echarle la culpa, en fin, al teniente cruel, o a la otra, etc. En cambio, *incitar a un decir, va llevando a la propia trampa del goce, la propia implicación en que sostenga y se dé vueltas en ese sufrimiento*.



Entonces eso, dicho amplio, solamente incitar al decir. Incluso si uno toma las definiciones de los discursos, los discursos en sí mismos son defensas respecto a un real. Solamente incitar al decir, incitar en cierto discurso ese decir ya está perturbando cierto funcionamiento. Ahora, si lo decimos más restringido, mucho más restringido, ahí nos acercamos tal vez más a esa sensación permanente en la clínica de la neurosis, que es ese punto en el cual, para decirlo de alguna manera, donde uno percibe que el síntoma se pone a dar vueltas. Se pone a dar vueltas y ya no hay asociaciones, efectos de verdad, nuevos significantes, no hay deslizamientos. Por ejemplo: “*y como un preso estaba esperando que mi mujer y mi hija se vayan*”. Como un preso, otra vez diciendo su sufrimiento en términos de un preso que está soñando con cierta libertad, etc. Esos son puntos precisos donde se nos viene la cuestión de la perturbación de la defensa ¿no? Y está bien decirlo así: vueltas del síntoma, donde ya el síntoma dijo verdades, identificaciones, asociaciones, ciertos significantes primordiales, por ejemplo “*preso*”, “*libertad*” y sin embargo siguen las vueltas libidinales del funcionamiento del síntoma.

Entonces respecto a eso, quiero aprovechar algo que en esa Lacaniana que les comentaba, Miller retoma del escrito de un designio, que es hablar en ese punto del problema que es la morosidad *del analista*. Ahí es el analista el moroso, el que está en cierta morosidad, y toma del escrito de un designio o definición que es que hay un peligro de hacerse partenaire de las necesidades libidinales del síntoma, y ahí el analista queda succionado por una indecente intimidad, por ha-



cer pareja con las exigencias libidinales del síntoma. Entonces, ahí entra en cierta morosidad porque efectivamente se hace pareja de las exigencias libidinales del síntoma, en lugar, digamos, de intervenir sobre esa dinámica libidinal, queda acoplado de alguna manera a eso y es una posición, definida en ese escrito, como de morosidad. Lo cual vale la pena resaltarlo porque entonces ahí perturbar la defensa no es tomarla desde la perspectiva de que el inconsciente resiste, sino que es tomarla desde la perspectiva de cierta morosidad del deseo del analista respecto a la intervención, con esa dimensión del síntoma de fijeza, de insistencia. De cierta morosidad respecto a la intervención respecto a esa frecuencia del síntoma. Esto es lo que mete de lleno la cuestión de la perturbación de la defensa.

Es interesante ahí hablar de la pulsión como una voluntad hacia a lo Kantiano, la voluntad pulsional que se impone que es más fuerte que el yo, propone Miller en esa clase y produce escisión del yo, porque es una buena manera de describir eso. *Yo no quería volver a hablar del preso, o no quería volver hablar que otra vez me encontré con un partenaire que me decepcionó, etc.*, para ubicar polos bastante clásicos, paradigmáticos de la neurosis. *Ya lo había analizado, me había prometido que no iba a caer en la misma, etc.* Pero ahí hay una voluntad, para decirlo de un modo kantiano, que se impone a la fuerza del yo.

Entonces esta tensión está en casos ya con cierto desarrollo del análisis, que ya armaron cierta escena como les estoy comentando, pero uno también la puede reconocer. Hay un caso, que después en todo caso en la

conversación si quieren les comento, que en el Congreso del 2014 presenté. Este, un sujeto que lo único que contaba semana a semana eran novedades del juego virtual que jugaba y contaba novedades de eso y no había un deseo de decir ninguna historia ni asociaciones, etc. Vale para un caso y para el otro la misma tensión, que es la tensión respecto de la voluntad pulsional que se impone y no deja de escindir al yo. Y eso es una manera de ubicar la defensa en términos de esa relación esencial del sujeto con la pulsión, el tratamiento, un saber hacer una relación fundante y esencial con la pulsión, dicho desde el primer Freud, que plantea la defensa como una posición en hacer la relación esencial con la pulsión.

Bien. El siguiente sesgo sobre eso, es que también me parece que entramos en cierta confusión, no sé si problemático cuando pensamos la perturbación de la defensa, no sé qué les parece a ustedes. Pero bueno, lo pensamos como una especie de técnica, digamos: tiene que ser con el equívoco, como *Gestapo* ¿no?, o tiene que ser poniendo el cuerpo de otra manera, etc. Hay veces que escucho hablar sobre esto y me preocupa que se lo asocie como alguna técnica, como que habría que hacer un curso de teatro por ejemplo, en fin, para acomodarse mejor a la perturbación de la defensa. Me parece conveniente que conversemos sobre la orientación de esta noción de perturbación de la defensa, fuertemente sobre la orientación, y después, bueno, estará el estilo de cada uno, que sale del análisis de cada uno, de los controles, etc. Pero si hay algo ahí que funciona es porque algún nivel de equivocidad, esa intervención está funcionando, y no es necesario tal cosa o tal otra.



Y podemos decirlo así, que si se producen efectos; la intervención del analista, desde el deseo del analista, produce efectos sobre lo interpretable: efectos de asociación, verdades inconscientes, aislar ciertos significantes primordiales; podemos decir que es un efecto interpretativo. Y si produce efectos sobre lo ininterpretable, si produce efecto sobre aflojar cierta relación con ese imperativo pulsional, equivocar un poco esa relación esencial, que es la defensa, con ese imperativo pulsional, pero donde uno no puede ubicar efectos de verdad, efectos de sentido, etc. Entonces, estamos en la zona de la perturbación de la defensa, es decir, algo que incidió sobre lo ininterpretable.

Todo esto para ubicar, a mí me gusta especialmente la definición que propone Jacques-Alain Miller en la presentación del Congreso sobre el parlêtre del 2014, en el cual él plantea la posición del analista del lado de concordar con el cuerpo hablante, concordar con la pulsación del cuerpo hablante para poder insinuarse en el síntoma. Me gusta especialmente esa definición porque se ajusta bastante a nuestro tema de la perturbación de la defensa. Porque pensemos que ubicarlo así no es una manera de decir que el síntoma es un modo de insinuarse el síntoma, concordando con el síntoma como pulsación. Dicho así, digámoslo, el síntoma no es ni un trastorno, tampoco el síntoma es una metáfora de una verdad reprimida; el síntoma es lo que pulsa, más fácil todavía, a riesgo de exagerarlo mucho, el síntoma es de donde uno vive la vida, desde donde uno le pulsa la vida. Tal vez toda la investigación de la *cigarra* especialmente sabe de eso, que desde cierta caparazón te pulsa la vida de determinada manera,

de otra y podemos ubicar eso como cierta juntura, o misterio, complicado en el autismo entiendo, o imposible tal vez en el autismo, bueno, están los planteos que hizo Patricio sobre la enunciación. Pero que ahí hay un misterio desde donde se junta el cuerpo como imagen, como contorno imaginario con la lengua, que ustedes saben como nadie investigando el autismo, qué es ese asedio, esa afectación del Uno sobre el cuerpo, que fragmenta, que traumatiza, con lo real de los afectos. Hay algo que se junta y desde ahí se vocifera, digamos, y desde ahí se vive la vida. Podemos llamar a eso acontecimiento de cuerpo, defensa primordial, en términos de Freud es: ante la angustia respondo con un susto, con una obsesión, con conversión histérica, con lo que sea, pero es desde ahí desde donde pulsa la vida, ¿no? Y tal vez escuchamos a un sujeto que, en fin, *desde sentir cierta intrusión en su cuerpo y ella miraba para otro lado*, y desde esa juntura, porque tengamos en cuenta que hay algo que se tiene que juntar ahí, porque efectivamente la clínica muestra lo que puede no juntarse, y el imaginario ser un puro cartón pintado, y los afectos están deslocalizados, o vivir la lengua como una amenaza permanente de traumatizar el cuerpo del sujeto. Ahora, cuando se junta misterio del cuerpo hablante dice Lacan, por ejemplo tenemos eso, esa figura que les dije recién y un sujeto danzando toda su vida en torno a esa marca fundamental, supóngase sola, con una intrusión ella miraba para otro lado y todas las cosas que cuenta no dejan de salir desde esa juntura fundamental. Esa juntura después la podemos llamar sinthome, etc., pero es lo que anuda entonces cuerpo, afectos y la lengua.



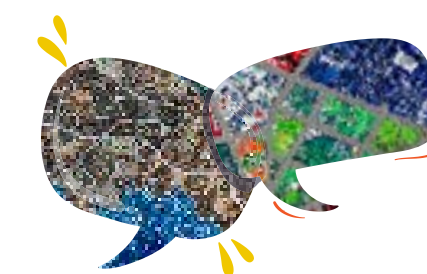
Entonces, pensemos que la defensa, porque esa definición me parece preciosa para nuestro tema, porque dicho así, el deseo del analista no implica incidir sobre la verdad reprimida, sobre el síntoma como sustitución, sino sobre el modo en que le pulsa la vida desde ahí. Y en todo caso es una incidencia, hasta yo diría más humilde, que es la incidencia de hacerle un poco más vivificante esa defensa. Está muy mortificante, gira en torno a eso, hacérsela un poco más vivificante, o ventilar un poco los afectos, como propone también Lacan en el *Seminario 24* respecto a ese funcionamiento sintomático.

Tres puntuaciones muy chiquitas, digo solo los títulos, en todo caso en la conversación lo amplío. Solamente dejo lo que eran digamos tres líneas para orientar esta perturbación de la defensa. Una, con el Seminario 6 *El deseo y su interpretación*, es la dimensión de, bueno, con el sueño. *No sabía que el padre estaba muerto*, como lo anhelaba; solamente ubicar que es una ficción del neurótico: permanentemente fabricarse un Otro, un padre, para evitarse el abismo de hacerse cargo de su decisión y su deseo en la vida, que es un abismo porque somos seres sin chip y sin instinto; forma parte de perturbar la defensa confrontar al sujeto que toda su fabricación de padre, ideales, identificaciones, etc., defienden del encuentro con ese abismo estructural, que en el grafo es el Otro barrado.

Segundo título, es investigar también la perturbación por la defensa del lado por ejemplo desde el Seminario 11, del analista poniendo en acto el trauma, el significante traumático, la pesadilla, es más, Lacan dice que

eso es lo necesario para que la praxis vaya al hueso de lo real, que se ponga en acto algo del orden de lo traumático de la defensa, que ahí está planteada por ejemplo *"Padre no ves"*, digamos con la mirada, la voz, algo del orden de poner en acto ese núcleo traumático de la defensa, sino no hay intervención analítica, el recorrido analítico puede quedarse en un sueño.

Y la tercera y última, que dejaría también como para conversar es que, lo voy a resumir en dos palabras, que la tendencia -decíamos- es una incidencia sobre la voluntad de la pulsión, resumiéndolo mucho, digamos que la voluntad de la pulsión va hacia un todo, el todo del goce absoluto de *Tótem y tabú*, o el todo de realizarla, encontrar alguno que me realice como La. Y entonces es interesante pensar que la incidencia perturbación de la defensa tiene que ver con introducir de alguna manera un deseo para que esa tendencia, hasta sardónica podríamos llamarla, aprendiendo de la psicosis, a ir hacia el todo, a realizar de alguna forma algún todismo; bueno, es interesante ubicar que la perturbación de la defensa tiene que ver con meterse en ese núcleo, en esa inyección que infla la neurosis, una apetencia hacia un todo; introducir ahí un deseo de no todo, donde el sujeto pueda aflojar esa tendencia hacia el todo y sostener los deseos desde lo real que es desde el no todo. Bueno, pararía acá.





PERTURBAR LA DEFENSA EN LA PSICOSIS

Fabián Schejtman

En primer lugar, obviamente, voy a agradecer a los colegas y amigos de la cigarra por la invitación, especialmente a Gustavo Slatopolsky, de quien recuerdo especialmente, sobre todo en estos días, especialmente en estos días, nuestra militancia estudiantil en la Facultad de Psicología de la UBA, nuestro querido MITT. en tiempos en que nuestra democracia estaba siendo recuperada. Es muy emocionante, en efecto, para mí tomar la palabra aquí en este lugar, en este momento en tiempos en que hay quienes proponen volver este lugar una suerte de parque de diversiones, recusando nuestra historia. Bueno, eso no pasará, al menos desde nuestro deseo.

La perturbación de la defensa en la psicosis.

Hablaría, en primer lugar, de lo que entiendo por perturbación de la defensa en general. Entonces voy a decir, en primer lugar, que no es sólo un movimiento que corresponde a la intervención analítica. Frente a la tendencia al adormecimiento que nos caracteriza, frente al aborregamiento que especifica al humano promedio, la vida es perturbación de la defensa. Lo vivo perturba la defensa. Es por eso por lo que Lacan escribe vida en su nudo borromeo en relación con el registro de lo real. Luego, trauma es el nombre freudiano de la perturbación natural de la defensa si hubiera naturaleza. De hecho, Freud llamó *fracaso de la defensa* a esa perturbación. Entonces, tenemos ya una perturbación de la defensa que se ubica a contrapelo de la tendencia dormitiva general del ser hablante, a contrapelo a la tendencia a la homeostasis, a la tendencia del principio del placer. La vida supone desencadenamientos que perturban nuestra defensa, que no es otra cosa,



entonces, que una forma de anudamiento, de encadenamiento, es decir, con Lacan el sinthome.

Luego está *la perturbación analítica de la defensa* que, en efecto, tal como lo propone Lacan en la clase del 11 de enero del año '77 en su Seminario XXIV, supone la perturbación del soliloquio sinthomático que nos adormece. “El inconsciente -dice Lacan- es que uno habla solo. Y si uno se dirige al analista uno tiene alguna chance de que ese soliloquio sea interrumpido, molestado, perturbado”. Lo interesante de la perspectiva que se introduce allí en esa luminosa clase del Seminario XXIV -que además trae algunas otras cuestiones como la supuesta oposición binaria entre locura y debilidad; cuando más bien hay allí la posibilidad de la elección de la elección que está entre locura y debilidad; no me voy a meter con eso hoy-, en esa clase del Seminario XXIV, Lacan señala que hay una resistencia a la perturbación de la defensa del analista. Es muy interesante que, en el mismo párrafo donde indica de que se trata en el análisis de perturbar el soliloquio de quien nos consulta, se refiera una vez más -como lo hace a lo largo de su enseñanza- a la resistencia que es del analista. La resistencia del analista es la perturbación de la defensa. Digamos, debiera haber perturbado él o ella en algún momento su defensa para, eventualmente, poder intervenir en esa dirección.

Bien, la perturbación de la defensa en el Seminario XXIV es perfectamente compatible con la idea que plantea en la primera clase del Seminario XXIII cuando dice que nuestra única arma contra el sinthome es el equívoco. “El equívoco”, dice, “nos permite liberar y

liberarnos del sinthome” que es, efectivamente, lo que nos anuda. Se puede entrever que no hay noción freudiana a la idea de sinthome en Lacan que la idea de defensa. Perturbación de la defensa = liberación del sinthome.

Bien, pero se trata, en todo caso que yo me refiera aquí a la perturbación de la defensa en la psicosis. Esa fue una cuestión introductoria, un poco general respecto de la perturbación de la defensa.

Voy a partir de un caso que presenté en el último Congreso de la AMP. Por lo demás, lo había presentado en algunos otros lugares. Me parece que es interesante plantearlo desde allí, es decir, allí donde se nos presenta a nosotros en la clínica. Y, entonces, le voy a hablar de Marina quien, al entrar a la adolescencia, había reducido su dieta a líquidos. Sólo consumía caldos, licuados, jugos. Cuando los padres se percataron de su anorexia -les llevó tiempo- consultaron en una institución especializada. La joven terminó internada debido al riesgo clínico que por entonces presentaba. En un tiempo relativamente corto con un tratamiento muy riguroso, basado en un control severo de la conducta, horarios estrictos, imposiciones de determinadas comidas, ella subió de peso, dejando atrás el riesgo clínico inicial y fue dada de la internación. Seguiría, entonces, un tratamiento ambulatorio.

Pero al éxito terapéutico le siguió un acontecimiento inesperado. En su casa, Marina, intentó suicidarse cortándose las venas. Felizmente no lo logró. La salvaron de morirse desangrada. Y bueno, luego pasó algún tiempo. Luego de que volvió a entrar en la pendiente





anoréxica ya que volvió a ser engordada en aquella institución -engordada es un término de ella-, pasado un tiempo -por consejo de unos amigos-, los padres deciden consultar con un psicoanalista. Finalmente, yo termino encontrándome con Marina. Un analista no tiene furor curandis. Con Freud, sabe que conviene escuchar al síntoma en lugar de apurarse a eliminarlo. Bastó en ese caso interrogar lo que era palmario: ¿por qué solo líquidos? Marina me pudo decir así en la primera entrevista que, si ella rechazaba los sólidos, lo incomible -así lo nombraba ella-, se debía a que, si los incluía en su dieta, se le iba a solidificar la sangre y el cuerpo. Debía mantenerse “licuificada” -es el término que ella usó. De lo contrario terminaría como Ben Grimm -el personaje de piedra de los 4 fantásticos-. Un rigor implacable que raras veces se encuentra lejos de las psicosis la había conducido a cortarse las venas luego de que fuera “engordada” -es el término que ella usa- en la internación. Y me dice: “Antes que solidificarme, tenía que mantenerme licuificada. No había opción. Tenía que cortarme y que mi sangre fluya”.

Con la base del tratamiento pudo establecerse que la dieta líquida a la que Marina se ajustaba era en verdad el tramo final ante una retención alimentaria que, de modo lento, pero sin pausa, la joven se autoimpuso desde su menarca -alrededor de los 13 años-. Luego de su primera menstruación, en efecto, no había dejado, no ha dejado, de hecho, de sentir sensaciones extrañas en la vagina que le aparecen casi siempre cuando el sangrado se detiene. En ese momento siente -son palabras de ella- “una fricción extraña y unos ruidos raros y molestos que a veces desaparecen cuando me lavo”.

Y cuando ello no ocurre, dice: “Comer poco o no comer y tomar mucho líquido siempre ayudó. No se lo he contado a nadie. Hasta ahora se arregló sola con eso”. Ese es su soliloquio. Se arregló con eso.

También me confió que, por entonces, se apareció la idea de que su madre quería engordarla y solidificarla introduciéndole de contrabando trozos de comida en los líquidos que tomaba. Ello le empujó a revisar con cuidado todo lo que consumía y la llevó a volver estrictamente líquida su dieta, lo que le permitió, en parte, controlar aquella idea que se le había impuesto. Como se ve, la anorexia no está ahí por nada. La restricción alimentaria y, finalmente, la reducción de su dieta a puro líquidos tiene una función precisa: defensiva, es decir, sinthomática -con «th»-. Es parte esencial de una solución del modo por el que, en este caso, se anuda y estabiliza la estructura. Es un tratamiento, por raro que sea, para aquel raro fenómeno corporal -esas fricciones y ruidos vaginales- y las ideas que lo acompañan. La defensa, el sinthome, no es siempre el mejor del mundo. Entonces, su solución, su defensa es compleja: si se la lleva muy lejos conduciría a la muerte por inanición, pero oblíguese al sujeto a despojarse del recurso que se ha procurado -como hicieron en esa institución- y se obtendrá en casos como éste el desencadenamiento franco de una psicosis o pasajes al acto como el referido.



Entonces, ¿qué hacer?

En una de esas sesiones, Marina me cuenta que cada vez que le aparecía esa idea de que la madre le metía sólidos en sus líquidos, solía ella realizar largos baños



de inmersión de modo de «licuificarse» previniendo cualquier solidificación. En ese punto le pregunto si no probó comer mientras tomaba sus baños de inmersión. Y no, nunca se le había ocurrido, pero le pareció una buena idea. Desde ese momento la joven comenzó a almorzar y cenar en la bañera. Algunos se llevan la bandeja para ver la tele desde la cama comiendo ¿por qué no podría ella bañarse ahí y comer al mismo tiempo? Claro que hubo de advertir a sus padres sobre la importancia de ello, pero si hay gente que se lleva la comida en bandeja para comer en la cama ¿por qué no podría ella misma hacerlo mientras tomaba su baño de inmersión?

Así lo hizo durante un tiempo, recuperando una vez más el tiempo perdido luego de su intento de suicidio. De todos modos, por eficaz que fuese este artilugio en relación con la ingesta y su peso, no era tanto respecto de las fricciones y los ruidos molestos que puntualmente volvían a aparecer ciertos días del mes. Avanzado su tratamiento, Marina trae a sus sesiones unos dibujos que ella ha realizado con acuarelas. Durante su infancia se pasaba largas horas dibujando; entrando la pubertad lo había dejado de hacer. La aliento a que continúe dibujando y traiga sus dibujos y le pregunto por ellos. Sus acuarelas actuales son siempre escenas oceánicas. Se tiene siempre en el detalle minucioso de los colores del mar y de los habitantes de las profundidades. En torno a estos dibujos, termina confiándome que no cree que sus padres sean sus verdaderos progenitores. Unos días tiene la idea de ser la hija de Poseidón, otro más romana me dice que de Neptuno. Aunque asegura que jamás se lo dirá a sus padres, a

veces duda y se ríe de sus ocurrencias. Sin embargo, no tiene ninguna duda que ella proviene del mar.

Su parentesco con las sirenas ha podido comprobarlo. Le queda asegurado por esas sensaciones extrañas que siente todavía luego de cada menstruación. Ya no oye ruidos, pero, aunque atenuadas las fricciones continúan. Dibuja frecuentemente sirenas, me cuenta sus historias, aparecen de veces en sus sueños, pero de la certeza que siente respecto con ellas y especialmente con el sexo de las sirenas, Marina no puede decir demasiado. No es que le dé vergüenza o que no tenga idea de la anatomía de las sirenas. De hecho, ella las cree mamíferos regresados al mar -como los delfines o las ballenas-. Sencillamente en un punto dice que no tiene más palabras y calla. Ahí eventualmente dibuja colores y colores de un océano que no parece terminar. Puede conjeturarse que su genealogía marina es un arreglo tan defensivo, es decir sinthomático -con «th»-, como delirante tras la anorexia y el artilugio de comer en la bañera que ha logrado construir con los síntomas con los que se ha encontrado después de su menarquia, sus extrañas sensaciones corporales y la ideación que las acompaña. Esto estabiliza una función subjetiva que no halla en el Nombre-del-Padre su soporte. Pero suponer delirante a esa genealogía no la conduce sino a la tierra más o menos firme, más o menos inestable en la que todos habitamos, puesto que “Todo el mundo es loco, es decir delirante” porque estamos enfermos de lenguaje o porque hay una forclusión generalizada. Faltan las palabras y en torno a ese agujero no hay sino delirios o sueños o dibujos o poesías o silencio.



Bueno, unas pocas ideas para terminar.

1

Para nosotros, neurosis, psicosis y, eventualmente, perversión no son patologías. Son modos de tratar el pathos lingüístico que nos enferma. Son modos de articular defensas posibles frente al hecho de que estamos enfermos de lenguaje. Sólo que esas defensas son a veces peor que la enfermedad, sólo que esas defensas -esos *sinthomes*- no son siempre el mejor de los mundos. A veces son funestos.

2

La perturbación de la defensa -es evidente- no es exclusividad del psicoanálisis. He dicho que, en términos generales, el trauma es perturbación de la defensa. Hemos visto, además, que hay modos violentos de la perturbación de la defensa. Por ejemplo, se puede perturbar la defensa en función de la moral de la época. Y, entonces, si ella está delgadita, “Hay que alimentarla” y “Hay que engordarla”, aun cuando la defensa -en este caso- sea la anorexia, pero no estaba entendido ¿no? El empuje que sería en este caso un “¡Engorda!” una orden superyoica, un ponerte un policía al lado: “Hasta que no termines el plato no te levantas porque tienes que engordar”.

3

El analista perturba la defensa y especialmente, en el campo de la psicosis, atendiendo a la singularidad y el tipo clínico. A veces en la actualidad hay una especie de desprecio del psicoanalista por miedo respecto del diagnóstico. Por supuesto que nos orientamos apuntando a la singularidad, pero a esa singularidad no se llega, señalaba Lacan en esa intervención que hace luego de la presentación de André Albert en *Sobre el placer y la regla fundamental*: “Se llega a esa singularidad sudando una serie de particulares”. Es decir que no despreciamos el tipo clínico.

En este caso es evidente que, si no se entiende que es una defensa montada sobre una estructura psicótica, no se entiende nada ni para dónde ir en ese caso.

Lacan lo dice así en *De una cuestión preliminar*: Se trata de una “sumisión completa, aun cuando sea advertida, a las posiciones propiamente subjetivas del enfermo”. No es de cualquier modo que el psicoanalista perturba, en este caso, la defensa anoréxica; es atendiendo a la singularidad del caso y al tipo clínico. No es poniéndole un policía al lado del plato: “No te mueves hasta que termines de comer todo”. No, no. Atendamos al hecho de que ella puede hacerlo en tanto se licuifique. En eso el psicoanalista debe tener suficientemente perturbada su defensa, es decir, la moral. No operamos en base a nuestras perspectivas morales. No somos directores de conciencia y, sin embargo, hay un juicio que hacer.



Y con eso termino.

En *La dirección de la cura y los principios de su poder*, Lacan dice que el analista tiene que hacer tres pagos, que no queda por fuera de los pagos que tocan en una cura. Recordarán ustedes que paga con palabras si son llevadas a un efecto de interpretación; que paga con su persona puesto que la presta a los fenómenos de transferencia y dice: “paga con lo que hay de esencial en su juicio más íntimo”. Pagar con su juicio más íntimo. Nos toca juzgar cuándo perturbar la defensa, de qué modo. El psicoanalista tiene vedado cualquier fanatismo. Ni siquiera es un fanático del psicoanálisis. No es un fanático de la perturbación de la defensa. No es un fanático ni un militante del desencadenamiento. No perturba la defensa ni libera el sinthome a cualquier precio. No lo hace ciertamente sin considerar qué podrá venir al lugar de la defensa perturbada. Ese es el cálculo mínimo, aunque no haya garantía de exactitud que da esa espera.

Gracias.



LA CONVERSACIÓN



Martina Cicchetti: Los invito a los presentes para iniciar la conversación. Con relación a las presentaciones de los invitados quería preguntar ¿qué lugar en la transferencia? con relación a cuál es el lugar del analista? Pensaba tanto en la presentación de Patricio, en este detalle que hiciste de las dos tesis sobre cómo pensar estructura, la defensa y desde dónde piensa tanto, Laurent como Maleval la estructura autista. Lo trajiste a modo de viñeta pero pensaba sobre cómo se pone en juego el lugar del analista en estas dos tesis y lo pensaba en relación al circuito pulsional. Mientras que en la tesis de Laurent parecería que se construye, en Maleval parecería que vacía, desde diferentes perspectivas. Para pensar una línea de la mesa de lo que pude escuchar recién.

Por otro lado, sobre la presentación de Gabriel Racki quería hacer hincapié en esto que marcas de la voluntad pulsional en la neurosis, la idea kantiana de la pulsión todo el tiempo dando vueltas sobre lo mismo, y cómo desde la transferencia puede el analista poner ahí, en eso que planteaste, también hacer cierta hiancia en la voluntad de la pulsión. Me parece interesante lo que planteaste de lo in- interpretable de lo que circula ahí.

Y con relación al trabajo de Fabián, me quedé con esto último que mencionas sobre cuál es el lugar. En las mesas de la mañana hubo una discusión de qué sería perturbar la defensa en el autismo, decíamos: no es siempre perturbar la defensa, no es siempre acompañar al doble sino que hay que ir haciendo un juicio, este juicio que realiza el analista a partir de su propia perturbación defensiva. Es decir, permitirse hacer ese cálculo que considero que tiene que ver también con

el acto del analista.

Ricardo Seijas: Muchas gracias a los tres. Las palabras de ustedes nos van a servir para trabajar durante el seminario del año próximo. Quiero centrarme en dos ideas, una con relación a lo que planteaba Patricio, decías muchas paradojas, planteos distintos de Maleval y Laurent. Nosotros estuvimos trabajando sobre esas paradojas, una de las cosas que se nos ocurrió que es para seguir explorando, que vos también lo planteaste, que las tesis de Maleval y Laurent en un punto se pueden combinar. En el sentido de que quizás se pueda sostener que en principio el autista se defiende del ruido de la lengua, pero a medida que se auto-trata, o a medida que se encuentra con un analista y genera un tratamiento de esa defensa inicial, logra constituir algo del deseo del Otro. Logra constituir a un otro y al deseo del otro pero no en términos de la neurosis o la psicosis, sino de una invención que es singular, que quizás se encarna en algunos partenaires, no es que lo puede llevar al mundo por todos lados. Entonces ahí también está la cuestión, que vos planteabas: “el par-lêtre se defiende”, bueno en un punto todos nos defendemos, y no hay agujero, dice Laurent; del lado de Miller y Maleval ahora están diciendo es forclusión del S1. Lo que es cierto es que hay posición de goce en esa defensa. Entonces te pregunto si no se puede pensar esa posición de goce como el modo de agujero posible en la estructura autista.

Patricio Alvarez Bayón: ¿Cuándo decís posición de goce a qué te referís?

Ricardo Seijas: Me refiero a la defensa, a que puede elegir cambiar esa defensa, a que puede escuchar la intervención del analista para ir hacia otro lado desde el principio, desde el autismo primario. Eso claramente se arma de otra manera, se arma imaginariamente cuando logra constituir algo del Otro y algo en relación al deseo del Otro. Sin embargo, se puede decir que desde el principio es sensible a la presencia del deseo del analista. Entonces me pregunto qué es lo que hace diálogo, qué es lo que hace que salga del soliloquio, si no es algo del orden de un agujero.

La otra pregunta es para toda la mesa, si no podemos pensar la defensa como si tuviese dos caras, una de las caras sería que se defiende de lo singular, cada par-lêtre se defiende de su propio singular, que no logra aceptar, consentir, su síntoma que no está en el Otro. Al mismo tiempo, si hay algo que tiene que consentir del no todo, tiene que consentir el deseo del Otro, es decir una cosa va con la otra. Sino se defiende de eso también, cada uno, entonces perturbar la defensa es convocarlo a que vaya hacia eso singular.

Fabian Schejtman: La pregunta de Martina me lleva a una cuestión que me parece que no está zanjada por lo menos en nuestra comunidad analítica, es decir la cuestión de la perturbación de la defensa apoyada en la propia perturbación de la defensa del analista. Esto me lleva a la interrogación de ¿con qué analiza el analista? no con su defensa, entonces no con su sinthome, éste es el punto. El fin de análisis como identificación al síntoma, que supone un saber-hacer ahí, que supone un funcionamiento sinthomático. A mí me parece que eso es incompatible con la posición del analista.



Quiero decir que ese hacerse un escabel, que está al fin del análisis, no es la posición del analista, todavía falta la castración del escabel que supone ponerse a distancia del propio sinthome porque no es con el sinthome propio con lo que el analista analiza. En ese punto sitúo la perturbación de la defensa del lado del analista, deja su sinthome, es decir su modo de goce fuera. Lacan lo dice de otro modo, señala en *Televisión*, que la figura que él encuentra del analista es la del santo, seco de goce. Mientras que del lado del fin de análisis en relación con esa identificación última, que Lacan llamó identificación al síntoma hay una satisfacción, la del fin del análisis pero eso no supone la posición del analista. Hay todavía el pasaje del analizado al analista, ahí sitúo la perturbación de la defensa que sería perturbación del sinthome. Lacan lo llama en su conferencia de *Joyce y el síntoma* “escalabestración”, castración del escabel. Luego, en el texto al que hicimos referencia aquí, la exposición que hace Lacan luego de la intervención de André Albert, Lacan dice “no nos compete a nosotros, no es para nosotros un fin acompañar a alguien a que se haga un nombre, a que se haga una obra, es más bien acompañarlo a atravesar el agujero de lo singular que es para él”. Precisamente por eso porque se trata en el nivel de la formación de los analistas, no de la terapéutica final del análisis, que es la identificación al síntoma, que supone un saber-hacer ahí. Además, Lacan lo ubica en el nivel de lo que llama el narcisismo secundario, lo que el hombre sabe hacer con su imagen; ahí no tenemos un analista sino un analizado. Es preciso que haya un pase del analizado al analista y a eso Lacan lo llama castración del escabel, no se analiza con el

propio sinthome. Sino no se está en condiciones de producir aquello que con Lacan ubiqué en términos de “sumisión completa a la subjetividad que tenemos que escuchar”. Entonces, dónde se apoya la perturbación de la defensa sino en ese sinthome con que el analizado sabe-hacer ahí, no solamente esto queda al final del análisis, sino quedan también restos sintomáticos, con lo que no sabe hacer ahí, queda un agujero irreductible. Me parece que sobre ello se apoya el deseo del analista que perturba la defensa. Creo que no está zanjada la cuestión del goce de analista, habría mucho que decir ahí.

Luego, con respeto a lo que dice a Ricardo, es cierto, me parece que la defensa es defensa de lo singular, pero genitivo subjetivo y genitivo objetivo. Quiero decir que uno se defiende contra lo singular del síntoma, pero esa defensa también es singular. Es decir, que hay singularidad de los dos lados. Hay singularidad de aquello de lo que me defiendo, pero me defiendo singularmente de eso. Considero que cada noción en psicoanálisis vale la pena abordarla en términos de lo universal, lo particular y lo singular. Lo que a veces se cree que es lo más singular que uno tiene porque repetimos que “el sinthome es lo más singular que uno tiene”, sin reconocer por ejemplo que Lacan dice en el Seminario 23 que el sinthome es lo más particular que James Joyce tiene. No obstante, si uno va a ver el sinthome en Joyce por ejemplo, ese ego corrector de la falla en el nudo por una parte tiene una función universal que es reparar el lapsus del nudo y eso lo hace cualquier sinthome, todo sinthome tiene una función que es esa. Luego hay el tipo clínico porque lo hace el sinthome en Joyce de un modo no borromeo,



es decir psicótico. Por más singular que uno suponga el *sinthome* de Joyce tiene un abordaje particular y un abordaje universal. En todo caso respecto de la pregunta de Ricardo hay que considerar no solamente que nos defendemos de lo singular, sino que nos defendemos con lo singular y la defensa también es singular.

Patricio Alvarez Bayón: Tomando lo que preguntaba Martina de la posición del analista en el caso del autismo, me parece que lo interesante de esta cuestión de pensar la perturbación de la defensa hace pensar en modos de intervención diferentes en relación al autismo. Estamos acostumbrados a la prudencia del analista en relación a la psicosis, sin embargo, cuando lees las presentaciones de enfermo de Lacan con un psicótico se ve que no tenía nada de prudente. Lacan los aprieta, los contradice, les señala cosas y tiene una posición completamente poco prudente, muy rigurosa, muy lógica acorde a la lógica de la psicosis. En relación al autismo podemos pensar algo parecido del lado del analista trauma. Gabriel anteriormente hablaba de esa dimensión de la posición del analista que Lacan sitúa en el Seminario 11. Se puede pensar algo de esta posición que no es acompañar al sujeto autista en sus defensas, sino más bien ir a producir una perturbación decididamente con la lógica de la construcción que el autista ha hecho, no es una intervención salvaje. Sino que es una intervención dentro de la lógica, pero me parece que la posición del analista es posible pensarla en este momento desde ir al punto defensivo de sujeto. Ya que principalmente en el autismo que tiene la característica de una posición completamente

homeostática el analista no se presenta de un modo decidido el sujeto sigue en su caparazón.

Después con la cuestión de la defensa de la singularidad, también la pensaba en relación al autismo. Porque, Lacan dice ese es el sueño de Aristóteles, que el sujeto aristoteliza, en el sentido de conducir al universal. Pero habría que pensar cómo es esa dimensión en el autismo. No sé si aristoteliza, si conduce a la dimensión de lo universal, sino que en el autismo es donde podemos ubicar la dimensión más singular. No sé, me quedo pensando, no sé si podría responder a la pregunta de Ricardo. Con respecto a lo que decía Ricardo de combinar las dos tesis, sí, estoy de acuerdo. En ese punto de construcción se puede, acceder a algo, por lo menos lo vemos en el tratamiento autista, principalmente en los casos de autismo de alto nivel. O cuando vemos toda esa progresión con tratamientos de autismos de mucho tiempo, por ahí vinieron en un punto de mucha gravedad en el inicio del autismo kanneriano pero con el tiempo de tratamiento el sujeto va construyendo un acceso al lenguaje y un acceso al otro que en muchos casos era impensable en el inicio. Que cuando lo veíamos en el inicio era imposible pensar que este sujeto era capaz de hacer toda una serie de cosas y después con el paso del tiempo, el paso de los años, del tratamiento, produce una construcción de un lazo con el otro que a veces es muy sorprendente. Que quizás funciona como un Asperger, que justamente lo que lo ubica como un Asperger es esa posibilidad de ese lazo con el otro que produce, y con el lenguaje. Entonces, ahí si se podría pensar en una combinación de las dos tesis.



Gabriel Racki: Bueno, yo quería enfatizar, junto a las preguntas de Martina y Ricardo, coincido en poner todo el énfasis en el deseo del analista y que es un deseo que no hay que dejar de meditar, es un deseo muy especial y no viene de otro lugar, Fabian lo comentaba en términos de la castración de la escabelización, a mí me gusta enfatizar también lo que transmite Lacan de un entusiasmo que solo viene de los desechos. Quiero enfatizar mucho eso, que tiene que ser un entusiasmo muy especial el que viene a dejar en el análisis como un tacho de basura los desechos de gloria, de obsesión, de la rana que quiere inflarse como un Buey, o del goce absoluto, o la realización del a, yo para cumplir con mi campo de la neurosis. Es solamente pagando ese precio de dejar en el tacho, en el desecho, de un análisis eso, que puede venir ese entusiasmo tan especial. Hay algo muy particular del deseo del analista, viene de los desechos, viene de dejar en el tacho y pagar ese precio y tengo la impresión, que solo así y entonces, uno puede incidir en cada caso, en las tres variantes, perturbando ese soliloquio, como resumía Ricardo en referencia al seminario 24, introduciendo ahí una otredad, para bajarlo a tierra, porque podemos seguir elucubrando pero solamente si uno se hizo desecho de los sueños del otro, del otro, de cada uno. Solamente habiendo pagado el precio de los desechos de ese Otro del Otro, uno puede introducir la otredad en cada variante, pero se da en estos términos. No una definición amplia del lazo con el Otro, sino el entusiasmo de haber experimentado en el propio cuerpo que no hay Otro del Otro, entonces uno puede introducir algún entusiasmo en cada variante clínica, de cómo barrar ese absoluto en cada variante clínica

del que cada uno se defiende

Gustavo Slatopolsky: Les agradezco la mesa, coincido con Ricardo que nos queda todo un trabajo para el año que viene.

Hay algunas cosas que me gustaría pensar con ustedes. Para empezar: por qué habíamos dejado por fuera la perturbación de la defensa en la perversión. La perversión es convidado de piedra, acá y en todos lados, por alguna razón que alguna vez habrá que pensar. Por tratarse de una estructura que no remite a la forclusión como mecanismo queda automáticamente incluída en el campo junto a las neurosis, aún cuando sabemos que no lo es. Ahora bien, excluida la perversión, a la hora de hacer el flyer en algún momento me preguntaron por qué había propuesto como figura: (perturbación en la) neurosis- autismo- psicosis. Me preguntaban si no era mejor escribir “neurosis- psicosis- autismo”. Yo planteé que no porque me parecía interesante que no quedase establecido, en una suerte de sentido común, como una suerte de descenso hacia “lo peor”, como si una fuera más “grave” que la otra y todo se escalonase hacia allí. Escuchándolos me vuelve este problema porque, al menos en las presentaciones, me da la impresión que queda más cerca el autismo de las neurosis que de las psicosis. Trataré de explicar por qué. Para ello voy a articular las tres presentaciones, no sé si corresponde, pero al menos nos va a permitir conversar.

Si, según el planteo que hace Fabián, de lo que se trata en la perturbación de la defensa es de la irrupción de lo vivo como trauma, a partir de la idea que traen tanto Fabián como Gabriel del soliloquio sintomá-



tico que adormece como defensa, de lo que se tratará entonces es de un despertar en la perturbación de la defensa.

Del lado de la neurosis Gabriel lo plantea como la insistencia de una voluntad que adormece, pero es una voluntad que en el adormecimiento busca sostener al Otro.

En el soliloquio que ubica Fabián en el caso que presenta, se tratará de una solución a la que el analista buscará, a partir de una solución construida en el campo de la certeza, no su perturbación sino un agregado nuevo que no pone en cuestión el estatuto de solución alcanzado y al mismo tiempo busca poner a distancia el riesgo de muerte que dicha certeza implica.

Ahora, del lado del autismo, si lo planteamos clínicamente se entenderá porque se acerca más a la neurosis aunque no tengan nada que ver.

Maleval soporta toda su teoría del autismo a partir de considerar los testimonios de los autistas célebres al hacer de esos testimonios la significación más lograda. Parte desde ahí para intentar entender de qué se trata el autismo. Toma el testimonio de Donna Williams que padecía, entre otras cosas, de no poder dar la mano, síntoma que al transformarse en una autista célebre a partir de la publicación de su primer libro, le plantea un gran problema ya que debe viajar por el mundo a presentarlo. Ella imagina que cuando deba saludar a sus agentes literarios de cada nuevo país deberá darles la mano poniendo en juego aquello que no soporta: la entrada del contacto con lo vivo al momento de dar la mano, al momento de entrar en contacto con otro cuerpo.

Entonces, con relación a una suerte de voluntad de

llevar adelante un anhelo, lo que Maleval construye como enunciación posible para el autismo es que para poder llevar adelante el acto de dar la mano - es lo que ella desearía poder hacer y finalmente lo logrará luego de un importante trabajo - eso no sería posible sin una presencia del significante que lo haga posible. Donna Williams, a partir de una decisión que pone en juego el significante, se propondrá ir más allá de la defensa; hay en ella un deseo querer atravesarla, de no seguir en la "comodidad" de no entrar en contacto con otros cuerpos y lo insostenible que aquello despierta en ella.

En mi opinión es ahí que parece acercarse a las neurosis en el sentido de cuando alguien puede quejarse en el análisis: "otra vez hablando de esto". Puede haber un quiebre allí a partir de un querer ir más allá de eso. Eso puede pasar o puede ser un límite que no se atraviesa. Me parece un buen punto porque en el caso que vos traes Fabian no se trata de incomodidad en el sujeto que dé lugar a un querer ir más allá de eso. En el caso de Donna Williams sí. En un determinado momento en algunos casos de autismo se puede encontrar un querer ir más allá del síntoma. En el caso que vos planteas Fabian, en absoluto. De lo que se trata es de un ir hasta la muerte sostenido en una significación indialectizable y le cabe al analista a partir de su juicio clínico decidir si eso es o no es posible con-moverlo. De lo que se tratará si se establece que no es posible es de la posibilidad articular significaciones que no resulten traumatizantes para el sujeto.

Termino con esto: vos situabas Gabriel la entrada, eventualmente, del analista encarnando el objeto, la mirada, la voz; del analista que equivoca o busca la



manera de ir más allá de esa voluntad que insiste, de eso que habla sólo, de eso que no va hacia el Otro. Esto a veces se confunde con la iteración del S1 en el autismo. Es como la peor consecuencia que ha tenido, en mi opinión, equiparar el final del análisis con la iteración del S1 en el autismo, de eso que habla solo. Se puede entender como una idea general pero una cosa es que eso pueda pasar a hablar solo, sin el Otro, para con ello dejar de sostener al Otro y se transforme en un goce que vitaliza el parletre y otra cosa muy distinta es “eso habla solo en la defensa del autismo”, ahí donde el Otro no ha alcanzado a constituirse.

Maleval plantea que lo que se deja por fuera en el autismo es el intercambio pulsional, es eso lo que resulta intolerable. Entonces lo que nosotros venimos discutiendo en la cigarra es *la entrada de lo vivo como despertar en el autismo*, ubicando caso por caso, y midiendo la transferencia en juego, en el sentido de que -tomando lo que planteaba Donna Williams como enseñanza, que había un deseo en ella de poder ir hacia ese lugar-, la defensa no era lo mejor logrado en el parletre. Muchas veces encontramos que la misma defensa es fuente de dolor en el autismo. Cuando en un análisis esto alcanza a ser formulado puede dar lugar a un deseo de ir más allá de la defensa lograda. Entonces de lo que se tratará a partir de allí es de un despertar que habilite la posibilidad de un deseo; de un deseo o de cómo se lo llame en el autismo. Gracias

Martina Cicchetti: Bien, ya estamos en horario, pero es una picardía que no puedan responder sobre esto.

Patricio Álvarez Bayón: Bueno, digo algo breve. Si,

por ahí me parece que ustedes han trabajado esto en la cigarra más extensamente y lo tienen más claro. En esto que decís, Gustavo, que se parece más a la neurosis. A mí, tal vez porque estoy más influido por Laurent, me sigue pareciendo más a la psicosis en el ejemplo de Donna Williams, porque en ese sentido, las operaciones que puede hacer, por ejemplo, no me acuerdo específicamente el ejemplo de dar la mano pero en general toda una serie de operaciones que puede hacer, las puede hacer porque se apoya en esos dobles que son Carol y Willy, entonces en ese sentido, la construcción que hace sobre qué haría Carol en este caso, qué haría Willy en este caso, y lo que haría Willy en ese caso le permitiría por ejemplo dar la mano o cualquier cosa, pero no sin eso. No sin eso que, pensándolo del lado de las psicosis, parece más una suplencia, y eso es lo que le permite atravesar eso. En este caso del japonés que escribe *La razón por la que salto*, también es un autista que escribe su biografía, un autista bastante más grave digamos, él habla de ese dolor de no poder, de ese deseo de querer establecer un lazo con el otro y no poder establecerlo en ningún caso. Y esa es la razón por la que salta, cuando él quiere poder hablar con alguien, lo que hace es empezar a saltar y no logra finalmente empezar a hablar con alguien, no puede establecer un lazo, lo intenta pero habla mucho de ese dolor. En el libro cuenta las construcciones que hace para poder hacer, finalmente, ese lazo. Pero es un lazo que logra mediante construcciones, no es un lazo en el cual -como en lo de Maleval, de algo más cercano a las fobias, que sería la de resolver una defensa, levantar una defensa que le impedía acercarse al otro-, se levanta una defensa, es que arma algo sin lo cual no podría hacerlo, como en



el caso de Marina, solo puede comer cuando está en la bañera, es esa construcción.

Gustavo Slatopolsky: la posición actual de Maleval es que el autista en determinadas coyunturas puede prescindir del doble, por eso él lo denomina como un acto.

Patricio Álvarez Bayón: Si, si pero en algunos casos tiene el doble, en algunos casos tiene otras suplencias que le permiten hacer esas operaciones. Es cierto, Donna Williams cuenta cómo se despidió en cierto momento de Carol y Willy, en ese sentido hay como un dejar caer ese lugar y cuenta cómo los extraña, etc pero no sin que eso sea reemplazado por otra suplencia. En general yo lo pienso más así, más al modo del modelo de las psicosis pero por ahí ustedes lo han trabajado y podemos discutirlo de otro modo.

Fabian Schejman: Bueno, en primer lugar la cuestión de la perversión, me parece que hay también un problema que no está zanjado en nuestra comunidad de trabajo, si la perversión es o no una estructura clínica en el mismo nivel de la neurosis y la psicosis. A mí no me cabe duda que Lacan piensa que sí, aun cuando él nunca hablo de estructuras clínicas. Piensa que sí, quiero decir que entre los seminarios 10 y 16 construye una posición subjetiva que supone volverse objeto del goce del Otro, tener la voluntad de venir al lugar de ocupar el objeto del goce del Otro y a eso Lacan lo llamo perversión. Pero después del seminario 16 me parece que eso va decayendo y hay una última versión de la perversión como estructura clínica, si lo llama-

mos así, en el seminario 20 cuando él habla del saber- hacer con la al-moralidad y de ahí en adelante lo que aparece más bien es el neologismo per-ver, hacia el padre o versión del padre y ya no se encuentra a la perversión como estructura clínica en Lacan, me parece que está en cuestión si se sostiene eso en el último Lacan. En cualquier caso, no deja de ser interesante la perspectiva de leer lo que hoy llamamos perturbación con la per- tuversión, me refiero a la turbación del padre ahí. Dos, la cuestión de la ubicación del autismo entre neurosis o psicosis, o dónde ubicarlo, me parece que depende del eje que se tome el autismo, queda más cerca de la neurosis o más cerca de la psicosis. En el primer trabajo que escribí sobre autismo hace muchos años y que tuve la amabilidad de Silvia Tendlarz de publicarlo en un libro que se llama “Estudios sobre autismo I” abordando la cuestión de la forclusión del agujero que ya lo había planteado oportunamente Eric Laurent, yo he avanzado con la idea de que en el autismo se trata de la ausencia del borde del agujero, es decir, en el autismo está el Otro barrado pero falta la S, del A mayúscula tachado que es lo que hace de borde y entonces propuse en ese texto una suerte de diagnóstico de agujero, quiero decir que habría verificación del falso agujero como Lacan lo propone en el seminario 22 y un poquito más adelante también, verificación del falso agujero en neurosis y en psicosis, la verificación sería borromea en las neurosis, en la verificación del falso agujero, es decir habría borde del agujero en las psicosis pero rigidizado y en el autismo no habría la verificación del falso agujero, estarían los dos toros de los que habla Lacan más bien sueltos. Y acá queda el autismo de un lado y neurosis y



psicosis del otro. Ahora bien, tomando otros ejes, por ejemplo, me parecería interesante acercar el autismo a las neurosis obsesivas, el encapsulamiento obsesivo y el encapsulamiento autista, el soliloquio obsesivo, el soliloquio autista, no hay obsesivo que uno no encuentre que hay cierta perturbación del obsesivo por el ruido de la lengua y acercarla eventualmente a las histerias más del lado de las psicosis y particularmente a las esquizofrenias, me refiero a la relación que hay de los síntomas en el cuerpo en las psicosis y los síntomas conversivos. O sea, depende el eje se van moviendo las piezas.

Gabriel Racki: Para agregar una cosa más. Siguiendo la preocupación que transmitía Gustavo, tomo de la intervención la preocupación, de alguna manera, de enaltecer la cuestión de la iteración. Creo que es un peligro que tenemos desde el deseo del analista la pasión por encontrar eso primordial, único, específico de cada uno, la marca de cada uno, en cada uno de los campos clínicos, y yo no quiero dejar de resaltar la reflexión que hace Lacan en el seminario 11, que mete en un clima la cuestión del deseo del analista que es para investigarlo, los últimos dos párrafos apuntan a que no se trata solamente de acceder a los significantes primordiales, eso es una parte del deseo del analista, de poner en tensión el ideal de los significantes primordiales, el objeto, etc, etc. Pero no es solo eso, es eso para acceder a otro uso del amor, yo creo que esta es una línea de investigación fundamental. Es eso pero no como un fin en sí mismo, no es que la cúspide de la pasión del analista es encontrar ese Uno que itera solo en cada uno de los campos clínicos, de maneras dis-

tintas. Es para, con eso, acceder a otro uso del amor que no sea el aparatito Nombre del Padre, castración, reprimiendo y castrando la pulsión. Sino que es otro uso de esa voluntad de goce de la pulsión, hacemos cierto toque sobre la perversión. Lo que Lacan llama ahí, otro uso del amor que no se trata de amar los límites y el aparatito castración, nombre del padre sobre la pulsión. Me parece que ese es un eje para investigar en los tres campos clínicos.

Martina Cicchetti: Bueno, muchas gracias a todos.



ANALISTA- TRAUMA: PERTURBACIÓN DE LA DEFENSA AUTISTA

Gustavo Slatopolsky



Jean Claude Maleval¹ extrae de la lectura de testimonios de autistas que han pasado por coyunturas traumáticas que, en ocasiones, estas han tenido por efecto un acceso a la palabra inédito o salidas espontáneas del encierro.

En *la cigarra*, a su vez, hace tiempo se interroga un servirse del deseo del analista como presencia traumática encarnada en la perturbación de la defensa desde los inicios del tratamiento, *aún* en la clínica del autismo.

En las entrevistas B oscila entre dos lugares en el que ambos dejan afuera al otro: o entra en una comunicación circular inexpresiva sobre cosas del mundo que no lo tocan -“Gustavo, ¿el euro vale más que el dólar?” - o, si se lo sigue, la palabra se desengancha de la referencia y queda como perplejo - “¿qué es la palabra euro?” -. A su vez, mientras habla, sus ojos se tuercen para no dar nunca con la mirada del analista.

Al cabo de un mes de seguirlo en sus derivas le digo
- “¿vos te das cuenta que cuando me hablás no podés mirarme?”.

A continuación lo tomo firme del brazo, le pido que me mire y le pregunto si sabe por qué no me puede mirar. B sorprende en una respuesta que lo afecta por primera vez:

- “no sé...no sé explicar”.

En la respuesta:

- queda referido a un primer real recortado por efecto de ese primer borde

¹ Maleval, JC., La Difference autistique, Université Paris 8, PUV, 2021, p. 219-220





- no poder mirar, como aquello que retiene de la entrada en un circuito pulsional, tiene ahora estatuto de síntoma
- es decir, eso que no sabe explicar lo divide – a su modo –
- se trata ya no de una lengua descriptiva de signos² sino de un primer significante que lo representa³ y abre a un primer vacío de significación enmarcado
- a quien se dirige toma ahora estatuto de analista ya que aquello de lo que habla ahora lo afecta

La sesión prosigue en un firme rechazo a hablar del síntoma. Frente a la insistencia del al analista B protesta: “Bueno, ¿ya puedo decir?”. Decir, aquí, circunscribe la defensa como diferencia de lo Otro; B quiere seguir hablando, pero del euro y su deriva circular; y se queja de las notas que toma el analista:

- *“Pero es otra cosa esto! (señala la hoja de las notas), eso de mirar es otra cosa –*

otra cosa de aquello de lo que él quiere hablar; Otra cosa que es diferencia absoluta y que ahora se soporta contenida en las notas que puede señalar. Junto a la verbosidad⁴ hay ahora esa Otra cosa que no alcanza a explicar, contenida en las notas.

Eso se ha tornado exterior a él y funda una inédita relación de tres: analista, autista afectado y objeto entre

² Maleval, JC, *ibid*, p.129-160

³ Maleval, JC, *ibid*, p.213-231

⁴ Lacan, J., *Intervenciones y Textos 2*, “Conferencia de Ginebra”, Buenos Aires, Manantial, 2001, p. 135

ambos encarnado en las notas.

Le pregunto si le sirve venir,

- *Sí*
- *¿En qué lo notás?*
- *Es complicado, no sé, ¿para que no te olvide?, ¿para que no quiero venir solo una vez por semana?*

Hemos visto hasta aquí una respuesta con valor de acontecimiento que extrae el sujeto de una sumersión en lo real. La consecuencia es un primer significante que torna expresivo un decir. Hasta aquí se trataba de verbosidad en la que las palabras tenían por función retener el objeto del intercambio pulsional; se hablaba para no decir. De repente las palabras lo tocan, se hace presente un cuerpo y es posible un deseo: ver al analista más veces.

En el caso, el analista sostenido en la transferencia solo acompaña la defensa hasta cierto punto, para desde allí *interpelar* al parletre en su responsabilidad por la retención de la mirada. Y redobla la apuesta: hace entrar su propio cuerpo en el contacto y pone a jugar un deseo: *¡mirame!* Es allí que el analista traumatiza y la intervención deviene acto.

Si acoge la lengua de interés específico, advertido de su función de apoyo para soportar el lazo con otros, no es sin ponerla en cuestión. Así, si B habla del euro, el analista lo interpela mirándolo a los ojos acerca de si esa es la moneda que a *él más le gusta*. Al analista solo le interesa lo que a B le pasa con eso que dice. Confrontado con el deseo, B, aún bajo protesta, consiente. En la sesión que sigue B vuelve a protestar por las no-



tas que escribe el analista. Dice de golpe
- *“no se entiende, parece otro idioma”*.

Anoticiado el analista que B *lo mira* con disimulo en las notas que escribe se las cede y lo invita a leerlas. B lee interesado y malentendiendo: donde el analista ha escrito “Perú”, él leerá “amigos”.

- *¿Tuviste algún amigo? - pregunto*
- *No*
- *¿Te hubiera gustado tener?*
- *¡Sí!* - exclama.

Convocar al sujeto más allá de la defensa es una orientación distinta a la de acompañarla. No la excluye pero va en dirección del decir desde los inicios.

A partir de aquí el análisis se orienta hacia su deseo de tener amigos y la dificultad que encuentra. Todo ello en una lengua que es mix de verbosidad, signo, intervención que traumatiza, fugacidad del significante expresivo.

II/ objeto a encarnados y S1

El lazo con el analista, una vez horadada la defensa ligada al signo, se centra en torno a lo insoportable soportado en el analista a quien el joven exige que baje la voz. Se trata ahora de un objeto recortado entre el analista y él. Cada sesión hace entrada la exigencia del joven para con el analista en dos tiempos:

1

el afecto de espanto en la expresión del gesto por haber sido alcanzado por la voz del analista.

2

la exigencia a que baje la voz, que no se escuche “afuera” (del consultorio). Esto incluso al comenzar la sesión, antes aún de que el analista hubiese pronunciado palabra.

Más impreciso que la voz, signa ahora también la relación un afecto de vergüenza. Ahora que en la sesión ya no describe objetos del mundo sino que habla de sus afectos, del dolor por aquello que le impide el lazo deseado con otros, se localiza la vergüenza por sentirse “retrasado” frente a los pares en la escuela.

- *Vos creés que sos retrasado?*
- *(es que) la escuela fue una...¡calladito! – se grita de golpe con el índice en alto, sancionando.*

El analista retoma la frase y repite: “fue una...”. B se niega a terminar la frase para luego consentir

- *“¿puedo decirlo bajito?”. “Fue una ba...sura.”*

III/ Puntos suspensivos

Los puntos suspensivos transcriben una inédita puesta en suspenso al imperativo no extraído en el significante que, al alargar la definición de la palabra deja la significación abierta por un instante.

Poco tiempo después, será la misma vergüenza la que pasará a ser “una... ¡No lo voy a decir!”.

El analista insiste y lee de sus notas “la vergüenza es una...”, a lo que B responde: “¡nada, borralo!”.



El analista, otra vez: “es una...”. En respuesta B *señala* el tacho de la basura presente. El analista le dibuja un recuadro y recién entonces este escribe dentro: ES UNA BASURA.

Lo crucial en juego aquí es que frente al forzamiento del analista – que se diga! –, el señalar el objeto resta mediado por el esfuerzo en el sujeto de que algo se borre. En el tacho que se señala ya no se tratará de una relación bi-unívoca cerrada en la que la palabra es el objeto sino que media el intento de borramiento. Lo que se señala viene al lugar de eso que quiso hacer desaparecer y por ello ya no remite directamente al objeto. El objeto señalado porta la huella de no haber podido suprimirlo y en ese punto se trata ahora de una palabra *que le concierne*. La vergüenza solo será basura a través del pasaje por los puntos suspensivos, el recuadro que habilita el analista y la palabra escrita. El rodeo necesario da cuenta del goce presente en la palabra que así y todo encuentra su lugar. El recorrido que busca desplazar el deshecho da inicio a una frágil metáfora: el tacho señalado *en el lugar* del intento de borrado.

Esto le permitirá decir al final: “*estoy vergüenza. Adentro, acá, en el cuerpo*”. Y pide al analista: “*no le digas a mamá*”.

Un mes después sorprende. Le dice al analista

- *Sos un pe...lota. Pensabas que iba a decir algo feo pero lo último...*

Más adelante:

- *Eres un idio...ma*

El analista los repite y B ríe por primera vez con un pla-

cer desconocido al escucharlos. Cuenta que ha aprendido solo esto.

- *Eres un bo...¡livia!. ¿Qué pensaste que iba a decir, una mala palabra? Si hubiera dicho la “U”...*

A partir de acá podrá hablar de situaciones familiares que lo angustian y otras “*que no te quiero decir. No todo te dije*”.

La vergüenza da paso al racismo que padece y puede hacer uso de la equivocidad al convocar al analista en el lugar de tener que adivinar la significación de lo que deja abierto:

- *Ra, ra...*

- *Ra qué, pregunto*

- *Racismo*

Ahora la equivocidad da nacimiento a un partenaire en el analista en el que B anticipa un cierre en la intencionalidad en la significación, en cómo *interpretará* el sentido por venir y allí, en ese preciso lugar, lo sorprende con una nueva significación contenida en la posibilidad que abre la diacronía. Suponer y anticipar una idea en los comienzos de la frase para rematar con otra con solo cambiar una letra es propiamente efecto de *Witz*. Contar con la Otra dimensión torna posible el “si hubiera dicho”, un modo de lenguaje en el que las palabras refieren solo a palabras y ya no a objetos.

Esto obliga una relectura del lugar del analista en la transferencia ya que aquí se alcanza un saber hacer con la equivocidad soportado en un analista que objeta el lugar del doble.





LA FLOR DE SU SECRETO

Francisco Cabanillas



El caso:

Luisa lleva 5 años en tratamiento desde que, junto a su madre y a su abuela, arribó a la Argentina. Su presentación es educada, en su discurso suele excusarse de sus largos circunloquios en busca de una palabra exacta. Ella lo define de la siguiente manera: *“necesito especificar bien, si no la gente no entiende lo que digo. Se puede confundir”*.

El azar hizo que las sesiones sean mixtas, dependiendo de los horarios escolares, algunas son virtuales y otras son presenciales. Además, por la incorporación del casillero vacío, que a veces permite un compás de espera para esa palabra exacta, Luisa pasa de su habitual “después te cuento” a “es un secreto”. Por ejemplo: en un encuentro virtual señala que se sentía “estresada” pero que no puede decirlo, lo deja en secreto agregando “no lo puedo decir acá, no quiero que escuchen”. A la sesión siguiente, en el consultorio, lo despeja señalando “Me estresé porque tengo problemas con mi familia” ya que había tenido un conflicto con su madre.

Luisa encontró un nuevo uso para el secreto, no sólo diferencia el espacio de la virtualidad del presencial, sino que también anticipa un posible lazo a otro al dirigir una parte exclusiva de su enunciación hacia los oídos del analista.

Cabe aclarar que aquello que Luisa llama “estrés” es el desborde de su defensa, las más de las veces, cualquier

alusión de daño a un ser vivo. Podemos leer que este desborde preciso se origina en 2020, cuando fallece una tía abuela a la que ella admira. Por supuesto, también se “estresa” cuando se acerca la fecha del aniversario de su deceso.

En una entrevista virtual posterior, Luisa se muestra reticente a comenzar la llamada. Tras haber comenzado la videollamada, estando advertidos que ella se encontraba “estresada” porque se había enterado de los criaderos de pollos, decidimos introducir el “círculo de la vida”. Es decir, tratar de dar una explicación imaginaria.

La respuesta de Luisa fue: *“vas a pensar que estoy loca... eso ya lo sé, eso no saca el estrés...”*. Evidentemente topamos de frente con su franca defensa. Sin cálculo previo, y aprovechando que la gata de quien suscribe se encontraba en cuadro, se le propone, en tono lúdico, contarle un secreto propio: *“yo también estoy loco, mi gata me habla, y pregunta: ¿qué es lo que te estresa tanto?”*.

Luisa levanta la mirada y responde: *“no lo puedo decir acá, es un secreto”*. A través de la gata se le solicitó que lo cuente. Acercándose a la cámara, escondiendo su boca con el revés de su mano ella expresa: *“extraño a mi tía abuela y a mi papá... eso me pone mal”* para luego agregar: *“después te cuento... en la cigarra”*.

A la sesión siguiente, ya en la cigarra, se introduce nuevamente el caballo de troya: *“la gata me dijo que estaba muy preocupado por tu estrés, y ella quería saber qué extrañabas”*. Luisa responde relatando su pasado, esta

vez sin soliloquios, pero con una cuota de angustia: trae a escena las calles de su ciudad, las salidas a la playa con sus padres y que allí se sentía bien.

Esta respuesta realmente fue inesperada, tanto que no habíamos calculado la posibilidad de que ella trajese a la figura paterna -de hecho, nunca antes lo había mencionado-, y mucho menos que describa algo que se asemeje a un recuerdo.

Sin embargo, a partir de esto reflexionamos sobre el estatuto de este objeto gato que enmascara el decir analista, pero no su deseo. Que, si bien su presencia fue un tanto casual, también puede pensarse, a posteriori, que la anuencia a su figura estaba sobredeterminada en tanto que a Luisa le gustan los gatos, los dibuja, incluso, en algunas ocasiones, suele presentarse con vinchas de orejas de gato.

Es aquí donde nos preguntamos si este objeto no tiene algún tipo de estatuto simbólico–imaginario, que permite el atravesamiento en ambas direcciones de la defensa en tanto que es recibido sin abroquelamientos, ahorrándole a Luisa su iteración. Al mismo tiempo nos interrogamos, si esta maniobra es un movimiento hacia una transferencia lateralizada, o bien puede ser leída como la insistencia del analista trauma que se sirve de un vicario o, por qué no, de un doble que puede ser compartido.

Lo cierto es que cuando Luisa entra en sus devaneos, se niega a decir algo, o no quiere iniciar la llamada, si se invoca a la gata, y se habla a través de ella, su semblante cambia accediendo a un orden que momentos



antes no estaba.

Para finalizar, traeremos una ocurrencia, un mash up entre el no retroceder ante la psicosis de Lacan¹, y “El arte de la guerra” de Sun Tzu, consideramos que tampoco hay retroceder ante la defensa de los autistas, sino que hay que avanzar rodeándola. Por supuesto, en el caso por caso habrá que descubrir de qué manera y desde qué lugar.

Bibliografía

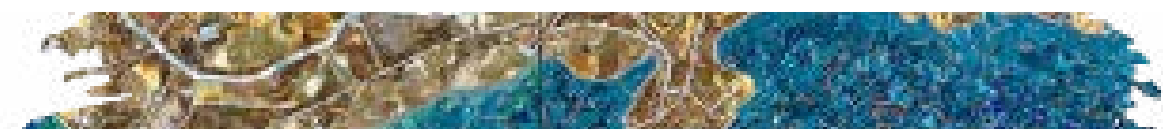
Lacan, J., “Apertura de la sección clínica”, Ornicar?, nº 3, Petrel, Barcelona, 1977/1981.

Sun Tzu. “El Arte de la guerra”. Editorial Sexto Piso, Ciudad de México. 2017.



¹ Lacan, J., “Apertura de la sección clínica”, Ornicar?, nº 3, Petrel, Barcelona, 1977/1981.





¿CON QUÉ HACE LAZO EL SUJETO AUTISTA CADA VEZ?

Victoria de la Fuente

Eliana López Martínez



La práctica con sujetos autistas nos confirma la posibilidad que estos tienen de armar lazo. Nos preguntamos entonces ¿Con qué arman lazo? Nos interesa abordar cómo el sujeto autista pasa del rechazo a consentir a un intercambio y qué funciona como pivote de ese movimiento.

Antonio al ingresar a la cigarra se presentaba renuente a participar de los talleres, hacía rocking mirándose las manos, realizando con estas un movimiento. En el taller de la palabra, coordinado por Gustavo, cuando era su turno de responder, solía decir: “no sé”, “no se me ocurre” ó “no quiero responder”. A pesar de esto, el coordinador no se detenía en sus intentos de conmovir esta posición y le proponía pensarlo, pedir ayuda a alguien. Algunas veces accedía, pero los movimientos eran mínimos, la defensa se mantenía. Pasado cierto tiempo, en una ocasión Antonio ingresa al salón y pregunta si eso es la cigarra. En aquel momento Gustavo no estaba presente, pero sí el resto de los participantes que suelen asistir.

Podemos ubicar en esa primera presentación de Antonio el modo de la defensa más cerrada, que deja al Otro por fuera, fundamentalmente la equivocidad de su deseo. La viñeta nos muestra la dificultad que le supone la contingencia, es decir, cuando algo de lo que espera se mueve de lugar y se le desarma la escena. Pero, por otro lado, nos anoticia del valor que cobra Gustavo para él: sin su presencia la cigarra deja de ser la cigarra. ¿Este recorte que Antonio hace de Gustavo es previo a su ausencia o efecto de ella?



Meses después, en el mismo taller comienza a ser evidente la molestia, el fastidio que siente ante la insistencia del coordinador para que él dé una respuesta. Antonio empieza a producir un quejido. Podemos ubicar aquí cierto perforamiento de la defensa que ahora deja traslucir cierta afectación.

En los talleres siguientes Antonio puede enunciar al ser interpelado en los talleres: “¿Por qué a mí? ¿Por qué me insistís?”. En este punto señalamos que algo de la equivocidad del deseo del Otro se pone en juego y que el malestar que esto le produce puede ser localizado en una pregunta. Que sea formulado a modo de pregunta, da cuenta de la producción de un cierto vaciamiento.

Pensamos que la posición del analista, no es aquí sólo la de acompañar la defensa, sino la de poner a jugar el deseo del Otro. Y lo que vemos como efecto es que esto no es vivido como mutilación, como vacilación del armado imaginario, sino que permite un movimiento de la defensa donde por la producción de un vaciamiento el afecto se soporta.

¿Qué introduce ese vacío en la defensa? La insistencia del analista se diferencia de la insistencia de cualquiera, en la medida en que vehiculiza un deseo no anónimo. Que Antonio haya recortado la ausencia de Gustavo nos permite saber que para éste, el coordinador tiene un lugar diferencial. Pensamos que es gracias a que la transferencia está en marcha que las intervenciones pueden ser soportadas. Tal como dijimos estas intervenciones ponen en juego un deseo no

anónimo, es decir que lo que se le dirige es en efecto una demanda, pero agujereada por ese deseo.

Más adelante, en un taller se plantea la pregunta ¿con quién no viajarías? Gustavo en su turno de responder, le consulta a Antonio ¿con quién cree que él no viajaría? Antonio responde a modo interrogativo y algo afectado ¿conmigo?, a lo que el coordinador le asegura que no, que con él viajaría, enfatizando su afirmación. Más adelante, Antonio interrumpe el taller diciendo “Gustavo me caes bien”.

La intervención de Gustavo implica un forzamiento al lazo, que el autista haga un recorte del otro, sitúe un rasgo, para responder, y propiciar que el sujeto tenga que hacer uso de una herramienta con la que no sabía que podía contar. La respuesta de Antonio, en esa manera interrogativa, señala un cierto modo de indagar por su lugar en el deseo del Otro. Esto no promueve un redoblamiento de la defensa, sino por el contrario, una afirmación del sujeto en un lugar de enunciación.

Luego, en otro taller, Antonio nos hace saber que le molestan las preguntas sobre novias, lo que supone ya un trabajo del sujeto de localización. Contingentemente, hecha por otro participante del taller, la pregunta que se arma es acerca de aquello que podría darle celos a tu novio/a. Llegado su turno Antonio pregunta si puede responder con un amigo. Un analista le rearma la pregunta: ¿qué crees que le darían celos a la novia de un amigo? Antonio responde: “que le envíe mensaje de whatsapp a otra chica”.

La respuesta del sujeto podría suponer un uso del do-



ble, un desvío de la enunciación. Sin embargo lo llamativo es que es la primera vez que él hace uso de este recurso. ¿Es posible pensarlo más del lado del saber hacer, que de una modalidad defensiva?

A modo de conclusión, pensamos la defensa autista como un S1 no agujereado, que itera, que se soporta en objetos, maniobras, incluso palabras. El sujeto puede ser leído en ese modo defensivo y ello supone un modo de intervención, que estaría del lado de alojar la singularidad del autista. En la cigarra damos un paso más, apuntamos, no sólo alojar la defensa, sino a traumatizarla. Podemos entender este modo de intervención cómo adosarle, introducirle a ese S1 un agujero, una “X”, algo que podría escribirse como: S1-X.

Retomando la pregunta inicial, acerca de con qué hace lazo el sujeto autista, pensamos que se trata de consentir esa “X” que el analista pone en juego con su deseo y que funciona como casillero vacío. Como efecto se produce un recorte de la masividad del goce, y esto supone un movimiento de localización y vaciamiento. El afecto queda introducido, a la manera de un S1-a, permitiéndole al sujeto afirmarse en una enunciación.



DESPLIEGUE GRUPAL E INVENCION SINGULAR

Manuel Gonilski



0

En mi pasaje por los talleres de la cigarra durante el año 2023, he podido acercarme a la clínica con niños y adolescentes con psicosis y autismo de una manera novedosa, habiendo trabajado anteriormente solamente de manera privada e individual. Trabajé en los talleres grupales de la palabra, de música, de teatro y de números. En cada uno de estos dispositivos pude pesquisar dinámicas valiosas y vincularme con colegas que han enriquecido mi práctica.

A continuación describiré mi recorrido por dos de los talleres que ofrece el Hospital de día.

1

El taller de música apunta a generar un espacio común de ritmos compartidos. Los coordinadores sitúan una lectura rítmica a partir de casilleros llenos y vacíos. Los participantes deben seguir el pulso, primero lento y luego acelerado, con sus palmas. Al comienzo, todos los casilleros están llenos, indicando que hay que hacer palmas. Luego el coordinador pide a un participante que coloque silencios (casilleros vacíos). Todo el grupo en ronda ejecuta la partitura.

Luego se apuesta a la creación de una letra o poesía por parte de todos los integrantes para componer una breve canción o estribillo que será interpretada y cantada por todo el grupo: la directora/coordinadora provee una armonía y melodía a esa letra y luego acompaña a

los cantantes, estableciendo algunas variantes para nutrir con musicalidad la dinámica: coros graves/agudos, secciones de cantantes, cánones, etc. Frecuentemente se hace pasar al frente a un participante por vez, para que oficie de director del ensamble, proponiendo mayor o menor volumen con lenguaje de seña de manos; así como de solistas para interpretar la canción, ante la escucha del resto del grupo.

En alguna oportunidad, he oficiado de director del ensamble con la guitarra.

En el taller de la palabra el coordinador formula una pregunta, o bien permite que los integrantes la elaboren. Suelen ser preguntas que apuntan a un despliegue subjetivo. En mi experiencia, luego de haber observado el comportamiento de mi entorno, tiendo a despejar la mente y ofrecer respuestas espontáneas, que me identifiquen en el tiempo presente, implicándome. Cuanto más creativa, espontánea y sincera es mi respuesta creo contribuir con mayor aporte al grupo. Por otro lado, la posición como oyente (e interlocutor) nunca es pasiva. En lo sutil de la escucha anida el acto.



La repregunta del coordinador no es inocente. Lejos de recibir las respuestas con una actitud conformista, propone nuevas implicaciones, desarrollos y forzamientos. Están permitidas las respuestas como “no sé”, la pausa, dejar el espacio vacío, guardarlo como un secreto, la colaboración entre participantes a modo de préstamo dador, la espera e incluso la posibilidad de salir del consultorio.

Así, pacientes y profesionales deben elaborar respuestas singulares como respuesta a una consigna inicial. Se establece un intercambio de acuerdo a las posibilidades singulares de cada quien. Algo que los representa, algo que los identifica, o algo que les es posible responder.

En cada encuentro se establecen vínculos nuevos entre los participantes, donde se perciben progresos, retrocesos y movimientos inéditos en las respuestas singulares.

2

Mi experiencia en el recorrido por la cigarra ha sido grupal, no habiendo recibido admisiones individuales. Sin embargo he tenido algunas experiencias con pacientes por fuera de los talleres que han marcado mi recorrido:

Me parece interesante mencionar un caso al que asistí de manera azarosa, sin proponérmelo. Me encontré con el paciente F fuera de un taller, y al invitarlo a pasar me dijo que no. Me autoricé invitándolo a hablar mientras dábamos un paseo por las instalaciones. En este encuentro me hizo una pregunta, a partir de la cual surgió un intercambio de veinte minutos. Mi posición de darle lugar a su palabra, de interesarme por él pero sin apabullarlo con mi insistencia, permitió una serie de preguntas y respuestas que considero fueron propiciatorias para el despliegue de su interés en hablar conmigo.



3

Considero que en la clínica con niños y jóvenes con autismo hay una apuesta en juego dirigida a la invención del sujeto, sostenida por el deseo del analista. Se promueve en los pacientes la producción de subjetividad y su enlace a un otro, generando intercambio vinculante y circulación de la palabra en un grupo que brinda contención y alojamiento.

El analista presenta al paciente una traumatización en vez de un apaciguamiento. No se trata ni de la transferencia trabada de los primeros momentos, ni de la paz lograda en la identificación con el doble autista. La posición del Analista, soportada en su Deseo y en su acto, ofrecen al paciente una respuesta distinta a la esperada que desestabiliza y traumatiza a la defensa, sin desimplicarse en la presentificación de un objeto insoportable, sino más bien brindando un marco que permite expresar la vacilación, la división y sin volverse insoportable para hacer un lugar al enigma.

Mi paso por los dispositivos me han brindado un acercamiento inédito a la clínica grupal con psicosis y autismo. Los talleres, como un suceso único, alojan esos cuerpos que circulan y que participan de las consignas compartidas. Una pregunta, puede abrir una serie de recorridos, de vacilaciones, de invenciones, de risas, de reformulaciones o correcciones, por parte de pacientes y profesionales.

0, 1, 2, 3...



Bibliografía

Jean-Claude Maleval. La Différence autistique: Arguments Analytiques.

Jean-Claude Maleval. Un animal como borde autista.

Posgrado la cigarra. Clases del 25/10/23; 8/11/23.



ANALISTA TRAUMA, UN SALTO CIGARRA

Liliana Martínez González

Sol Gómez Peracca



Un salto

Los que siguieron el seminario de este año 2023, seguramente todavía no se repusieron del efecto impactante que tuvo una intervención de Gustavo, intervención a contrapelo de lo que se consideraban buenas prácticas: *“¿vos te das cuenta que no me mirás?”*.



Este efecto que podríamos llamar traumático, se puede pensar en dos sentidos: para el paciente y para nosotros analistas, ya que interpela nuestra práctica. Quizás interpela es una palabra demasiado suave, más bien nos golpea, nos sacude, nos zamarrea, pero de una forma maravillosa.

No nos quedamos cortos dándole el carácter de descubrimiento explosivo, como un Bing Bang que extiende nuevos mundos. ¿Cómo continuar después de esta enorme invención? ¿Cómo queda esto inscripto? ¿Con qué estatuto? ¿Qué lugar para lo anterior?

Si bien para intentar arrimar, esbozar una respuesta, nos centraremos en lo trabajado en el seminario de la cigarra de este año, también nos serviremos del texto de Eric Laurent, “El revés del trauma”. Ahí, él ubica el trauma en dos direcciones, una que va de lo simbólico a lo real (el trauma como un agujero en el interior de lo simbólico) y la otra, como su revés, del lenguaje real, *la langue* hacia lo simbólico. De allí se desprenden, a su vez, dos lugares posibles para el analista y sus intervenciones. Uno, como dador de sentido, como el que localiza y nombra, y el otro, como el analista en el lugar del trauma, en contra del sentido, que rompe la cadena. Laurent dice: *“tendrá entonces el analista que medir,*

para cada sujeto, hasta donde él puede presentar los dos polos de su acción". (Laurent, 2002, p. 6) El trauma, más que un acontecimiento puntual, es un proceso que va en estos dos sentidos. Pensamos que este texto nos orienta para lo que queremos transmitir.

Una viñeta al derecho y otra el revés

A continuación, compartiremos con ustedes el recorte de dos viñetas clínicas para hacer un contrapunto entre estas dos direcciones posibles.

Analista como aquel que nombra

Ariel es un paciente que atiendo desde hace 5 años. Durante el primer tramo del análisis, se trató de poner a jugar sus dibujitos animados, que se armaran ciertos circuitos, un lazo transferencial, pero sin mucha mayor consecuencia que esa. En un momento, empecé a citar a la madre quien comenzó a contar todo lo que hacía por él: bañarlo, lavarle los dientes, tenerle su *"cosita"* cuando hacía pis, limpiarlo cuando hacía caca, vestirlo. Como efecto de ese tiempo de trabajo, ella empezó a poder dejarlo hacer pis solo y él le dijo "mami" por primera vez. Redoblé la apuesta y derivé a su madre a una analista. Ahora son dos análisis distintos, dos analistas distintas, dos espacios diferenciados. Este año, Ariel nombró por primera vez a su mamá, *"mami"*, en su ausencia, y también dijo que escucha a su papá *"(es) cucho papi"*, quién se fue vivir hace años al exterior. El padre lo llama por teléfono, le habla y Ariel se queda escuchándolo. Recientemente dos intervenciones tuvieron un efecto de localización. La primera: hacía varias sesiones que estaba inquieto, parado y no dejaba de tocarse el pene. Decidí agarrar el celular, busqué la

figura de un hombre desnudo, le fui nombrando las partes del cuerpo y para mi sorpresa se quedó sentado, tranquilo, escuchando atento. La segunda intervención: hace poco empezó a decir y a repetir *"siente"*, *"siente moto"*. Entonces le dije que era muy importante que hablara de algo que siente y le pregunté si lo ponía contento, lo ponía mal, le daba alegría o le daba tristeza. Dibujé una carita contenta y otra triste en un cuaderno. Nuevamente, su cuerpo se aquietó y se quedó sentado en la mesa, tranquilo, escuchando atento.

Analista en el lugar del trauma

Leo, de 12 años, vive con su madre, nunca conoció a su papá. Concorre a los talleres de la cigarra y se analiza conmigo en espacio individual.

En un taller, donde la consigna consistía en responder a la pregunta ¿cómo se llama tu papá? Leo abre los ojos, queda en silencio, luego responde "no sabo", con una mezcla de asombro y tristeza que se notaba en el cuerpo, como si hubiese sido profundamente tocado. Al finalizar el taller, le propongo que le preguntemos el nombre del padre a su mamá. Acepta con interés.

Ese mismo día en sesión, donde casi nunca conversa conmigo, me pregunta por mi papá. Lo pienso dos veces y decido no agregar almohadones a la situación. Le respondo que mi papá había muerto. A la semana siguiente la mamá me cuenta que Leo había estado extremadamente triste, le dijo que extrañaba a su papá y llegó a creer que había fallecido.

Luego en sesión, le pregunto cómo está, responde rápidamente *"bien"*, como para sacarme de encima lo más



rápido posible. Le insisto y le digo: *“tu mamá me contó que estuviste triste”*, entonces responde, *“sí, ahora estoy bien, ya pasó”*.

A partir de ahí, algo se conmovió en ese letargo de juego continuo, encerrado en sí mismo, en el que vivía Leo: se hacen notorios efectos en su forma de hablar y en el lazo con los otros, conversa mucho más. Recientemente, por propia iniciativa, explicó el sistema circulatorio frente a otros chicos y analistas, cuando antes en los talleres no pronunciaba frases de más de tres palabras. Además, se muestra interesado por los compañeros, los busca, pregunta por ellos si se ausentan y se preocupa por lo que quieren. Comenzó a poder quedarse solo en la casa por primera vez, cuando antes no podía despegarse de la mamá.

Finalmente, hace poco le empezó a gustar una chica.

Algunas conclusiones

Si bien todavía nos encontramos conmovidos, impactados, deslumbrados, con las posibilidades clínicas que se abren, a partir de pensar la función del analista trauma también en la clínica del autismo, nos parece sumamente importante ser cautelosos y estar advertidos de que no se trata de invalidar lo anterior, ni de armar un nuevo protocolo cayendo en un “furor traumantis”. Se trata de hacer una lectura de qué sujeto está en juego cada vez, de intervenir desde el deseo del analista. Un salto cigarra sostenido en la pregunta y en dejarse sorprender vez a vez.

Bibliografía

Freud, S. [1915] Puntualizaciones sobre el amor de transferencia, Obras Completas, tomo XII, Amorrortu Editores. Argentina.

Lacan J. [1971-1972] El Seminario 19...o peor. Paidós, Argentina.

Clases del Postgrado “Analista Trauma” de la cigarra [2023], Centro de Salud Mental Nro. 1 “Dr. Hugo Rosarios”. Buenos Aires, Argentina.

Laurent E. [2002] “El revés del trauma”, Virtualia #6. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana.

Miller J. A. [2018] “La palabra que hiera”, Lacaniana #25. Publicación de la Escuela de Orientación Lacaniana. Grama, Argentina



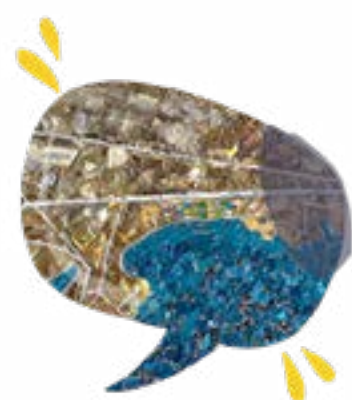


EL DESPERTAR DE UN PARLÊTRE AUTISTA: DE UN SEMBLANTE A OTRO

Evangelina March

Mirna Guaycha

Ricardo Seijas



En los talleres, Juan responde a cualquier pregunta o consigna: *tal vez, no sé, algo así, creo que...*, o con palabras y frases bien articuladas que se corresponden con la consigna, constituyendo un código correcto e incluso bello, pero sin afectación. Su cuerpo se balancea y se muerde los puños con evidente tensión. Es notable la diferencia entre su palabra articulada y su cuerpo desregulado, empujado a la automutilación. En una reunión de equipo, nos descubrimos adormecidos por su defensa: aceptábamos sus enunciados sin cuestionar su posición.

1º movimiento: conmover la defensa, primera enunciación expresiva.

A la semana siguiente, en el taller punto y coma¹, el coordinador comienza la frase: *“El último problema que tuve con mi novia fue...”*, Juan.

Juan (J): Algo tonto.

Mirna (analista): ¿Se puede aclarar qué fue lo algo tonto?

J: No lo sé.

Coordinador (C): Pensemos. Hay problemas serios y problemas tontos. Imaginate ¿qué problema tonto se puede tener con una novia?

J: Una discusión.

C: ¿De qué podría ser la discusión?

J: No lo sé.

C: Imaginate ¿sobre qué podrías tener una

¹ El taller consiste en que cada participante es convocado por el coordinador a decir una palabra para formar una frase hasta que alguien pone el punto.

diferencia con una novia?

Otro paciente: De familia.

J: Nunca he tenido.

C: ¿Novia o diferencias?

J: Ambos.

C: ¿Te gustaría tener una novia?

J: Creo que no.

C: Entonces imaginate que tuvieras, aunque no quieras, porque es un juego, ¿sobre qué podrías tener una discusión?

J: Sobre la familia.

El coordinador lo anota y pasa a otro participante.

El mismo día, se arma la siguiente frase: “Lo que no soporto de mi familia es que con mi papá nos peleamos y que me rete mi mamá y también que te digan que vaya a lavar los platos y la ropa...”. El coordinador convoca a Juan.

J escribe: Que no puedo decir que no.

Mirna: ¿A qué?

J: A muchas cosas.

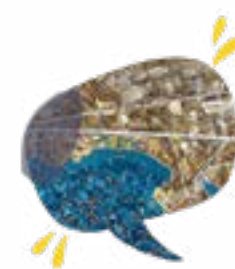
C: ¿A qué te gustaría decir que no?

J se muerde, no responde.

El coordinador insiste: Juan ¿me escuchás? ¿A qué te gustaría decir que no?

J: A los cortes de pelo.

C: ¿Te gustaría tener el pelo más largo?



J: Algo así.

C: ¿Querés que te ayudemos a hablar con tus viejos?

J: No.

2º movimiento: aparición del deseo del Otro y la transferencia negativa.

Otro día en el taller punto y coma:

Coordinador: Segunda frase, empieza Juan. Yo imagino que Eva cree que... ¿sabés quién es Eva?

J: Más o menos.

Eva (analista): Hola Juan, ¿cómo es más o menos?

J no responde.

C: ¿Qué imaginás que cree Eva?

J: Por qué me dijo primero otra vez, no sé.

C: ¿Yo a vos?

J: Sí.

C: ¿Preferís que empiece otro?

J: Sí.

C: ¿Quién querés que empiece?

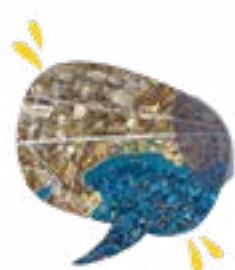
J: No sé, Eva.

C: Eva ¿qué pensás que cree Juan?

Eva: Yo creo que a veces no sabe qué responder.

C: Ahora sí le toca a Juan -el coordinador toma la frase de Eva para continuar- “Yo creo que a veces no sabe qué responder...”.

J: Cuando no tengo muchas respuestas.



Otro día, el coordinador comienza con la siguiente frase: *Cuando me preguntan cosas que no quiero yo hago lo siguiente...* Empieza Juan.

J: Trato de tener paciencia.

El coordinador anota y luego de la participación de otros, vuelve a convocarlo: Juan, te toca a vos, escuchá. *Cuando me preguntan algo que no quiero yo hago lo siguiente: trato de tener paciencia y no respondo a mi consciencia... y le pregunto...*

J: ¿Por qué me pregunta a mí?

En la frase siguiente, el coordinador insiste. Comienza la frase: *Lo que más me molesta que me pregunten es... Juan, te toca a vos.*

J: Cosas personales.

C: ¿Cosas personales como qué?

J: Como cuando preguntaste una y otra vez si quería tener novia.

C: Ah, ese fui yo, es como un vicio que tengo, Juan.

Más adelante en la misma frase, el coordinador lo vuelve a convocar: Lo que más me molesta que me pregunten es cosas personales por ejemplo como si vas a tener novia y que hablen siempre del mismo tema porque me cansa, porque me angustia y no sabes qué hacer y...

J: Simplemente respondo que no quiero hablar.

C: Muy bien, acá uno puede decir que no.

La semana siguiente comienza el taller, Juan está mor-diéndose. Coordinador: Juan.

J: Sí.

C: Empezamos. Escuchá. *En mi opinión lo más insoportable que yo tengo para los demás es...*

J: La mala actitud.

C: ¿Por ejemplo?

J se muerde ambas manos.

C: Juan.

J: No sé, que me preguntes el primero (se muerde).

C: Ah, te pido disculpas.

3er movimiento: significación del deseo del Otro.

En función de la respuesta de otro paciente sobre la frase anterior, el coordinador pregunta a cada uno: *¿Qué imaginás que es insoportable para mí, de mí mismo?*

A su turno Juan responde: Lo entrometido que eres.

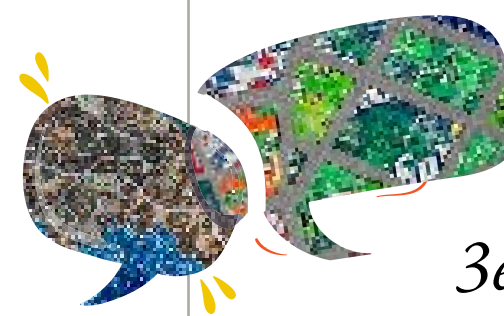
C: ¿Yo soy entrometido?

J: Ya lo dije.

Otro día, en el taller de la palabra², el coordinador lo

invita a hacer una pregunta para que respondamos todos. Juan propone: *¿Qué problema tiene Gustavo con las relaciones?*

² El taller consiste en que cada participante es convocado por el coordinador a responder a una pregunta que surge en el momento con una palabra o frase que se anota en un casillero con su nombre. En un segundo momento se trata de acertar quién dijo cada palabra.



Hasta acá, podemos leer una secuencia lógica de atravesamiento de la defensa.

1°. Puede decir -inéditamente- su síntoma: no puedo decir que no a los cortes de pelo. No poder decir que no es también su posición en el dispositivo, siempre responde.

2°. En esa misma ocasión por primera vez dice “no” a la demanda del coordinador, que si bien por un lado sostiene la defensa, por otro, es un modo expresivo de la enunciación³. Encontramos la misma posición en otras respuestas.

Es el pasaje de la defensa en acto a una defensa “diciendo”.

3°. Lo que es más sorprendente es que comienza a preguntarse -afectado- por el deseo del otro: “¿Por qué me dijo primero otra vez? No sé”, ante la invitación insistente del coordinador a que diga lo que le pasa cuando le preguntan... Es decir, nuevamente ante el encuentro con el deseo del otro, responde de dos modos:

a) La cesión de significantes que dicen de él y su posición.

b) No se queda en ese no saber sino que inventa significaciones de ese deseo: pasa de “*la mala actitud*” a “*entrometido*”, modo de nombrar y localizar el goce

³ Maleval, J.-C., La différence autistique, Presses universitaires de Vincennes, France, 2021.

de la lengua en el Otro -¿de transformarlo entonces en goce del Otro?-, y luego a “*Gustavo tiene problemas con las relaciones*”, donde el Otro está barrado, y a la vez, Juan también, pues lo plantea como pregunta.

Así, el cambio en el modo de intervenir de los analistas, buscando perturbar su defensa -no dejándolo con su respuesta alusiva-, le permite un giro radical de su posición, pasando de un semblante iterativo, a otro, sostenido en la paulatina constitución y consentimiento al deseo del Otro.





ENUNCIACIONES EN LOS TALLERES DE LA CIGARRA



María Laura Eduardo



Introducción

Este trabajo recorre producciones actuales acerca de la temática de la enunciación en el autismo, intentando responder a la pregunta sobre qué consideraciones clínicas posibilitan considerar expresiones de sujetos con funcionamiento autista, en algunos casos como enunciación y en otros como iteración.

Conversaciones teóricas

Partimos de la consideración de que la iteración está basada en la identidad de sí a sí del Uno, que no se repite como secuencia formando la serie del uno, dos, tres, cuatro, sino que siempre es igual a sí misma: uno, uno, uno, uno.

Pensamos la enunciación como “la resonancia en lo que se dice de lo indecible, es decir, de la pulsión” (Romé, M. 2017 p.4). En este sentido, “Lacan la localiza en la sustracción del sujeto a nivel del enunciado” (idem p.3). Muchas son las conversaciones e intercambios acerca de la temática de la enunciación en el autismo que se están dando en este momento. Maleval, J-C (2023, p. 25), nos dice al respecto: “Cuando el goce ligado al interés específico se atempera, puede convertirse en un sinthome y abrir el lazo social”, habla de que “se produce un descongelamiento progresivo del S1, de los afectos y del deseo, más o menos logrado, que abre la capacidad de funcionar de forma autónoma, y permite una consideración del deseo del Otro”. Por su parte Laurent, E. (2023, p.10) pareciera no estar de acuerdo con que fuera necesario el descongelamiento del S1, sino más bien que preferiría plantear la enunciación

de otra manera. Va a considerar que las iteraciones de los sujetos autistas, ya sean vocalizaciones, o lenguas privadas -es decir todo lo que haga borde-, incluyen enunciado y enunciación.

Conversaciones clínicas

Recordaremos brevemente el caso Nacho para luego retomar algunos desarrollos e intentar responder a la pregunta que dio origen a este trabajo.

Un día espontáneamente, Nacho toma la palabra en los talleres que por entonces eran virtuales: “Dieciocho-años-en-la-cigarra” dice, con su modo de hablar característico, monocorde. Luego de eso dice: “Mi-último año-en-la-cigarra (...), me tienen que despedir”. En adelante tales frases comenzaron a repetirse en cada taller durante meses, a veces espontáneamente, sin que medie ninguna pregunta dirigida a él. Un día Nacho vuelve a sorprendernos: “Yo-tengo-una-idea: 26-de-noviembre-una- despedida”. Se le pregunta cómo la imagina y dice: “A-mí-con-los-chicos-mujeres-hombres”. Y a continuación nombra a algunos de sus compañeros de los talleres. El 19 de noviembre dice: “Me-quedan-dos-días- hoy-19-y-26”. Uno de los jóvenes le pregunta: “¿Dos días para qué?” Y él contesta: “Le-voy-a-hacer-una-despedida-a-los chicos-de-los-talleres”. Llega el día; en el taller de magia cuando se le pregunta “¿Quién querés que desaparezca por un rato hoy?”, dice decidido: “Hoy me toca a mí” y se esconde; para luego, cuando alguien adivina donde está, reaparecer. Al finalizar el taller de la palabra, se despide: “A las chicas, muchas gracias”, y a continuación nombra a cada uno de quienes estábamos allí. “Me despido

de todos, menos de Laura”, su psicóloga con quien continuará trabajando en el dispositivo individual.

Tomando los trabajos presentados por dos integrantes de la cigarra en las Jornadas Clínicas de 2021, “Caso Nacho: Consecuencias de la entrada en lenguaje” de Laura D’ Agostino (2021) y “La despedida” de María Romé (2021), señalaremos algunos puntos que creemos importantes para el desarrollo de la pregunta de este trabajo.

Es importante puntuar el papel de la iteración a lo largo del recorrido del joven, ya sea en el registro de la lengua como en el de la letra. Destacamos no solo su función defensiva, sino de vaciamiento de goce. Como explica su analista: “La iteración creemos le ha permitido mucho, desde el vaciamiento con el objeto autista, el trabajo de extracción y vaciado con la muñeca y luego con los nombres propios” (D’ Agostino, 2021, p. 2). Agregamos que el trabajo de vaciamiento le ha permitido durante el 2021 el borramiento de la iteración y cierta relación al lenguaje ¿enunciación? Nos preguntamos ¿cuánto de las intervenciones al modo del analista trauma tuvieron incidencia en estos efectos?

Por otra parte, es muy interesante ubicar el momento en que Nacho a sus 13 años construye una solución a partir de la escritura de números y letras. Podría pensarse que el recorte de esta letra, al estilo de la lengua privada de Tammet, le permite un paso más, un pasaje por el otro. Considerando que tanto su análisis individual como el colectivo en los talleres son los espacios donde se recortan y se escuchan esas expresiones de Nacho, nos interrogamos acerca de *¿qué lugar para los diferentes*



dispositivos de la cigarra?

Además podemos observar cómo ambas autoras describen los cambios de posición en Nacho a lo largo de su recorrido por los talleres y por su tratamiento individual. Por caso, María Romé (2021, p. 2) puntúa una primera “posición diferente a la habitual” del joven en el taller de magia cuando llega el día anunciado para la despedida, y luego sitúa “una posición absolutamente inédita” en el momento mismo de la despedida durante el taller de la palabra (2021, p. 2). De igual forma, Laura D’Agostino describe que durante ese tiempo en su análisis individual, Nacho plantea que “se quiere ir a vivir solo, que sus padres le prohíben y lo molestan” y que quiere “trabajar y tener su propia casa y animales” (2021, p. 2). *¿Son estos cambios de posición del sujeto autista alguno de los índices que nos permiten considerar que hubo enunciación?*

A modo de conclusión

A lo largo de este recorrido, no se ha podido hallar una respuesta unívoca a la pregunta inicial de este trabajo. Sí surgieron una cantidad de preguntas que dejan huellas para seguir pensando ese decir que se produce por momentos en el *entre*, ese decir que nos hiela la sangre, ese decir que nos emociona y con el cual sentimos que algo diferente se produjo...

Bibliografía

Álvarez Bayón, P. [2020] El autismo entre la lengua y la letra. Editorial Grama, Argentina.

D’ Agostino, L. [2021] Caso Nacho: consecuencias de la entrada al lenguaje. Jornadas clínicas -La Cigarra web- 2021: “SPA-cio vacío”, Argentina.

Laurent É. [2023] El S1 absoluto y la producción de la enunciación, intervención en la última sesión del Ciclo 2022-2023 del CERA “Parler à l’Autiste II”, fecha 06/10/2023, Francia.

Maleval, J.C. [2023] Iteración y congelamiento del S1 en el sujeto autista; intervención en la cigarra: fecha 04/02/2023, Argentina.

Romé, M. [2021] La despedida. Jornadas clínicas -La cigarra web- 2021 “SPA-cio vacío”, Argentina.

Romé, M. [2017] Subversión lacaniana de la enunciación en la enseñanza de Jacques Lacan: contribuciones de su seminario “El deseo y su interpretación” Consultado en <http://perspectivas.mdp.edu.ar>





LA HIPOTECA DEL AFECTO APAGADO



Santiago Avogadro



1

La investigación de este año puede ser considerada de la siguiente manera: devolver a la clínica del autismo la dignidad de no ser privada del juicio clínico más intrínseco de un analista, aquel que se juega entre la dialéctica de respetar y de perturbar la defensa. Dialéctica que no debe ser orientada por alguno de sus extremos, sino que perturbar nunca es sin dejar de respetar (Murillo, 2018). Bien valen aquí las palabras de Lacan (1966-1967) en el *Seminario 14: La lógica del fantasma* en relación con el acto analítico y la subversión del fantasma: “Tenemos, en un campo tan difícil, que avanzar como el rinoceronte en la porcelana. Tenemos que avanzar suavemente [doucement]” (clase del 8-3-67). *Doucement* significa también lentamente, tranquilamente, dulcemente o amorosamente. Términos que debemos leer en un eje temporal, propio del cálculo del tiempo y del momento de nuestras intervenciones (Murillo, 2018).



Avancemos un casillero. Lejos estamos entonces de proponer una perturbación generalizada, automatizada, de la defensa con todos los pacientes. Sino más bien de deshacernos, un poco, de la hipoteca del afecto apagado.

Hipoteca heredada de Hans Asperger que ha quedado traducida, para nosotros analistas, como el prejuicio del riesgo, más cierto que posible, de hacer entrar una enunciación en la transferencia con el autista. La interrogación sobre el analista-trauma en el autismo ha tenido entonces una función de interpretación que, a

377

entreUnos

modo de acto analítico, subvierte el fantasma.

Repasemos la propuesta de Asperger. En su célebre artículo de 1944, *“Psicopatía autista” en la infancia*, considera que “la alteración fundamental en las personas con autismo está en las limitaciones en sus relaciones sociales” (p. 29). Y se pregunta de manera pertinente: “¿Cómo alguien que tiene alterada su capacidad para el contacto puede experimentar tanto de manera tan consciente” (p. 27). Será la distancia afectiva lo que le permite a algunos de estos niños, según Asperger, un buen rendimiento intelectual o cierta habilidad en algún área particular. Es allí, y a partir de su interés por un tratamiento enlazado a lo pedagógico, que dará una indicación que calará hondo en las prácticas del autismo: “Lo más importante es que todas las interacciones educativas deben producirse con el afecto *“apagado”*. El profesor nunca debe enfadarse o proponerse ser querido [...] Debe dar las instrucciones de una manera indiferente y objetiva, sin implicarse” (p. 9). Advertido entonces de la intrusión que provocaría para el niño la presencia de un deseo que se le dirija de manera directa, cualquier otro debe abordar al autista de manera impersonal y objetiva, pero, agrega Asperger, sostenida en “una genuina preocupación y cariño si uno quiere conseguir cualquier cosa” (p. 9).

A modo conclusivo decimos entonces que perturbar la defensa en el autismo no implica desconocer la certera afirmación de Asperger, sino de no privarnos, a veces, de dos cosas: convocar, cálculo de tiempo mediante, al autista a un decir enunciativo que lo acerque al deseo del Otro y, transferencia mediante, de una pregunta sobre aquello que aparece como malestar que no lo exceda de la responsabilidad de un saber hacer. Inter-

venciones que ya suceden de hecho en la cigarra, pero aún no con su debido derecho.

2

Cuando recibo a J en la cigarra, un niño de 11 años, lo único que logró detenerlo de una errancia sin dirección, y sin palabra, fueron unos muñecos a los que rápidamente empezó a chocar unos con otros en lo que parecía, no lo era aún, una pelea. Construir una pelea fue el primer objetivo: introduje un cronómetro para que marque, al tanto tiempo, un final. Al grito enojado de “no entendés nada” acepta que los muñecos dejen de pegarse y logra detenerse. Al tiempo de las peleas siguió mi intervención sobre la cantidad de peleas, la posibilidad de terminar la sesión y ciertas reglas en relación con los espacios.

Acá aparece lo que va a ser su latiguillo defensivo. “No sé, no sé” será su frase predilecta a la hora de rechazar el haber quedado comprometido en un decir. Hay una pregunta que lo enoja más que otras: ¿J, cómo es tu apellido? Cuando su “no sé, no sé” no agota mi insistencia, J rechaza su inscripción familiar diciendo: “no tengo apellido”.

A la sesión siguiente lo detengo antes de comenzar cada pelea. No pueden comenzar antes de que cada muñeco reciba un nombre. Luego de cierta resistencia, “es sólo un pájaro, no tiene nombre”, decía J, cede su rechazo y comenzamos a elegir un nombre para cada muñeco. Hasta aquí, mi lugar había quedado circunscripto al ser garante de un orden simbólico que no participaba de las peleas. Pasado un tiempo le pregunto que po-



drían hacer los muñecos, que no sea pelear y me introduzco como un participante más. J acepta con alegría y a partir de ahí yo paso a ser parte del juego usando uno de los muñecos que representa a un villano y al que J debe capturar. Ganado mi lugar dentro de la escena comienzo a introducir la voz de mi personaje. Comienzo, a su vez, a preguntarle cosas a su personaje. Sin poner en juego la voz, J responde, a través del muñeco en tanto doble, con gestos que representan un sí o un no. La complicidad del diálogo le divierte y me busca con la mirada para que yo haga hablar a mi muñeco. Le pregunto: ¿no habla porque no puede o porque no quiere? “No sé, no me preguntes”, responde enojado, con un tono enunciativo.

J empezó a ir jornada completa en la escuela y empieza a relatar algunas cosas cuando llega. La última es que ya resolvió lo de su apellido y se nombra con él. Algo puede faltar antes de irse... quiere pasar a saludar a su psiquiatra.

En sesión decido intervenir más decidido. El muñeco que gana debe elegir un premio. Retorna su “no sé, no sé” enlazado a dos frases: “sin premios” y “no me preguntes”. No dejo de hacerlo a lo largo de las sesiones, sin presionarlo a que elija. Elijo yo o queda vacío. A esta altura el “no sé” se vació de la carga afectiva que portaba. Rechaza la propuesta y puede seguir jugando tranquilo. Decido que es momento de retomar la problemática del habla y le digo: “Si no puede hablar, hay que ayudarlo a que pueda”.

Bibliografía

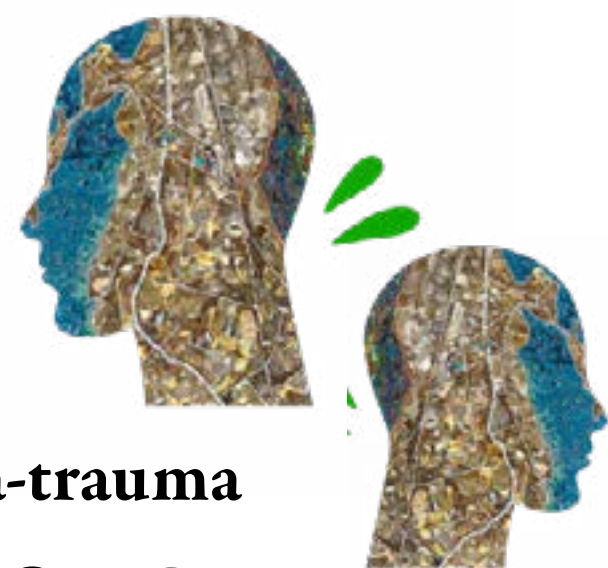
Asperger, H. (1944). “Psicopatía autística” en la infancia (A.C. Alonoso Franco & C. Galaj Trad). Recuperado de:

https://enlafiladeatras.files.wordpress.com/2013/01/hansasperger_psicopatia_autista_en_lainfancia.pdf

Lacan, J. (1966-1967). Seminario 14: La lógica del fantasma. Inédito.

Murillo, M. (2018). ¿Qué es el acto analítico? Deseo y técnica en psicoanálisis. Buenos Aires: Brueghel.





Analista-trauma

CASO G, DE LA ITERACIÓN Y EL ANALISTA-DOBLE, AL DESEO DEL OTRO Y LA ENUNCIACIÓN

Ricardo Seijas



Atiendo a G desde sus 4 años –ahora tiene 9-. Presentaba ecolalia, ecolalia diferida, una jerga inentendible, la mirada no localizada, algunos ruidos lo hacían entrar en crisis de agitación y gritos. Podía dibujar algunas figuras, también podía comprender y formular algunas demandas.

Al tiempo, el analista habrá entrado en su economía libidinal: la madre me cuenta que G recuerda siempre cuando tiene que venir a verme. Y si por alguna razón no puedo atenderlo, la mamá me pide que no le avise con un mensaje de texto, sino que le envíe un audio, porque si no G no puede aceptar que no tiene que ir al consultorio, y solo mi voz y mi explicación, lo calman.

Durante la cuarentena, hace muñecos de plastilina y me manda sus fotos por wasap, diciendo sus nombres. Lo felicito. Me envía audios: “Gracias, Dr. Ricardo, te mando un beso”. Un día me sorprende con un “te amo”. A principios de este año, G ya habla empleando una gran cantidad de signos, armando frases y usando los pronombres correctamente.

Entra a cada sesión contento, saludándome, mirándome, pidiendo su lugar, indicándome dónde debo ubicarme. También entra diciendo que tiene calor o sed, pide agua, abrir la ventana, encender el aire acondicionado. “Quiero jugar con plastilina” dice, buscándola o buscando los muñecos que no había terminado en la sesión anterior y que estaban guardados en su caja. Hace entonces muñecos con una gran precisión y detalle. Mientras los hace habla para sí, ecolalea, de un modo inentendible.

En esos momentos le preguntaba: ¿cómo se llama? ¿qué le falta a...? ¿qué estás haciendo? ¿quién es? Muchas veces no me responde, otras veces sí, pero brevemente. También le pregunto: ¿qué hago? ¿te ayudo? A estas preguntas no me responde o responde que no. A veces yo tomaba igualmente alguno de los muñecos y lo hacía hablar, ficción que él sostenía brevemente, a veces sonriente, a veces indiferente.

Entonces: el analista, necesario de algún modo para constituir la defensa, una defensa en términos imaginario-real cada vez más compleja, incluso provocando en G una enunciación amorosa, finalmente queda reducido la mayor parte del tiempo a mirar y callar.

Viraje

Me interesa presentarles con detalle una serie de sesiones del último tiempo, donde puse a prueba, de distintos modos, la hipótesis “analista-trauma” que trabajamos durante el 2023 en el posgrado de la cigarra.

1

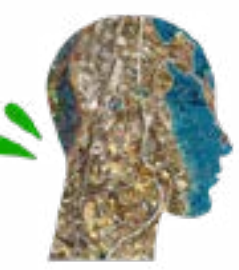
Hace letras con plastilina, letras-personajes, llevan ojos y boca. Le afirmo, por primera vez: “Quiero hacer una letra, ¿cuál puede ser?”. Responde: “la Q”. Hago una Q. Inmediatamente reacciona: “Nooo, esa no es la Q”. La agarra, la aplasta y hace otra con una forma ligeramente distinta. Le pongo entonces ojos de forma redonda. “Nooo, así, no”. Se los saca y le pone otros alargados. “No hagas ninguna letra”, me ordena. Le replico: “Me pongo triste”. Contesta: “No te pon-

gas triste, hacé una letra”. –“¿Cuál?” –“La Q”. Hago otra, vuelve a corregirla pero esta vez me muestra y me explica: “Es así, los ojos son alargados”. Poner en juego mi afectación lo hace ceder, tanto en la pretensión de que deje de hacer letras y retorne a mi lugar de cero enunciación, como en dirigirme una explicación de cómo debe ser la letra, cosa que no había hecho en un primer momento.

2

Comienza a hacer muñecos de la serie Bob Esponja, mientras se larga a una ecolalia imparable. Intento preguntar sobre algún significante que distingo pero sigue, sin responderme. De pronto me sale un “¡Escuchame, G! con un leve golpe en la mesa. El replica: “¡No te voy a escuchar!”, pegándome en la mano. Me quedo en silencio, asombrado. Abandona los muñecos, él también se queda en silencio, dando vueltas en su silla giratoria. Corto la sesión. Le pregunto: “¿Estás enojado?”. Para mi sorpresa, su rostro se distiende y responde: “No, estoy feliz”.

La intervención del analista, de una enunciación expresiva notable, no lo conduce al silencio o la iteración que siempre tiene a mano. Por el contrario, por primera vez responde con un no rotundo, acompañado por el gesto de golpearme la mano, de ¡tocarme!, cosa que no hace nunca. Su quietud y silencio posterior parecen ser signo de que algo distinto aconteció, y que la respuesta final sea “estoy feliz” su confirmación, enunciación que tampoco nunca había alcanzado antes.



3

Comienza a buscar una piecita de un Lego qué había traído, no la encuentra. Me dice: “Vos la perdiste” -“No, yo no, vos”. Grita: -¡No! -y golpea la mesa- “Acá no está, la perdiste en tu casa”, le digo, -“No! ¡No quiero hablar contigo!” y se da vuelta. Corto la sesión. -“¡No!” -su cara se entristece- “no terminó, quiero jugar con los dinosaurios, vos con la plastilina”, -“No quiero”, -“¿Por qué?”, -“Por qué quiero jugar con vos”. Aquí se da un nuevo paso. Es sorprendente que me haya hecho agente de la pérdida del objeto. Pero no solo ese es el paso: hay otro que va de la responsabilización que pretende el analista y su rechazo con palabras, a lo que aparece luego del corte de sesión: la primera pregunta por el deseo del otro. Y también su respuesta, sin ninguna dulzura, en cuanto a que se le dice directamente que es objeto del deseo del analista.

4

Al principio de una sesión, cuando se dispone a repetir el muñeco de las sesiones anteriores, le digo: “Ya está Bob Esponja, algo distinto”. No se resiste: “Voy a hacer a Eli”. “Yo hago a Pocoyó” -le respondo. -“Nooo”, -“Vos hacés a Eli, yo hago a Pocoyó”, -“Nooo, vos jugá a esto” (un ajedrez), -No, quiero jugar con la plastilina) “Nooo, ¿por qué?”, -“Para jugar con vos”, -“Nooo, ¿por qué?”, -“Porque tengo ganas”, -“Nooo, por qué?”, -“Me aburro jugando solo”, -“No te aburras, yo voy a hacer a Pocoyó”, -“Ok, yo hago a Eli”. Ya no dice nada, pero tampoco hace nada. A los minutos dice: “Bueno, la próxima nos vemos”. Le digo que espere, que no me dijo nada de qué le parece la Eli que hice. Cambia la

cara, sonríe: “¡Feliz!”

Otro momento bisagra. La pregunta por el deseo del otro se instala, y no se detiene hasta que la respuesta presenta la afectación del analista. Recién ahí, cede, pues la pregunta iba acompañada de un rechazo a la participación del analista. Sin embargo, esa cesión lo deja en suspenso, no logra hacer nada, ni lo que hacía antes, ni algo nuevo.

5

Entra y dice: “¡No terminamos a Eli! Vamos a terminarla”, - ¿Yo qué hago?. No me responde. Empieza a hacer las orejas y los brazos. Comienzo entonces a hacer las patas, las hago con maderitas envueltas en plastilina, las coloco en el cuerpo, las acepta. Le propongo: -“Querés que le pongamos maderita a los brazos?”. Acepta. El le pone a uno, yo le pongo al otro. Terminamos a Eli. Dice contento: “¡Muy bien! Falta pocoyo, ¡lo hacemos la próxima!”.

Primera vez que acepta un modo de hacer a un muñeco que no es el suyo, acompañado -esto es lo más importante- por un efecto de alegría y la existencia de la falta.

6

Entra y agarra una cajita que no es de él, por primera vez. Dice: “los juguetes” “un lego” “un niño” “perrito”. Este perrito tiene un mecanismo por el cual gira a mucha velocidad. Lo hace girar (¡Basta, basta, me mareo!) Se ríe. Dice: “Jugar con juguetes” encuentra una



bolsa de rasti y dice: “quiero hacer una casa”. Comienza, pero parece distraerse. “Seguimos la próxima”. Le digo que no terminó la casa. “La próxima lo hago.” Algo se mueve de su interés específico y de la iteración en la que estaba congelado: por primera vez agarra una caja que no es de él, también por primera vez dice de jugar con juguetes. Sin embargo, no logra hacer nada con ellos, parece ser un momento de vacilación, de movimiento más allá de la defensa sin todavía poder armar algo con eso.

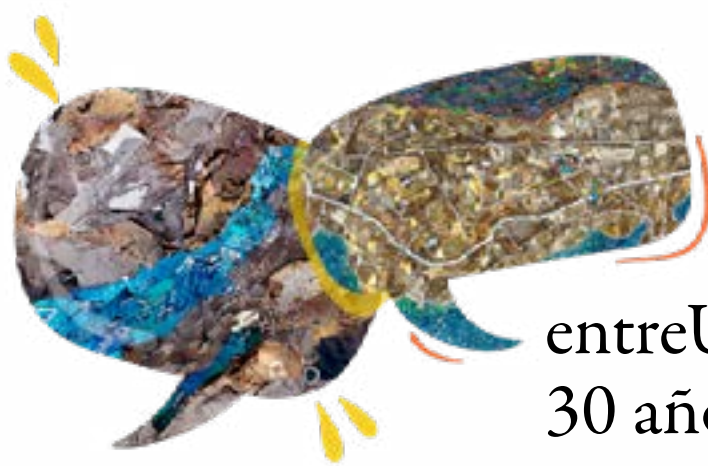
7

Trae una caja con muñequitos legos y ubica dos –uno grande, otro chico- sobre el escritorio. Por primera vez les atribuye un rol: “Este es el papá, este es el hijo”, - “¿Y la mamá?”, le pregunto. Responde: “está ahí”, señalando la caja que había traído. Extraigo una figura femenina y le propongo: “¿Esta es la mamá?”, - “Si”. La agarra y la acerca al papá y le hace decir “te amo”, - “¿Qué están haciendo?”, - “Se dan besos”. Decido preguntarle entonces: “¿George, querés tener novia?”. No responde, levanto entonces la voz – “¡George!”- para que él reaccione con un “¿qué pasa?!” como si se despertara. Le vuelvo a preguntar. Responde: “Si”, “Y ¿te gusta alguna chica?”, - “Si”, - “¿Cómo se llama?”, - “Juli”. Agrega: “Nos vemos la próxima”. Empieza a guardar sus cosas, se levanta de la silla y se dirige a la puerta. Le digo que no se vaya, que me interesa saber quién es Juli, pero me responde: “Nono, ¡no quiero saber nada!”. Ese movimiento que habíamos leído en la sesión anterior, se precipita esta vez sí en la invención absolutamente novedosa para él de una ficción de lazo amoroso –más allá de los dibujos animados que sostenían

su imaginario anterior-. Sin embargo, el analista –sin conformarse con este gran paso- lo aprovecha para hacerle preguntas directas sobre sus sentimientos amorosos, incluso levantando la voz para que reaccione. Es aquí cuando G logra decir algo sobre ellos, y también, finalmente, rehusarse a la demanda del analista de enunciación, pero con una gran enunciación: “no quiero saber nada”.

Entonces, si el pequeño interés específico estaba al servicio de dejar congelado al analista en su mirar, podemos decir que la firme introducción de su decir provoca la conmoción de la defensa –es interesante cómo se pueden situar momentos de vacilación y de ir más allá sin todavía poder armar una nueva- y la aparición de múltiples e inéditas respuestas, desde la constitución del deseo del otro, hasta la transferencia negativa. Pero no solo esto, sino también, luego de atravesar ambas, el acceso a una nueva enunciación, que implica –necesariamente- un nuevo lazo transferencial autista, a explorar y definir.





entreUnos #6
30 años de la cigarra

